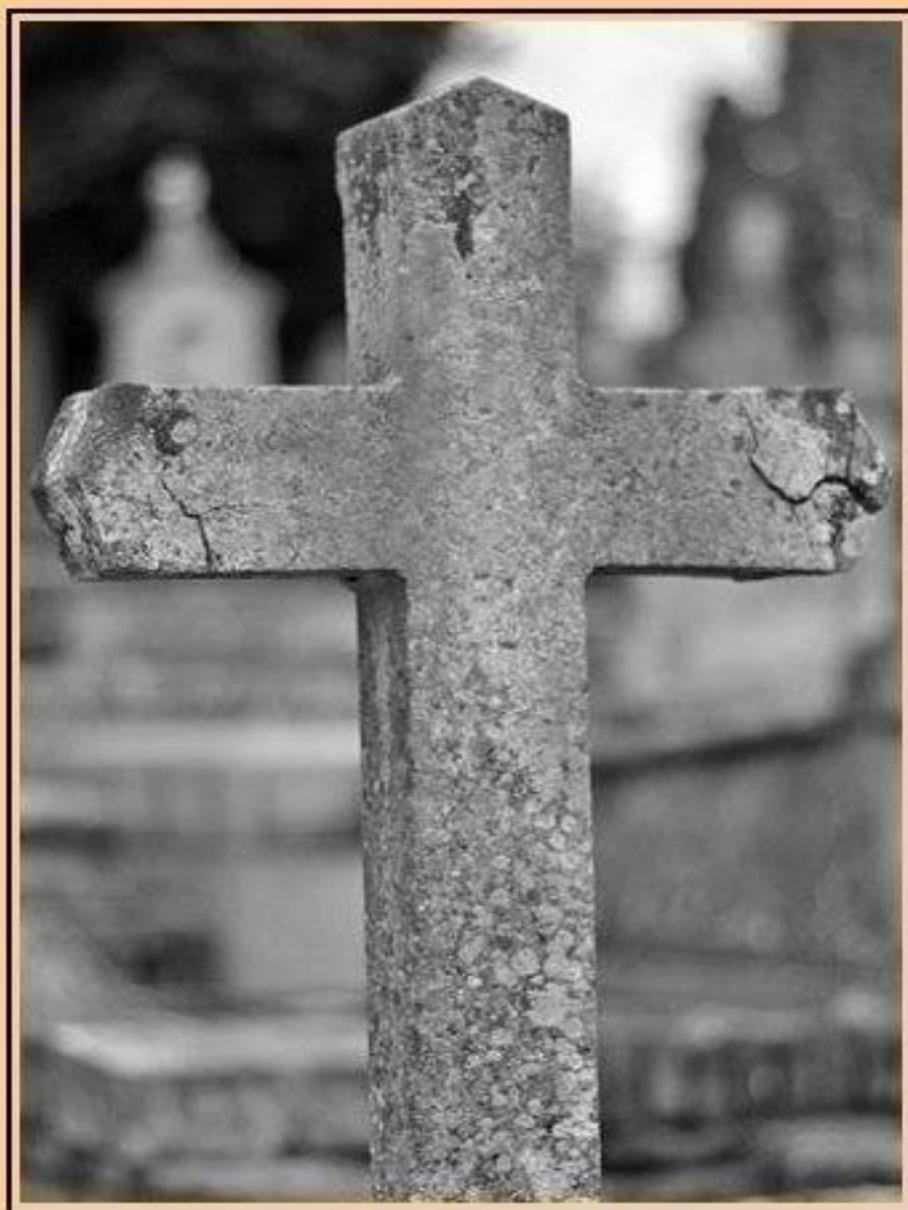


Luis Mateo Díez



**LA RUINA
DEL CIELO**
(Un obituario)

Lectulandia

Impresionante obituario en el que uno de los personajes de «El espíritu del páramo», el médico Ismael Cuende, completa el censo de muertos de Celama con ayuda de los papeles de su antecesor a finales del siglo XIX.

La novela se disgrega en la trama episódica de unos 400 personajes. El conjunto es una metáfora de la ruina por la destrucción de un territorio y de su cultura rural, recuperados en la memoria de los muertos. La omnipresencia de la muerte hace de esta obra una terrible alegoría del destino humano en su viaje definitivo. En su discurso, proteico y multigenérico, se unifican la narración de Cuende, diálogos corales de los muertos, narraciones orales, recreaciones de obras clásicas y descripciones topográficas y antropológicas.

El resultado es una novela polifónica, de extrema complejidad simbólica por la hondura de su pensamiento y el pesimismo de su desolada épica del desaliento.

Lectulandia

Luis Mateo Díez

La ruina del cielo

Un obituario

El reino de Celama - 2

ePub r1.0

Titivillus 23.04.16

Título original: *La ruina del cielo*

Luis Mateo Díez, 1999

Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

se epublibre

más libros
más libres

*Para Margarita
y para Gonzalo y Jaime*

Pero si los infinitos muertos suscitaran en nosotros un símbolo, señalarían quizá las candelillas colgantes de las avellanas vacías, o aludirían a la lluvia que cae en primavera sobre el oscuro reino terrestre.

R. M. RILKE,
Elegías de Duino.

Los papeles de Ponce de Lesco y Villafañe estaban en el viejo Consultorio de Santa Ula, en los bajos del edificio consistorial, en uno de los armarios donde los prospectos se hacinaban con los expedientes médicos y las muestras caducadas de algunos fármacos.

El viejo Consultorio hacía mucho tiempo que no se usaba, probablemente ni quedaba memoria de su uso. Era una más de aquellas dependencias sin destino en los bajos del edificio, que la creciente humedad venía condenando sin remisión.

Cibo Yebra me comunicó que, al contrario de lo previsto, el edificio municipal iba a ser rehabilitado, porque el proyecto del nuevo Ayuntamiento no acababa de convencer, y la alternativa de la rehabilitación resultaba mucho más llevadera presupuestariamente, lo que no ocultaba la habitual cortedad de miras del gobierno de Celama: ese pulso siempre a la baja a la hora de presupuestar cualquier obra o servicio.

Todos sabían que el antiguo caserón consistorial, sin otro signo de identidad que la penuria de su fealdad longeva en el centro de la Plaza de Santa Ula, no merecía el respeto que pudiera avalar una arquitectura comarcal más o menos considerable, o la huella de lo que su historia burocrática pudiese significar en la propia historia de la Comarca y de la Villa.

Los rasgos característicos, tan pobres como honrados, de una arquitectura popular se ceñían en la Llanura a los materiales que hacían crecer la tierra sin traicionarla en su contenido, como si los corrales y las casas fuesen protuberancias sobre la misma piel de las Hectáreas, con el adobe buscando el equilibrio de unas líneas inciertas pero tan duraderas como las del erial envejecido. Esa arquitectura de la necesidad y la supervivencia, no impostada en la tierra sino crecida de su vientre, fabricada con el barro y la paja de su propio organismo, nacía con la solvencia del mismo cuerpo, y en el sol y la intemperie lograba la misma reciedumbre: el destello o la opacidad del yermo que, según las estaciones, convierte a Celama en la herrumbrosa planicie que brilla o se oscurece con el golpe del metal muerto.

El viejo caserón se sustentaba en las piedras sillares, y el prestigio de la piedra de sus muros, más allá de las maltrechas mamposterías y la horadada techumbre de tejas sueltas y roñosas, decidió al no menos roñoso gobierno local de turno, que en las cábalas presupuestarias percibió un ahorro un tanto irreal, como no mucho después demostrarían las obras de rehabilitación y acondicionamiento.

Aquella caliza mugrienta, de espatos y carbonatos malheridos por el resol y la intemperie, de la que nadie en Celama sabía dar razón de su procedencia, ganaba una batalla inútil al adobe fortificado de las fincas aledañas y al ladrillo de la tejera de Anterna que, poco a poco, desde la nueva Farmacia de Lidia Veral y los Ultramarinos de Franco Acedo, irían imponiendo una estrategia moderna, que culminaría don Bando Riera, el cura párroco que tres años más tarde erigió la torre de ladrillo de la

iglesia de Santa Ula, con su campanario y su espadaña, como una guía de arcilla floreciente en el espinazo de la Plaza.

Cibo Yebra me dijo que las obras comenzarían desalojando los bajos del Consistorio y que nadie tenía especial interés en los trastos, documentos y objetos que hubiese almacenados en el viejo Consultorio, entre otras cosas porque nadie tenía ni idea de lo que pudiera haber y, además, revisar el resto de la planta ya daría suficiente trabajo.

Dos camiones se encargaban de aquella laboriosa operación, y el propio Cibo, como Secretario en funciones del Ayuntamiento, dirigía la escueta cuadrilla de mozos, que acarreaban sin orden ni concierto lo que iban sacando de las distintas dependencias. Con lo único que había que tener cuidado era con los legajos y libros de contabilidad que aparecían de pronto, entre los más insospechados embalajes, como restos de la remota burocracia que la humedad y algún conato de incendio habían arrumbado sin remisión.

En realidad, lo que más preocupaba a Cibo es que se perdieran algunos expedientes históricos de donaciones y permutas que contenían las referencias más lejanas de Santa Ula y su alfoz, donde se nombraba su condición de Tenencia en poder de un Merino llamado Alvar Pinello, delegado regio por el mil ciento noventa y tres. Existía un cuaderno en el Arca Local donde se guardaban sellos y documentos de problemática lectura y que nunca, que se supiera, habían llegado a manos expertas capaces de transliterarlos, que referenciaba variados expedientes de significación histórica: unos estaban en la misma Arca, otros los había encontrado Cibo en el fondo de un baúl que contenía la ropa apolillada de alguna festividad municipal, y la mayor parte se daban por extraviados.

La Llanura, con Santa Ula en el centro comarcal, parecía haber sido, como solar de realengo, un importante enclave en el pasillo que el rey de turno, Fernando II, necesitaba como vía de expansión en los caminos de Extremadura, hacia Niebla y Lisboa. Un pasillo fácilmente protegible, finalizadas las disputas fronterizas con Sancho III, en la romana Ruta de la Plata, cuando los enemigos de Fernando ya no vendrían del Sur sino del oriente castellano.

Cibo sabía pocas cosas más, las que alguna que otra vez le habría oído a don Cosme Luelda, el fraile exclaustro de Olencia que durante algunos años de su vida religiosa fue profesor en el monasterio de San Lorenzo de El Escorial.

Legados, libros y papelorios debían ser amontonados en el zaguán, durante el desalojo, para que Cibo decidiera sobre la marcha, pero el polvo, el pernicioso estado de los mismos, y el absoluto desorden en que iban apareciendo, lo desanimó en seguida. La única preocupación final, más allá de aquella determinación documental de la originaria historia de Celama, se redujo a la posibilidad de hallar algunos Libros de Actas bastante recientes y también absurdamente perdidos, sobre los que Cibo y el gobierno tendrían contraída alguna responsabilidad.

Los papeles de Ponce de Lesco estaban en el armario, en la esquina más recóndita del Consultorio. Los demás muebles y objetos los deseché a primera vista: mobiliario clínico tan vetusto como desbaratado, una autoclave descascarillada que había rodado por el suelo como un tambor, algunas vitrinas que almacenaban el instrumental quirúrgico como el surtido del saldo del más anciano ferretero de la Llanura.

Resultaba bastante deprimente moverse por aquel local, cuyas contraventanas habían tenido que ser forzadas para que la luz recobrara lo que la oscuridad y el abandono habían hecho suyo en tantas décadas.

Los mozos, siguiendo las instrucciones de Cibo, habían desencajado las puertas y, según contaban, en las primeras horas no había sido posible asomar siquiera, porque el tufo supuraba un hálito venenoso. Era esa atmósfera que contagia el hedor de la enfermedad como una nube tóxica que propagó el aliento maligno de los pacientes en los millares de consultas: el lastre de sus miserias corporales y de su desdicha y dolor.

Yo no podía sustraerme a la familiaridad de ese veneno, posiblemente hasta podía administrármelo con menos riesgo que me administraba la nicotina de mis tagarninas, el alcohol de las copas menos beneficiosas. Resultaba deprimente moverse por el local, porque el ánimo siempre se trastorna entre la decrepitud de las cosas que alguna vez tuvieron un destino práctico, y luego el desuso las destruye sin hacerlas desaparecer, cediéndoles la muerte sin requisar el cadáver. Esa atmósfera, ese veneno, es la misma que se expande por el interior de los hospitales abandonados, donde la asepsia jamás logró paliar el sudor de la desgracia.

Era un armario de dos cuerpos, de roble, con el barniz de los féretros que ya perdieron el brillo en la sepultura, de una solidez que hacía más temible el peso de su contenido, sin molduras ni torneados, apenas la hendidura de un espartano dibujo geométrico en las puertas y el adusto simulacro de una garra en las patas. Me pareció que de todos los desechos del Consultorio, perfectamente identificables en su decrepitud, el armario cerrado a cal y canto y sin el menor indicio de las llaves para abrirlo, era lo único que había preservado su dignidad y su secreto, y no tardé en decidir que también era lo único que me interesaba.

Convencer a Cibo de que, cuando fuera posible, uno de los camiones me lo llevara a Los Oscos, no costó demasiado, aunque Cibo me proponía abrirlo allí mismo, en el zaguán, para que decidiera sobre la marcha el interés del contenido.

De Ponce de Lesco y Villafañe, médico en Celama entre los años mil ochocientos sesenta y mil ochocientos ochenta y tantos, yo tenía la mínima noticia de algunos otros antecesores, de los que la memoria de los paisanos de la Llanura guardaba, seguro que con más capricho que juicio, observaciones variopintas, casi siempre dominadas por el despecho de saber que todos ellos, más tarde o más temprano, se habían ido. Ningún médico, que se supiera, estaba enterrado en los cementerios de Celama, nadie había arraigado con un compromiso familiar que lo retuviera hasta su

jubilación: todos eran aves de paso, y posiblemente Lesco se encontraba entre los que habían mantenido una estancia más prolongada.

El único dato peculiar con que yo contaba sobre él, y que marcaba el aprecio de una cierta curiosidad que lo distinguía de la masa común de los otros antecesores, era una escueta publicación que había descubierto por pura casualidad en la Biblioteca de Olencia. Se trataba de un opúsculo publicado en la Imprenta de Saturnino Robla, en Ordial, en mil ochocientos sesenta y nueve, titulado *El Sarampión en la Villa de Anterna y pueblos limítrofes o descripción topográfica de la Villa, críticas de las doctrinas del Sarampión e historias clínicas de la epidemia*, que según constaba en la portadilla era *Obra laureada en público concurso por la Sociedad de Amigos del País de Ordial*, en el mismo año de su publicación.

Cibo Yebra cumplió lo prometido y el dichoso armario apareció un mediodía en el corral de mi casa. Digo que apareció porque los mozos encargados del transporte no encontraron aquella mañana a Nubia para que les abriera la casa y poder dejarlo a mejor recaudo, y no se anduvieron con cajas templadas: lo abandonaron allí con la misma indolencia con que se deja la herramienta en el último surco a la hora de comer.

Yo iba a entrar al corral, todavía montando a Mensa, y la mula receló como si aquella aparición le recordara algún espanto de los tiempos en que la noria la sometía al tormento de la rutina y la ceguera. Ciertamente, el armario podía hacer recelar o asustar a cualquiera, porque allí varado, tan ajeno a la lógica de su necesidad, había adquirido la condición más extemporánea. Podía pensarse que el Buque Fantasma del Pirata del Yermo lo había arrojado como un pecio en la orilla del erial o que, al fin, bajo la luz viva del mediodía el lacerado barniz de su enterramiento restituía su identidad de caja mortuoria.

Encerré a Mensa, que no cejó de recelar y alzar las patas traseras a la defensiva, y pensé que lo mejor de todo era proceder a abrir el armario allí mismo y sin demasiados miramientos: con el hacha de la leña, el cortafríos y el martillo.

Los papeles fueron lo último que llegó a mis manos, después de ir esparciendo por el corral aquel desbarajuste de prospectos, expedientes y muestras. Estaban en una carpeta atada con la misma cinta de balduque de los legajos. Había dos paralelos montones de cuartillas, manuscritas por las dos caras con una letra grande y desgarrada. La tinta sepia reconvertía los ampulosos rasgos en una huella seca, como las ramas desmañadas del árbol se convierten en leña, y en las infinitas cuartillas la grafía derivaba del pulso firme de la línea a una declinante caída: de su destreza a su debilidad.

El mueble lo aprovechó Nubia. Un sobrino suyo de Rodal era aficionado a la carpintería y las vetustas tablas de roble podrían servirle para algún avío. De los expedientes hice una inspección apresurada y, con los prospectos, se consumieron en la hoguera, al otro lado del extremo de la barda. Al anochecer regué las brasa para apagar cualquier rescoldo y evitar que el aire se llevara la mínima pavesa de una

bronquitis o una ictericia. Las muestras y los residuos de las fórmulas magistrales las destruí una a una, y Nubia las hizo desaparecer en la basura.

No había un orden estricto en los papeles y no estaba respetada la paginación. Comprendí en seguida que se trataba de una Memoria médica de Celama y pensé en Lesco, antes de encontrar la referencia de su nombre. La letra resultaba relativamente clara pero bastante molesta, y me llevó mucho tiempo ordenar por completo las cuartillas.

La que titulaba el trabajo estaba extraviada hacia el final. Las letras mayúsculas componían un friso bastante precario pero muy detallado: *Estudio topográfico y médico de Celama por Ovidio Ponce de Lesco y Villafañe. Memoria original e inédita para el concurso convocado por la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona en mil ochocientos ochenta y ocho.*

En las últimas cuartillas había unos complicados dibujos geométricos, que componían unas tablas numéricas muy detalladas e incompletas. Había que compaginar esas cuartillas finales para descubrir el proyecto de un *Mapa astronómico-topográfico y estadístico-demográfico de Celama* que Lesco no había concluido. Probablemente el manuscrito tampoco había llegado a concursar, al menos en las condiciones en que yo lo encontré.

Y son tres o cuatro voces las que retumban como detonaciones en la distancia de las Hectáreas, el eco de lo mismo ahora que declina la tarde y todavía el sopor de esta larga cabezada se alimenta del aguardiente, el último sorbo casi se queda en los labios, la lengua lo retiene y por la comisura se derraman las gotas hasta diluirse en los pelos más cercanos de la barbilla, cuando ya la somnolencia lima la voluntad de cualquier gesto, de cualquier movimiento, y sólo un instante después, sin voluntad ni razón, la boca se abre con la respiración indolente que requiere el cuerpo desmadejado y la lengua asoma con la saliva que en los labios todavía rescata esa huella de alcohol que sin ninguna conciencia me hace relamer, porque esta larga cabezada llena de sobresaltos jamás confluye en el sueño profundo que traspone cualquier frontera y vence sin remedio todas las potencias, el sueño de la noche que es un hábito que no perdí, a pesar de los avisos que rara vez perdonan, porque siempre hay un enfermo que confunde el desasosiego de la enfermedad con el temor que la agrava y las crisis, las verdaderas y las imaginadas, sobrevienen con más frecuencia en las horas altas, en el vértigo del día que no acaba de llegar porque la noche lo ahuyenta sin remedio, lo mismo que se presenta el parto cuando ni siquiera se distinguen los caminos, y de Hontasul a Omares va la pobre Mensa aturdida y rota por la senda del hielo o del polvo que la noche hace más larga que nunca en la Llanura, esas tres o cuatro voces que retumban con igual intención en las Hectáreas y que recaban la memoria de un disparo, llamando, reconviniendo, amenazando, blasfemando, que el eco unifica porque en la atmósfera limpia de la tarde son limpios los sonidos y retumban en el mismo cristal, aunque ahora, ese que viene de la Hemina de Lirio, al oeste o acaso al noroeste, podría ser de la voz de Arcino, un insulto dirigido a su hijo Clebo o a Cerila, a uno y otro lado de los surcos controlando el agua diminuta del Pozo que se les va, la pobre niña inquieta que se perdió por la Llanura, seis días y seis noches de un noviembre aciago, ya no era posible que no le hubiese sucedido alguna desgracia, un Pozo, la corriente de la Huerga que en el invierno lluvioso es un río de desperdicios, algún Sacamantecas de los que todavía, cuando no hay otra cosa con que asustar, se mentan con el recuerdo del muerto de Lises o el desaparecido de Cinera, muerto sin señales de las que morir y desaparecido que se esfumó, en ambos casos hubo presencias extrañas, en las lindes de Lises un mendigo, uno de esos Hombres del Saco que piden y maldicen y del mismo modo besan el mendrugo del pan que lo escupen, en Cinera algunos días antes de la desaparición pasó un carromato de Húngaros, de los que cruzan sin detenerse y se alejan de los pueblos como alma que lleva el diablo, porque en Celama no hay funciones ni los mendigos hacen carrera, no se entiende la pobreza como profesión ni el entretenimiento del titiritero que mata de pena a los espectadores porque el hambre y la desgracia ajena no dan para sustentar un espectáculo, pero en los seis días, por mucho que se

mentaran los Sacamantecas, nadie daba razón de ningún forastero, y Cerila estaba perdida, los hombres cansados, la Llanura entera puesta en pie, removida, con cuadrillas que se turnaban e iban y venían por las Hectáreas sin dejar recodo, el cuerpo de doce años de una niña malnutrida que, como decía su madre, sufría para comer, no es mucho mayor que el de un perro que se congela y el invierno lo borra hasta petrificarlo, tantos aparecen en las primaveras, disecados, hasta que la escucharon llorar, la oyó su tía Altera, un llanto de miedo y sueño en el sobrado de su misma casa, donde Cerila estaba escondida, medio inconsciente debajo de las polvorientas arpilleras, la sangre seca que manchaba sus escuálidos muslos y el olor de una tierna podredumbre que entre ellos había manado, eran las huecas más dolorosas e incomprensibles de su miedo, aquella lacerada intimidad que toda Celama conoció y que, quien más quien menos, achacó a la pobreza de espíritu de la niña, que en todo el invierno no quiso salir de casa, y es a ella a quien grita Arcino, el hijo también acaba de gritar, el nombre de Cerila suena en sus bocas como una imprecación, el agua se fue del surco, ese Pozo de la Hemina de Lirio tiene la hechura del Alemán de Sormigo pero siempre está bajo, nunca riegan la mitad de lo que quieren, la otra voz, la que retumba hacia la Huerga y el Sabral se confunde con una más cercana, Elidio y Breta, el primero, podría jurarlo, sentado al pie de la boca del Pozo, liando el cigarro o ya fumándolo, también con la botella cuyo cuello tiene atado con la cuerda que le permite meterla y sacarla del Pozo para que el vino esté frío, Breta con la azada al pie del agua que apenas se mueve, una viuda en la treintena, un hijo de diez años, cinco desde el accidente, la tarde era la misma que ésta pero yo no estaba dando la cabezada en esta esquina del corral donde la morera me manchaba la camisa sin que Nubia lograra que cambiase de costumbre, algo que tantas veces intentó mi madre, hasta que empezó a secarse y ordené que la talaran, la única morera de Celama, un árbol extraño en la estepa que jamás dejó de dar frutos, las moras que reventaban maduras y alimentaban a los tordos que se iban a la Huerga con el pico morado, ella llegó más tarde, estaba embarazada y hasta el Sabral, desde la última casa de Loza, las Hectáreas eran más penosas, las veredas no alineaban un camino seguro, la embarazada respira con mayor aprensión con el susto y los nervios, no me entretuve en aparejar a Mensa, desde la habitación donde fumaba la tercera tagarnina y bebía la quinta copa, escuché la voz de Oturio antes de que abriese la portala del corral, bajé corriendo y, en el traspies de los escalones, me cayó la colilla de la boca y el aguardiente me golpeó en las sienes, no acababa de entender a Oturio pero escuchaba la indicación del Sabral y el instinto siempre ampara la encomienda que uno tiene, cualquier voz, cualquier llamada, incita a la urgencia, y lo más a mano es el maletín y esa disposición que controla la impaciencia para no precipitarse más de lo preciso, el Pozo estaba en construcción y Bildo, el marido de Breta, había caído al fondo cuando el macho tiró a destiempo enganchándole un pie, la oscura profundidad que era un ojo sin pupila, esa mirada líquida de la tierra que me llenó de espanto cuando, con Oturio, fui a asomarme al agujero del muerto que no era otra

cosa que el agujero del ahogado, no hay mayor contradicción que ahogarse en la Llanura, la carrera por las lindes no sólo me ponía el corazón en la boca, también la salpicadura seca del aguardiente en la conciencia y en la memoria, sujeté a duras penas a Oturio, con la soga atada a la cintura, bajando como podía por el resalte de los descensos que hacían practicable la construcción del Pozo, tocaba el agua con el pie, gritaba el nombre de Bildo, nunca hubo nadie en Celama que supiese nadar, casi todos los ahogados del Urgo y del Sela eran de la Comarca, a veces ahogados como Sicio y Marba, los adolescentes de dos caseríos de Valcueva a los que el agua del Urgo, en el remanso del puente de Don Suero, ni siquiera les llegaba a la cintura y, sin embargo, se ahogaron cogidos de la mano, sin que la mansa corriente pudiera moverlos, morados y desnudos, dos bultos en la palera que se avistaba desde el puente, el dictamen del forense detallaba la crispación de las manos que aferraban el horror de la misma expectativa, los pulmones encharcados, hinchado el vientre, y la desnudez malva fue lo único que dio que hablar, aunque todos sabían del amor de Sicio y Marba y las familias guardaron la misma discreción, en las Norias no muy lejanas de la Valcueva los habían visto, una y otra tarde de algún domingo, tirados y quietos, desnudos, dormidos, anticipadamente muertos, y debía ser la misma razón de su desnudez en las aguas del Urgo, la propia intimidad que los postraba callados, igual que se quisieron tantos otros en Celama, Rodo y Malina en Los Llanares, Teco y Ninfa en el Cordal, parejas silenciosas que, en cualquier caso, cuando el cura de una y otra parroquia pidió en la boda el consentimiento no abrieron la boca, simplemente asintieron con la cabeza, y al requerirles el cura que lo hiciesen de palabra, como el Derecho Canónico ordena, ambas decidieron que el sacramento no pagaba aquella extorsión y decidieron vivir amancebadas o, como se dice en Celama, amontonadas, ajenas a la bendición que no respeta la intimidad de una complicidad tan grande como la que el amor genera entre quienes nunca se lo confesaron y jamás se lo confesarían a nadie, y no había nada en la sima del Pozo, nada en el extremo de la oscura superficie, hasta tal punto que le pregunté a Oturio si estaba presente cuando Bildo cayó y él tuvo la duda de que así fuera, pero una duda instantánea que apenas le servía de coartada para confiar que la tragedia no se hubiese producido, venía por la linde, escuchó el grito de la caída y el espanto del macho que se alejó en la Noria arrastrando una de las canastas llenas de grijo, no cabía la menor duda, el cuerpo estaba en el Pozo y, antes de irme a avisar, Oturio había hecho todo lo que se le había ocurrido, agarrarse al último resalte, meterse hasta la cintura en el agua, patear dando voces, nada, ni la mínima respuesta, la caída de Bildo desde la boca era suficiente para que con los golpes hubiese perdido el conocimiento, la profundidad no podíamos calculada, había que desecar el Pozo, avisar al Cuartel de Santa Ula, llegaron Breta y las cuñadas y algunos hombres de Loza, la mano me resbalaba en el asa del maletín con un sudor de alcohol y ansiedad, a Rina la cuñada más joven se le había desprendido la media de la pierna derecha, hubo que atender a Breta, la histeria de su voz llamando al marido, siempre que la oigo y la siento en la distancia del

Sabral escucho el eco del nombre de Bildo en el Pozo, jamás se resignó a la circunstancia de su muerte, al menos durante mucho tiempo pensó que el cuerpo no había sido rescatado, que el cadáver del entierro era un engaño, que entre la tumba en el cementerio del Morgal y el Pozo, que los hombres de Loza ayudarían a rematar, había una mentira piadosa, igual que tantas otras de los muertos accidentados de los Pozos de la Llanura, porque siempre se comentó que en algunos de ellos la profundidad no tenía fin y entre las cuarcitas, los limos y las arcillas salubosas se petrificaba la carne del ahogado como la de los perros asilvestrados en las heladas más inmisericordes del invierno, y eran ya sin remisión parte de la entraña y del cultivo, aunque no fue ése el caso de Bildo por mucho que Breta llegara a creerlo, se necesitaron muchas horas para sacarlo pero, al fin, colgaba del gancho y de la viga, con la soga bajo los brazos, y era fácil apreciar el violento traumatismo de la frente, un pie desnudo asomando en la pernera del pantalón y el otro calzado con la bota e intacta la lazada del cordón de la misma, el desnudo era el derecho como el de la media caída de la cuñada, un contraste de leche y cieno, la corva immaculada que la media oscura destapó como si la intimidad de ambos se correspondiera, el pensamiento más extraviado del alcohol y el tabaco, de la carrera y el sudor, el que vuelve en el sueño mojado de algunas noches, sin rostro pero con el cuerpo que continúa la imagen de la piel que la media descubre, son otras voces que ya no retumban en las Hectáreas, que vienen del eco de la lejanía que la tarde agranda y se disuelven en el sumidero de la somnolencia que me hizo alzar la cabeza, sentir la saliva en los pelos cercanos del labio inferior, una baba acre que también mezcla algo de nicotina, no me muevo en la hamaca, es la voz de Breta quien llama pero ¿a quién llama...?, Arcino volvió a insultar a Clebo, Cerila cierra los ojos, el llanto mana por la comisura del párpado derecho, la primera lágrima que el dolor seco de Breta no vierte, un pájaro harapiento huye de la detonación, de la llamada, limpié los muslos escuálidos de la niña, no pasa nada, le dije sin que se dejara acariciar la melena, hay que cuidarla, le ordené a Alier, la tierna podredumbre olía a las vísceras recientes de la artesa del cercano fregadero, tres o cuatro voces, una maldición...

Las cuartillas que Ponce de Lesco y Villafaña dedicaba a las Necrópolis de Celama, influyeron para que optara por los muertos y dejara de interesarme por los vivos, a la hora de escribir estas páginas que habrían de convertirse, sin mayor ambición, en una especie de Obituario que contuviera la incompleta memoria necrológica de tantos vecinos que conocí o de los que supe, convencido de que enumerar a los muertos iba a permitirme mayor libertad que contabilizar a los vivos.

Siempre es más fácil compaginar la imaginación con el recuerdo y, además, nadie vuelve del pasado a pedir cuentas por la inexactitud de lo narrado: no hay palabras que puedan alterar el reposo de los muertos, y tampoco quería yo contar lo que pudiera pertenecer a su secreto más íntimo, porque sería difícil que lo supiese. En tal caso, ese secreto sería inventado y, al serlo, el propio muerto estaría más cerca de la fabulación que de la realidad y hasta su mismo nombre ya no sería tan suyo como el grabado en el mármol o la piedra de su sepultura.

Ponce de Lesco hablaba de las dos Necrópolis de Celama que existían en su tiempo, una de ellas todavía vigente, la otra clausurada. La vigente es el cementerio del Argañal, en los pagos comunales del Morgal, donde se siguen haciendo parte de los enterramientos de ese Norte de la Llanura que podemos situar de Santa Ula hacia arriba. La clausurada estaba en otros pagos comunales del Cindio, al Sur para entendernos, y la sustituyó, más al Suroeste, en paralelos pagos, la Santa Quilla, que ya no es un cementerio de adobe sino de ladrillo, de la misma tejera de Anterna e igual color que la torre que erigió don Bando y que, por supuesto, Lesco no conoció.

No se andaba por las ramas Ponce de Lesco a la hora de analizar el estado de las Necrópolis de Celama. Antes de consideradas daba rienda suelta a sus conocimientos con una detallada Introducción sobre cómo las distintas culturas y civilizaciones habían acometido el problema higiénico y social del sepelio humano.

Parecía lógico mencionar las masas pétreas que simbolizaban, según sus palabras, el materialismo de las primitivas edades del mundo, con las cavernas que guardan los sarcófagos de los Alejandro y Tolomeos y algunas generaciones del pueblo Faraónico. O curiosas costumbres, en el otro extremo del rito, como las de los escitas que suspendían a sus muertos de los árboles.

Era razonable que fuese el pueblo hebreo, con Moisés dispuesto a declarar impuro a quien osara tocar a los muertos, quien decretara la inhumación de los cadáveres, ejemplo secundado por Grecia y universalizado por Roma en sus conquistas y dominaciones.

Tampoco a Lesco se le iba a pasar la santificación de esa costumbre que preceptuó el cristianismo incluyéndola en sus obras de misericordia: el cristianismo

es, en su opinión, la religión que mejor armoniza las tendencias del espíritu humano con la vida y el bienestar social.

Pero ¿dónde, en qué lugar, enterrar a los difuntos? Los pueblos cristianos unificaron los sentimientos piadosos, la idea de igualdad de la materia ante la muerte, y la intención de la mejor custodia de los queridos despojos, y decidieron que no había espacio más propicio que el modesto y sagrado suelo de los templos.

Entre nosotros, tuvo que llegar Carlos III, tan proclive a la salubridad e higiene pública en su reinado, para que se ordenara la fundación de cementerios y se prohibiesen, hasta donde fuera posible, los enterramientos en los templos. Lesco cita Órdenes Reales y de las Cortes y Circulares de la Dirección General de Beneficencia y Sanidad, dirigidas a erradicar definitivamente esa costumbre que acabó en solitario privilegio.

¿Dónde están los muertos históricos de Celama, los muertos de los siglos que vuelan como aves anónimas, al menos desde aquellos mil ciento noventa y tantos a que remiten, en algún sentido, los extraviados documentos municipales, cuando ya se nombraba a Santa Ula y su alfoz?

El agustino exclaustro de Olencia algo sabría, pero no de los muertos, entre otras cosas porque esa genérica denominación no hace posible ninguna identidad: los muertos históricos de Celama son una incierta masa de rostros comunes sin rasgos ni mirada, que a nadie pertenecen a no ser a la tierra que los contiene, muertos sin espacio sagrado ni lápida, ya que aquellos siglos no parecen demasiado piadosos en la Llanura porque no hay huella de muchos templos, apenas algún monasterio renombrado.

No es que de los más modernos exista constancia detallada, pero los cementerios ya determinan un cobijo y, al menos, desde el siglo pasado el lugar de los muertos tiene su linde, el muro de adobe, la cancilla con la cruz, hasta el clausurado en el Cindio, cuya estructura se respeta aunque el tiempo haya ido borrando las particulares identidades de quienes lo habitan y, al fin, sus inquilinos formarán parte del patrimonio genérico, cuando la constancia del último afecto familiar se haya extinguido, lo que ya sucede en la mayoría de los casos.

Ésta es la primera Necrópolis que cita Ponce de Lesco. Dice que pudo ser utilizada desde el mil ochocientos veinticuatro y que tuvo en sus orígenes la forma cuadrilátera que perdió con los ensanches. Era el cementerio de las Ánimas, y estaba cercado por espesos muros de adobe, la portada principal al Este, restos de una mampostería de piedra, cancelas de hierro. El muro posterior cortado en su centro por la diminuta Capilla de las Ánimas, y en el cruce central de las dos líneas que van de Norte a Sur y de Este a Oeste, la división de cuatro castros anteriores a la Capilla y, por los dos laterales, dos lienzos con otros dos castros.

El informe de Lesco corrobora que la tierra de las tumbas estaba saponificada de materia orgánica, lo que indujo al ensanche del sagrado recinto. Y fueron los sucesivos ensanches los que mantuvieron vigentes las inhumaciones en Las Ánimas en el tiempo que comenta, del mismo modo que sucedió al Norte con el Argañal, más moderno y con mejores previsiones, en el que Ponce de Lesco ya menciona la *morgue* como edificación de la sala de autopsias y depósito de cadáveres, y los nichos subterráneos separados por el consabido paseo, más la galería de urnas cinerarias.

Se complace el autor de la disposición del correspondiente gobierno local en aquellos años, tras la incuria higiénica de otros muchos antecesores, aunque lamenta que los ensanches previstos, tanto en Las Animas como en el Argañal, no parezcan suficientes para dar sepultura a la mortalidad ordinaria de la población que ocurriera en quince años, sin ocupar en este plazo más que una sola sepultura, ya que según el deseo de los más afamados higienistas, entre los que cita al francés Lizier, los cementerios han de ser, al menos, diez veces mayores que lo suficiente para sepultar la población de un año.

El último muerto de Las Ánimas fue Sindo Valero.

Su muerte coincide con la clausura del cementerio a finales del siglo pasado, y el que su recuerdo se haya perpetuado tiene, sin duda, mucho que ver con la peculiaridad de su muerte y con la circunstancia paralela de otro muerto posterior, Aníbal Serto, enterrado en el Argañal en los primeros años del presente siglo.

No hay en sus sepulturas fechas concretas, ambas son demasiado modestas y hasta en los nombres de la piedra que las preside falta alguna letra, lo que indica el apresuramiento o descuido de quien las labró.

Pero de ambos se ha venido hablando en Celama lo suficiente para no estar olvidados, y eso que ninguno de ellos tiene en la actualidad, que yo sepa, descendientes: Sindo y Aníbal eran solterones, lo que en la Llanura implica un grado distinto al de solteros, un grado de convicción y reserva tan acérrimo que acaba fraguando auténticas fortalezas ajenas al compromiso.

Los solterones hacen de la soledad su condición de tales, son buenos vecinos pero se relacionan poco, jamás emigran, se mantienen extremadamente castos y casi nunca enferman. También suelen ser buenos labradores, aunque en el caso de Sindo y Aníbal acabaron abandonando el trabajo de las Hectáreas para cambiarlo por el de la albañilería y, por ese conducto, hacerse sepultureros.

Otra característica de los solterones de la Llanura es un grado de curiosidad distinto al del resto de los mortales: esa curiosidad que proviene de la observación de la Naturaleza, como si todo lo importante que sucediera en el mundo estuviera en ese reino de la materia, donde el ser humano es un invitado transitorio que sólo debiera tener derecho a mirar y callarse.

Los solterones no cazan ni van a misa, y el mayor afecto suelen expresarlo a los niños y a los animales domésticos. Habitualmente, los festivos jamás salen de casa.

Resulta difícil entrar en Las Ánimas porque el abandono del recinto prácticamente imposibilita el acceso, pero la tumba de Sindo se reconoce desde la herrumbrosa cancilla ya que es la última del castro más a mano.

En realidad, Las Ánimas se ha convertido en una rara fortificación a la que el viento y la inclemencia, como es habitual con el adobe, laceran sin destruir, horadan sin derribar, de modo que los muros asientan su densidad más férrea como si poco a poco fuesen despojados de lo superfluo. Son muros esquilmados que parecen estar transformando el barro en metal.

La clausura provocó el lógico abandono, y el olvido fue cimentando esa imagen callada de la muerte que no acaba de encontrar la aureola fantasmal porque es una imagen tan vulgar y cotidiana como la propia vida. Nunca los muertos de Las Ánimas salieron del Cindio, ni siquiera con el artilugio de los fuegos fatuos para asustar al último borracho de la Taberna de Remielgo, el que siempre se pierde al volver a casa.

El tiempo, que tanto tiene que ver con la vida y tan poco con la muerte, ya que la muerte discurre a sus espaldas, logró con el olvido despejar de cualquier dramatismo a ese inocuo paraje.

La verdad es que el Norte y el Sur de la Llanura no son muy distintos, la geografía común de Celama se constituye en la misma plataforma, encajonada por los ríos Urgo y Sela, prácticamente llana y sólo con una ligera inclinación de arriba a abajo que diferencia en unos doscientos metros la latitud del Bardán, en el Norte, al Poruelo, en el Sur, con menos de cuarenta kilómetros en línea recta entre ambos lugares y, sin embargo, los vientos baten más impiamente ese Sur del Poruelo y el Cindio, del que tan reciamente se defendieron Las Ánimas.

Sindo Valero dedicó una buena parte de los últimos meses de su existencia a cavar con extremo cuidado su propia tumba. Y las mismas o parecidas artes de una buena albañilería las empleó, muchos años después, Aníbal Serto para disponer la suya.

En uno y otro caso decidieron que, a fin de cuentas, la sepultura es el hogar de la eternidad de donde nadie vuelve: la casa definitiva donde morar cuando dejamos de ser lo poco que somos.

Hubo comentarios, y hasta requerimientos algo escandalosos, cuando por las cocinas del Territorio corrió la noticia del afán de los sepultureros por buscar acomodo al más allá de sus cuerpos, probablemente reñido con el más acá de sus almas, ya que uno y otro, solterones de la casta más recia, ni iban a misa ni cumplían por Pascua.

Del caso de Sindo hay menos datos, aunque los suficientes para saber que con el propio cuerpo tomaba medida de la propia tumba y que, en ocasiones, las tardes del agosto que precedió a su óbito, el agosto de un verano extremadamente caluroso, ya las pasaba en la sepultura, haciéndose a la querencia de sus muros entre el frescor y las lagartijas.

Sin embargo, el día que desapareció, no se le ocurrió a nadie ir a Las Ánimas. Nadie había visto a Sindo, nadie daba razón de su paradero, probablemente a nadie le preocupaba mucho que un solterón de tal laya no asomase por ningún sitio, ya que del capricho de los solterones nadie tenía mucho interés en dar cuenta: cualquier quimera podía desbaratar el pensamiento de uno de ellos, y sobre esas quimeras no había previsión posible.

Sindo Valero murió en su fosa y, de ese modo, hizo el camino anticipado que todo ser humano tiene comprometido con su sepelio: murió donde debían enterrarlo y, como siempre se dijo en Celama, ahorró el entierro.

Los solterones, se me olvidaba hacerlo constar, gastan poco y casi siempre viven con lo puesto.

En el caso de Aníbal, las cosas fueron más o menos lo mismo, pero hechas con mucho más tiempo. Sindo hizo la fosa en los últimos meses de su existencia, y Aníbal en los últimos seis años.

La fosa de Aníbal Serto ganó, en tanto tiempo, mayores lujos y comodidades, hasta tal punto que la querencia de la misma se sobrepuso a su propio domicilio. Empezó pasando en ella los fines de semana y acabó quedándose, en las estaciones que lo permitían, un día sí y otro no.

A la gente no le gustaba un pelo aquella afición del sepulturero, y el recuerdo de Sindo tampoco era grato en este sentido. Del Ayuntamiento de Santa Ula le llegó la notificación de que el Argañal había que cerrarlo todos los días al oscurecer, sin que bajo ningún concepto se permitieran en el cementerio visitas ni estancias fuera de hora.

El hecho de que Aníbal cumpliera lo ordenado, saliese, cerrara la cancilla con el candado, no evitó que a media noche volviera, si era de su gusto, al escaso terreno de su propiedad, ya que la tumba la tenía, desde que decidió hacerse con ella, convenientemente escriturada.

El sepelio no lo ahorró, porque Aníbal no falleció un fin de semana, pero ¿quién iba a arrebatarle ya aquella doméstica atmósfera de su habitación y costumbre, el regalo de un hoyo donde la vida se emparentaba mejor que en ningún otro sitio con la soledad que tanto apreciara, y a la que en la muerte no iba a renunciar?

Ni las autoridades de Santa Ula que presidieron el sepelio, ya que Aníbal era un trabajador municipal, pudieron sustraerse a la comentada observación de lo que la fosa contenía: los pares de calcetines, la camiseta y el calzoncillo, el hornillo y la cafetera, la petaca, el braguero de herniado.

Es frecuente en los solterones alguna dolencia íntima, y las hernias inguinales ya las contabiliza Lesco en su *Memoria* con una evaluación estadística muy significativa entre ellos.

De mi larga experiencia en el Territorio podría recordar algunos casos extremos de respeto y misterio alrededor de una persona. Me refiero a esa aureola de temor o discreción que ampara un silencio estricto, una extraña barrera que, a la segunda de cambio, te hace renunciar a la curiosidad.

Uno de ellos es el de Venancio Lisán, otro el de Limo Terrado, un hombre de Omares que falleció de escrófulas en 1915.

A Limo lo atendí en más de una ocasión. El sobrino que con él vivía, un chico bastante alelado que se llamaba Surio, venía a avisarme de un modo bastante especial: no llamaba a la puerta, no decía nada, se sentaba en el poyo de la entrada con los ojos en el suelo y las manos en las rodillas. La primera vez debieron de pasar dos o tres horas hasta que mi madre se percató de su presencia.

Limo falleció en su casa de Omares, no llegaba a los sesenta años, y nadie en el pueblo se dio especialmente por aludido. No es normal en Celama que a un entierro acudan cuatro personas y que el cura cumpla el trámite con cara de pocos amigos. Al de Limo fueron tres viejas rezadoras de una de esas cofradías de la Buena Muerte, el sobrino y el gato.

Surio se marchó de Omares en los días posteriores al fallecimiento de su tío, era huérfano pero tenía algunos parientes por la Vega.

Del recuerdo de Limo no quedaba ni rastro al mes de su defunción: la casa cerrada a cal y canto como un cofre tirado en la calleja, y el corral con la última gallina desamparada, cuando ya todas las demás habían huido.

La única persona a la que oí mentar a Limo Terrado, mucho tiempo después, fue a un paciente de Bericia que se llamaba Ángel Zuero, un hombre ya muy viejo que tenía los bronquios arruinados.

—Aquí en la Llanura... —comentó, cuando le ponía una inyección— pasa como en el mundo en general: siempre hay alguna persona en la que particularmente encarna lo bueno o lo malo. Cillero la inquina, doña Puela el orgullo, Baltanás la miseria, Arbodio la pereza, Terrado la envidia...

—¿Se refiere usted a Limo Terrado, el que murió en Omares...?

—No hubo otro ni lo habrá... —dijo el viejo—. Usted a lo mejor como médico sabe más que nadie de estas cosas porque no tiene más remedio que conocer a fondo al género humano. Entonces de la envidia tendrá buena noticia: el pesar y la pena por el bien ajeno. Y ése fue el único sentimiento que en vida tuvo Terrado.

Que la envidia fuera la materia con que se había fortificado la existencia de Limo

no era una noticia extraordinaria, porque la envidia no es, en ningún sitio, un sentimiento escaso.

—No se equivoque... —aclaró Ángel Zuero—. La envidia no es una lepra que corrompe sólo al que la padece, el envidioso necesita a los demás, se alimenta del bien ajeno y, en ese sentido, corrompe lo que codicia, que siempre es lo que tienen los otros. No es una enfermedad contagiosa, pero el que se siente envidiado se siente invadido por ese deseo tan cercano al rencor. No es un sentimiento escaso, por supuesto que no lo es, porque de pequeñas envidias estamos todos llenos, pero de envidias fugaces y deseos mezquinos...

—¿Tan grande era la de Limo...?

—Tanta y tan incontenible que todo lo llegó a envidiar, de tal modo que todo lo bueno que sucedía a su alrededor estimulaba aquella pasión porque ese hombre, del que nadie en Celama querrá decirle nada por no mancharse con su recuerdo, y yo ahora en seguida me callaré, convirtió la envidia en una pasión desordenada.

La lepra de Limo Terrado era la advertencia de esa extraña pasión, y los habitantes de la Llanura se fueron alejando del envidioso porque el contagio se incubaba en la necesidad de su aborrecimiento, y el aborrecimiento podía suscitarse con el más pequeño bien que uno ostentara, cualquier nimia felicidad de las que nutren la vida cotidiana.

La lepra orillaba a Limo, lo recluía en el lazareto de su codicia, en aquella prisión que alentaría las mayores amarguras, cuando sin trato con nadie ya le resultara hasta difícil la mínima información para saber lo que debería envidiar.

—El perro meó en la tumba... —dijo el viejo, a punto de callarse sin remedio—. Eso usted no lo sabe.

—No le entiendo.

—El perro de Terrado, que se llamaba Gavilán. A veces los bichos se expresan mejor que las personas.

—No sé a lo que se refiere.

—Es un buen ejemplo de aquella envidia desquiciada. El perro como le digo se llamaba Gavilán y Terrado tanto le envidió el garbo y la planta, ya que de un perro hermoso se trataba, que hasta el rabo llegó a envidiarle, de modo que todo el tiempo andaba detrás de su sobrino diciéndole: córtaselo, córtaselo, que no me puedo aguantar, ese rabo florido al que ningún bicho tiene derecho, y el sobrino sufría porque era incapaz de hacerle al perro tal afrenta. Ese chico padeció con el tío lo que no puede decirse: me matas con sólo verte, suspiraba Terrado, me pongo enfermo por culpa de tu salud, mañana te pelas al cero porque no soporto verte ese cabello cuando me rasco la calva, ¿es que duermes toda la noche seguida, mientras yo me sobresalto con cualquier ruido? No se conoce caso igual en la Llanura, y ya se sabe que lo último que haría un perro es no respetar la tumba del amo, pero Gavilán guardó la afrenta porque un can rabón no es capaz de sobreponerse a ella.

De Venancio Lisán, el marido de Puela Doladía, no resultaba fácil obtener alguna información fidedigna, más allá de las cuatro cosas que pudieran oírse.

En los pagos del Cejo, al Sureste de Celama, las Hectáreas de la familia eran de las más numerosas, y la casa en la desorientada Plaza de La Laguna la más grande del pueblo.

De los cinco hijos del matrimonio, tres murieron relativamente jóvenes, uno emigró y nunca más se supo, y Tala quedó con la madre, poco a poco resignada a la condición de hija única que marcaría sin remedio su existencia.

Las fechas de nacimiento y muerte de los tres hijos, tal como pueden verse en las correspondientes tumbas de la Santa Quilla, son las siguientes: Modino (1885-1926), Salce (1887-1934), Lisadio (1889-1933).

Venancio Lisán marchó un día de casa y jamás volvió.

Los vecinos de La Laguna no dijeron ni media palabra, nadie preguntó por él. Todo el mundo sabía que el matrimonio de Venancio y Puela, cuarenta años atrás, había contravenido las expectativas de los padres de ella, dueños de más Hectáreas que nadie en el Sureste, porque Venancio era un mozo de pocos posibles que se había acercado a La Laguna desde Orión para buscar sustento.

No había pasado un mes cuando ya le tiró los tejos a Puela Doladía y, antes del año, los padres se resignaban contrariados.

Venancio Lisán era muy trabajador, algo pendenciero, con cierta fama no exagerada de donjuán, que las mujeres achacaban al prematuro plateado del cabello en las sienes y a su mirada melancólica de animal grande y desasistido. No fue la boda que se esperaba en el pueblo, cualquiera de cualquier hija de familia de menor fortuna resultó más sonada.

Habían sido cuarenta años sometidos a la rutina laboral que Venancio nunca incumplía, sellados por las muertes familiares que avalan la amargura de las peores pérdidas, sobre todo cuando los que mueren son los hijos, y la discreción y el respeto eran la contrapartida a la distancia de doña Puela, que peinaba en el moño el azabache de los años mozos, demudado ya por la ceniza.

No hubo razón de la marcha de Lisán ni se supo de su destino o paradero.

En la madrugada de un abril lluvioso, aquel hombre grande iba por la linde de las Hectáreas hacia el Camino de Cejo y la carretera de Pobladura, despacio como siempre, con la colilla en la comisura de los labios y las manos en los bolsillos del pantalón. Algún paisano madrugador se cruzó con él y en ese encuentro fortuito se diluye su recuerdo, pues lo único que parecía claro es que Venancio no era un huido, sino alguien que hubiese decidido perderse o, en otro caso, alguien a quien hubieran echado.

También fueron muchos los años que doña Puela vivió en la soledad de la casa de la Plaza de La Laguna, con la compañía de Tala, la hija única a la que no se le

conoció otro destino que el de estar con la madre, para servirla y soportarla.

No se sabía si doña Puela, que alcanzaba una edad difícil de determinar, era viuda o no lo era, si en la memoria quedaba alguna huella del hombre desaparecido, si la ropa negra era sólo el tributo de la desgracia de los hijos o también del hombre que se fue.

Las Hectáreas ya no estaban atendidas como antes pero, al Sureste del Territorio, el patrimonio seguía siendo el más importante.

El respeto afianzaba esa distancia que Tala no contribuía a paliar, porque a Tala, desde la adolescencia y la juventud, se la había visto ajena y educada, como una sombra que vivía a dos pasos de la madre: una sombra silenciosa y dispuesta sin otra orientación que la de doña Puela, como si la madre la precisara para respirar y moverse, cada día con mayor urgencia.

Todavía en los tiempos de Venancio alguien intentó acercarse a la muchacha, cuando Tala estaba a punto de que la edad le cayera encima, porque fue la manera de cumplirla: de pronto aquella muchacha hacendosa que mostraba la educación en la sonrisa complaciente, se transformó en una mujer erguida y gruesa que no miraba a nadie, que no estaba en el mundo, al menos en el mundo que no contuviera los pasos de la madre: una senda extremadamente estrecha, donde siempre daba vueltas a lo mismo.

Hizo un acercamiento animoso el hijo del dueño de la tejera de Arvera, que se llamaba Manilo y estudiaba leyes en Armenta, y otro menos animoso pero más prolongado, con esa constancia que trasluce el enamoramiento platónico y un desgaste propio de quien no tiene experiencia, un muchacho de Hontasul que acabaría de carmelita y misionero en Alaska.

En ambos casos, y tal vez en alguno otro, Venancio promovió el apoyo moral de que fue capaz, pero Tala ya estaba secuestrada sin remisión, y el compromiso filial empezaría en seguida a afrontar el derrotero de las enfermedades, reales o imaginarias, de doña Puela.

Desaparecido Venancio, la hija alcanzó, mucho más allá de lo que cualquiera pudiera imaginarse, la imagen de la golondrina ciega que no tiene otra ley que la del barro del nido.

Hay muchas suertes de esclavitud y algunas de las peores derivan de algo tan teóricamente impropio como el amor o el afecto. La esclavitud amorosa tiene al menos esa rara justificación del desorden de las pasiones, por mucho que se diga que el amor es la muestra más firme de la generosidad y la entrega. El afecto es un terreno más minado, lleno de esas deudas que no están escritas en ningún sitio, sólo en la sangre. Las esclavitudes de la familia, si coincidimos que la familia es el ámbito de los afectos más naturales e irracionales, son las más terribles: provienen de una especie de ley de la necesidad absolutamente impía.

Esa ley la ejerció doña Puela con el dominio extremo de su carácter, como el antiguo señor feudal ante el más débil siervo de la greba. Fue la ley que convirtió a

Tala en un ser humano de ínfimo orden, despojada no ya de su libertad sino de su voluntad, de su tiempo, de sus emociones, de su silencio. Todo lo que la hija pudo querer o soñar, no ya en las quimeras que la edad en seguida reconvierte y rebaja, sino en las cosas pequeñas de cada día, de los actos limitados y cotidianos, fue sometido al cedazo de la dominación de la madre, a su decisión y dicerio. Nadie tuvo nunca menos que Tala, ni siquiera la limitada entidad de su sufrimiento o disgusto, porque la madre jamás se lo permitió.

Doce años después de haberse ido Venancio Lisán, también una madrugada de abril lluviosa, salieron la madre y la hija de la casa de la Plaza de La Laguna, donde les aguardaba el coche de Aridio Ciervo, y por el Camino de Cejo y la carretera de Pobladura se perdieron como Venancio lo hubiera hecho, de modo que sólo algún paisano madrugador pudo atisbar la inquietud o la impaciencia en la mirada de aquellas mujeres.

Duró el viaje hasta el mismo atardecer, cuando regresaron a la Plaza con igual lluvia, y fue el momento en que la campana de San Micas de la parroquia de La Laguna tocó a difunto, lo que hizo pensar a todos que don Remo, el cura, estaba avisado.

En el tosco ataúd volvía a casa el cuerpo de Venancio: el tamaño de la caja era la mejor demostración del reenvío de sus restos, la mole del animal grande que, según se apreciaba, la muerte no había logrado menguar.

Ese oscurecer se hizo el entierro en la Santa Quilla y, entre las prisas y el desconcierto, los vecinos no supieron a qué carta quedase, y la mayoría de ellos optó por no moverse de la cocina.

La tumba de Venancio Lisán no está en el mismo castro de las de sus hijos. Hay también una distancia irremediable con la de doña Puela, solitaria al arrimo de la cerca en el castro colindante de los suyos, y supongo que con el espacio decidido para el día que Tala vuelva a acompañarla.

Venancio Lisán había vivido los doce años de su desaparición no muy lejos de Los Confines, en un caserío de Alhora, como uno más de la servidumbre en la labranza de aquellas Hectáreas que se cuentan entre las más baldías de la Llanura.

La noche que Rodrigo Bordo (1840-1928) bailó con Delfina Cuéllar en el Casino de Santa Ula, una noche de San Juan después de la hoguera, cuando en el reloj del Casino ya habían sonado toda las horas y en los salones apenas subsistían los más impenitentes, tenía Rodrigo ochenta y ocho años, el cuerpo de recio percherón echado a perder por completo, la cabeza pelona que a lo largo de su existencia siempre ahorró peluqueros, y los ojos saltones más aguados que nunca por la nube opaca de las cataratas.

De los ochenta y ocho años de Rodrigo Bordo, que culminaron aquella noche en el Casino de Santa Ula, entre los brazos conmisericordiosos de Delfina Cuéllar, se puede hacer una exacta evaluación, que nadie en la Llanura desmentiría.

Mozo raro, consumido por un carácter tan fuerte como hurraño, ajeno a cualquier compromiso colectivo, propicio a la soledad de quienes en la vida sólo pretenden hacer lo que les da la gana, como sea y por encima de quien sea, y sin ningún interés en disimular el gesto del hurraño y la voluntad del tacaño. Esa mocedad le dio a Rodrigo su condición de animal torvo, avalada por el buen patrimonio familiar que gobernó en seguida como heredero único, y expresada por el recio corpachón, erguido y amenazador: las manos de gigante, los ojos desnortados y la terca cabezona por la que los barberos de Celama siempre suspiraron y en la que tanto tardaron en poner la maquinilla.

La mocedad de Rodrigo cumplió más años de los habituales, tal vez porque, como en los caballos grandes, esa mocedad se enreda y pervive simulada en el tamaño, pero no se le puede catalogar en la categoría de solterón, de acuerdo a los parámetros al uso, porque no cumplió ninguna de las características propias de los solterones de la Llanura, exceptuando la de no ir a misa ya que, al menos en los tres años posteriores a una erisipela que le tuvo muy preocupado, se acercó todos los domingos al atrio de la iglesia de Santa Ula y paseó por el mismo, de un lado a otro, el tiempo que duraba la misa de doce.

Que a Rodrigo no se le conociera vida amorosa en ochenta años no ayuda a matizar ese destino de su desperdicio y soltería: ayuda mucho más a constatar su virulenta entidad de ser hurraño al que la tacañería despojó de cualquier indicio humanitario, como si el animal se avejentara sin ninguno de los signos con que el tiempo promueve la debilidad, o la conciencia se adueña de algún sentimiento más o menos piadoso hacia la propia condición.

Rodrigo era el mismo, nada había cambiado en su talante, sus manías alimentaban la misma usura y los barberos de Celama desesperaban de su expectativa.

Siempre había vivido en su casona de la Plaza, la que mayores corrales tenía en la parte trasera, y todas las mañanas de su existencia, exceptuando las de su enfermedad

y algún catarro accidental, las había pasado por las Hectáreas, vigilando las labores pero sin echar jamás mano a nada, encontrando en cualquier ocasión razones más que suficientes para regresar contrariado a casa al mediodía, con el exabrupto a punto de estallar en los labios.

En la casona siempre le aguardó su sobrina Lidia, la hija huérfana de su hermano Vicente, el único ser de la escasa familia que Rodrigo acogió con la secreta mezcla que nadie podría deslindar, probablemente ni él mismo, de la ternura y el egoísmo: una mixtura que justificaría sus sentimientos y aliviaría sus necesidades.

Lidia llevó la casa y soportó a su tío con esa dedicación que promueve el obligado agradecimiento, acotando con inteligencia la libertad de sus labores y la economía doméstica, de modo que la usura moral y material del tío no supusiese un continuo detrimento en la vida cotidiana. Rodrigo fue cediendo ese favor de la convivencia en aras de su extrema comodidad y de su irremediable egoísmo. Lidia creció a su lado, se hizo moza y mujer y maduró sin más alicientes que el gobierno de aquella casa y la atención de aquel hombre, que jamás debió considerar otras posibilidades a su futuro, ni siquiera mentarlas.

De los secretos del corazón de Lidia no hay indicios, apenas la constancia de un fugaz enamorado de Ordial que iba y venía algunos domingos, comía en la Fonda Corsino, paseaba la Plaza, y en algún momento miraba el balcón, donde los más atentos habrían vislumbrado un movimiento en los visillos. También, cuando ya Rodrigo se había convertido en un auténtico y absurdo tarambana, los jocosos y enojosos comentarios a que le sometían sus amigos y que celebraba sin el menor respeto, causando en Lidia, cuando llegaba a enterarse, la más honda indignación.

Porque Rodrigo Bordo sufrió al cumplir los ochenta años una estrambótica metamorfosis que le convirtió en un viejo perdulario, juerguista, jugador, encaminado a los malos pasos que nunca había dado, en manos de esos malos amigos que son más propios de la juventud.

Lidia fue la primera en percatarse de aquel cambio en el carácter y en las costumbres de su tío. En menos de un mes el cambio era radical: todos los horarios estaban trastocados, muchos días no venía a comer, casi nunca a cenar, a veces se levantaba casi al mediodía, no comparecía en las Hectáreas, y las noches discurrían con una ausencia cada vez más prolongada, de modo que comenzó a ser habitual verle llegar de madrugada y entrar sigiloso y pesado por el corral.

En la mesita de su habitación, el billetero, del que Rodrigo jamás en sus ochenta años se había separado medio metro, permanecía abandonado un día y otro, lleno de billetes a rebosar, vacío al otro día, con la calderilla tirada por el suelo, como el signo más desbaratado de aquella transformación que Lidia no lograba entender.

Los exabruptos y los gestos de animadversión y enojo se suavizaron hasta casi desaparecer, y en algún momento de sus largas siestas en la mecedora de la galería, cuando reponía fuerzas hasta que al oscurecer decidía de nuevo irse, una sonrisa de inocencia y sosiego amparaba su rostro, mientras una baba rala se le iba por la comisura de los labios, como si el viejo percherón rumiase la cebada de su inédita felicidad.

Fueron tres los personajes que dominaron aquellos ocho años de desvarío, en los que Rodrigo Bordo derrochó la hacienda, logrando una fama que sobrepasó con creces las fronteras de Celama y la Vega, el Ordial de los saraos nocturnos, las Ventas de la carretera de Ahumada y los antros de los Rabanales y La Puebla. De esos tres personajes, el más perseverante fue Ibraíno Mol, el sastre de Bericia que le cortó a Rodrigo los trajes de su desmadre, al menos dos por año, más del doble de los que hubiera usado en toda su existencia.

Ibraíno acababa de quedar viudo cuando a Rodrigo le dio la ventolera, y la desaforada amistad prendió alguna de las primeras noches, en el mismo Casino de Santa Ula donde, sin venir a cuento, se descorcharon seis botellas de un champán francés que Virgilio, el encargado del bar, rescató de la bodega.

Esas noches ya estuvieron presentes los otros dos correveidiles: Tarso Elpima y Vito Almenar, dos zascandiles que se pegaban como lapas en las noches más descarriadas de la Llanura, allí donde asomara el dinero más fácil o la propuesta más oportuna. Ninguno pudo pensar que Rodrigo Bordo fuese el compañero de las más largas farras, pero a ninguno le falló el ojo a la hora de arrimarse y eso que entre los tres difícilmente sumaban la edad del pródigo.

A Rodrigo se le empezó a ver por Santa Ula hecho un cromo, y el barbero de la Plaza estuvo a punto de sufrir un infarto el día que entró en su establecimiento y apostó la oronda cabezota en el respaldo del sillón solicitando corte y afeitado, mientras se hacía con el periódico más a mano y advertía:

—No me perfumes que no me fío de la colonia que gastas...

Era un dilema afrontar el destino de aquel cráneo imponente, donde la crespita incertidumbre de los pelos parecía una amenaza, pero el barbero comprobó en seguida que, en contra de lo que se pudiera suponer, Rodrigo era un cliente dócil y generoso, capaz de doblar con la propina el precio del servicio.

—Es que no me va la Lavanda... —se disculpó, atusándose ante el espejo—
Embrujo de París o Esencia Diamantina.

Lidia fue asumiendo su preocupación con el esfuerzo de resignarse, confiada en que

aquel disparate de vida desaparecería como apareció: de la noche a la mañana. Pero los meses pasaban y, con el discurrir del tiempo, iba constatando, entre la amargura y la vergüenza, el derrotero de esa existencia desvariada que ya era la comidilla de toda Celama.

La extrañeza había propiciado, con las primeras habladurías, una lógica discreción, pero la personalidad de Rodrigo era muy conocida, y la transformación resultaba tan abultada que en seguida formó parte de una especie de espectáculo al que concurrieron todas las opiniones, malévolas y despiadadas unas veces, pues eran muchos los que con él mantenían rencillas derivadas de su intemperancia, compasivas otras, porque a fin de cuentas la imagen del anciano revelaba un melancólico contraste que la iba reduciendo a la tristeza de su caricatura.

La mayor vergüenza de Lidia sobrevino al enterarse de que su tío, más allá del juego, las copas, las merendolas y las serenatas, estaba obsesionado con el baile, y era la figura más esperada y aplaudida en los salones de los casinos y las verbenas. El romo danzarín, que nunca supo dar dos pasos seguidos, se aferraba vicioso a los bailes de salón, y los comentarios de su sorprendente destreza remitían a las clases particulares en la Academia Terpsícore de Ordial donde, por supuesto, también le habían acompañado sus compinches.

Ya no había fiesta a la que no compareciera, con Ibraíno Mol haciéndole las presentaciones y Tarso y Vito jaleando la gracia del percherón, que en tales ocasiones perdía cualquier atisbo de respeto y se convertía en una peonza enloquecida e incansable. Nunca faltaban las mozas festivas e interesadas que le reían la gracia, ni los mozos que celebraban aquel temple desbocado y, por supuesto, la generosidad de la invitación colectiva.

Pensar que su tío había perdido el juicio hasta tal extremo, fue lo que movió a Lidia a pedir auxilio.

La vergüenza la tenía más retirada que nunca en la casona, pero en Santa Ula contaba con amistades suficientes y eligió entre las de mayor confianza, aunque en todas ellas se había incrementado el aprecio y la compasión hacia la desgraciada sobrina, pues no había nadie que no estuviese al tanto de la liquidación a que Rodrigo estaba sometiendo su hacienda, cuando a los tres correveidiles, los más pertinaces e impíos, se les había ido añadiendo una recua incontrolada, y en algunos festines en las Ventas de la carretera de Ahumada y en los antros de los Rabanales y La Puebla se decía que habían participado más de cincuenta personas.

Fueron don Orillo y don Esteban, juez de paz y maestro jubilado, quienes asumieron la encomienda de hablar con Rodrigo. Les costó mucho trabajo hacerlo porque las noches y los días del irredento percherón ya no tenían linde, ni existían horarios en el tiempo del calavera.

La sobrina se había acomodado a aquella existencia amargada, y el tío era un

vendaval que entraba y salía sin orden ni concierto, desatendiendo cualquier indicación, con más prisas que nadie. Las noches que no volvía siempre había un mensaje para que Lidia no se preocupara, y en aquellos ocho años los mensajes se fueron incrementando de tal modo que la cama de Rodrigo permanecía sin deshacer semanas enteras.

Lloró como un niño, dijo don Orillo a la sobrina y a las amistades más íntimas, y don Esteban corroboró aquel llanto de arrepentimiento que tantas veces volvería a repetirse.

Era un llanto blando y copioso, una enorme cantidad de lágrimas que los ojos saltones de Rodrigo vertían sin miramiento.

Tanto lloraba, aseguró don Orillo, que tuvimos que pedirle que desistiera porque, entre otras cosas, creímos que podía darle algo y se nos encogía el corazón.

Pero no hubo modo, dijo don Esteban, cuando se toma conciencia de lo errado que se anda pasan estas cosas: el llanto es la primera demostración de la penitencia.

A Rodrigo el arrepentimiento le duró menos de un mes. Luego, en los días que irían conduciendo su cuerpo arrumbado hasta aquella noche de San Juan en el Casino de Santa Ula, las enmiendas se repitieron y las promesas volvieron a producirse con parecidas lágrimas.

De la extrema situación del patrimonio se enteró Lidia en los días posteriores al óbito: de las deudas, de los créditos, de la evaluación ruinosa que hipotecaba la casona y las pocas Hectáreas que no habían sido malvendidas.

Nadie sabía lo que pintaba Delfina Cuéllar en aquellas horas de la madrugada en el Casino.

Sólo los más impenitentes permanecían en los salones, jugando, bebiendo. De los antiguos correveidiles estaba Tarso Elpima, y fue él quien primero escuchó las notas del vals en la gramola.

Delfina era la hija viuda de Silván Cuéllar, apoderado de la Caja Rural, una mujer todavía joven a la que la viudedad había restablecido la serena belleza que los cortos años de matrimonio le habían robado, porque el suyo había sido un matrimonio desastroso por culpa de un marido que sólo había hecho que maltratarla. Solía acudir a las fiestas del Casino con su padre o con su hermano mayor, que también era viudo, y normalmente se retiraba en su compañía a una hora razonable.

Rodrigo Bordo bailaba el vals con ella.

En el salón de baile las luces estaban apagadas y el sonido de la gramola desprendía en la penumbra de algún rincón las notas polvorientas del Danubio Azul.

Bailaban como dos sombras urgidas por el requerimiento de la música y lo hacían, según comprobaron Elpima y los dos camareros que acudieron con él, con la

lentitud del sueño, como si intentaran preservar el secreto de su abrazo, el instante de su afición. Eran dos bailarines profesionales extraviados en la nocturnidad.

Otro de los camareros que llegaba dio la luz, y todos supieron que el cuerpo de Rodrigo se sujetaba en los brazos de Delfina con una imprevista pesadez, que ella no podría sostener.

—Estaba muerto... —dijo Tarso, volviendo a mirarle en el suelo, cuando yo aparecí en el salón.

Esa noche había tenido su primer hijo Rosario Ciba, en la casilla de los peones camineros de Santa Ula y el parto me había entretenido. Cruzaba la Plaza de regreso a casa, cuando me llamaron desde el balcón del Casino.

Delfina Cuéllar posaba la mano en la frente de Rodrigo, le cerraba los ojos saltones que con la muerte todavía parecían agrandarse.

—Dios mío, se me estaba declarando... —musitó, sin que ninguno entendiéramos sus palabras, hasta que volvió a repetirlas.

El cuerpo era un despojo.

Es el primer muerto que ayudo a levantar y el primer muerto jamás se olvida. De Olencia tardó en llegar don Servando, que era de aquélla el juez, una persona tan inquieta como displicente a quien veía por vez primera, y todavía más tarde llegó Arneo, el forense, a quien ya había tenido ocasión de saludar en el Casino de Santa Ula. El Comandante y los guardias llegaron conmigo.

Yo no sé lo que pintaba allí. A los paisanos del Rodal que lo descubrieron se les ocurrió avisarme, acababa de dejar el pueblo poco antes: en aquella primera temporada sólo hacía que ir y venir reclamado del modo más dispar, como si el Territorio padeciera una epidemia que, la mayoría de las veces, no pasaba de una vulgar enteritis y, sólo en ocasiones, algo más preocupante, unas fiebres tifoideas, unas viruelas, un derrame seroso.

Me avisaron aunque estaban de sobra convencidos que no había nada que hacer y así me lo advirtieron: el cuerpo era un despojo entre las vides arruinadas, como si su abandono se aclimatara al de los sarmientos, la misma huella leñosa de parecida muerte.

Estaba tirado en el ligero declive que marcaba el límite del barcillar y, al decir que estaba tirado, quiero indicar que no daba la impresión de haberse caído allí, sino de haberse desprendido de la vida a una distancia imprecisa para luego arrastrar un impulso absurdo, como el del suicida que se tira del puente.

Ésa debía ser la razón de que el despojo no tuviera ningún recogimiento: que el cuerpo estuviera desmadejado y roto, un brazo arriba, el otro retorcido, doblada la pierna izquierda, estirada la derecha, hundida la cara en la tierra, derramada la mata de pelo blanco.

No parece razonable que alguien se sienta morir y se desplome con tal desorden, a no ser que la muerte sea completamente repentina. Es más lógico pensar que uno se acomode a la muerte, cuando viene, intentando ajustarse a la postura de la irremediable soledad que ella provoca, a la acción de sujetar el cuerpo para que la llegada sea más benigna, habida cuenta que nada nos hace más dueños de la materia de que estamos hechos que la muerte, y el acto de sujetar esa materia parece el más propio de quien de ella es propietario.

Son ideas que yo podía tener entonces, con menos experiencia, ahora acaso no sabría defenderlas. Morirse es un avatar extraño y lo único que observo es el costo de la penosa derrota que supone. Nadie muere conforme, porque el cuerpo siempre supera al espíritu en ese trance, y la paz apreciable de algunas ocasiones es una paz engañosa que desmiente el estertor: la lúgubre queja del vencimiento y la desolación, el violento ruido de la materia.

Era la primera vez que ayudaba a levantar un cadáver, y Arneo se percató en seguida, del mismo modo que don Servando que apreciaba mi aprensión y no disimulaba el gesto del funcionario que llegó tarde y quiere irse lo antes posible, sin atender apenas al Comandante de Santa Ula que, con los números, hacía un rastreo desganado por los alrededores.

—Si no tiene documentación... —había dicho don Servando, cuando pusimos el cadáver boca arriba y Arneo registró los bolsillos de la chaqueta y los pantalones— nada vamos a adelantar. ¿Alguno de los presentes lo reconoce...?

Los paisanos del Rodal negaron.

—Del pueblo no es... —dijo el que se había acercado más al cuerpo.

—Del pueblo, del pueblo... —masculló don Servando, intemperante—. No se trata de saber de dónde es, sino de si se sabe quién, o alguien lo vio antes.

Ahora el despojo estaba vuelto. Su muerte me pareció todavía más leñosa, como si el tiempo transcurrido coadyuvara exageradamente a exprimirlo, o el contacto con la tierra y el sol lo hubiesen desecado mucho más de lo razonable.

No era un cadáver que causara especial impresión: la cualidad de despojo lo privaba de dramatismo, lo dotaba de una entidad menos mortal, como un residuo o un desperdicio.

—Hala, hala... —determinó don Servando, cuando el furgón de la Funeraria Lamas retrocedió por el camino hasta acercarse lo más posible—. Echarlo a la caja y llevarlo al depósito, si al Comandante le parece bien.

Arneo había revisado el cadáver con detenimiento y tomaba alguna nota. Le había alzado los párpados, rozaba su frente, los labios.

—¿Un infarto...? —insinué, sin mucho convencimiento.

—Posiblemente... —dijo.

No había ninguna señal de violencia. El despojo tenía un traje bastante nuevo, camisa blanca, corbata oscura, calcetines también oscuros, zapatos no muy usados. Seguro que todos nos dábamos cuenta de la incongruencia de aquella indumentaria en un día laborable y en medio de las Hectáreas, tan lejos de la carretera.

—¿Qué edad le calculas...?

—Sesenta y cinco, sesenta y ocho... —dijo Arneo.

Los de la Funeraria sólo aguardaban que nos alejáramos para echar el cuerpo a la caja. Don Servando y el Comandante acababan de encender unos cigarrillos, los paisanos del Rodal merodeaban a su alrededor para escucharles.

Arneo se había incorporado, me miró, luego hizo una indicación para que me inclinase sobre el cadáver.

La tela del traje había perdido apresto pero era nueva, en realidad toda la vestimenta conservaba la calidad de lo estrenado, aunque la sensación del despojo

contribuyese a contrastar la decrepitud. El cuerpo se había reducido en la desproporción de algunas tallas, con ese destino con que la muerte empequeñece aquello de lo que se adueña.

Arneo le aflojó el cinturón, luego abrió los botones de la bragueta, la blancura del calzoncillo era más viva, pero no me percaté de lo que el índice de Arneo indicaba hasta que me lo señaló con un gesto más explícito.

—Semen... —musitó, como si ese descubrimiento supusiera algo, o sólo fuese la constatación de que a veces la vida estalla hasta en el brote mismo de la muerte.

Era una mancha espesa que amarilleaba sobre el blanco, tan seca como todo lo demás. La bragueta abierta propiciaba la extraña orientación de un agujero en el despojo, como si todavía fuese posible observar a través de él la definitiva huella de su intimidad, el secreto de su secreción.

—Bueno... —había dicho el forense— esto está listo... —y los de la Funeraria procedieron a retirar el cadáver.

—Cuanto antes mejor... —opinó don Servando—. La autopsia no va a dar sorpresas y los edictos se publican mañana mismo. ¿Qué opinas...? —le preguntó a Arneo, mientras el Comandante nos ofrecía tabaco.

—Nada raro, pudo ser un infarto. Lo único que importa es saber quién era y qué hacía aquí.

—De Celama yo podría jurar que no es... —afirmó el Comandante.

—Los juramentos mejor ahorrarlos... —dijo el juez, torciendo el gesto—. Celama es mucha Celama, y a la otra orilla del Urgo se está más a gusto: mientras más lejos mejor.

—Es que al señor juez no le va demasiado esta tierra... —afirmó el Comandante con la sonrisa de quien pretende congraciarse.

—¿A quién puede irle que aquí no haya nacido, sólo hay que ver el panorama...?

—A mí mismo... —aseguré, sin poder contenerme.

—Lleva poco tiempo... —dijo con sequedad—. Cuando haya visto levantar los cadáveres que lleva levantados Arneo, hablamos. Hablamos si tenemos ganas, que igual no las tenemos...

Se alejaba sin despedirse. Arneo me dio la mano y le siguió. En unos minutos me quedé solo con los paisanos del Rodal, que no terminaban de abandonar el barcillar.

—¿Quién pudiera ser...? —preguntaba uno de ellos.

Encendí la tagarnina y les acompañé hasta el Pozo donde había dejado a Mensa.

En seguida cabalgaba ensimismado por las Hectáreas y sentía la quietud de la tarde como el hueco del silencio y el tiempo que deriva del estío: esa rara placidez que despoja a la Llanura de cualquier interferencia, como si un cálido vacío la contuviera.

Pensé en el cadáver, en la huella sarmentosa de la vida y la muerte, en el lúgubre

estertor de la materia, en el semen segregado con la disolución de los sentidos, igual que una sustancia inquieta que abandona el cuerpo para dar mayor eficacia al destino de su mortalidad.

No es raro tener cinco hijos y que uno salga pródigo, entre cinco puede haber de todo. Más raro parece tener uno y que ése, el único, nos amargue la existencia.

Rozal no era el benjamín de una familia numerosa, fue el hijo de Celeria y Domeral, que vivieron en Anterna hasta que aquel hijo desconsiderado acabó con ellos. Las tumbas del Argañal no mienten: de 1870 y 1871 a 1922 y 1925, dos vidas y dos muertes casi paralelas, en las que se interpone el hijo pródigo, perdido luego vaya usted a saber dónde.

La memoria del hijo la guarda la madre como un preciado atributo. El padre es más reticente, pero tampoco se aviene fácilmente a reconocer lo que todo el mundo observa con claridad. Luego la madre ya no puede con el sufrimiento y salvaguardar esa memoria es un esfuerzo excesivo, porque todas las demostraciones del hijo la ponen en evidencia. Para entonces el padre ya está desesperado y no es capaz del mínimo disimulo, apenas de la resignación: vendió las mulas, vendió las tierras, hipotecó la casa y los aperos, todo el patrimonio está desperdiciado, hay una orden de embargo que va a cumplirse en cuarenta y ocho horas.

El día que Celeria y su esposo abandonan la vivienda, en la calleja que arranca al sur de la plaza de Anterna, la única que deriva entre los corrales sin rumbo decidido ni destino apreciable, está el pueblo inquieto, vigilante, no se oye una voz y ni siquiera los chavales corretean persiguiéndose.

Es media tarde y todos tienen la impresión de que el matrimonio está invirtiendo en la recogida más tiempo del preciso, a fin de cuentas debe de ser muy poco lo que pueden llevarse, pero todos saben y entienden que ellos harían igual. Una casa no se abandona como un buque que se hunde, una vivienda contiene mucho de lo que da de sí la vida: tantas existencias como la habitaron, no el mero tiempo de alguna ocasional navegación.

A fin de cuentas, la casa del matrimonio es la casa de los padres de Domeral, que murieron muy mayores y al hijo mayor se la dejaron, y lo había sido, por mucho tiempo, de los abuelos paternos: no una de las casas más antiguas de Anterna, pero sí de las de siempre.

De lo que en ella pueda quedar, no de lo visible sino de lo invisible, de lo que respecta al sentimiento y a la memoria de lo que la vida es en sí misma, sería imposible hablar. Las casas, como todos los espacios domésticos de la existencia humana, se llenan de lo que no se ve, de un patrimonio oculto de gestos y miradas y emociones y secretos que componen la cotidiana aventura de sus moradores.

De ahí, la triste encomienda de aquella tarde, cuando el matrimonio se disponía a abandonar la casa de la calleja donde, por supuesto, el mismo Rozal había nacido.

A Rozal Mediero lo llamaron Rozo los amigos. Fue ese niño más caprichoso que tarambana que abunda menos en los pueblos que en las ciudades. No parece Celama el medio más adecuado para los caprichos, hay poco que elegir y menos por lo que suspirar, sobre todo si eres hijo de una familia con los posibles contabilizados, las Hectáreas justas, la salud como la mayor riqueza.

Pero Rozo obtiene lo que jamás conseguirían los otros: del capricho se hace el sustento, lo que me da la gana y lo que no me da la gana, lo que me apetece y no me apetece, lo malo que estoy y lo alegre que me pongo, con esa refinada insistencia con que se martiriza a los que se quiere.

Celeria y Domeral eran los padres débiles que, desde que Rozo nació, perdieron una a una todas las batallas que el niño ganaba sin ninguna piedad.

Luego el mozalbete va orientando los caprichos a la libertad de hacer sólo lo que dicta su voluntad, y para ese momento ya se puede decir que el tarambana no es un niño loco, consentido, que convirtió las ocurrencias en desatinos, que ha dado infinitos disgustos a los padres porque la casa y la familia ya se quedaron pequeñas, y la ley de su voluntad impera por todo el pueblo como la de un reyezuelo ruin e ingrato que sustituyó los afectos por el desprecio.

—Si te vuelvo a pillar en una de éstas... —le amenaza algún vecino agraviado, cuando sabe que Rezo cometió una tropelía— te llevo al cuartelillo, por mucho que me pese lo que sufran tus padres.

—Hay que probarlo... —dice siempre el mozalbete, que acaba de tirar una piedra y romper un cristal— porque igual mi intención era otra: no hay ley que prohíba tirar una piedra al aire.

Todas las estaciones de Domeral y Celeria por Anterna y los pueblos cercanos tuvieron igual destino en los años de la adolescencia de Rozo: perdones, disculpas, sufragar los daños, ver incrementados los gastos, recabar la ayuda por encima de lo que pudiesen merecer, algo para que, con el consentimiento y la comprensión de todos, contribuyera a que el hijo entrase en razón.

Ahora el tarambana tomaba esa orientación del que perdió definitivamente la vergüenza: dueño exclusivo de su santa voluntad, imposible de atar en ningún sitio. Nunca se le vio con su padre en la Hemina, ni arreando al macho, ni en la era, ni en los pozos. En casa había una mujer amargada y tibia, que es lo que Celeria había sido siempre, sólo que poco a poco la amargura agotaba cualquier expectativa. Algo parecido le pasaba a Domeral: ¿qué se puede hacer con él...? Con tal que no se nos tuerza definitivamente...

Todo el mundo dio por bueno el destino de Rezo cuando se supo que, al fin, se marchaba de casa. Nadie quiso preguntar más de la cuenta: el llanto de Celeria exigía

discreción, las palabra de Domeral no lograban ocultar la pesadumbre. Pero ¿dónde había ido...? Cualquiera sitio valdría, y todos pensaban que mientras más lejos, mejor.

—Parece que algo le salió en Vizcaya... —se escuchó decir— con aquel primo lejano de Celería que emigró de Orión.

—De Ordial no pasa... —opinó alguno—. Lo que haya arramblado y cuatro días de gasto.

—¿Y si se arrepintiera...? —decía una de esas mujeres rezadoras, a las que las cuentas del rosario se les derraman a veces entre los guisantes—. Si Dios le echa una mano y marcha a misiones...

Lejos, muy lejos, no fue, aunque nadie supo dónde. En seguida se conoció, porque Domeral tenía los ahorros en la Caja y las modestas contabilidades nunca fueron del todo secretas en Celama, que una buena parte del dinero de los padres con él se había ido.

Domeral tenía que hacer unos pagos en Ordial, y el hijo tarambana del padre iluso se encargó de ellos, lo que explicaba mejor que cualquier cosa el llanto de Celería y la pesadumbre del padre bobo. Eso pensaba todo el pueblo cuando se supo: que la falta de autoridad de Domeral corría pareja con su estulticia, porque a nadie se le podía ocurrir hacer un encargo de tal categoría a un hijo como aquél.

El hijo pródigo de la parábola evangélica, el dichoso benjamín al que tanto quería su padre y aborrecían los hermanos, solía volver a casa hecho un cristo, quiero decir que después de una vida disoluta, tras tanta parranda, sin un duro, alimentándose de las bellotas de la piara que cuidaba para sobrevivir, cuando ya se había quedado en las últimas y hasta el último amigo de francachela le había mandado a la porra, regresaba mohíno, avergonzado, arrepentido.

No es el caso de Rozo, ni muchísimo menos.

Un pródigo como el de la parábola es un caso ejemplar, sirve para que entendamos lo que el arrepentimiento supone y la gracia del padre motiva, de modo que la alegría del regreso no es otra cosa que la del pecador que al seno del Padre vuelve.

Rezo volvía hecho un gallo, con mayores ínfulas que nunca. Unas veces, al cabo de dos semanas, otras tres meses, otras año y medio, un voy y vengo presuntuoso y taimado porque a lo que volvía todos lo sabían, sus padres mejor que nadie, pero ellos sin poder evitar la emoción de que lo hiciera, a ser posible con mejor aspecto, más orgulloso que marchó.

En los regresos hubo de todo. A la alegría de la madre averiada y el padre iluso, a las lágrimas de la más falsa reconciliación, sucedían las voces, los dicterios, las malas palabras.

La cartilla de Domeral en la Caja ya no tenía embates que sufrir. Las hipotecas y las ventas saldaban las exigencias del pródigo. Lo que iba quedando era el embargo, la ruina. Sólo una vez regresó enfermo, con una rara fiebre que lo recluyó varios meses.

—Si cae... —decían en Anterna— bendito sea Dios.

Pero no cayó. Todavía iría y vendría varias veces, una de ellas acompañado de una mujer que parecía doblarle la edad y a la que exigió que sus padres recibieran en casa como si se tratara de su esposa.

—La madame de Las Florestas... —informó un viajante de Almacenes Portela, cuando la vio pasear por las afueras del pueblo.

—¿La conoce usted...? —quisieron saber algunos.

—Cualquiera que esté interesado puede conocerla ahora mismo, y si vamos tres nos costará la mitad.

Celeria y Domeral cerraban la puerta de la casa que ya no era suya. Se iban. Lo más propio es decir que apenas llevaban lo que llevaban puesto, y así de simple y penoso resultaba verlos, como dos huidos a los que el abandono cubría de vergüenza, porque la desgracia que les había hecho perderlo todo ni siquiera parecía una desgracia digna, sino amarga y avergonzada.

Nadie en el pueblo salió a verlos, pero es de justicia decir que fueron muchos los que les ofrecieron ayuda, aunque nadie se contuviera de decir lo que de Rozo pensaba.

—Si el hijo vuelve, allí donde estemos... —afirmaba obcecada y extrañamente orgullosa Celeria— la puerta la tendrá abierta.

Y Domeral asentía desolado.

Y otra cosa que no sea el sentimiento de lo que queda después de un sueño que no deja recuerdo, sólo emoción, esta extrañeza de sensaciones encadenadas que si lograra restituirlas a sus orígenes, mostrarían algo de la identidad que las motivó, la inquietud de esta tarde en la alcoba de Delba Somares, unas décimas que van corrompiendo la mirada de una mujer con metritis, no es el consuelo de pensar que poco a poco todo vuelve a su cauce, las décimas más livianas, la mirada menos compulsiva, qué lejos los ojos de Elvira Zetal, aquella novia alelada de Los Llanares, cuando vino Eliseo Surto y me dijo que una recién casada había perdido el tino en la celebración, desmayada en el brindis, cuando iba a partir la tarta nupcial con el novio, sin que fuera posible recobrarla, y había corrido Eliseo hasta Los Oscos porque sabía que un médico era preciso en esas raras privaciones que sustraen el conocimiento y la conciencia, no es el primer caso para mi desgracia, decía Surto, a mi hermana Lora le pasó y supo la familia que aquella disipación era el legado de Vinicio Llantares, emigrante en el invierno que antecedió al nacimiento de mi sobrino, no nos andemos por las ramas, vamos a poner cada cosa en su sitio y a ser cabales con lo que Dios y la naturaleza humana dan de sí, la novia alelada no miraba al novio sino al más allá de alguna culpa o algún secreto, de esos que contienen un amor recóndito, ni somos ni acabamos siendo lo que queremos, sino lo que la vida buenamente nos ofrece, ésa es la verdad, no sueño con la misma circunstancia, voy y vengo atendiendo a quienes lo requieren, y la niña que lloraba con el cordón umbilical atado al cuello como una sogá tenía el mismo llanto de aquel crío morado que la madre no quiso coger, como si la longitud del cordón fuese la de la sogá que ahogaba su culpa, pero la niña gemía con igual llanto y sólo alguno de los presentes sabía que uno y otro eran del mismo padre y de igual familia, ese suegro que maldijo a los hijos y a las nueras y acabó aborreciéndoles a ellos y perdonándolas a ellas, para terminar sumiéndolas en la misma desgracia, no lo voy a corroborar con los datos de las habladurías pero tampoco me quedan demasiadas dudas, lo que Daitel Huero logró por los pagos del Cejo, que es donde reinaba, era comentado en la Taberna de Remielgo cuando ya no quedaba otra cosa que decir, porque estaban dichas todas, no como una hazaña pero tampoco como una afrenta, acaso como una incautación de la antigüedad de sus perversidades y, por supuesto, de la servidumbre de sus hijos, que demostraban no ser propietarios de nada, ni siquiera del compromiso con que sus mujeres se habían hecho suyas a través de los correspondientes matrimonios y las lógicas bendiciones, nadie en las Hectáreas de Daitel tenía otro dominio que el propio, hasta que el pequeño de aquella saga de consentidos vino a esgrimir su ley ante la conducta amorosa del padre, Quinto Huero, el mismo nombre de su desarrollo ordinal: primero Botasul, segundo Emérito, tercero Carcidio, cuarto Onofre y quinto Quinto, con el nombre como un señuelo de la quinta parte de su raza, el último en liza para poner al

padre en su sitio y conseguir que los hijos fuesen suyos y no hijos y nietos de la misma procedencia, no se puede reparar en la circunstancia de cada familia, tampoco es lo común en Celama, casos como el de Daitel no recuerdo muchos, el padre desvariado que en la hija vio a la esposa difunta, la hija que reconoció el amor paterno en el hermano mayor, algunos secretos nacimientos que el destino vierte en las aguas calamitosas de la Huerga, cuando en los inviernos turbios el Dios de Celama es ese Dios harapiento al que nadie reza, acaso aquel amor de Pomo, el de Sormigo, por su hermana María Cleta, o el de Osmún, casi en la línea de Los Confines, por Doricia Pelagro, que era la mujer de su hermano Menelao pero, a la vez, prima hermana de ambos, es curioso cómo esos amores consanguíneos alcanzan, en esos grados, un destino que está más allá de la pasión, tal como convencionalmente la entendemos, un destino de mayor irracionalidad y, al tiempo, de implacable cordura, de modo que el amor se adueña de los corazones con la mínima reserva de egoísmo, acaso con el candor extremo de una entrega que no admite paliativos, y se puede pensar que Pomo quiso a María Cleta con una intensidad distinta a la habitual de los enamorados, no sólo por la circunstancia de lo que el incesto puede irradiar en las costumbres, no me refiero a eso, sino al valor del afecto que fragua la fraternidad y a la sobrecarga que sobre ese afecto conquista el amor, lo que un sentimiento acumula en el otro, confluyendo en esa emoción distinta, secreta, prohibida, que quien la obtiene o padece no sabe controlar o no sabe expresar, para que su expresión sea entendida en su propia hondura, en su lucidez y limpieza, al menos así lo gritaba Pomo cuando su padre lo echó de casa, era una forma de echarlo del mundo, tal vez de la vida, ya que para él no habría otro mundo y otra vida que el que pudiera alcanzar y la que pudiera vivir al lado de ella, un ser desnortado que no encontró la supervivencia en las Hectáreas, nadie quiere contaminarse con la conciencia del transgresor, a nadie le gusta decidir la disyuntiva de acoger o no al que expulsaron del propio hogar porque su comportamiento mostraba la subversión de la más respetable convivencia, la diáspora de Pomo por las Hectáreas corroboraba el detrimento de su suerte y su único camino era aquella emigración a la que no terminaba de resignarse, un mes y otro yendo y viniendo, mientras nadie sabía nada de María Cleta, ¿la casa paterna era su prisión o su refugio?, si se trataba o no de un amor correspondido tampoco podía saberse, aunque nadie en Celama se atreviera a nombrar aquello como amor y todos sospechaban que la correspondencia estaba fuera de toda duda, es penoso escuchar esa voz condenada a la maldición y al silencio, la recuerdo en la Linde de Grazar, un seis de noviembre, yo regresaba a pie porque a Mensa se le infectó un clavo en la herradura, no era la voz de un loco, a fin de cuentas la frustrada diáspora de Pomo se desarrollaba con absoluta discreción, aquel asunto no había suscitado ningún escándalo que sobrepasara su secreto, eso sí, un secreto del que toda la Llanura participaba, al comienzo la anegaba el llanto, después fluían las palabras en el entrecortado soliloquio con largos silencios, más tarde se articulaban sin ninguna vacilación,

tensas y escuetas, el nombre era lo más doloroso, lo que tenía de llamada, de súplica, el eco del silencio en la respuesta, porque el grito de Pomo era lo único vivo en la Linde y en la tarde y su resonancia acababa de romper el cristal de la atmósfera: que tanto te echo en falta, María, que nada me alivia y me lleva, ni la piedra que cojo ni la tierra que como, ni el gorrión que se espanta cuando lo miro, la voz ronca que volvía a nombrarla y a llamarla hermana, tengo que acordarme para escribir alguna de estas historias, la de Pomo no porque se resume en el grito de la noche en que murió y ese grito no se puede contar porque ya fue suficiente que María Cleta también muriera, dicen que al oírlo, o al seguir oyendo su eco tres años después de que apareciese el cadáver, no me apetece nada escribirla...

Es precaria la bibliografía de Celama, si exceptuamos las referencias al Territorio en algunos estudios provinciales. Los aspectos históricos prácticamente se reducen a las referencias en algunos artículos de don Cosme Luelda, el fraile exclaustrado de Olencia que publicó sus livianas investigaciones en los años en que profesaba en el monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Nunca leí los dichos artículos ni llegué a conocer al fraile, fue Cibo Yebra quien me contó algunos detalles de sus investigaciones, seguro que no demasiado fiables.

Otra cosa son los aspectos económicos y sociológicos del Territorio, lateralmente referidos en el estudio topográfico y médico de Ponce de Lesco, y más ampliamente tratados en otros estudios y artículos de prensa que he ido recogiendo.

Componer un esquema básico general, como el que ahora intento, copiando de acá y de allá, me conduce no a otra cosa que a rastrear la interacción que se produjo en un larguísimo periodo de tiempo entre los habitantes de Celama y el entorno geográfico de su existencia. Se trata de constatar en algún sentido la influencia del medio en el grupo social y del grupo social en el medio, de acuerdo a lo que pudo suceder en cada momento.

Estoy convencido de que esta evaluación económica y social del destino de Celama en los siglos, no resulta especialmente distinta a la de otros territorios provinciales cercanos. El destino campesino de la tierra y el trabajo es un destino generalmente bastante común aunque, como es palpable, el Páramo tiene su identidad de marginación y pobreza que los contados viajeros antiguos relataron mencionando su condición de tierra mendiga, como si la propia apariencia de arcillas, cuarzos y rañas erosionadas, contribuyera a la imagen harapienta de su memoria y de su única vista.

La población del Territorio siempre basó su economía en la explotación agrícola de los recursos de la tierra, condicionada su actividad productiva a los factores de orden natural que en ella concurren. Las transformaciones agrarias que en Celama pueden contabilizarse se deben, como en tantos otros sitios, al modelo económico y al nivel tecnológico de cada momento histórico. Ese modelo no ha permanecido estático, se ha modificado progresivamente según variaban las bases tecnológicas, jurídicas, políticas e ideológicas en que se sustentaba.

Desde esta manera de entender la dinámica agraria, que exponen algunos de los estudiosos más contemporáneos, hay al menos tres fases en el largo proceso que afecta a Celama. Una primera corresponde a la etapa en que predominaron relaciones de producción feudal-señorial. La segunda, menos duradera, fue de transición hacia las formas de producción capitalista. En la tercera se va implantando el modelo

económico capitalista, tal como ahora comienza a percibirse.

Las opciones de regadío, que hacen previsible alguna actuación intervencionista de la Administración, rompen los condicionamientos impuestos por los factores naturales a la actividad agraria, y el ordenamiento productivo para el aprovechamiento de los recursos agrícolas en el secano, que ha sido lo tradicional en el Territorio, comienza a verse profundamente modificado.

El arranque de la primera fase podría situarse en el siglo IX, época de la repoblación. Es un tiempo de economía feudal en todo Occidente, y en el reino Astur-Leonés se opta por la fórmula más conveniente para poder efectuar la colonización en esta zona fronteriza y de problemática defensa. Los colonos se convierten en pequeños propietarios libres que basan su economía en la explotación agrícola de unos pequeños predios de propiedad particular y en el aprovechamiento de extensas superficies de terreno comunal. Es el sistema de colonización el que posibilita ese anacronismo de propietarios libres en una época de intenso régimen feudal, pero era la manera de lograr el objetivo que tanto interesaba al poder: poblar la zona y ponerla en cultivo.

Algo tan excepcional no podía durar, «el ventarrón de libertad que cruzó el Páramo», en palabras de algún historiador insigne, se fue a pique en seguida, en el momento en que las fronteras se fueron alzando hacia el Sur y Celama fue tierra de interior, bajo el dominio inmediato de los poderosos señoríos eclesiásticos y seculares de la Provincia.

Lo que está claro es que la estructura económico-social creada en el Territorio con la colonización no era distinta a la que existía en los señoríos: obedecía al mismo nivel tecnológico, y los señoríos incorporaron a sus dominios unas tierras pobladas y en cultivo, obteniendo sustanciosos beneficios.

No deja de ser curioso que aquella embargada libertad de bienes y personas marque la aurora desolada de Celama, que el dichoso ventarrón soprase con tanta premura. Los colonos fronterizos iban viendo perderse la frontera, según se alejaba hacia el Sur, para con ella perder la libertad y la ganancia. El dominio feudal ya no hacía más concesiones.

Ese modelo económico feudal-señorial, que tenía en la agricultura la fuente de recursos más importante, y que estaba basado en un desarrollo tecnológico rudimentario y en unas relaciones jurídicas de dependencia personal y colectiva, se prolongó hasta que a mediados del siglo XIX desaparecen los vínculos y el nivel tecnológico recibe un fuerte impulso y propagación a consecuencia de la revolución industrial.

Celama es, en este sentido, y todos los estudiosos coinciden, un espacio más en el destino común de tantos otros de la Península, una tierra de anonimato y olvido, de muertos genéricos, en la que el tiempo se amontona sobre la realidad del erial como si no existiese, ni con él existieran las vidas que arrasó la miseria de los siglos.

Es en el XIX cuando los cambios de la revolución liberal burguesa y de la

revolución industrial, establecen unas bases de relación social muy distintas a las anteriores, desarrollando el nivel tecnológico y creando los fundamentos de un modelo económico distinto, de economía integrada basada en las relaciones comerciales, mientras la agricultura perdía importancia económica en favor de la industria.

Celama, muy alejada de los centros económicos progresistas, tardó mucho, y lo hizo muy lentamente, en transformar su tipo de economía, primordialmente de autoabastecimiento, para acercarse a la comercial. Las circunstancias de esa lentitud son variadas: los campesinos del Territorio estaban poco informados y contaban con escasos recursos económicos, tenían que competir en pública subasta con acaudalados burgueses, y no lograron mejorar de modo sustancial la estructura de sus explotaciones mediante la adquisición de bienes desamortizados. Todo ello en unas circunstancias de crecimiento demográfico, que impiden la acumulación de excedentes que dedicar al comercio.

Será con la introducción del arado de vertedera cuando se incremente la productividad del terreno, a base de labores más profundas e intensificación del abonado. También con la obsesiva determinación de «sangrar la tierra», en la que las gentes de Celama invierten un trabajo y un ingenio que va redundando en una minuciosa y costosa transformación: los Pozos abren el aprovechamiento del extenso manto freático que existe en el subsuelo del Territorio, y el limitado regadío es el preludio de una modificación que con el tiempo afectará, todavía de forma imprevista, a la propia configuración del paisaje.

Pero, en realidad, la estructura parcelaria de las explotaciones, que había perdido la ocasión de mejorar su extensión superficial con los bienes desamortizados, se encuentra en una situación parecida o peor a la de la etapa económica precedente, si tenemos en cuenta el mencionado avance demográfico y la pérdida de uso, consecuencia de la desamortización de bienes de propios, de las extensas superficies de aprovechamiento comunal.

Esa situación estructural desfavorable para los campesinos, era beneficiosa para la clase social predominante. El beneficio se producía de distintas maneras: directamente con el ofrecimiento al campesino en venta o en renta a más alto precio de las tierras apropiadas con la desamortización, e indirectamente, porque los campesinos, para solventar su situación económica, optaron por incrementar la productividad de la tierra con un laboreo más profundo.

La tierra secuestrada, alquilada, revendida, por la mano ajena que la hizo suya al mejor precio. El trabajo como exclusivo dominio de quien no tiene otra cosa, destino y condena o aspiración irremediable para la supervivencia.

No es una fábula particularmente original. Los estudios, los artículos de prensa, algunas observaciones de Ponce de Lesco, componen una orientación en los siglos

que ahora mismo me hacen mirar Celama con el desánimo con que se mira un panorama en el que la tierra parece borrada por el sueño. De un mal sueño se trataba.

Bueno, qué quiere que le diga, uno ya no anda con la misma prontitud e igual manera, las cosas son muy distintas de la otra parte para acá, sobre todo porque se pierde lo que allí era tan importante: el tiempo y el sentido que el mismo tiene, pero, por otro lado, siendo lo andarín que siempre fui, esa costumbre no se olvida.

—Se lo decía porque me extrañó verle llegar, a tan buen paso, y que me confirmara que del Argañal aquí le resultaba, como quien dice, un suspiro, sería eso: la costumbre que no se olvida, lo andarín que fue.

—Hombre, los kilómetros ni los mido ni recuerdo pero ¿qué pueden ser...? Diez arriba o abajo. Tomo el sendero y voy a lo mío, sin la menor traba. El terreno lo conozco como el mejor, a los pueblos no tengo manía de asomar. Por la linde de la linde y, a ser posible, respetando los sembrados.

—Me parece estupendo, no crea que se lo digo por otra cosa. Es que resulta curioso verle con tan buen pie ahora que, como bien sabemos, nunca es tarde ni temprano, la noche para simular mejor y que nos echen un galgo...

—Lo que voy a aprovechar, si no le parece mal, es la petaca. De la mía no hay noticia, suerte no tuve de traerla conmigo, supongo que quedó en el cajón de la mesilla, mi hija la mayor, que se llama Tolda, me la guardaba, no había cosa que más la hiciera sufrir que verme liando un cigarro, sobre todo en la enfermedad, se ponía de los nervios.

—Aproveche, por Dios, líe uno, ahí tiene papel y fuego. Yo es que no me quité el gusto de la colilla apagada y, ya ve, con medio pito hago la noche. Hay que joderse: tanto tiempo después de aquello, y la misma obsesión por las cosas más bobas.

—¿Cuánto hace de lo suyo, si puede saberse...?

—Dieciséis años. Si conoce El Broco, en los propios pagos del Cindio, un caserío en el Camino de Lavea, cuatro cabañas como quien dice, la mía la que tenía el corral más grande...

—Apenas recuerdo haber pasado una vez. Es que lo mío va para veintitrés, acordándonos de aquellas cuentas. La Celama de entonces tenía, como acostumbraba a decir mi padre, las vistas más anchas: con menos casas, poco construido, un pueblo donde lo viera Dios.

—¿Y era de arriba, del Argañal mismo...?

—Bueno, bueno, si yo le dijese de dónde era. Se va usted del Territorio, por la ribera del Urgo, hasta que se canse de andar: Blacelos, Puente Sauco, Moravilna, Los Amenos, y todavía coge el tren y saca el pañuelo por la ventanilla. Nací en una aldea del Castro Astur, pero mi padre era peón caminero y, casilla a casilla, en Celama topó, con más deudos que familiares. Afincado en Sabrales, de donde me considero.

—Lejos cayó, sí es verdad... Espere, que me parece que el mechero así no lo enciende, tiene la piedra muy gastada, déjeme a mí. Digo que bien lejos vino.

—Gracias... Dios, Dios, lo que es un buen pito, el tabaco fue el mejor vicio conocido. Teniendo yo unos ocho años, recuerdo que una mañana entró mi padre en casa corriendo como alma que lleva el diablo. A voz en grito nos hizo salir: mi madre con mi hermana del pecho, yo descalzo, por la carretera y el monte. Venían a por él como tantas veces habían venido, y lo puesto era lo que llevábamos. Fue en Celama donde mi padre dejó de correr, a Dios gracias.

—Yo es que no vi otra cosa que esto. Broco, Cindio, Lavea, alguna vuelta a Santa Ula, un poco Los Confines, el agua del Sela, las choperas aquellas que ya no sabes si las viste o te las contaron. Lo cierto es que ahora estoy más suelto, aunque por mucho que la noche dé de sí y muy andarín que se sea, no es lo mismo.

—Hombre, es una gran verdad que de esta parte a aquélla no es sólo la luz y la sombra, el día y la noche, la falta del tiempo y la desaparición que esa falta acarrea, creo yo. También es cierto que no todos los que estamos aquí, asomamos la gaita, al menos de igual modo. Por estos caminos y a estas horas, que ya no son horas ningunas, se echa más gente en falta que otra cosa, no es fácil pegar la hebra, la mayoría no quieren y muchos de los que quieren no se atreven. Pero, si somos sinceros, Celama no es tan distinta.

—¿Y usted va y viene habitualmente por esta ruta o se entretiene arriba y abajo...?

—Sin destino y casi siempre más solo que la una, alguna compañía a veces, cuando menos se espera, y no siempre gratas, que todo hay que decirlo. ¿No sé si usted conoce una vieja de la Santa Quilla, que se llama Mediana...?

—No tengo el gusto.

—Gusto ninguno, me parece que se me apaga...

—Tenga, tenga, un segundo que ya le digo que la piedra está muy gastada.

—Disgusto en tal caso. A todo el que ve lo toma por su marido. Llora aquí más que debió llorar en su existencia. Si para quitártela de encima le llevas la corriente, te empieza a insultar y, si te descuidas, te da una somanta: me dejaste ir, grita la desgraciada, sin medicación y cuidado, mala pécora, miserable, un cólico no hay quien deje de contarlo y, sin embargo, uno para mí fue suficiente...

—Lo que se fue se sigue siendo, está visto que no hay cambio posible, ni en el más acá ni en el más allá, un carácter es un carácter.

—Es allí donde debe conseguirse la conformidad, luego todo es distinto porque nada merece la pena, aunque algunos como esa vieja sigan rabiando. Cuando mi familia se afincó en Sabrales, cuando mi padre terminó de escaparse, empezamos a estar conformes: mi madre dejó de mirar por la ventana, yo ya no me asustaba al espantarse una gallina.

—Allí en Lavea, que sigue siendo el mismo Camino aunque ahora las cabañas son casas, quedan tres hijas de las seis que Dios me dio. Y bien conforme estuve con las seis, no piense otra cosa: a veces a los padres de tantas hijas se les mira mal, como si en su propia casa les hubieran ganado la partida. Dios sabe que no es mi caso: ni

las buenas ni las malas me sobraron, todas contribuyeron a hacerme feliz, si la felicidad allí es posible...

—Yo quedé soltero, no solterón, no me confunda. Tanto ir y venir no daba sosiego. Eres andarín y lo eres para todo. Algunos líos tuve pero de pasada, según mi condición.

—Tolda la mayor, Hebra la segunda, Sol la tercera. A la cuarta me la cogió un afilador de Santa Pila y me la mató a disgustos. A la quinta le dio la ventolera, se fue a Ordial a servir, entró en un convento, volvió a casa, otra vez marchó, la vieron mendigar, vino con un nieto, y ya se fue sin más aviso ni conocimiento. La sexta Ilina, la niña de mis ojos. Ésa se fue sin razón y la madre siempre dijo que el hecho de que yo esté aquí ahora en gran parte se debe a ella, a la sinrazón de que se fuese. Como si el riñón no hubiese tenido nada que ver.

—¿La quería más de la cuenta...?

—No me haga más costosa esta lágrima seca porque siempre que la mento me pasa igual, déjeme saborear la última calada, que nunca pude imaginar que el tabaco sirviera para tanto.

—Oiga, ya le dije que la petaca está a su disposición, líe otro, no se ande con rodeos.

—Miro Celama y es curioso verla en la eternidad, el Territorio quieto, fuera del tiempo, de la vida, qué gusto volver a echar un pito a estas horas.

—No me parece tan distinta, qué quiere que le diga.

—Usted vino de fuera, es forastero por muchos años que pasaran. A la fuerza tiene que ser distinta, no piense otra cosa. De una parte a otra, la noche, el día, la oscuridad, la luz, las Hectáreas que son piedra y ruina.

—Lo pasé tan bien, me gustó tanto. Lo de forastero no me preocupó. Ya puede figurarse lo que es un chaval que vive dispuesto a salir corriendo y que, de pronto, está tranquilo, convencido de que nada se mueve. El primer amigo que hice en Sabrales se llamaba Enor, el segundo Balterio, el tercero, el más grande que tuve aquellos años, Prino. Con Enor corrí las gallinas, matamos una. Con Balterio cacé los primeros murciélagos y amaestré una cabra. Prino me llevó a ver a las mozas meando en la Huerga. Mi madre no miraba por la ventana y las noches que mi padre no volvía sabía de sobra que no había huido, que como mucho estaba tirado en alguna linde con dos vasos de más...

—Se te van las hijas pero, habiendo tantas, alguna queda, media docena es mucho contar. ¿Iba a resignarme...? No hay padre que lo haga, las madres toman las cosas de otro modo. Ya le digo, la niña de mis ojos.

—No hay tiempo y, sin embargo, no hay olvido. Usted ve esta Celama distinta, yo la veo igual, la recuerdo como es, aunque ahora sea siempre de noche.

—Me levanté temprano, más temprano que nunca. En el corral había un macho muy inquieto que, con el tiempo, tuvimos que sacrificar, ya que tanta inquietud hasta lo incapacitó para el trabajo, ya sabe lo que pasa cuando uno de esos bichos se tuerce.

Tuve la impresión de que había golpeado la cancilla o la había roto pero ni se me ocurrió pensar que era alguien que marchaba.

—En la Huerga reían, unas con otras. Prino me las señalaba, una por una. De aquella curiosidad me vino la vergüenza de verlas, quiero decirle que ya nunca pude hablar con ninguna, ni de chaval ni de mozo.

—Ahora lo peor es no sentir nada, andar o estar quieto da lo mismo. ¿Qué habrá sido de aquella rapaza...?

—Líe otro y no le dé más vueltas, yo los pies sí que los siento, se lo juro.

—Esta Celama sin luna ni sol, qué pena más grande.

Nada me interesa menos que asistir al entierro de los que se me mueren. Celo Licia, por ejemplo, en la última aldea de Los Confines, donde Dios perdió la paciencia, como dicen en el Territorio.

Murió de hemiplejía, ya era mayor, no dejaba mucho menos de lo que cualquiera deja: dos hijos casados, uno viudo, las Hectáreas repartidas de modo que nadie salga de pobre, qué más se puede pedir.

La noche me pilló en La Colba donde, como digo, Los Confines pusieron a prueba la paciencia del Santísimo. No veía yo a Mensa con ánimo suficiente para echar la noche por esos caminos que con frecuencia confrontan las Hectáreas como guías de la misma perdición, quiero decir que una mula cansada y un amo con dos copas de aguardiente de más, no son la mejor brújula, aunque la noche esté serena.

Los hijos de Celo me ofrecieron cena y cama, pero en la casa había que velar al difunto y los velatorios en Los Confines no permiten que te vayas, cuando los presentes todavía no acabaron de contar lo que estaban contando.

—Como la muerta que se alzaba y se acostaba donde Llordio... —decía uno, que estaba más cargado de aguardiente que el resto de los veladores—. Cuñada del mismo, si podéis acordaros, que lo dudo, con el camisón puesto del revés, al aire los muslos, igual que si quisiera burlarse. Una muerta que fue la vergüenza de la casa, si es que de los muertos los vivos pudieran avergonzarse.

—No hay vergüenza... —replicaba alguien, con el eco de una voz temblorosa—. Baila la muerta y mira Dios para otra parte.

—No se dice que baile.

—Se dice que alza el camisón... —comentó otro con esa amorfa seguridad que da el alcohol—. Los muslos y la burla de enseñarlos, lo que todavía guarda la muerta en la intimidad de su muerte, que hay que tener ánimo para ver eso. Lo alza, no baila.

—Exacto. Sin haber sido en vida una fresca, ni mucho menos. Se pierde la cabeza a medio paso del más allá...

Debía ser muy tarde.

Los presentes habían contado todo lo que pudieran haber oído en los velatorios de su existencia, haciendo especial hincapié en historias de difuntos, que es lo que más pega en tales ocasiones.

No hay rito más pobre que éste: el café y las copas no excitan la imaginación, abotargan la memoria y, además, el patrimonio de las defunciones es precario y confuso en sucesos: del disparate a la rutina, todo abunda en lo mismo.

—Ni Pindio en el Rebueno... —aventuraba otro de los más averiados— que tuvo la suerte de que rezara los responsos don Valdorín, de otro modo no se atuviese a la realidad de las cosas. Ése resucitó al oír rezarlos, porque el rezo de don Valdorín era igual que las piedras que se tiran al agua, lo despertó como se soliviantan en la superficie.

—Una cosa es despertar y otra abrir el ojo.

—A tal cura se lo abrió más de uno, porque era de todos los curas de Celama el que para los muertos tenía peor mano.

—Razón de que no fuese buen cura: el responso garantiza la muerte, y si al rezarlo el cura intranquiliza al difunto, lo que hace es un pan como unas hostias...

Les escuchaba pero no les entendía, supongo que era imposible entenderlos porque ni ellos mismos sabían con exactitud lo que contaban. Las botellas de aguardiente se vaciaban más deprisa que las cafeteras.

Celo Licia era un cadáver apacible. Todavía no habían traído la caja y reposaba en el lecho donde había concebido a todos sus hijos, uno cada tres años según contabilizaba machaconamente el amigo que lo velaba a la cabecera y que, según consumía las copas, incrementaba la caricia con la saliva en la frente y el pelo del cadáver.

—A ti, Muridio, el primero, calcula que a la quincena del casorio, por San Bartolo si me apuras, según la idea que yo me hiciera. Marcial el segundo, tres años, parecidas festividades. Onofre a la vuelta de lo mismo, igual precisión. Uno de estos padres que son responsables de sus actos y que lo que más les gusta es respetar al patrón del pueblo...

Los tres hijos, sobre todo el viudo, asentían sin ningún comentario. El llanto del viudo estalló después de aquellas palabras. Era un Llanto pegajoso, más propio del anís que del aguardiente.

—Ni se te ocurra llorar, Onofre... —ordenó el amigo que peinaba con saliva al muerto, en la cabecera— porque si te escuchara llorar tu padre se lo iban a llevar los demonios, ya que el coraje que te faltó cuando enviudaste no fue precisamente causa de orgullo para él y el resto de la familia. Lloran las mujeres, lloran los rapaces, pero a los viudos y a los huérfanos no se les cae una lágrima en vano. Si te ves flojo, lo mejor es que te acuestes...

—Lloro para aliviarme... —confesó cariacontecido el pobre viudo, cuando logró contener las lágrimas.

—Pues mejor lo meabas, le dais otra copa o se acuesta...

Le dieron otra, nos dieron todas las posibles.

Amanecía cuando volvieron las mujeres para rezar el rosario, y los presentes con

muchas más dificultades de las previstas, intentamos dar por concluido el velatorio, no sin que el viejo de la cabecera dijese algo que ya ninguno entendió.

—Muere el que santifica la sombra de la madre que lo parió... —creo que pude escuchar— y a quien Dios se la da, se la bendice el mismo sacramento que hacen que sean santas las cosas que se pierden, igual sendas que monederos, no seamos protervos ni mangantes, no vayamos a joderla, que San Bartolo nos asista en el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo...

Sí recuerdo que todos circunspectos dijimos amén, que uno tras otro besamos la frente al difunto, que el viudo volvió a llorar y el viejo le dio un cachete, y que alguna alma caritativa me condujo a una habitación en el mismo piso, mientras más allá de la lumbre de la ventana, ya que el amanecer era invernal pero luminoso, se escuchaban las voces desentonadas de un canto de borrachos, al que las mujeres exigían respeto sin conseguirlo.

Decir que el sueño de aquel día mezcló la sombra de Celo Licia con el acordeón de una tonada nupcial, puede que sea un invento. Las donadas nupciales de la Llanura tienen un aire repetitivo y en su monótono rodeo acaban exprimiendo la alegría del festejo hasta darle un paso melancólico, como si esa consideración material y estricta de la existencia que impera en Celama no permitiese jamás la alegría completa, advirtiera con un leve toque de la pena que siempre acecha.

Debía de ser la tonada nupcial del muerto, una boda antigua salpicada por la campana de la iglesia de La Colba, el relato insistente de lo que la felicidad conlleva de desgracia porque, apenas me desperté, supe que aquella campana verdadera, que no era del sueño, a lo que tocaba era a difuntos.

De la tonada nupcial apenas distinguí el rastro amoratado de una fotografía, sobre la cómoda que estaba al fondo de la habitación, en la que Celo y su esposa miraban al futuro como dos novios arrecidos, posados igual que dos tristes gorriones en el cable de la luz.

—Don Selmo... —me advirtió muy serio el hijo mayor de Celo, apenas abrí la puerta de la habitación con el sentido extraviado de la resaca— no es don Valdorín. La campana la toca muera quien muera, otra cosa es la iglesia. Conviene que nos eche una mano...

No me quedó más remedio y me vi compelido a cargar, durante un tramo, el ataúd. Los del velatorio pugnaban por echar un cuarto a espadas en la conducción y no había alternativa.

Daba la impresión de que la caja pesaba más que el muerto, y estaba convencido de que el sepelio no llevaba un camino recto, los portadores zigzagueaban y el féretro resbalaba en los hombros hasta casi perder el equilibrio.

—Aguanta, Celo... —oí decir al que pujaba delante de mí— que mientras más tardemos en llegar al hoyo más barato te sale el bollo...

—Si no estamos a lo que estamos... —dijo el que pujaba detrás de mí— no lo llevamos donde hay que llevarlo. Y más razones le damos a don Selmo para que se niegue.

—Aquí se hace lo que diga la familia... —opinó tajante uno del otro lado—. De menearlo lo acabamos tirando y luego a ver quién lo recoge. Dijeron que primero a la iglesia, se ponga don Selmo como se ponga, y luego al cementerio...

—Dijeron hostias... —se quejó indignado el del medio de la otra parte—. El muerto no tiene por qué aguantar el feo del cura al que jamás dirigió la palabra. La familia ya perdió lo que más quería, no lo olvidemos...

—No lo echéis para allá, por Dios... —advirtió apurado el último—. El que nunca llevó un muerto es mejor que lo deje, éste no es el paso de San Siepe.

—A San Siepe lo bailan cuatro beatas... —canturrearon los que pujaban delante al unísono, esforzándose en mover el féretro más de lo debido— doña Vina, doña Zura, doña Trina, doña Zatas...

Cedí el puesto cuando pude y me rezagué en la comitiva. La campana dejó de repicar en el vacío de la Llanura y mi cabeza lo agradeció.

El sepelio alcanzaba los peldaños que subían al atrio. Las puertas de la iglesia estaban cerradas.

—Don Selmo no da el brazo a torcer... —comentó una de las mujeres enlutadas—. Dios, Dios, qué pena.

Los portadores ascendían con más riesgo del necesario. Tras el féretro, se encaminaban los hijos.

—Abra, don Selmo... —gritó el mayor, cuando habían alcanzado el atrio.

Hubo un silencio apenas roto por el roce indeciso del badajo en la campana.

—Abra, que se lo estamos pidiendo por las buenas... —dijo el hijo segundo sin alterar todavía la súplica con la indignación.

—La iglesia es la casa de Dios y los suyos... —se escuchó tras la puerta—. Ni vuestro padre vino nunca, ni confesar ni comulgar quiso. Dios no recibe a quien no reconoce.

—La iglesia es del pueblo... —gritó el viudo, lloroso— y las cuentas de Dios y mi padre tuyas son, no de usted.

—Calla, Onofre, calla, que lo que tu mujer tenía de santa lo tienes tú de blandrán. No hay misa, no hay responso... —aseguró el cura imperativo—. No hubo penitencia, no hubo extremaunción, Celo Licia no es de Dios, jamás lo fue ¿qué va a pintar ahora en su casa...?

—La tiramos, don Selmo, echamos la puerta abajo... —amenazó el hijo mayor, aporreando los cuarterones—. Mi padre no va al cementerio sin el agua bendita...

Los tres hijos golpeaban y pateaban la puerta.

—El muerto mismo quiere entrar... —gritó uno de los que pujaban el féretro, y hubo una exclamación de asombro y temor en la comitiva, cuando los pujadores, alentados por el hijo mayor, recularon y arremetieron con tal fuerza que el ataúd chocó contra la puerta.

Todos los presentes debimos sentir igual escalofrío.

En la caja retumbaron los restos. La puerta crujía con los goznes ferruginosos, las tablas desvencijadas, mientras las acometidas crecieron y el ariete mortuorio porfiaba con mayor furia.

Saltó la cerradura.

La voz de don Selmo quedaba silenciada por el ímpetu de los atacantes. Era una voz que había ido perdiendo la indignación y la amenaza, hasta sucumbir en la sorpresa y el miedo de la afrenta.

La puerta estaba abierta, pero ahora nadie parecía decidido a entrar. Muchos de los rezagados de la comitiva se fueron distanciando, abandonaron el entierro.

Rechinaron los goznes averiados.

En el interior de la iglesia la penumbra humedecía la atmósfera con el mismo pálpito helado de la mañana invernal. Era como una tumba fría violada sin deseo y codicia, como un cobijo que a nadie puede acoger, el último sitio donde esconderse.

Dos palomillas titilaban en el altar.

Los hijos de Celo Licia entraron, y los porteadores del ataúd fueron tras ellos. Se detuvieron a unos metros de las gradas, dejaron el ataúd en el suelo.

Don Selmo salió revestido, con la capa pluvial sobre los hombros, el hisopo en la mano.

—Ya hiciste lo que querías, Celo... —dijo alzando el rostro y bajando luego la mirada hacia el muerto, que tendría mezclados los huesos con las astillas—. Viniste porque te dio la real gana sin haberte arrepentido jamás de haber llamado payaso a Dios. Todos somos unos payasos en este mundo, yo el primero, pero Dios es el único que ríe al final porque ríe en la eternidad.

Cuando don Selmo inició el responso, después de aquellas palabras, todos nos habíamos arrodillado.

Decelia se casó con Vitro.
 ¿Quién puede saber lo que es la felicidad en un matrimonio cuando los hijos tardan y las apariencias no parecen corresponderse con la intemperancia de él y la amargura de ella, si entendemos que el ánimo benigno del marido apenas se sostiene ante los demás, y la mujer no levanta ese gesto de ausencia que la mantiene secuestrada en sus preocupaciones...?

Nadie dudó en Padiermo de la consistencia de aquel flechazo que alejaba a los novios por las Hectáreas como dos pájaros desprevenidos, ya que la distancia de aquel andar exagerado en las tardes de los domingos no se correspondía con la discreción, y no dejaba de ser raro ir tan lejos para, al fin, apenas cuidar las espaldas: los novios estaban tirados en el suelo, al arrimo del último Pozo, la mano de Vitro bajo la falda de Decelia, la de ella donde nadie se atrevía a decir, y un grito o un ahogo congelado en la penuria de la Hemina, cualquier agosto de esos en que la tarde del domingo está tan quieta que el propio silencio aumenta el eco de la respiración de un pájaro.

Se quieren y es mejor que se casen cuanto antes, no hay razón para aplazar ni una hora esas dichas ganas que pudieran tenerse, si consideramos que ella está en la mejor edad y es dueña de un patrimonio suficiente, hija tercera de una familia de posibles donde tantas hijas repetidas hace que sobren antes que falten, y él vino a Padiermo desde el Noroeste, desde Hontasul, donde dejó a los padres, y está en casa de un tío que no le cogió toda la afición que mereciera, lo que quiere decir que los padres de Decelia están encantados con soltarla y el tío de Vitro, hermano de su madre pero demasiado ajeno a los compromisos familiares, no ve el momento de que se vaya.

Un matrimonio es una sociedad limitada, al menos en el designio razonable del mismo, pero también se altera cuando las cosas no son lo que parecen y el equilibrio de la sociedad se va a pique. Entonces ¿en qué puede convertirse un matrimonio?

Los asociados rompen los compromisos, la sociedad se disuelve, aquello ya no es lo que era: todo quedó en agua de borrajas. Y, sin embargo, lo que el matrimonio involucra marca un más allá impredecible: la huella de los sentimientos nada tiene que ver con el olvido mercantil, la dichosa sociedad comprometió demasiados secretos y emociones.

—Todo lo que se quiera... —decía Fermín Costal en el Casino de Anterna, aquella tarde que hablábamos del asunto, como seis meses después de la muerte de Decelia—. Ni entro en la cuestión del sacramento, ni salgo a echar un cuarto a espadas por el rito civil, es otra cosa: diez años de casados hacen mucho en la costumbre de dos personas que comen y duermen juntas, de eso se trata. Las haya

bendecido Dios o el Juzgado.

—Son casos que no se ven con demasiada frecuencia... —opinaba Orestes Leva, un hombre de Cínera famoso por la lentitud de sus acciones, capaz, entre otras cosas, de invertir media hora en liar un cigarro—. Matrimonios hechos y deshechos, los que queráis: los hechos, acomodados a lo suyo, sin otra apariencia que la que da la vida en el día a día, los deshechos, según la decisión de quienes los sufren: algunos simulados, otros rotos casi desde el primer momento.

—Diez años no es medida tan grande, no exageremos... —dijo Abel Sera, que siempre se sentaba en el Casino en una silla medio rota con la que lograba poner nerviosos a los contertulios y con la que un día acabó rompiéndose el espinazo—. La edad en los matrimonios alcanza un sentido distinto porque el tiempo de los casados se aprecia mucho menos que el de los solteros. La rutina es mayor mientras hay menos libertad, las cosas de la vida se repiten sin cálculo, incluido el propio débito conyugal, y el tiempo pasa como un animal doméstico, de modo que nadie lo ve y el día que quieres darte cuenta transcurrieron décadas. Los diez años de Decelia y Vitro son una minucia, igual ni se percataron de los aniversarios, del mismo modo que no pudieron contabilizar las coyundas, porque la mayoría de los matrimonios no llevan contabilidad de lo que hacen para no aburrirse más de la cuenta.

—No es frecuente tanto en tan poco... —dijo Isaías, que siempre se sentaba a mi lado y encogía los hombros sin soltar la taza de café, en un vano intento de emboscar el laconismo enigmático de sus palabras—. Ni más en menos, si lo juzgamos demasiado... Casamientos los hay del signo que se quieran, hijos de igual madera, la misma diferencia.

En diez años Decelia y Vitro tuvieron tres hijos y, más allá de los indicios de intemperancia y amargura, nada hacía prever la condición de uno de esos matrimonios deshechos que mentara Orestes Leva.

A veces es tan difícil apreciar la felicidad como la desgracia y en eso la Llanura se parece a otros sitios: los gestos de una y otra no resaltan en el tamiz cotidiano, porque la gente es propicia a velar por la intimidad de sus desvelos y alegrías, ya que lo normal es tener conciencia de nuestra propia fragilidad y hasta temor de que desde fuera aprecien nuestras zozobras e ilusiones más de lo debido.

En la Llanura, como en tantos sitios, se vive con discreción que es el modo mejor de vivir con respeto, aunque esa norma de convivencia sufre embates y fracturas imprevistas, porque la propia vida se encarga de poner las cosas boca arriba cuando menos se piensa, y el temple de unos y otros no es el mismo.

Se fue Vitro y no hubo en Padierno mañana más despiadada.

Lo que aquellos dos seres hubiesen cultivado en los diez años de intemperancia y

amargura estalló como una bomba que cayera del tejado de la casa familiar, la que Decelia había heredado de sus padres: una de esas explosiones secas que nadie imagina y el pueblo escucha, aterrado y cariacontecido.

Lloraban los niños dentro de la casa y Decelia iba tirando objetos por las ventanas, vajilla, batería, mobiliario, mientras su voz hacía un desarticulado repaso de las afrentas del marido, un repaso difícil de entender en el significado de las palabras, pero perfectamente nítido en la desesperanza y la indignación.

Vitro aguantaba fuera, dando eco a las explosiones, contestando sin tino a los agravios, defendiéndose de los objetos, como si la furia desatada de ambos fuera la única vía para saldar tantas deudas secretas.

No lo mató de puro milagro... —dijo Fermín—. Un cazo, una perola, una sartén, no son munición suficiente, pero una plancha sí, y todo el mundo en Padiermo sabe que fue la plancha lo que a Vitro rompió los dedos del pie derecho.

—El ser humano es muy capaz de templar todas las gaitas... —opinó Abel— pero tanto templar no es bueno, porque lo que el ser humano tiene, antes que otra cosa, es memoria, pero memoria de todo: del aprecio y de la puñetería. El día a día de un matrimonio sin tino, por mucho que se guarden las formas, es la mayor carga de profundidad.

—No se puede ser sensato... —aseguró Isaías encogiendo los hombros— sin el reto de quererlo. Una picia, un desmán. Cuando volaban los retratos de la boda, igual que obuses, ya no había bendiciones, Dios y el Juzgado por igual conducto, los hijos de la misma madera y con la misma diferencia, qué susto nos llevamos todos.

Se fue Vitro y crecieron los hijos bajo el amparo de Decelia como los pollos de la gallina en el corral, sin que nadie quisiera recordar al padre huido, de modo que los pollos siguieron el curso de lo que la vida les proporcionaba y, cuando Decelia tuvo conciencia del destino de aquellos hijos que sin remedio se marchaban guiados por sus propios afanes, se vio más sola que cuando era soltera.

—Ahí le duele... —comentó Aníbal Sera—. Una casada se hace al destino del matrimonio y, en cuanto ese destino falla o se tuerce, ya no es la misma, por mucho que se quiera simular.

—Ni la que era ni la que había sido... —dijo Orestes—. Pero eso igual en el hombre que en la mujer, no vayamos a confundirnos, con la única diferencia de que el hombre administra peor la soledad. El ser humano no se distingue por sus atributos sino por las circunstancias y, en ellas, hombre y mujer de igual manera se enfrentan. Otra cosa es que Decelia fuese más piadosa...

—O mejor... —aventuró Fermín— en el sentido humanitario de la palabra. Vitro se llamó andana. Decelia pechó con los hijos y con lo que luego vino.

—Seamos consecuentes... —pidió Isaías—. De la misma misericordia se hace el pan y el vino. La bondad de ella cunde más que el perdón que él ni siquiera llegó a pedir. No eran de igual pasta, muy distinta madera, nos pongamos como nos pongamos.

Primero vinieron de Hontasul los padres de Vitro.

Dos ancianos ajados y tristes que preguntaron en Padierno por la casa del hijo y nadie quiso decirles nada, debido a la vergüenza y al desastre de aquel hijo que había tomado las de Villadiego.

Todavía los nietos eran chiquillos y en la plaza del pueblo jugaban cuando los ancianos, como en cualquier cuento de los que por el invierno se cuentan en el Territorio, que es cuando suelen contarse los más tristes, por el hijo les preguntaron, o sea, por el padre y la madre y, a la vez, la casa donde vivían.

Nadie dijo nada de la bondad con que Decelia acogió a los suegros. Dos ancianos de tan penosa presencia son, antes que otra cosa, emisarios de la desolación humana o de la desgracia del género al que todos pertenecemos, y no debiera haber cristiano que se llamara andana, aunque de sobra sabemos que son más los que se llaman que los que no.

—Llamaron a la puerta... —dijo Abel— preguntaron por Vitro y ella, antes de nada, los mandó entrar, los abrazó, les preparó la cena, hizo las camas y les dijo padre y madre con igual convicción que se lo hubiera dicho años atrás, cuando la boda.

—Lo que demuestra la mejor naturaleza, no así él... —opino Fermín— que desde que marchó no dio aviso. Decelia acogió a los suegros y en su casa los tuvo atendidos, tanto o mejor que si fuesen sus mismísimos padres naturales.

—Era de ley esa mujer... —aseguró Isaías—. Ni una de cinco haciendo las cábalas más lisonjeras. Las buenas no puntúan donde las mejores, no hay color. Ya dije que Decelia picaba alto, en su momento se vio. Dios la alaba.

Luego vino un chico faltoso, no tonto pero sí faltoso, y algo familiar había en sus ojos: lo que a veces deja en la mirada la legaña del padre, esa pena rara de un mirar contrito y silencioso que llena de pesadumbre lo que se ve.

Se llamaba Anciole y, desde que apareció en el pueblo, toda su intención se resumía en encontrar la casa de Decelia donde, según le habían dicho, moraban sus abuelos, Cundo y Leonor, padres de Vitro, progenitor suyo: padre perdido que de la mano de Dios le había dejado para que, peregrino de su suerte, viniera a Padierno si era capaz de llegar.

—Coño que si llegó... —dijo Orestes Leva—. Ya lo visteis venir, el más bobo y

el más cabal. A los cuatro días, cuando Decelia lo tomó como hijo suyo, entendiendo que Dios lo mandaba, mientras los suegros reconocían aquel vástago de ojos estrábicos y risueña carantoña de tonto del culo, ya era el niño bonito de la casa. Un chaval deforme del que hasta las ovejas se espantaban...

—Y con razón... —aseguró Fermín Costal—. La idea de torearlas hasta dejarlas exhaustas en el mareo, se correspondía con la idea de tirarlas a la Huerga, un desmán propio de su catadura.

—Ese chico... —dijo Isaías, que acababa de posar la taza de café en la mesa— no tenía intenciones, sólo desaires. El bobo no se redime, Cristo no murió por morir.

Y al fin volvió Vitro.

Si alguien en la Llanura se acordase de su cara, no lo habría jurado. Aquel Vitro era otro, tan distinto que resultaría imposible reconocerlo.

Los años transcurridos no justificaban el deterioro, pero acaso las distancias sí. Eso fue lo que opinaron en Padierno y lo que se comentó de Hontasul a Santa Ula: un hombre enfermo que no se valía ni para moverse, palúdico, un ser humano en el límite de sus posibilidades

—Dios, qué estropicio... —exclamó Abel Lera—. Ese ser que se agacha para dar un paso y no lo logra, que está amarillo, una ruina humana, un poste de la luz sin cables ni pájaros, mondo y lirondo: menudo regalo para la que en su día lo quiso...

—De ahí proviene lo que comentábamos del matrimonio... —aseguró Fermín—. De la conformidad, del aprecio irracional, de la costumbre de haber estado juntos con más ahínco que los bichos. Es la ley de casarse con Dios o el Juzgado que, al fin, son lo mismo para tales vicisitudes. La ruina humana que llamó a la puerta de Decelia, cuando ya los suegros habían muerto y el hijo del huido no levantaba cabeza, tenía una lágrima de vinagre en el ojo izquierdo. Con el otro te miro, amada mía, dicen que dijo, ya que soy un pobre hombre moralmente tuerto, pero con éste, con el sano, quiero verte tan mía, tan enamorada y generosa como fuiste en su momento, no me dejes pasar que no lo merezco...

—No habría de dejarlo... —dijo Isaías—. A su mismo lecho consintió en llevarlo, donde consumaron en su día el matrimonio.

—Para cuidar de él con el mismo arrobo y mimo, como se cuida del ser más querido... —informó Orestes—. ¿Acaso no lo era...? ¿Vamos ahora a dudar nosotros de lo que la ley del corazón imprime a la memoria y al mismísimo conocimiento...? Dios nos libre de meternos donde no nos llaman.

La historia no acaba ahí.

Es verdad que Decelia está ahora muerta, hace seis meses que la enterraron en el Argañal. Antes murieron Anciole y Vitro, pero todavía llegó una extraña mujer que se llamaba Vereda y anduvo de mendiga por la Llanura uno o dos meses, hasta que se dio a conocer.

—Igual que hermanas de sangre... —dijo Fermín Costal, cuando ya todos habían callado y nadie se atrevía a seguir hablando—. Es el mayor ejemplo de esta historia. La que hubiera sido mujer de Vitro, vaya usted a saber dónde y vaya usted a saber con qué vínculo, madre de Anciole y, al parecer, de otros que murieron lo más lejos que Vitro llegó en sus andanzas. Igual que dos viudas que en la misma casa conviven, llorando la pena del mismo hombre, con igual misericordia y entereza: Vereda y Decelia, la misma honra, igual suerte, Dios nos coja confesados...

Emigró Tano Valdivia como otros tantos lo hicieran. Las Hectáreas del Cejo no daban lo necesario y, en la familia, había más hijos de los debidos.

Emigró por el mismo conducto que en el Territorio emigraban los que se iban más lejos: una ruta con parecidos pronunciamientos y lo más barata posible hasta llegar a Vigo, en el límite marino de la provincia gallega de Pontevedra, y luego el pasaje en la clase más ínfima para hacer la navegación a Méjico, en uno de aquellos barcos de la Compañía Morelos que atracaban en el Puerto de Veracruz después de haber derrotado por más millas marinas de las precisas.

Algo de eso decía Tano Valdivia en la primera carta que llegó al Cejo, seis meses después de que hubiera marchado.

Nada que les meta miedo pienso contarles, queridos padres, aunque no me resisto a mentar la desgracia que tuvimos en Foncebadón, donde al carro en que íbamos mi compañero Cirino y yo se le salió la rueda, de modo que se fue el carro a pique y de milagro lo contamos, tirando los bueyes hacia un lado, arrastrado el carro a la cuneta y el abismo, Cirino dando voces y yo que, antes que otra cosa, quería salvar la impedimenta, no fuese a ser que hubiese que emigrar con lo puesto. Cirino rompió el brazo, yo me rajé la pierna, no sé si decirles que ese puerto de Foncebadón es el más asesino, si consideramos que la niebla no deja ver, los bueyes se descarrían y asustan, la noche te coge cuando todavía no lo coronaste, y luego la bajada a Molinaseca también resulta de aúpa. El brazo roto de Cirino era el mayor pesar del viaje, ya pueden imaginarlo. De la raja mía no hay que preocuparse: la herida estaba limpia y ya con la primera cura sobraba...

La familia agradecía aquella prolija descripción, aunque de ese tramo complicado para arribar al Bierzo había noticias suficientes en Celama y los detalles no venían muy a cuento: el Bierzo no era ni mucho menos el fin del mundo, al menos en la aventura de quien emigrase al otro lado del Océano, el Bierzo era como un vergel colindante del que con frecuencia hablaban los viajantes que llegaban al Territorio desde las rutas del Noroeste.

¿Del mar qué quiere que le diga, madre? Ya que fue usted muy especialmente la que tanto me lo encareció, voy a contarle lo que buenamente pueda. Fíjese bien, madre, que el mar no tiene comparación posible, nada que valga para que yo le diga lo que se me ocurra. Si le dijese que el mar es el total cuadruplicado de las Hectáreas de Celama acertaría y, a la vez, estaría mintiendo, no es comparable. Lo que no tiene es tamaño propiamente dicho, imagínese que mirara usted Celama por el ojo de la cerradura, algo parecido por la desproporción. Un barco en el mismo apenas pudiera parecerse a la nuez más pequeña del nogal más grande, pero no me ponga en el aprieto, por Dios se lo pido. El día que llegué a Vigo y el hombre que guiaba el coche me indicó lo que era el mar, que ya se veía bien visto, yo lo que no pude fue contener el miedo que me dio, de tal manera que al mirarlo me puse a temblar, porque una cosa es lo que se te puede ocurrir pensando en él, y otra muy distinta verlo y, al tiempo, decirse a sí mismo: ese impedimento hay que salvar para ir al otro lado, entendiendo que en el otro lado está el otro mundo.

Era como si el trance de llegar a ese otro mundo tuviera para Tano Valdivia una importancia comparable al trance de haber llegado a Vigo, ya que esa primera y larga misiva, probablemente escrita en el mismo Puerto de Veracruz o en algún lugar

cercano, daba razón detallada de los avatares del viaje peninsular y apenas impresiones del mar y la derrota de sus millas: nada especial de ese primer encuentro con el otro mundo y, al fin, la otra vida, que sería lo primordial de la aventura del emigrante.

Ya les digo que lo de Foncebadón fueron las primeras penalidades. En Ponferrada quedó Cirino, el brazo hecho una pena. Yo tenía la duda de seguir viaje o esperarle un poco. Hay un arriero que se llamaba Luengo que me animaba a que fuera con él, porque me resultaría más fácil el Cebrero y en las posadas de la otra parte alguno de los suyos podría llevarme a Arosa. No le fue difícil convencerme, a Cirino no le dije nada y ese pesar todavía no se me quitó. Este Luengo debió fijarse en lo desvalido que andaba, ya dice usted, madre, que si uno del Cejo va al Confín, en tan pocos kilómetros se extravía y por el modo de verlo, solo y desorientado, se sabe de dónde viene y lo poco que vale para moverse. Figúrense lo que yo podía parecer cuando Luengo me miró: estás alelado, chaval, estás bobo, me decía, o espabilas o no vas a ningún sitio. Por las posadas de la otra parte perdí el rumbo, también las pocas pesetas, no me obliguen a contarles más de lo debido, no me amuelen, igual quieres dormir una noche y, si te descuidas, duermes un mes, de tan cansado como estás, este mundo es una pena, del otro todavía no les conté nada, pero todo se andará, no se impacienten...

Seis meses es un tiempo razonable para aguardar las primeras noticias. Ningún familiar en Celama recela del destino del emigrante en menos tiempo: a la emigración hay que darle, como poco, esa confianza, ni siquiera pasa nada porque los seis meses sean siete u ocho. Tano Valdivia cumplió con la previsión. Lo único especial era que en esa primera misiva se iba sin remedio por los Cerros de Úbeda: nadie en la familia, padres, hermanos, quedó medianamente satisfecho con las noticias del más allá, todo lo que hubiera sucedido en el viaje era pecata minuta en comparación con lo que podría ser el hallazgo de la llegada. Lo disculparon pensando que Tano era un tarambana y, a la hora de escribir como a la de hablar, más caprichoso de lo debido y capaz de aburrir a las piedras. Su padre, que llevaba en la cama casi un año con fiebres tifoideas, leyó la carta y la dejó caer como una enseña desanimada: nada que pague el tiro, dijo, ninguna noticia de veras, todo fantasías y bobadas. A la madre le gustó lo del mar.

El hecho de que la segunda carta llegara año y medio más tarde ya no es sintomático de los avatares y penalidades de la emigración, sino claramente de esa torpe condición del tarambana que conllevaba la otra condición del disipado. Su padre había muerto, dos de sus hermanos se habían casado, su madre suspiraba día y noche, pensando que en aquellas ramas espesas del nogal marino su hijo pequeño había perdido el sentido, hasta tal punto que ya ni de ellos se acordaba.

Me va bien, estoy sano, un catarro, una gripe, nada que no remedie la sulfamida, y la morriña con el orujo o el pulque, que es lo que aquí toman. Acá el que no corre vuela, al que Dios se la da San Pedro se la bendice, el más tonto hace de un ladrillo un machete, a los de fuera nos llaman gachupines. El país es muy grande y no hay manera de conocerlo entero, el mismo tamaño la serranía que el llano, nomás lo mismo si lo viéramos al revés y del Norte al Sur los mismos pendejos, lo digo en broma, la gente es tan buena como allá, no me tomen el número cambiado. Ahorita mismo me recuerdo de todos ustedes, que es como aquí se habla, más posibilidades no es posible, si el mar no nos alejase sería el mismísimo paraíso. Hablando de

otra cosa: se acuerdan que les conté la desgracia de Foncebadón, no les dije que el carro se fue a pique a la altura del pueblo de Manjarín, la gran pena es pensar que Cirino no pudo venirse. Disculpen ustedes que todavía no les mande una dirección para que me escriban, cambio cada poco y no me ubico, lo que no quiere decir que las cosas no me vayan de miedo, tampoco podría negar que vaya mal de amores, en cuanto puedo no me ando por las ramas, ya que este mundo, aparte de los peligros, es otro mundo y el Territorio se ve por estos pagos muy antiguo. Madre: le conté lo del mar. Siempre que puedo voy al puerto, lo que le dije lo corroboro: una inmensidad, no hay Hectáreas comparables. Cuídese que ya se me está haciendo usted viejita...

El que en los tres años siguientes nada se supiera de Tano fue la razón de que, en la proporción de ese tiempo, se fraguara la lógica proporción del olvido, si se exceptúa a la madre, que no perdía ocasión para calcular las imposibles Hectáreas, cuadruplicadas o no, donde su hijo parecía haberse perdido sin remedio. De los emigrantes mejicanos de Celama llegaba alguna noticia y jamás en ellas se hacía referencia a Tano, aunque ya hacía tiempo que la madre se había preocupado de requerir a los familiares. No había justificación razonable para la falta de noticias y en el comentario ocasional de hermanos, cuñadas, parientes y conocidos, se hacían cábalas sobre la enfermedad o la desgracia que justificasen la desaparición. Hasta que un día llegó una escueta misiva fechada en San Luis de Potosí.

Ni se me espanten ni me hagan finadito que acá el tiempo es de otra manera, donde Celama dura lo que dura y en estos pagos no hay medición, un día un suspiro, un mes un lamento, un año un entresueño. De salud, bien, de ánimo regío. Lo mejor de todo será que no se preocupen, el hijo no está perdido, faltaría más, cualquier momento vuelvo a darle el mayor abrazo del universo a mi mamacita. No se pregunten qué hago, no sean boludos, ya les comenté que por por acá el más tonto hace de un ladrillo un machete. ¿Qué habría de hacer...? Machetes, y con ellos lo mismo me limpio los dientes y ahorro los palillos. Estense muy tranquilos porque lo que está claro es que a Tano Valdivia no lo tose nadie. Tampoco vayan a creer que me hice estanciero, aunque como el pájaro ufano del corrido vaya picando de flor en flor y, a veces, hasta cae alguna gachupina. Soy muy hijo de mi padre, ya se sabe. Mamacita: más que por nadie, por usted suspiro, no se me haga más viejita de lo que debe porque un día todavía quiero besarla en la frente.

La madre leyó la carta cientos de veces. Le frustraba tanta palabra y tanto no decir nada pero la agradecía infinito. Hermanos, cuñadas, parientes y conocidos se hicieron a la idea de que el tarambana había perdido definitivamente el juicio. Desde aquella misiva, aquel boleto como lo llamaba Tano disculpándose de la premura con que escribía después de tanto tiempo sin hacerlo, el olvido fue la aureola del emigrante, sobre todo cuando, ocho meses más tarde, murió la madre. De los emigrantes mejicanos de Celama ninguno dio fe de Valdivia, nadie sabía nada de él en Potosí, en Aguascalientes, en Jalisco, por el Yucatán. Que cuatro años más tarde llegase el definitivo boleto de Tano ni siquiera fue una noticia, apenas una desganada curiosidad. Parecía estar fechado en Toluca de Lerdo, y digo parecía porque la referencia estaba medio tachada.

Soy el mismo pero mayor. Los años no pasan en vano. La vida se hizo más dura y peligrosa. Dicen que al que madruga Dios le ayuda, no soy de tal idea. Esta vida del que se fue es más triste cuando la edad se echa encima, no quisiera disimulado. Lloro como un descosido las lágrimas más amargas, las del que está más solo que la una, tan lejos. Ay, Celama mía, si fuera capaz de cantar un bolero, si el alma no se me derritiera. No me atrevo a preguntar si vive mi madre, si mi padre existe, si las Hectáreas son las mismas, si en el Cejo

es igual la primavera. Me pongo emotivo, qué carajo. Sepan que a todos los quiero y que, por mucho mundo que se vea, no hay pueblo como el de uno, allá donde esté.

Balbo Valdivia, que era el mayor de los hermanos, sacó la conclusión, ya bastante desgana, de que aquella carta, aquel mísero boleto, era la vergonzante confesión del fracaso de Tano y, casi seguro, de su enfermedad, de la desgracia que lo tenía hundido en la melancolía que precede a la desolación y el desastre. También le pareció que se trataba de la despedida.

Yo había seguido la correspondencia de Tano.

Atendí a don Sibó hasta que las tifoideas lo aniquilaron, atendí a la madre en el declive que la fue dejando medio paralítica, hasta la vi morir en el corral, sentada en el poyo sobre los cojines como una cigüeña disecada, y probablemente fui el primero en saber que Nito Valdivia, el hijo de Balbo, también había decidido emigrar.

Esperemos, decía su padre, que no siga el ejemplo del tarambana, aunque de salida no hay otro conducto: carretera y manta hacia Vigo y el primer barco que se ponga a tiro, aunque la idea es que vaya a la Argentina, a Mar de Plata, donde hay primos segundos de mi mujer.

Nito fue y volvió en seguida.

Era un mozo despierto, emprendedor, decidido, por eso extrañó tanto verlo volver tan pronto, de modo que resultaba imposible que hubiera llegado más allá de la propia costa, como así sucedía.

Y además, no volvía solo: le acompañaba un ser encorvado y menesteroso que arrastraba los andrajos como el peso de la roña portuaria. Un ser que no alzaba los ojos del suelo y que, cuando el coche que los traía paró en la plaza del Cejo, bajó con muchísimas dificultades y, ante la mirada incrédula de todos, dio seis pasos desvariados hasta que logró orientar el camino de casa, a cuya puerta habían salido Balbo y los suyos.

El harapiento acababa de dar un grito extraño, caía al suelo, nadie se decidía a acercarse.

Fue Nito quien llegó a él y volvió a alzarlo con mucho esfuerzo. Quienes presenciaron la escena, aseguran que fue en ese instante cuando al pobre desgraciado le dieron las primeras convulsiones.

Se estaba muriendo en brazos de su sobrino, venía muriéndose desde hacía algunos kilómetros.

—Es Tano... —gritó entonces Nito, como una llamada de auxilio y desesperación que nadie era capaz de entender.

—Es mi tío Tano... —volvió a repetir, mientras el cuerpo del mendigo se estremecía.

Tardé media hora en llegar. Todo el Cejo estaba en la plaza. Tano Valdivia ya había expirado.

Fue en Vigo, por las callejas del puerto, donde Nito encontró a su tío. Era un pobre famoso en la rula y los desembarcaderos. Antes, según supo, había sido estibador y había trabajado en otras labores portuarias, hasta que un accidente arruinó su salud. En las tabernas y en las pensiones de la marinería era todo un personaje, que contaba con la aureola del desgraciado de tierra adentro, que con sólo ver el mar ya se mareaba.

—En vez de la emigración hiciste la carrera del señorito... —le decían los taberneros que todavía, al cabo de tantos años, no le habían perdido ni el aprecio ni la conmiseración.

Del puerto siempre salía algún barco y alguien podía hacerse cargo de alguna misiva para remitir desde allá, desde la orilla que jamás se atrevió a alcanzar.

Esa orilla a la que Nito Valdivia llegaría, probablemente recordando la mano temblorosa de aquel pobre que le pidió limosna cerca de la dársena.

—El mar es como mi tío dijo a la abuela en las cartas, ahí sí que acertó: las Hectáreas cuadruplicadas.

El cuento lo cuento como se lo oí contar a Santos Dorama en Hontasul, la noche que murió su suegro, mientras lo velaban, cuando ya había certificado la defunción y tomábamos unas copas de aguardiente en la cocina.

El peor muerto del Territorio, dicen los que cuentan, que suelen ser los que mejor hablan, se llamó Veridio, y la razón de ser el peor se debe a la falta de conformidad. Lo propio es que los muertos tomen razón de tales sin más aspavientos que los que desde la enfermedad les llevan al otro barrio. El caso de mi suegro, sin ir más lejos — citó Santos Dorama, y como el cuerpo presente estaba en la habitación de al lado, todos los que en la cocina tomábamos la copa llevamos, casi sin querer, la mano a la sien en señal de respeto— que, pese a las aprensiones de quien siempre tuvo mala salud, se hizo a la muerte con la única queja de lo que al final tardó en llevárselo. Lo natural es aceptarla con mayor o menor resignación, y el muerto contestatario, el que la enfrenta y se niega, lo es más por efecto del desvarío que de la voluntad, creo yo.

Pero el cuento que se cuenta de Veridio demuestra que un mal muerto puede poner a la mismísima muerte en entredicho. Muerto mortal, decía de él mi tía Enelda, que me contó el cuento de niño. Muerto morido, lo llamaba mi prima Toza, que temblaba de miedo y admiración cada vez que lo escuchaba: un hombre así para mí quisiera, morido en la pelea de la muerte, sin reconocerla, más valiente que cualquier misionero del Amazonas o que el pastor de Abrados que mató al Lobo Consilio con una cuerda.

El aviso de la muerte lo sintió Veridio la mañana de un Día de Difuntos, poco después de haber cumplido los treinta y dos años. No me digan ustedes que ya es casualidad, pero si en los cuentos no pasan estas cosas ¿dónde habrían de pasar? Se levantó como siempre y, también como siempre, antes de atender el requerimiento de su madre, que desde la cocina le avisaba que el desayuno iba a enfriársele, se miró en el espejo del armario y lo que vio en sus propios ojos no le gustó nada.

Dicen los que cuentan, que también suelen ser los que más saben, que la muerte se anuncia en las pupilas, sobre todo cuando se quiere dejar sentir, y hace un guiño a uno mismo desde el otro lado del espejo. Lo que percibió Veridio nadie sabe a ciencia cierta lo que fue, el caso es que no le gustó nada. Bajó a desayunar, tomó el café frío, caviló un rato y le dijo decidido a su madre:

Venga quien venga a preguntar por mí, sea vieja, doncella o rapaza, le dice usted que Veridio está en la Hectárea sin otra indicación, y ahora mismo me busca la capa del abuelo Fromentino, la cayada de mi tío Alce y las botas de mi padre, aquellas con las que sirvió al Rey en el Cuartel de Aranjuez.

La madre de Veridio calló el pesar y la preocupación que el encargo le

proporcionaba, y del armario sacó lo que pidió el hijo.

Tales muestras, musitó para ella cuando Veridio se fue sin permitir que el perro le siguiera, son propias del que amaneció pesaroso: un mal presentimiento, un dolor del pecho o del alma...

A media mañana llamó a la puerta una niña rubia, que hacía girar un aro en la mano derecha.

Vengo a jugar con Veridio, dijo la niña, dígame que salga. El aro por el surco lo haremos rodar y en cuanto que corramos tras él, los dos de la mano, veremos brillar el aro y, al alcanzarlo, es de oro como de oro son las pulseras y las sortijas de las novias más ricas de Celama.

Veridio fue a la Hectárea, dijo la madre, sin poder quitar los ojos del aro que la niña lanzó al aire disgustada, mientras en el corral ladró inquieto el perro.

No había pasado una hora cuando volvieron a llamar a la puerta. Había una doncella vestida de blanco: blanca la piel, verdes los ojos, un pañuelo de seda en la mano.

Vengo a ver a Veridio, dijo llevándose el pañuelo a la frente, donde la piel brillaba como el mármol. Si un beso en la frente me diera se me iría este dolor que desde niña no me deja. El pañuelo quería regalarle como prenda de mi agradecimiento. No hay novia en Celama que tenga otro igual.

Veridio fue a la Hectárea, repitió la madre, y no pudo contener el temblor de la mano al cerrar la puerta, pues había advertido un fulgor de llamas verdes en los ojos resentidos de la doncella. El perro volvió a ladrar.

Ya era mediodía cuando llamaron otra vez. La vieja que lo hacía no tenía cara. Un velo caía de su cabeza y todo el cuerpo, reclinado y enjuto, estaba cubierto por el paño negro que ni siquiera dejaba descubrir sus pies.

Dígale a Veridio que salga, dijo la voz oscura de aquel ser oscuro. No hay más hora que valga, ni más alhajas ni prendas, se acabó lo que se daba.

Veridio está en la Hectárea, dijo la madre, sin que las palabras apenas le llegaran a la boca, mientras el perro aullaba como un lobo.

Fíjese bien, dijo la vieja, y bajo el paño mostró un filo de acero ferruginoso, una punta de guadaña. No la burló el Emperador de Asiria ni el Khan de Mongolia ni la Reina de Inglaterra ni el sucesor de la silla de San Pedro, cuanto más un alfeñique de esta tierra de pobres. Que salga, porque lo que demore deberá saldarlo con mayor sufrimiento...

Ya le dije que está en la Hectárea, repitió amedrentada la madre y cerró la puerta, sobre cuyos cuarterones el filo de la guadaña hizo una raya de la que acabaría

desprendiéndose un hollín verde.

En la Hectárea estaba Veridio, haciendo la labor como otro día cualquiera, sólo que éste no iba vestido como acostumbraba: la capa del abuelo Fromentino disimulaba su cuerpo y lo hacía mayor, la cayada del tío Alce le hacía aparentar una persona más cabal, y las botas de su padre bien pudieran ser de siete suelas por el garbo con que se movía.

De noche volvió a casa, llamó a la puerta y ladró el perro en el corral.

Abra madre, dijo, y si no se fía mire el paño de la capa, el nudo de la cayada, el brillo de los clavos de las botas.

Ay, hijo, suspiró la madre, la rapaza quiere que con ella juegues, la doncella que la frente le beses, la vieja dice que no hay más hora que valga y que se acabó lo que se daba. Es ella la que con la guadaña rayó la puerta...

Ni se preocupe, aseveró Veridio. Con treinta y dos años, uno menos que Jesucristo, no tengo ninguna gana de entregarme y la Muerte ya puede rabiarse. Ni juego, ni beso, ni accedo. Usted con decir que estoy en la Hectárea ya cumplió: si algo hay en Celama que no se sepa distinguir son las Hectáreas, que del terreno hacen la misma tierra, igual proporción y medida, a no ser que se supiese nombrar cada una, cosa improbable.

Y así fueron pasando las mañanas y los mediodías, siempre con la misma canción: la niña que venía con el aro y a la puerta llamaba, la doncella que se llevaba el pañuelo a la frente, la vieja cascarrabias que mentaba al Emperador de Asiria y al Khan de Mongolia y a la Reina de Inglaterra.

Veridio está en la Hectárea, repetía una y otra vez la madre y ladraba o aullaba en el corral el perro, que en ocasiones saltaba la barda con el desafío de las patas temblorosas y el rabo enhiesto.

A los días sucedieron los meses y, para la siguiente primavera, estaba seguro Veridio de haber burlado la muerte, aunque ninguna mañana, al levantarse y verse los ojos en el espejo del armario, dejó de percibir aquella huella que nada le gustaba, lo que pudiera ser el resplandor oscuro de una mirada al otro lado del espejo.

Aseguran los que dicen y cuentan, constató Dorama que apuraba la copa de aguardiente sin que quienes le escuchábamos hiciésemos otra cosa que atender embobados el cuento, que de algunas de las trampas que en esos meses tendió la Muerte a Veridio salió sano y salvo, por lo bien que supo prevalecerse.

La capa del abuelo Fromentino disimulaba el ir y venir, porque con ella parecía tan viejo como el propio abuelo. Con la cayada del tío Alce ahuyentaba a quien quisiera husmear, ya que en los nudos de la misma silbaba el viento al varearla y daba auténtico miedo. De que la Muerte puede tener miedo nadie ha dicho nada, pero que algunas de sus emisarias llegaran a asustarse por las lindes y los pozos no hay que extrañarse. Con las botas con que su padre sirvió al Rey en Aranjuez, corrió Veridio como alma que lleva el diablo, aunque ésta no sea la mejor manera de decirlo. Al menos seis veces, en aquellos meses, lo esperó la Oscura Señora, aprovechando que la luna se compinchaba con ella, y había que ser lo joven que era Veridio y correr lo que aquellas botas corrían para despistarla, del Bardán al Poruelo, por las Heminas y las Norias, hasta el último camino del Confín.

Muerto mortal que no quiere, muerto morido que no se conforma, aquí en Celama tampoco la Muerte hace distinguos, sólo hay que asomar a la habitación de al lado y ver lo que queda de mi suegro, dijo Dorama, pero acaso fuera el mejor sitio para que un buen mozo le echase un cuarto a espadas, habida cuenta de lo que la Muerte significa en el Territorio.

Esa Oscura Señora siempre supo que nos tenía más preparados que en cualquier otro lugar, porque no es precisamente la vida lo que contiene la tierra que pisamos: de una encarnadura más sospechosa está hecha, si de ello somos conscientes, aunque me parece que me estoy saliendo del cuento, y lo que quiero es contarlo, no rezar un responso.

Lo que debías es decirnos de una vez cómo se las apañó Veridio, opino Morado, que estaba en la mesa sentado a mi derecha, porque el problema que tiene el cuento, tal como lo cuentas, es que dura más de la cuenta. Yo a mi abuela Eladia siempre le oí decir que contar tiene que ver con medir, y que a lo bien contado no le queda otro remedio que estar bien medido. Atente al cuento.

Vamos a ello, consintió Santos Dorama, escucháis sin beber y me hacéis ir más deprisa de lo que se debe, aunque lo que gasto en palabras lo ahorro en aguardiente, vaya lo comido por lo servido.

La Muerte aguantó sin achantarse, y eso que las celadas que le tendía a Veridio no daban resultado. La Hectárea jamás supo la que era para ir por él allí. A la rapaza y a la doncella las liberó de su cometido, iba a encargarse ella misma del asunto. ¿Y qué hizo...? Está más claro que el agua: dejó correr el tiempo, se resignó a no llevarlo en su hora, admitió esa derrota que hace de Veridio un héroe del Territorio, uno de esos que hay que emparentar con los Garbancitos y los Bertoldos de los cuentos que nos leía el maestro de Hontasul.

Pasó el tiempo y la que murió fue la madre de Veridio, y a la buena mujer nadie le

vino con el aviso: ella no se miraba cada día en el espejo, le bastaba con limpiar del peine las canas que de blancas se habían vuelto amarillas.

Aquí estoy, amigo mío, le dijo la Muerte a Veridio al pie de la fosa de su madre. Esa tarde el luto no le permitía llevar la capa ni la cayada, ni siquiera las botas. ¿Quieres aprovechar el mismo entierro, evitarles otro viaje a los deudos y familiares que vinieron de fuera, trabajo al sepulturero...?

Ya que tanto te costó, le dijo Veridio a la Muerte, vas a concederme el capricho de jugar con el aro de la niña y limpiarle la frente a la doncella con el pañuelo.

Los que cuentan dicen que la Muerte sonrió, no se sabe si con sorna o maravillada del temple de aquel mozo. Esto de que sonría la Muerte sólo pasa en los cuentos de Celama, donde la Oscura Señora tiene más confianza que en ningún otro sitio del mundo.

Concedido, dijo la Muerte, pero ahora voy contigo a casa y me das la capa, la cayada y las botas.

Veridio cumplió lo prometido.

A la mañana del día siguiente vino la niña rubia y llamó a la puerta. Fue el propio mozo el que abrió.

Vengo a jugar contigo, dijo la niña y lanzó el aro al aire.

En la fuente de la plaza aguardaba la doncella, que acababa de mojar el pañuelo en el agua. El perro había ladrado en el corral, no se sabe si inquieto o jubiloso, cuando Veridio salió de casa y cerró la puerta con llave.

Ya voy, madre, dicen que dijo los que tanto saben.

Los papeles de Ponce de Lesco y Villafañe, que tanto me costó ordenar, entretuvieron mi curiosidad un tiempo, pero luego la monotonía del trabajo y aquella letra, relativamente clara pero molesta con su alambicada caligrafía y los irremediables desmayos de pulso y tinta, hicieron que abandonara la lectura.

Apenas de tarde en tarde, retomaba la carpeta y volvía a repasar las cuartillas que el tiempo reseca en el abandono, como hojas otoñales que el sepia distanciaba confundiendo su antigüedad vegetal. Todavía, en algún momento, encontraba alguna despaginada, que corroboraba el desorden inicial del hallazgo.

La Topografía Médica de Celama, que habría pretendido concursar en una convocatoria de la Real Academia de Medicina de Barcelona en mil ochocientos ochenta y ocho, venía a componer fundamentalmente, más allá del estudio dedicado a las Necrópolis y al Territorio, una monografía sobre la enfermedad desde su evaluación estadística.

En realidad, este tipo de monografías, formaban parte de los programas de investigación institucionalizados por las Corporaciones médicas, y todas solían reproducir un esquema básico. Lesco ofrecía un bosquejo geo-histórico muy elemental, atendiendo especialmente a la evolución de las constantes climáticas del Territorio, con abundantes datos termopluviométricos. También hablaba someramente de los productos naturales, mercados e industrias, intentando delimitar los supuestos de la alimentación pública, y abordara, todavía más someramente, lo relacionado con el suelo, el subsuelo y lo que denominaba la monumentación, que no era otra cosa que un panorama del estado general de la edificación en Celama, con referencias más concretas a los precarios edificios que cumplían alguna función asistencial o de servicio público.

Lo fundamental de la Topografía eran esos capítulos en que, como digo, se hacía una evaluación de la enfermedad: el balance de la misma que derivaba en un auténtico balance de la muerte en Celama, para concluir con el estudio de las Necrópolis. Primero se abordaba un completo estudio demográfico, augurando una perspectiva pesimista, orientada a la progresiva despoblación, y que tenía que ver con los valores de la mortalidad. Por eso, la constante biológica y demográfica se consideraba con notable detalle desde sus más significativos componentes: la edad, el sexo, los distintos pueblos de residencia, las causas de muerte. En cuanto a la edad, eran muy destacables los elevadísimos valores de la mortalidad infantil, entendiendo por tal la de los menores de cinco años. Sobre las causas de sobremortalidad, Lesco era muy preciso al hablar de las enfermedades contagiosas y epidémicas, como el sarampión o la viruela, o de enfermedades del aparato gastrointestinal.

Son observaciones que, como en el cuadro general de su estudio, y sin que yo haya hecho evaluaciones estadísticas muy minuciosas sobre la actualidad, mantienen

clara vigencia. Más difusas resultaban, sin embargo, sus valoraciones en lo que se refiere a las bronquitis, pulmonías y catarros en relación con los elementos atmosféricos, y algo extraña su consideración del Territorio cuando afirmaba que, al igual que otros puntos de la Provincia, tenía una constitución médica tuberculosa.

En sus conclusiones, resaltaba algunas constantes de la ecología comarcal, las precariedades higiénicas, el proceso despoblador que incidía en el fenómeno, pueblo por pueblo, de la mortalidad, el dominio de agentes epidémicos y contagiosos, contaminación de aguas y alimentos y la sobremortalidad. Todo ello, apoyando la propuesta de una imprescindible y profunda reforma higiénica en todo el Territorio.

La lectura de las cuartillas me llevaba con más frecuencia de la debida al desánimo. La curiosidad puramente científica estaba saciada y aquel murmullo de la enfermedad y la muerte que componga la monodia del relato estadístico atrofiaba mis ojos con el dibujo de la extraña caligrafía. A veces, pasaba cuartillas, otras volvía hacia atrás, compaginaba las extraviadas.

Los datos de enfermedad y muerte correspondían a mil ochocientos ochenta y tres, y el catálogo de la música fúnebre detallaba sin piedad, con la lógica asepsia de su incidencia irremediable la geografía y edad del sufrimiento: en Santa Ula, murieron dos varones por la fiebre tifoidea, una hembra por viruelas, dos hembras por sarampión, una hembra por un derrame seroso, un varón por reblandecimiento pulmonar, una hembra por tisis y un varón por bronquitis, en Anterna una hembra por tisis, dos hembras por ascitis, un varón por apoplejía, un varón por disentería, en Olencia un varón de hepatitis, una hembra por causa de dentición, en El Rodal un varón por catarro, un varón por meningitis, en Hontasul un varón por viruelas, un varón por enteritis, una hembra por sarampión, en Omares un varón por bronco-pulmonía, una hembra por enteritis, un varón por fiebre adinámica, en Cinera un varón por *croup*, una hembra por accidentes epilépticos, un varón por albuminuria, un varón por ictericia, en Sormigo un varón por parálisis pulmonar, dos hembras por sarampión, en El Sabral un varón por hemotisis, una hembra por sarampión, una hembra por tabes mesentérica...

La enfermedad se enumeraba con reiterada dolencia y mi imaginación hacía un recorrido seco de atrás adelante, de aquel año mortal y todos los que lo precedieron y continuaron, extrayendo esa música repetida que con parecida insistencia marcaba mi memoria: lesiones cardiales, *coqueluche*, laringitis, endocarditis, calentura perniciosa, ascitis, dentición, escrófulas, erisipela, sífilis, cirrosis, isquemia, reabsorción purulenta, mielitis, aneurisma, anginas, neurosis, cáncer, pericarditis, eclampsia, gangrena, quiste ovárico, síncope, tétanos, úlceras esofágicas, fiebre adinámica...

Habían pasado muchos meses desde el hallazgo de los papeles en el viejo Consultorio

de Santa Ula y, aunque tenía la sensación de haber revisado todas las cuartillas, al menos con la somera mirada de quien las ordena, fue una tarde, perdido una vez más en la monodía de aquel frío sufrimiento estadístico, cuando me percaté de que, de una línea a otra, Ponce rompía el hilo de la enumeración y, con la misma letra e igual tinta, sin que nada destacara en la grafía de sus anotaciones, la objetividad del documento era abruptamente abandonada y sustituida por una imprevista confesión o, al menos, ésa fue la confusa sensación que tuve en un primer momento.

La idea de confesión, o confidencia, provenía de la explícita ruptura que, de pronto, parecía haber dominado a quien estaba escribiendo, como si la urgencia hubiera vencido su discurso y, sin explicación de ningún tipo, una voz incontenible guiara la mano de su disertación con consideraciones ajenas a lo que escribía, aunque no parecía precisamente ajena aquella voz que estallaba de pronto, sino más íntima y secreta que cualquier otra.

Leí las escuetas palabras que componían lo que acabé tomando por un mensaje personal, fruto de una iluminación y de una necesidad.

¿Cuántas veces yo mismo extendiendo un certificado o haciendo algún liviano informe, había perdido el hilo de la prosa médica dejándome llevar por el gusto de una alteración, un adjetivo, una frase exótica, que echaban a perder lo que redactaba?

Celama, escribía Lesco de pronto, sin que siquiera el rumor de la muerte se hubiese sosegado, es el espejo no del esplendor del cielo sino de su ruina, y yo no lograba detener todavía los ojos en aquellas palabra trabadas por la metáfora que tanto llegaría a obsesionarme, la que más hondamente alimentó la intención de mi Obituario y, por supuesto, mi interés por la suerte de aquel hombre que, hasta aquel momento, sólo había hecho que susurrar monótonamente los límites geográficos y demográficos de la enfermedad y la muerte.

Celama es el espejo no del esplendor del cielo sino de su ruina, del mismo modo que mi vida, anotaba Lesco con una visible vacilación en la escritura, es ahora no el espejo de todo lo bueno que ambicioné, sino de la desgracia y la ruina de lo que de veras soy, esta perdición que colma mi destino.

Esa mañana Orencio Amiria, de la aldea de Armil, la más pequeña del Territorio, despertó inquieto, aunque la idea de despertar tal vez sea una idea vana, tratándose como se trataba del último día de su existencia.

Sería más lógico decir que Orencio no abandonó el sueño o que la inquietud era el sentimiento que alargaba aquella emoción de abrir los ojos sin percibir nada distinto a la envoltura de lo que el sueño albergaba: una especie de disolución de los sentidos, un frío en los párpados y en la punta de los dedos, la conciencia de que esa desgana que te impide incorporarte es el aviso más cierto de que lo que pertenece a la vida se acaba, y la frontera de lo que a la muerte pertenece se va a traspasar en seguida, de modo que la mañana es el último reflejo en el vidrio de la ventana y en el espejo del armario que sumió la mirada de Orencio en el agua helada del mismo cristal.

Se puede decir que Orencio tuvo el presentimiento de que la muerte era el extremo de aquella enfermedad que lo postraba desde hacía meses, aunque la enfermedad no lo había derrotado de manera que hubiese aniquilado su voluntad: a fin de cuentas la voluntad de Orencio libraba su batalla por encima de la debilidad y el desánimo y todavía salía victorioso. Un día y otro, más allá de las décimas y los sobresaltos, se incorporaba como si del sueño volviera a la vigilia, dueño de aquella decisión que lo rescataba de la intemperie y el desconcierto, como si el ánimo de regresar aliviase la congelación de no haber vuelto: un espíritu altivo que todavía no accede a la entrega y se rebela para volver sin que nadie pueda impedirlo.

La enfermedad de Orencio propagaba lo que el sueño iba dejando como una estela sucia de fiebre y de sudor. Las mismas sábanas estaban húmedas, contagiada la piel de la lepra del mismo aniquilamiento, y un temblor gélido de ortigas y enredaderas que estremecían su cuerpo con la misma violencia con que atan y ahogan las lianas el tronco del árbol en la selva, hasta que suspira la corteza o la carne con igual estertor.

Se incorporó al fin como el fantasma de la tumba que de la tumba ya hizo el lecho.

Al menos de esa manera quiero imaginarlo, porque todo lo que de Orencio pueda decir en ese trance es mera invención, aunque después de haberlo atendido tan minuciosamente, un día y otro, atraído por aquel imán de su desgracia y de su dolor ya no sé lo que invento y lo que constato: una muerte de tal categoría ha reducido mis determinaciones, éste es un muerto de vocación y trabajo, un muerto trabajoso, si yo pudiera comprender su pasión por morir trabajando, el disparate de su entrega a la tierra, como un ángel laboral.

Nadie debiera sentirse morir de ese modo y, sin embargo, levantarse como si nada pasara. Orencio estaba enfermo, pero enfermo de esa enfermedad que no admite disimulo por mucho que uno haya paliado, hasta donde puede, el diagnóstico, la información de lo que sucede.

Se mira en el espejo y ve la ruina del cuerpo, la ruina del alma, el mar interior que azotan la resaca y la fiebre, y no es posible no tener ojos para cerciorarse.

Salir al campo en la madrugada, cuando todavía ningún reloj da una hora razonable, es un acto casi imposible, ya que nadie acompañará a Orencio en esta hora incierta de la vida y el sueño. No existe conciencia de una frontera que la vida y el sueño separen. Nada escinde el sueño y la existencia en este juego de ser y existir en el que Orencio se juega la vida y la muerte, ya que la enfermedad conforma una rara pesadilla que le hace creerse vivo, cuando ya la muerte se adueñó de su mirada, después de cabalgar segura sobre la inquietud de su sueño y de sus ojos en el cristal de la ventana y en el espejo del armario.

Están sucias las Hectáreas de Armil en el amanecer otoñal. Las invade un polen herrumbroso desprendido del cielo, de la nube turbia. La tierra es el metal de los muertos, algo que siempre se dice en Celama, y el polen de ese metal lo trae el viento de la mañana soplado por la inercia y el desfallecimiento. Todo ello en el momento en que Orencio sale por la puerta trasera de la casa, con mucho cuidado para que nadie le oiga. Cruza el corral, asoma al Camino del Predio, absorbe en el aire esa contaminación que deposita en sus pulmones la esquirla desmenuzada y cenicienta.

No va a ser fácil que los pasos le conduzcan Camino adelante, hasta el esfuerzo de la orientación contradice su impulso y, por un momento, se borra la conciencia y avanza hacia donde no debe.

En la Hemina de Lamilla está la labor, si pudiera recordar de qué labor se trata: acaso aliviar el Pozo, engrasar el motor, acabar la siembra si repusieron la semilla y aguantar el tempero, ya que no es habitual que el otoño cunda más de lo debido, la lluvia y la helada no avisan, el que no acabó de sembrar el cereal mejor que no lo haga.

Retoma la dirección buena, tantas veces fue en su vida a Lamilla, tantos pasos por el mismo abrojo, igual barbecho, ni muerto sería posible equivocarse. Ésa es la figuración que tiene según mira a los lados: las Hectáreas sucias, un resplandor de lumbre que anuncia la mañana en la hoguera más pobre del mundo, la que arde con los desperdicios de la tierra. La figuración de un muerto que como los muertos camina, siguiendo la senda que de los vivos aprendió, los pasos de la vida verdadera que siempre fueron los pasos del trabajo.

Orencio se siente ese muerto al que todavía no desterraron de la existencia, un muerto cabal e inquieto que está resignado pero que no renuncia a hacer hasta el último minuto lo que siempre hizo en vida, lo único que puede hacerse en las

Hectáreas.

Ahora acaba de detenerse. Respira el ácido, la escama del metal le ahoga. Es raro que la húmeda atmósfera del otoño se haya desecado hasta tal punto, que sólo haya ceniza en el erial, ni una gota que se salvase de la sudoración freática. Casi está decidido a inclinarse sobre la tierra, a un lado del Camino, para palpar esa piel quemada del Páramo que exhala un hedor que no distingue de su propio cuerpo. Lo intenta pero le sobreviene el mareo de la debilidad y entonces se dice a sí mismo que la tierra adquirió ya la ruina de su mirada, que contiene el pedazo de muerte con que la mira, su propia muerte que avanza sin remedio al ritmo de sus pasos. El Páramo es la muerte que supura el metal, la muerte que él propaga.

Nadie pudo comprender que Orencio Amiria hubiese sido capaz, dado su estado, de llegar a la Hemina de Lamilla, cuatro kilómetros y medio por el Predio y otras lindes menos benignas. Certificar su muerte era más fácil que certificar su vida, su arrojo, su decisión, su obstinación, su costumbre. A fin de cuentas, certificar su muerte era corroborar la dolencia avariciosa de un tumor.

Llegó a la Hemina cuando el ácido y el humo abrasaban la caverna de aquellos pulmones que el fumador impenitente se había encargado de contrariar. Hizo en el Pozo algunas operaciones encaminadas a aliviarlo, aunque no fue capaz de poner el motor en marcha. Estuvo sentado un rato, el suficiente para rescatar de algún sitio una petaca, un librito y un mechero. Lió y encendió un cigarro, la colilla quedó al pie de los otros objetos. Salió al sembrado con una azada en la mano.

Para ese momento es posible que Orencio ya tuviera serias dificultades de mantenerse en pie. Supongamos, sin embargo, que todavía le fue posible hacerlo, que alzó la azada, que la dejó caer con el mismo impulso de sus años consumidos, con el sentido del deber que estalla en la lucidez del último minuto de lo que había sido su existencia: no otra cosa que ese gesto de andar y estar en la tierra y sobre la tierra, a favor de ella, en contra de su ruina.

Ya digo que me fue más fácil certificar su muerte que su vida. Se trataba de eso: de certificar su muerte, como habitualmente hago en tantas y repetidas certificaciones.

La vida de Orencio era la nada inquieta en la mañana de otoño, la nada que el viento transportaba en el polen ceniciento que ensuciaba la tierra. La muerte tenía el rostro y los ojos del campesino que la había alcanzado sin soltar la azada.

TRÍPTICO DEL INVIERNO EN CELAMA**I**

El invierno es el espejo del yermo
donde se empaña la niebla
de su respiración,
y el animal dormido
que nos aguarda
antes de entrar en casa.

Lo esperamos reunidos
porque el temor reclama este poco que somos,
y en la nada del frío
siempre acecha el silencio.

Ni palabra ni voz,
ni leña ni sosiego. No hay otra alianza
que ese sueño común
de los espejos, donde el invierno alcanza
el reposo y el fin.
Ayer yo lo escuchaba.
El anuncio mordaz de algún rumor
de espinas
y la inclemencia
de sus evocaciones.

Viene
sin inquietud ni ira,
viajero de la eterna rutina
que fabrica sus noches y sus hielos.
Llama a la puerta
y se mira en los ojos
del pariente más pobre.

II

Asomé a la ventana
porque todavía albergaba alguna duda
sobre ese viajero
que interrumpe mi sueño.

Te recuerdo
en el cristal de los apagadores
y en la luna marchita
que fue marfil y cuarzo
de un tiempo más benigno.
En el labio cansado
que dejaba caer palabra y nicotina
con igual estupor
que quien mira el desánimo.
No podría engañarme
al sentir ese peso de incertidumbre
y frío
que congela la mano en el mantel.

Supe reconocerte como siempre,
porque el brillo de la loza
no salpicaba la luz del comedor.

Abre el puño el viajero, vierte
en la noche
la simiente del hielo,
limpia los pies en el espejo del yermo,
dice mi nombre.

III

Vela la noche la incertidumbre de la casa
donde ya no somos los que éramos:
quedamos pocos
porque el invierno no perdona.

El desánimo de vernos
ayuda a la misma desolación
que heló las sábanas
y ahuyentó los hijos.
El hule de la estepa
es este paño que teje la distancia
y persiste en hacernos revivir
como migas oscuras.
Quedamos pocos.
Nadie convoca nuestra voz,
nadie nos llama.
No viene el viento
con el llanto o la dicha entre sus alas,
no viene nadie.

El espejo contiene
esa justa mirada de la congelación
que hizo brotar el yermo
en nuestros corazones.

I. C.

(Aires del Sela.
Revista del Casino de Olencia.
N.º 6. Octubre, 1935).

Una tumba raquíica es una huella de desprecio.

El que muere y está enterrado en una tumba insuficiente es porque ni muerto logró ser considerado con dignidad. Un muerto indigno siempre es alguien que en la vida dejó una deuda vergonzosa, y esas deudas no pueden ser materiales, a la fuerza tienen que ser deudas derivadas de la miseria moral, de algún comportamiento que ni se comprende ni se perdona. En tales casos, el olvido resulta una necesidad perentoria.

La tumba de Caro Olidia es tan raquíica como pudo ser su vida de fantasma.

Es una tumba soslayada al final de un castro, comida por las malas hierbas, que no obtiene en el abandono la indicación de una memoria perdida, lo que suele ser indicio del extravío del recuerdo que no perdura porque el tiempo es inmisericorde, sino de la desaparición tramada a propio intento por aquellos que le conocieron mejor que nadie, sus vecinos.

Durante bastante tiempo, en El Cordal, Los Pongrios y Urcina, tres aldeas del Norte de Celama, de esas que no se entiende que mantuvieran sus limitadas fortificaciones sin haberse fusionado, ya que juntas hubieran compuesto una población mucho más razonable, la intimidad de los vecinos estuvo quebrantada.

Decir bastante tiempo es un modo indeterminado de medir lo que sucedió, una forma de quitarse de encima aquella secreta zozobra que, precisamente por eso, por ser secreta, tuvo un incierto principio, acaso más años atrás de lo que cualquiera se resignaría a aventurar.

La intimidad de los vecinos de las tres aldeas era, como en cualquier sitio, ese patrimonio particular y privado que tanto necesitamos y defendemos, un ámbito vital y la mayoría de las veces doméstico, que ampara la norma del respeto, que está en la ley y en la costumbre. Alguien percibe el quebranto de esa intimidad, y el propio secreto que la alberga ayuda a extremar la discreción.

Eso le sucedió a Diomidia, de la aldea de Urcina, no sé si la primera en percibir ese quebranto, pero sí el primer caso conocido.

Diomidia es una chica joven que vive con sus padres en la casa más extrema de la aldea. Los padres son bastante mayores en proporción a la juventud de ella, lo que indica que la tuvieron bastante tarde. Diomidia es hija única.

Hay algo que perturba su sueño. Esa perturbación tiene una explicación difícil porque, cuando se decide a comentarlo con sus padres, casi le resulta imposible hacerlo. Sin embargo, el desasosiego, la preocupación, son tan grandes, que no se resigna a seguir callando. Ellos no logran comprenderla: es imposible entender lo que

quiere decir, cuando las palabras son tan vagas e insuficientes, y lo que transmiten no pasa de ser una indeterminada desazón que la llena de angustia y, al fin, la lleva al llanto. Lo lógico es que los padres piensen que está enferma, cuando ella reincide en la confesión de ese raro mal, y el tiempo discurre sin el mínimo alivio.

—El caso es que no sé si del sueño se trata... —dijo Diomidia cuando por primera vez hablé con ella, a requerimiento de sus padres, que ya estaban muy preocupados y con mucho esfuerzo la habían convencido para consultarme.

No estoy soñando, aseguró entonces la muchacha intentando convencerse a sí misma. No sueño, estoy despierta o no estoy del todo dormida, acabo de apagar la luz y siento que no estoy sola. Ni lo estaba cuando me desnudé, muerta de vergüenza, alguien está conmigo.

Una alucinación, una de esas obsesiones que ofuscan la conciencia y que, cuando así se expresan, casi siempre tienen que ver con la adolescencia mal digerida, con las emociones que se descontrolan porque todavía no hay criterio o madurez suficientes para ordenarlas.

La vaguedad de aquellas sensaciones perturbadoras, que poco a poco se iban concretando en las palabras de Diomidia, a quien en seguida infundí toda la confianza que pude, apenas tenían algún dato de especial extrañeza, algún dato objetivo quiero decir.

—Con las sábanas y la manta me acuesto arrebujada... —dijo muy nerviosa, el día que su madre volvió a llamarme alarmada— y sin ellas despierto, si es que de veras dormí, que casi lo dudo. La manta y las sábanas debajo de la cama, el camisón alzado, la almohada a los pies...

—Dios... —dijo la madre, angustiada— ¿no será de veras un trastorno?

Amelia Lomar era una mujer de Los Pongrios a la que le traté una bronquitis muy rebelde. Tenía tres hijos pequeños y los tres superaron un sarampión muy rabioso. Los Pongrios los cita Ponce de Lesco en su estadística de sobremortalidad por sarampión y tifoideas.

Recuerdo la tarde que iba a auscultar a Amelia, cuando ya la bronquitis parecía haber remitido: se trataba simplemente de corroborar que era así y que podíamos plantearnos que dejase la medicación. Ella, que era una mujer decidida, nada modosa, hizo en aquella ocasión todo lo posible para que no la auscultara.

—Estoy bien, don Ismael... —decía, y yo me percaté de que lo decía inquieta, dispuesta a irse lo antes posible—. Ni toso ni nada me molesta.

Con Amelia yo tenía bastante confianza, también con Irino su marido y con los padres de ambos. La confianza suficiente para observar con detalle aquellas penosas señales que marcaban su espalda, que rozaban el pecho izquierdo como incisiones de

una morada raspadura.

—Alza esos brazos... —le ordené, dispuesto a desinfectar aquellas violentas huellas—. ¿Qué es esto, qué te pasó...?

Amelia rompió a llorar. No quería venir, dijo, por lo más sagrado que no quería que me viese, pero a alguien tenía que decirlo porque ya no puedo aguantar más.

—¿Fue Irino...? —quise saber—. Lo que entre vosotros tengáis no es de mi incumbencia, pero si éste es el modo de arreglarlo, mi obligación es denunciarle.

—No fue él... —musitó Amelia, desolada—. Al menos el hombre que yo quiero y que conmigo vive, o el que tanto quise y conmigo vivía, ya que Irino dejó de ser el que era hace tiempo...

Reconstruir el relato de aquella mujer que guardaba el sufrimiento con la misma pena y discreción con que guardaba los secretos domésticos, no es fácil. Aquella misma tarde hablé con el marido. Logré la promesa de que no volvería a suscitarse la menor violencia, pero apenas pude convencer a Irino de nada más, ni siquiera sacale de aquel mutismo indignado y terco, tan ajeno a su carácter.

—Lo que pasa... —decía— ella lo sabe mejor que nadie. Para mí la vida ya se fue suficientemente a pique. Las pruebas por ahí andan, esparcidas.

Uno puede encontrar, cuando menos lo piensa, una camisa colgada en la percha del armario de la habitación. Una camisa blanca en la que ni repara: todas las camisas blancas se parecen tanto. De pronto un día, un domingo, te la vas a poner y no es tu talla, no es la tuya. ¿Qué pinta allí esa camisa, quién la dejó, quién es su dueño...?

—Con detalles de éstos, empecé a enfermar... —dijo Amelia, compungida—. Porque la enfermedad verdadera de estos últimos meses, de hace casi un año, es la que de eso proviene, no de los bronquios.

¿Quién está arriba, en la habitación?, preguntó un día Irino al volver de las Hectáreas. Son las seis y media de la tarde, ese día no vino a comer. ¿Quién va a estar, qué cosas dices...?, contesta Amelia que está planchando en la cocina. Vio cerrarse la ventana, como hay Dios que se cerró la ventana, cuando alzó los ojos: alguien me veía venir, alguien la cerraba, ¿es que estoy ciego? Está cerrada la ventana del dormitorio y en el alféizar hay una colilla. ¿Es que ahora fumas...? Dios mío, Dios mío, suspira Amelia Lomar al recordarlo, me estaba volviendo loca, se estaba volviendo tarumba, nunca Irino fue celoso y, sin embargo, aquello no tenía ningún sentido. La camisa, la colilla, las gallinas espantadas en el corral como si alguien lo cruzase huyendo, alguno de aquellos días que regresaba antes de tiempo, que volvía sin tener que volver...

—Entonces, entre tantas cosas absurdas, me empecé a dar cuenta que algunas eran verdaderas, aunque la camisa podía haberla dejado Eurico, el hermano de Irino, cuando en casa pasó las navidades, y una colilla no cae del cielo pero el mismo viento la lleva y la trae.

La noche que dormíamos y se abrió la puerta de la habitación, con cuidado, con disimulo, como no la abrirían los niños cuando tienen miedo o quieren algo, supe que algo pasaba, algo más extraño que lo que Irino pudiera pensar, dijo Amelia. Nadie asomó, nadie dijo nada, yo, Dios me libre, ni me atreví a despertarlo. De vivir con el alma en vilo, me puse mala, mucho peor que de los bronquios. Pasa el tiempo y no hay detalle o sospecha que no nos haga recelar.

—Hasta que Irino encontró en la Hemina, donde el Pozo, en el sitio más insospechado, eso que se considera una prenda íntima, mía sin remedio. Y otra igual debajo del cojín del escaño en la cocina, sucia, manchada...

Pensé que aquello sólo lo explicaba la locura, el desatino suyo, dijo Amelia sin poder contener las lágrimas, porque esa maldad, como tal maldad, no es posible: ningún hombre en sus cabales comete esa tropelía, nadie puede ser tan sucio si no está tarado.

Lo oigo respirar, dijo una noche Irino. Amelia despertó sobresaltada. Calla, estáte quieta, escucha. Era tina noche de luna. El cuarzo se derretía y goteaba en la ventana como un pulverizado y húmedo cristal de roca. Amelia pensó que no salía del sueño, que aquella humedad recomponía la mancha de la prenda, el fluido de la secreta y sórdida humillación. No te muevas, repitió Irino. Y parecía verdad: alguien respiraba en la cercanía, probablemente dentro del armario o, tal vez, debajo de la cama.

—Estoy perdido... —gimoteó Irino— para mí la vida ya se fue suficientemente a pique. O te mato o me tiro al Pozo.

Parecida amenaza sufrió Cenda Olida en El Cordal, por causas no extremadamente distintas. Y otros sucesos de características paralelas se repetían, pues muchas de estas cosas ocurrieron al tiempo, en Urcina y en Los Pongrios.

Cenda era perseguida. Una sensación menos difusa de la que pudo llegar a sentir Amelia Lomar. Tener esa incierta conciencia de un merodeador o un fantasma que vigila tus pasos y que está más cerca que nunca cuando estás más sola. Saber que en los momentos más íntimos el merodeador está contigo.

Esa idea del merodeador, del que persigue en el anonimato y la oscuridad, se la hizo Cenda cuando sus nervios estaban a punto de estallar. No se resignaba a pensar que todo fueran figuraciones tuyas aunque, en su caso y al contrario que en el de Amelia, no había rastro de nada, huella que delatará la presencia.

Contárselo a su marido apenas le sirvió para amargarle la vida. El marido de Cenda era celoso, nunca había existido ocasión de demostrarlo, pero las confusas palabras de su confesión excitaron la desconfianza y la amenaza.

La niña de Urcina que veía visiones se llamaba Tila. La joven viuda de Los Pongrios que, una noche de invierno y nieve, llegó a sentir el roce de un cuerpo abrazado al

suyo, se llamaba Marema.

El marido de Marema Alviar murió tuberculoso, ella sabía que padecía ese mal cuando se casaron: tres años de felicidad y melancolía dieron pie a una viudedad melancólica pero apacible. Dicen que quien convive con un tuberculoso hereda esa placidez resignada tan propia de la enfermedad, y que el recuerdo del muerto es más dulce, menos dramático. No puedo asegurarlo. Lo lógico era que Marema volviese a contraer matrimonio, pero aquellos sucesos no la favorecieron.

Tila veía visiones. El miedo no la dejaba dormir y luego, dormida, soñaba y volvía a despertar sobresaltada.

—Veo que me ven... —decía la niña—. Veo que me miran y, a veces, me llaman y, algunas, me insultan.

Eso por las noches, pero también por el día, cuando menos lo pensaba, una mano le acariciaba la coleta o le tiraba de ella.

—O me dan un sopapo... —decía Tila llorando—. Ayer me lo dieron, por la espalda, y cuando me volví no vi a nadie, sólo una rama que se movió en la reguera igual que si hubiesen saltado...

—Un duende... —dijo su abuela—. Y eso que jamás en Celama los hubo. No es esta tierra de duendes y hadas, aquí siempre sobraron las fantasías.

Marema dejó de desnudarse en la alcoba. Lo hacía en el cuarto ciego donde guardaba los trastos y, con el camisón ya puesto, se acostaba deprisa. Primero fue un recelo medroso, una vergüenza íntima. Palpitaba inquieta y la sensación de ser observada desnuda comenzó a turbarla.

—¿Y si fuese Dionis...? —llegó a pensar—. ¿Si él viene para estar conmigo un instante desde donde no podría volver, si tanto me sigue queriendo que, aunque sólo sea un instante, le dieran permiso...?

Esas forzadas ideas le sirvieron de coartada un corto tiempo. Soñaba con el marido muerto pero no acababa de ser un sueño de amor sino de ingratitud, porque los sueños no se manejan. Dionis llamaba a la puerta, ella abría asustada la ventana y veía a Dionis acompañado de una antigua novia que había muerto mucho antes que él y con la que siempre le había hecho rabiar. Sólo quiero demostrarte que no te echo en falta, decía Dionis orgulloso sin dejar de llamar a la puerta, lo que tú ya no puedes darme me lo sigue dando esta que me acompaña y, además, me lo da bien dado...

La coartada ya no le servía. Los resultados del sueño trastocaban el recuerdo del marido, su ingratitud se le hacía más penosa.

Y fue una noche de invierno y nieve cuando, entre las sábanas heladas, sintió el abrazo. Otra piel desnuda pegada a la suya, la respiración contenida de quien inmóvil la rozaba.

—¿De veras eres tú...? —musitó adormecida.

—Soy, soy... —dicen que dijo ese hombre que contaminaba la intimidad de las tres aldeas, como el fantasma que vela las noches sin que su inmortalidad sea comparable a la infamia de sus ultrajes.

Marema Alviar se revolvió. Aquélla no era la voz de Dionis.

El hombre que saltaba de la cama y corría escaleras abajo disimulaba con dificultad su condición de fantasma, aunque de lo único que se había apropiado era de la sábana.

Había dejado de nevar y la luna derretía el cuarzo como una linterna azulada. El corazón de Marema latió sobresaltado. Estaba desnuda, pisó el camisón al pie de la cama, fue a la ventana. El viento le había quitado la sábana a Caro Olidia.

Las voces de Marema retumbaron en el firmamento de las tres aldeas.

Un fantasma puede helarse en las Hectáreas, por mucho que tenga la inmortalidad garantizada, y mucho más si se trata de un fantasma tan falso como Olidia.

Cazaba con Orellana en las Hectáreas de Grajal y en el Monte Bustillo.

Los montes de Celama no alzan la cota indebidamente, no sobresalen más allá de la protuberancia que eleva el terreno en la imprevista ondulación del baldío. Los montes son escasos, menos pedregosos, más oscuros bajo la sombra leñosa de su desafío.

El de Bustillo mantiene la maraña de los carrascos y los sarmientos como una corona enrevesada, de la que emerge la calva.

Con Cecilio Orellana cazaba de cuando en cuando, atendiendo más a sus requerimientos que a mi interés. Nunca tuve mucha afición pero me resulta muy grata su compañía y me despierta especial curiosidad todo lo que cuenta. La caza en la Llanura no suele ser una pasión pero, en algún caso y el de Cecilio es uno de ellos, parece un oficio de características gemelas al de la pesca en los ribereños del Urgo.

Cazábamos tranquilos, muy de mañana.

Las Hectáreas de Grajal amanecían con el relente, un campo de barbecho con las hierbas viciadas y ese color de hierro y podredumbre que no ayuda a delimitar la longitud sino a extraviar la orientación, como si Grajal fuese el desierto donde se perdieron los expedicionarios de Celama.

—¿Ve usted esa piedra morena, la más grande, la que parece roída por la carcoma...? —me indicó Cecilio cuando, traspasado el margen de las Hectáreas, alcanzábamos la estribación del Bustillo, aunque tampoco existe una demarcación precisa de las Hectáreas al Monte: de improviso se alza el terreno como una espalda agobiada por el reuma.

Cecilio se quitaba el morral y dejaba la escopeta. Yo le imitaba. Es la indicación para reposar un rato y, casi siempre, el mejor momento para comenzar a decir lo que quiere.

Había una piedra grande y oscura que el musgo cubría como si una culebra hubiese dejado sobre ella la camisa quemada. Era una piedra en la que podían apreciarse los diminutos taladros de alguna larva voraz que royerá excitada por la erosión.

—Está escrita... —dijo Cecilio, que se había sentado al pie de ella y liaba un cigarro, mientras yo encendía la tagarnina.

No se apreciaba ninguna señal a simple vista.

—Escrita no al modo de las piedras del rayo, entiéndame usted. Escrita con las iniciales del que duerme y reposa. Mire bien al lado izquierdo...

No acababa de entender lo que quería decirme, pero era habitual que sus palabras contuvieran alguna consideración enigmática, secundada por un largo silencio.

El musgo se notaba menos quemado en el lado izquierdo y, fijándose bien, podía distinguirse la huella de una inscripción, suficientemente marcada: dos letras poco parejas y de desigual tamaño.

—Juraría... —dije, limpiando con la yema de los dedos la inscripción, hasta percibir la huella entera— que son una Z y una O.

—Se lo voy a contar... —decidió Cecilio, y ésa era la mejor indicación de que había llegado el momento de hacerlo y de que, probablemente, la caza de aquella mañana estaba premeditada para que, después de ocho o diez tiros infructuosos, alcanzásemos aquella piedra que yo desconocía por completo y en la que radicaba lo más importante de una de sus historias, con frecuencia sustentadas en uno de sus secretos.

Tantos años de caza y palique con Cecilio Orellana, no han servido para acostumbrarme por completo a ese juego de indicaciones y confianzas que, sin ninguna duda, explica que un profesional de la caza desperdicie algunas jornadas con un parco aficionado, al que conviene advertir cada poco que antes de disparar hay que ver si el perro no está a tiro, ya que desgraciar al perro es la mayor ignominia cinegética y, en tales casos, el profesional comparte la responsabilidad con quien va a su lado.

Colirio, que era el perro que aquella mañana nos acompañaba, ramoneaba inquieto a nuestro alrededor, frustrado por los inútiles disparos.

—Nunca le hablé de mi tío Zagro ni usted tuvo ocasión de conocerlo. Hijo del abuelo Colbo, el mayor cazador de la Llanura, a quien usted obviamente tampoco conoció, ni yo tuve esa suerte. El nombre de Zagro a lo mejor le resulta raro, aunque es verdad que no hay rareza que llame la atención en ningún nombre del Territorio porque casi todos resultan particulares. El de Zagro, por lo que yo sé, proviene del que en la antigüedad llamaron Gran Cazador, alguien que personifica la caza como placer, en contraste a lo que todavía más antiguamente suponía la caza de búsqueda de lo divino. El placer de cazar forma parte del oficio de hacerlo, para de esta manera ayudarse a vivir. Pero no voy a distraerle con más consideraciones de las precisas, ya sabe que a veces abuso y hablo más de la cuenta, no es fácil encontrar gente que escuche y entienda en un medio tan lejano como éste. El cazador verdadero se hace en la soledad, y no siempre la soledad es la mejor consejera. El que está solo, divaga más de lo debido. Simplemente quería recordar, una vez más y antes de contar lo que quiero contar de mi tío Zagro, eso que usted ya me escuchó en otras ocasiones: que cazar no es una actividad inocua, que hacerlo tiene un sentido especial en la conciencia y el destino humanos, porque no puede olvidarse que el hombre se hizo cazando y que de la necesidad de hacerlo surgió el sentido de justificarlo, no sé si me

explico.

La verdad es que Cecilio se explica bien y, aunque es cierto que de mañana tiene la palabra más fácil porque luego, según discurre la jornada se sume poco a poco en el silencio y la ausencia, nunca esas palabras embarullan las ideas o las circunstancias del relato. Cecilio sabe muchas cosas, es un hombre reflexivo y muy leído, forjado en la soledad del cazador, con una propensión a la misantropía que acentúa el aura enigmática de su persona.

—Conviene que usted sepa, ya que en ello está interesado, que no todos los muertos de Celama están en los cementerios. Algunos no merecieron la tierra sagrada y otros dejaron clara su voluntad de no aceptarla, mi tío entre ellos. Esto le supone a usted una dificultad añadida a la hora de contabilizar los difuntos del Territorio, aunque el recuento siempre sea caprichoso. De los muertos perdidos o extraviados algo tendrá que decir para que el censo no se le quede cojo.

Colirio se había tumbado a mis pies y yo le acariciaba la cabeza.

—Ya habrá adivinado que la Z y la O escritas en la piedra son las iniciales de mi tío: Zagro Orellana y, con lo que acabo de decirle, fácilmente puede pensar, y no se equivoca, que ahí está enterrado, debajo de la piedra. El Gran Cazador tuvo la muerte que le dio la gana y donde la tuvo se le enterró, porque ésas habían sido sus órdenes. Caído sobre la piedra, un mediodía de invierno y nieve, la escopeta al lado, de lo que sucediera ya puede usted imaginarlo...

El perro alzó el hocico, como si las palabras de Cecilio hubiesen hecho llegar un aroma de pólvora y sangre a su olfato. Rebulló inquieto y acabó por levantarse y alejarse de nosotros.

—Se lo contaré... —repitió y guardó un largo silencio antes de seguir—. Para mi tío la caza no tenía demarcación, quiero decir que todo el Territorio era suyo. Con el morral, el perro y la escopeta, el Gran Cazador amanecía donde se propusiera, como una sombra inadvertida o un fantasma que vigila los bichos, que los acecha y sigue antes de que despierten. Zagro heredaba lo que el abuelo había predicado, y de lo que el abuelo predicaba es mejor no reírse.

—Dios me libre... —musité.

—Sin bajar a más divagaciones sobre el placer y la divinidad, sí que puedo decirle, porque con usted se puede hablar sin más aspavientos, que en esa herencia había algo muy viejo a lo que todos, yo también, fuimos fieles en la familia. Hay cosas que están en el entendimiento de las personas y no hace falta mentarlas con detalle. Se dice que la tierra es sagrada y, para mantenerla de esa manera, para

renovarla y ponerla a punto, hay un rito que cumplir porque no hay cosa trascendente que sea baladí: se desacralizan los campos con lo único que se puede que es la caza, antes de las labores, apartando los bichos de la tierra baldía matando, así, los suficientes, de modo que todo vuelva a quedar en orden para que pueda cumplirse el propio rito agrícola. Esto, ya se sabe, no es un cuento, tampoco una leyenda, en Celama no las hay. Esto siempre se supo en el Territorio, aunque de ello apenas se hablara. De ahí el respeto a mi familia, la libertad con que cazamos donde nos da la gana. Zagro con mayor poder que nadie. La tierra vuelve a sacramentarse con las muertes adecuadas, porque también conviene tener en cuenta que los bichos salvajes manifiestan lo invisible, el misterioso instinto de lo que no tiene razón, sólo peligro, porque nada es más peligroso que lo irracional. No es que el cazador sea un sacerdote o un héroe, Dios nos libre, pero ya dijimos que la caza no es inocua, por mucho que de ella vivamos algunos y el placer se contraste con el espíritu, imagínese el Territorio como el reino de la sinrazón...

Cecilio volvía a liar otro cigarro.

—Cazó Zagro aquel invierno, el de su perdición... —dijo, escupiendo una brizna de tabaco— y cazó a gusto, donde quiso y como quiso. Una mañana estaba inquieto, dicen que había tenido un sueño raro. El perro se le había ido, estaba solo. Con el fulgor de la nieve en la mañana vio moverse algo en el terreno. Un cazador como Zagro no reacciona sin hacer alguna comprobación, pero aquella mañana le traicionaron los nervios o, vaya usted a saber, igual aquello que se movía era la propia imagen del sueño que le había inquietado, eso jamás se sabrá. Apuntó y disparó sin más aviso. Lo que se movía era una liebre, que en la cama alzaba la cabeza. El tiro la decapitó. Aquel cuerpo que se estremecía convulso, las patas traseras estiradas en el estertor, la sangre manando sucia del cuello segado, dejaron a Zagro hundido en la miseria: jamás un cazador verdadero hubiese cometido tamaña tropelía, tal ignominia. La liebre en la cama merece el respeto del animal en la guarida, de los amantes en el lecho, esa misma intimidad por la que los humanos tanto porfiamos...

Volvía Colirio pero Cecilio lo espantó con un gesto.

—De esta suerte se echó a perder el Gran Cazador, de tal manera extravió el tino y se dejó invadir por una melancolía insuperable. Dejó de cazar un tiempo pero luego la necesidad lo hizo volver. Entonces comprobó algo terrible: no había disparo que hiriese debidamente a la pieza, quiero decir disparo que acertara en el lugar preciso, como es norma del cazador profesional, para que la muerte de la pieza sea rápida e irremediable. Todos los tiros de Zagro decapitaban los bichos. Perdices, codornices, torcaces, raposos, conejos, liebres, saltaban en el erial con la cabeza separada, bullían estremecidos en una muerte convulsa, como si los cuerpos no se avinieran a la separación. Zagro se convirtió en un ser amargado y taciturno que cada mañana cogía

el morral y la escopeta y se iba por las Hectáreas como alma que lleva el diablo, seguido a notable distancia por el perro temeroso. Un día y otro regresaba sin nada. Los bichos decapitados era incapaz de recogerlos, el perro los rehuía. A sus espaldas quedaba un reguero que no diluía la nieve, un rastro de cabezas sueltas que congelaba el invierno o quemaba el sol de agosto. Y algo peor, algo que hasta mencionarlo da miedo: las malas cosechas, la tierra con más costra y podredumbre que jamás se viera, el rito echado a perder...

—¿No vivía el abuelo Colbo...? —pregunté—. ¿Nadie podía echarle una mano?

—Ahí radica la otra parte de la tragedia... —dijo Cecilio—. La mañana que Zagro decapitó la liebre, el abuelo Colbo, que tenía más años que Matusalén y estaba muy enfermo, tuvo el presentimiento de que su hijo se había matado. Como si el sonido de aquel tiro hubiera retumbado en las Hectáreas con el aviso de una muerte así de desgraciada. Aguardó hasta mediodía, conteniendo la ansiedad de saber lo que de veras habría sucedido, sin decir nada a nadie. Cuando Zagro regresó le hizo subir a la habitación. ¿No te mataste...?, le preguntó desesperado. Le volé la cabeza a una liebre en la cama, confesó atribulado Zagro. La muerte más maldita, la del inocente, la que cobra el espanto, dijo el abuelo furioso: cuánto mejor hubiese sido la tuya, ya que ya no es posible descendencia honrosa ni atribución sagrada que podamos mantener, se acabó la raza.

Cecilio Orellana guardaba silencio.

—Me parece que el abuelo exageró... —dije, sin mucha convicción—. A esa raza perteneces tú y tus hijos y todos cazáis divinamente.

—No para lo sagrado, eso ya no lo hacemos... —reconoció Cecilio, incorporándose—. Hay mandamientos que están en la costumbre y en el uso, porque los ritos no tienen leyes. El que Zagro quebrantó era el primordial. Luego fue consecuente y pidió, para enterrarse, el sitio donde lo encontraron, no la tierra bendita del cementerio.

Miré la piedra escrita.

—La inscripción la hice yo, porque fui quien lo encontré. A enterrarlo me ayudaron. Fue otro invierno como aquel del disparo, igual sitio. En la piedra estaba caído, ya puede imaginarse en qué condiciones. Era la misma piedra en que estuviera sentado aquella penosa mañana, nervioso, inquieto, obsesionado por el sueño que había tenido, cuando vio moverse algo en el terreno, entre el fulgor de la nieve. No puedo decirle que encontramos la cabeza en seguida...

Baltanás Sogro está en la Santa Quilla.

No es una tumba miserable, es una tumba inexistente. Los sobrinos no se decidieron a pagar otra cosa que el terreno estricto, poco por cierto, ya que Baltanás falleció de consunción: un organismo que se niega a lo necesario hasta que el único gasto es un vaso de agua, la medicina de la privación.

Las fechas de nacimiento y muerte estaban pintadas en un ladrillo y pudieran corresponder, si el ahorro en pintura no hubiese sido tan patente, a los años 1863-1934.

De Baltanás como de algunos otros casos extremos de Celama, el envidioso Limo Terrado por ejemplo, a nadie le apetece hablar. La miseria entendida como un mal moral que exagera la ruindad de la persona concentra, antes que nada, en el mezquino, la desgracia de su suerte, una desgracia que él mismo edifica contribuyendo a la depauperación del cuerpo y el alma. Baltanás Sogro mantuvo hasta el final esa guerra desolada y codiciosa contra sí mismo, negándole al cuerpo lo que al alma tampoco daría. Lo malo de los míseros es la miseria que esparcen, el compromiso fatal de quienes con ellos conviven.

—Ese hombre de Cinera, que prefiero no nombrar para que su memoria no me ensucie... —dijo un día Paco Labal, cuando tomábamos café en casa de don Victorino, el Notario de Olencia— logró el límite de la conservación, si alguien puede entender que unas alpargatas, esparto, lona y cintas, sin más aditamentos, pueden durar la mitad de una vida.

—Añade dos pares de calcetines... —corroboró Meriodo, el farmacéutico—. Dos pares de lana. También media vida. No hay ojo humano, por mucho que Sucinta, su mujer, fuese la mejor costurera de Celama, que atine a zurcir lo que el hilo ya no reconoce.

—Habláis de menudencias... —advirtió Dolo Chamal, el dueño de Almacenes Mediosiglo—. Un ser humano que mantiene igual camisa en todas las celebraciones de su existencia, llamando celebraciones al voy y vengo de la vida diaria, incluidos los festivos, bate el récord de cualquier posibilidad. Ahora, hay que añadirle la chaqueta que su madre le compró cuando era mozo. Mahón de color anteaado con las hombreras bien puestas en su sitio. Y pantalones de la misma pieza, con el algodón más echado a perder, porque no es lo mismo restregar los codos que arrastrar las perneras. La perdición del fabricante, del almacenista, del sastre. Con esa indumentaria vive Sogro desde antes de volver de la milicia. Si le ponemos una camiseta de felpa y unos calzoncillos, estamos cometiendo un desatino. A veces las prendas interiores se remedian con un pedazo de papel de estraza. Dentro de los demás nadie mira, y el interior de cada uno es el auténtico propósito de cada cual...

Don Victorino nos había ofrecido la caja de habanos que iba pasando de mano en mano con notable complacencia.

—A Ismael lo disculpo... —me decía— porque conozco lo pernicioso que resulta el vicio de las tagarninas. No hay paladar para un buen puro cuando sólo se fuman malos.

—Voy a contradecirle... —anuncié, cogiendo uno de los habanos, mientras el propio don Victorino nos iba llenando las copas—. Lo malo avala una costumbre bastante pobre y lo bueno no acaba de olvidarse.

—Mejor así... —confirmó el Notario—. Y ya que se habla de ese hombre de Cinera, vayamos más directamente al grano, aunque mejor sin nombrarlo. Una anécdota por barba debiera ser suficiente para hacerle el retrato. Los casos extremos se solventan con una pincelada. ¿Quién empieza...?

—La verdad es que yo no tenía mucha intención de hablar de él, cuando antes lo mencioné... —confesó Paco Labal—. Lo de la conservación lo decía porque me impresiona la capacidad que puede tener determinada gente para que cualquier cosa dure más de lo debido. Yo siempre fui un manazas y, sin embargo, no me tengo por manirroto.

—Durar es un principio básico en una economía de subsistencia... —opinó Merido—. De eso se sabe mucho en Celama. No hay nada que no tenga una vida, del útil de labranza al utensilio de cocina, ni objeto ni mueble, ni prenda ni enser. Todo tiene una vida, la que merece, la del uso razonable para que no muera antes de tiempo, la forma de estropearse o romperse o gastarse. Quien no vela porque las cosas duren lo que deben durar, mal economista. En Celama se aprende en seguida a respetar la existencia de lo poco que se posee. Los casos extremos, como del que hablamos, no están en este orden de cosas, míseros y miserables son otra grey, no siempre proveniente de la necesidad. Ese hombre de Cinera no era precisamente un pobre.

—Yo mismo empiezo... —decidió don Victorino, después de sorber y ponderar la calidad del coñac y dar una larga calada a su puro—. La conformidad no parece un atributo menospreciable, al menos moralmente, si lo comparamos con la ambición, supongo que estaréis de acuerdo, hablando en términos cristianos. El de Cinera fue un conformista. Nada quiso que no tuviese. ¿Qué os parece...? Cualquier modificación de lo suyo suponía un tormento, sólo de pensarlo enfermaba. Las Hectáreas se le quedaron quietas, ni un trueque, ni una permuta ni una compraventa, Dios nos libre. Quietas y roñosas. Cultivo lo preciso para que la tierra no haga más gasto del necesario, también para no tener más de lo que conviene, para que nadie se haga figuraciones viendo más grano. El barbecho llevado a donde no tiene destino, la incuria como norma agrícola. Lo mejor que puede hacerse precisamente para lograr lo contrario: que la tierra por pobreza y abandono sea más pobre y abandonada. Conformidad se llama la figura, no le demos vueltas, un cristiano de tomo y lomo.

—Cristiano sin caridad... —dijo Paco—. Justamente cristiano sin la gota de agua

que es la esencia del cristianismo: la que ayuda a quitar la sed de los demás y de uno.

—Se casa con Sucinta... —continuó don Victorino— y las siete Hectáreas de ella incrementan la pobreza. Más Hectáreas y las mismas necesidades. De los problemas de transmisión, de la sociedad de gananciales, del pleito con el cuñado, mejor no hablar. Nada quiero, nada tengo, con lo mío me conformo, un impuesto, una póliza, una liquidación, un registro, un asiento, la minuta del teórico abogado, un hombre enfermo de rabia que da voces y se consume. Aquí lo mío no me lo toca Dios, dice el cristiano. Aquí dos bocas comen lo que una y siempre sobra.

—Y es verdad... —corroboró Dolo— siempre sobra. Lo que el de Cinera cultiva en el granero crece, más o menos siempre hay lo mismo, se baja la ración y se nivela el gasto. Sucinta hace honor a su nombre, escueta, liviana, poca cosa. No hay hijos, no hay compromisos, el esperma es lo único que se tira al suelo. La miseria es una lepra complaciente, quiero decir que quien la asume en ella se complace: tengo de lo que quiero pero no me da la gana gastarlo, la felicidad del ruin.

—También la muerte... —aseguró Meriodo—. Ismael no trató al de Cinera, un médico nunca entraría en su casa. Esos dos seres, Sucinta y él, se hacen mayores acarreado la avaricia de los años, como si del tiempo también pudiera disponerse sin gastarlo, ahorrando el día, la hora, el minuto. Ella daba más pena. La razón de casarse siempre se puede entender, sobre todo en una mujer poco agraciada y nada querida en su familia. La razón de vivir con un hombre como ése, no hay quien la entienda. Luego el matrimonio iguala por la única vía posible: la de la resignación. No sé si Sucinta era roñosa, lo que está claro es que el tiempo la hizo. Esa tiña se pega, del mismo modo que con quien se vive se acaba compartiendo la desesperación y hasta el odio. De su propia enfermedad y muerte fue tan culpable como él.

—De su enfermedad posiblemente... —dijo Paco Labal— de su muerte no sé si tanto. Ni el mínimo cuidado, ni una medicina, el abandono más absoluto. Los miserables se hicieron, como dice don Victorino, a la conformidad más completa. No hay necesidades. Todo es vano en el mundo. La vida es este pasar inquieto y recovecoso que nos amarga, una bilis en el cuerpo, una intemperancia en el alma. No hay ser humano que más se maltrate a sí mismo que el mísero, nadie puede aborrecer más consciente o inconscientemente lo que es, que el que se niega todo en aras de nada.

El humo de los habanos llenaba el comedor. Había un aroma dulce de café y tabaco que contrariaba beneficiosamente las palabras. Ese sencillo placer difuminaba la imagen real del hombre de Cinera, a quien yo apenas recordaba. Lo que permanecía de su retrato era esa otra imagen que componía una suerte de irrealidad en el destino de alguien tan penoso y desgraciado.

—Al final la mató... —dijo Meriodo, y no hubo en los presentes ningún gesto alterado—. Eso todos lo sabemos. Denegación de auxilios se llama la figura.

—La misma denegación que para él tuvo... —afirmó don Victorino—. El cadáver que levantaron en el Pozo de Rima, a medio metro del motor averiado que se habría deshecho con la última pieza, ya que jamás repuso nada, era un cadáver de cincuenta y seis kilos, consumido de hambre y de sed, entenderlo bien, también de sed, al pie del Pozo donde no llegó a beber para no gastar.

—Ese hombre... —dijo Dolo Chamal, después de un largo silencio en el que a todos se nos apareció, como un Ángel pasajero, un ralo fantasma que olía a pesadumbre— anduvo media vida por las Hectáreas, donde jamás trabajó un minuto más de lo preciso, un voy y vengo premeditado y nervioso. Recuerdo que un día no pude contener la curiosidad y le pregunté qué hacía. Busco, dijo. El terreno es grande y algo siempre se pierde...

Nada muy distinto de como fue después, aunque yo ya sabía el estado de mi madre, los tres años resultaron más benignos de lo previsto, una paciente que tiene conciencia de la enfermedad pero no conocimiento exacto de la misma, los grados de esa conciencia son variados, los del conocimiento distintos, de la conciencia al conocimiento hay en los enfermos un camino de espinas que muchos deciden no transitar, sé que estoy malo, me resisto a saber de qué, la propia mirada contiene con frecuencia esa decisión, los hay que no admiten el mínimo gesto, que piden piedad al bajar los ojos, cuando quieres hacer un leve comentario y la mano derecha se aferra al embozo de la sábana como si asiera el mensaje de un secreto que arrugaría hasta hacer desaparecer antes de que pudiera ser leído por nadie, no iba a decirle nada especial a Limpo, que era dos años más joven que Ileta, su mujer, nada que no fuese ese comentario de alivio teñido de algún adjetivo animoso, como una ocurrencia casual que ayudara a la irremediable sonrisa en el rostro demacrado, el esfuerzo ínfimo de los labios al componerla, porque al rostro le crece una sonrisa desde la huella de su antigua felicidad y por eso hay rostros que recaban la sonrisa en la muerte sin que el dolor sea suficiente para impedirla, algún vano recuerdo en la inconsciencia final atrae el gesto de humor o gratitud con que tantas veces acaban los muertos más impensables, pero Limpo hizo el mayor esfuerzo para que yo no dijese nada, la súplica de su temblor en los dedos de la mano derecha fije suficiente para que desistiera, Ileta acababa de mullirle la almohada y la cabeza de Limpo, que se había incorporado con muchísima dificultad, cayó en ella, volteando la cara sin que aquellos ojos, que en seguida se cerraron, lograsen reprimir la lágrima que de ellos manó, igual que una rabiosa secreción de saliva y espuma, lo que jamás humedecería sus reseco labios, y fueron los ojos de Ileta los que agradecieron mi buena intención, ya no era posible decir nada, ya nada quedaba que decir, Limpo no aceptaba ni la piedad ni el aliento, todos los afectos se habían hecho banales, nada aliviaba la desgracia, antes al contrario, cualquier alivio moral sería una afrenta, ni quiere que llame a don Cerbero, informaba Ileta, y eso que es hombre de misa y comunión, se va a quedar sin los auxilios espirituales, decía sin que le fuera posible contener la emoción de lo que aquello suponía, ¿qué voy a hacer?, para esos consejos sigo siendo un inútil, dejémosle en paz, no hay cosa más impropia que la de torcer la voluntad del enfermo, nada de esto pasaría con mi madre, vino enferma, dueña de esa conciencia, fue labrando el conocimiento de la enfermedad incurable porque el tiempo trabaja a favor de la lucidez del enfermo mientras esa lucidez es posible, pero nunca supo que se trataba de un tumor, nunca lo supo en esa dimensión pública en que las cosas se hablan, se dicen, jamás se sabe lo que cada cual guarda en la intimidad de la sospecha, no creo que la tuviese, mi madre siempre alentó la inocencia para orillar la sospecha en todas las cosas de la vida, probablemente de ahí le vino la desgracia de que mi padre la engañara tanto, los tres

años discurrieron sin graves contratiempos, plácidos, y en los meses finales todo se precipitó, ahora está claro que esto se acaba, decía algunas mañanas previas, cuando Nubia le subía el desayuno y ella lo rechazaba, de modo que Nubia depositaba la bandeja en la mesilla y me daba una voz, entonces subía yo y mi madre se convertía por unos instantes en una niña caprichosa, se acaba de veras, decía, y había en su rostro todavía menos demacrado de lo que debiera, un gesto infantil de pena y sabiduría, se acaba y tampoco pasa nada porque se acabe, remataba después, cuando yo había recogido la bandeja y le acercaba la taza de café con leche, esta Nubia es un poco brusca, comentaba, buena pero brusca, ¿será el carácter de las gentes de Celama?, después de tantas cartas, llamadas, requisitorias, decidió venir conmigo, eso de Los Oscos no suena de la mejor manera, decía mi madre en alguna de sus cartas, y el Páramo no tiene la mejor fama en Armenta, a fin de cuentas mi madre siempre fue una señorita de provincias poco dispuesta a salir de las fronteras urbanas, algún viaje a Madrid, un viaje a Barcelona, las playas de Cantabria en la juventud con aquellas sosas amigas que, como acabaría recordando mi padre, vestirían santos a no ser que algún primo carnal de poco espíritu se resignara, como sucedió con dos de ellas, y aquel mediodía en Santa Ula, cuando la vi bajar del coche, supe a ciencia cierta lo que la señorita había perdido por obra del destino, lo que se lleva la vida en la ruina del tiempo con el atraco a que somos sometidos en esta extrema impiedad que contrasta el pasado y el presente, lo que nos vimos ser y lo que ahora somos, quiero decir que el recuerdo de mi madre, su joven belleza que tanto acentuaba la sencillez altiva de su porte, la naturalidad de su expresión en la totalidad del cuerpo y seguro que también del alma, se estrelló sin remedio en el crepúsculo de sus cuatro pasos temblorosas hacia mí, y el médico traicionó al hijo que tanto tiempo llevaba sin percibir los afectos familiares, ajeno y distante como siempre fuimos en casa, tal vez más imbuidos de la frialdad y el desapego con que mi padre nos crió, era la previsión impía, el diagnóstico estricto, la mirada sin otros recursos que los de la ciencia, la observación, pura y dura, probablemente porque no me esperaba ese límite de decadencia, todavía impropio de la edad, ese zarpazo que hacía que el cuerpo de mi madre se sostuviera sobre la fragilidad del sueño, Dios mío, qué pena de mujer, todo lo que perdió en el año y pico que llevo sin verla, no te asustes, Ismael, me dijo al abrazarme, fue ella la que caminó y me cogió en sus brazos, ¿de qué pensaba que me podía asustar, cómo podía haber tenido tan poco cuidado, con lo fácil que es disimular, con lo mentiroso que puedo ser cuando quiero?, dicen que estoy muy malita, me confesó en seguida con aquella voz de niña con la que tantas veces me había contado cuentecillos infantiles, pero tampoco era para tanto, la decadencia se compaginó en seguida con el talante sereno pero vital, el dolor no horadaba el gesto salvo en muy contadas ocasiones, mi madre no venía, como dijo la única vez que se lo permití o, mejor, que no pude impedirlo, a amargarme la vida con su carga, Nubia no tardó en hacerse con ella, de su muerte me queda la dulzura de lo que supone morir en la inconsciencia, tan lejos de aquella muerte arrebatada de Limpo, sin más

fármacos de los precisos para que la inconsciencia se asemeje a un sueño diluido, escucho su voz no del todo incoherente en la lejanía, estamos solos, muere en mis brazos, Nubia aguada al otro lado de la puerta, las mujeres de Celama son muy respetuosas con la intimidad de los seres ajenos, hay un ruido en el pecho de mi madre, un temblor incontrolado en el dedo índice de su mano derecha, soy el único que puedo sentir lo que su materia me transmite en el tránsito, voy a dejar el rostro inerte en la almohada, enciendo la tagarnina, ¿te acuerdas, Ismael?, dice su voz en mi infancia, el grito helado de Limpo rompe la espina dorsal del pueblo, retumba en las Hectáreas, no hay campana que doble más lúgubre...

Inicio Vela soñó la desgracia. El sueño y el presentimiento confluyen, por esa vía desvariada, en un paralelo temor que, a veces, procrea la obsesión más absurda. Ese sueño lo guardó como un secreto inexpugnable y, a la vista de lo que iba a sucederle, no andaba errado.

Todos solemos ser cautos con los sueños. Hay una sensación de que lo que se sueña pertenece al ámbito más hondo de la intimidad, porque lo que se sueña con frecuencia transgrede las convenciones de la realidad, libera ese soterrado interior que ni siquiera nosotros mismos sospechamos. De los sueños hay mucha literatura, clínica y de la otra, y aunque Inicio no la conociera tenía el suficiente sentido para asumir su discreción.

No sé si Inicio Vela fue un soñador contumaz, probablemente no: los contumaces orientan más profesionalmente, por así decirlo, la experiencia del sueño, sin que esa experiencia sea demoledora, ya que soñar y sufrir, vender la vida al sueño, al perjuicio del sueño, no parece propio de quien sueña habitualmente y ha trivializado, como ha podido, esa experiencia.

Lo que le sucedió a Inicio parece más propio de un soñador inexperto. Un ser acorralado por el temor, recluso para defenderse de la desgracia soñada, entendiendo que esa desgracia es un presagio irremediable, es un ser que no domina el resultado de lo que sueña, un dominio que se suele establecer con el olvido, cuando el hábito del sueño ha puesto en su sitio las cosas soñadas, como el hábito de la vida pone en su lugar las cosas vividas.

Azara Vela, la hermana de Inicio, dijo a los parientes y vecinos que Inicio estaba malo.

No era el hombre más recio de Vericia pero sí el más saludable de los solterones del contorno, uno de esos seres que almacenan la salud como un bien que ni se gasta ni se desperdicia, incrementándola con el orden de una existencia en la que todos los días son iguales y las horas se contabilizan con las mismas necesidades y parecidas satisfacciones. Esa lenta bonanza que el solterón de Celama jamás altera, resignado y dócil, sumido en la costumbre que diluye cualquier tribulación indebida, logrando, con frecuencia, un equilibrio de dicha menor y goce de las cosas insustanciales verdaderamente notable. La idea de que la igualdad de los días hace la vida menos diversa pero más profunda, es una idea bastante extendida por el Territorio, no sólo mantenida por los solterones.

Es un espectáculo verlos ir y venir por las Hectáreas, sentarse en los Casinos, compartir la botella sin que la conversación se corresponda en absoluto con el consumo de la misma, dialogar con el perro o el gato, liar un cigarro y hacer del

humo de cada bocanada una nube morosa en la que el solterón, que aprecia el tabaco más que nada en la vida, aspira a remontar el cielo y alcanzar algún limbo narcótico. En la lentitud de su costumbre, por el atardecer de las Hectáreas solitarias, se les puede apreciar una dicha liviana, una felicidad del cuerpo y el alma, ajena a las pasiones, nacida de ese sosiego con que la Naturaleza los hace suyos, porque ellos la entienden mejor que nadie.

—¿Malo de algo malo...? —le preguntaron a Azara—. Porque ya es raro que Inicio caiga por las buenas.

—Malo de no tener ganas... —dijo ella, contrariada.

—La peor maldad... —le contestaron, probablemente tomándole el pelo—. Nada tienes, nada quieres. No hay enfermedad comparable a la indolencia.

Pasaban los días y Azara hacía sus labores, huidiza y disgustada, evitando como buenamente podía que los vecinos y parientes la requirieran.

—¿Y ese hombre...?

—Lo mismo.

—Pues la echa larga, si sólo es desgana.

—Con tal de quemarme la sangre.

Dos semanas ya no era posible que provinieran de una extravagancia. En las Hectáreas cada día había más que hacer y un hombre como Inicio jamás había destacado por la haraganería. Además, tampoco puede olvidarse que los solterones no suelen enfermar. La hora les llega habitualmente de forma sorpresiva, como si el exceso de salud acumulada pinchara, y se diluyera la vida igual que se desinfla una pelota. El tanto por ciento más elevado de muertes repentinas del Territorio, corresponde a los solterones.

—Me estoy poniendo de los nervios... —confesó Azara sin poder aguantar más.

—A todos nos tiene de veras preocupados.

—Me voy de casa y lo dejo solo, como hay Dios que lo abandono y allá se las entienda.

—Alguien tenía que hablar con él.

—No quiere. Yo la palabra se la quité prácticamente desde el primer día. Ni está malo ni lo estuvo, todo cuento, puro cuento.

Fue Dino Omega, el otro solterón de Vericia, quien decidió por su cuenta ir a ver a Inicio. Azara no quiso saber nada.

—Está arriba, en el sobrado... —le informó, molesta y escueta—. De la habitación tuve que sacarlo a escobazos y desde hace tres días se le acabó la sopa boba.

La entrevista de Dino con Inicio duró algo más de una hora.

—Lo que tiene no es del cuerpo, ni siquiera del alma... —dijo con las pocas y, a veces, enigmáticas palabras con que hablan los solterones.

—Entonces ¿de qué...? —se le ocurrió preguntar a cualquiera.

Dino Omega liaba un cigarro y había cierto temblor en sus dedos.

—Hay pájaros que dejan de volar... —musitó— porque de pronto presienten que van a caer. Son pájaros presentidos, tres de cien mil como mucho. En las personas los casos son menos numerosos pero el ser humano además del presentimiento tiene el sueño, ya se sabe que somos mucho más complicados que los bichos.

No hubo modo de que Dino contara más.

—Entonces ¿qué recomiendas...?

—A la familia resignación y cuidado. Los demás, lo mejor que podemos hacer es callar la boca.

De cuando en cuando volvía Dino a ver a Inicio. Azara no lo podía soportar, apenas llegaba salía disparada, sin darle los buenos días o las buenas noches.

—Tal para cual... —decía.

—No hay que ponerse así, de algo valdrá que alguien intente, al menos, echarle una mano.

—Al cuello.

—Dino debe ser el único que lo entiende. No parece que pueda pensarse en ninguna medicina. Habrá que tomarlo con toda la paciencia del mundo.

—Están conchabados. Lo único que faltaba es que viniera el compadre a reírle la gracia.

—De las Hectáreas no te preocupes, que no vamos a consentir que queden manga por hombro.

—Me preocupo de ver a ese haragán, que se va a morir de no hacer nada, y me quemo la sangre sólo de pensar lo que hubieran sufrido mi padre y mi madre si hubiesen tenido que asistir a este despropósito.

Fueron Fermín Costal y Orestes Leva los que mentaron este asunto en el Casino de Anterna, una de aquellas tardes en que la tertulia era rápidamente sustituida por las cartas.

La decisión de hablar con Dino Omega la tomé en seguida, ya que hacerlo con la hermana de Inicio me parecía improcedente porque, tal como lo contaban, en absoluto se mostraría propicia, pero el tiempo fue pasando y la verdad es que prácticamente me olvidé de todo aquello.

A Dino apenas le había tratado, pero con su padre y su hermano Rudo había tenido bastante relación, todos ellos eran gente complaciente y generosa, que me habían ayudado en las obras que hice en mi casa de Los Oscos poco antes de que

viniese mi madre.

Lo encontré en el Camino de Mingra, de vuelta de alguna de sus Hectáreas. Era una tarde que presagiaba lluvia. Yo venía por el Camino, fumando la tagarnina, con Mensa del ronزال. No anduve con más prolegómenos de los debidos, fui directo al grano.

—No soy de muchas palabras... —reconoció Dino, esquivo y cabizbajo.

—Hazte a la idea de que quien pregunta es el médico... —le dije—. Lo que se cuenta de Inicio no parece muy sano. Un hombre hecho y derecho no se esconde. La idea es poder ayudarlo...

Dino aceptó una tagarnina.

—Usted habrá oído hablar de los pájaros presentidos... —musitó.

—Lo mismo que del Pirata del Yermo y el Niño de la Nieve. Los cuentos de Celama siempre me gustaron.

—Unos son cuentos, otros dichos, otros presagios y sortilegios. Lo de Inicio, un sueño.

—¿Qué clase de sueño...?

—Nadie tiene derecho a robar la intimidad de una persona. El sueño es lo más propio. Dios me libre de traicionar de este modo a un buen amigo.

—No te pido que me cuentes el sueño, sólo que me digas de qué clase de sueño se trata. Para ayudar, hay que saber. Un médico no es un cura repartiendo los sacramentos.

—El cura de pericia no tiene mucha parroquia. Ya sabe usted que en algunos pueblos del Territorio fuimos protestantes, y algo siempre queda.

—¿Un sueño es suficiente para quitar de la circulación a un hombre sano como Inicio...?

—El de la desgracia, sí... —reconoció Dino Omega, escupiendo la nicotina—. Lo sueñas y es la verdad de la muerte la que se impone a la verdad de la vida.

—¿Y te escondes...?

Comenzaban a caer algunas gotas. Dino se adelantó unos pasos.

—No te escondes... —dijo, alzando los hombros—. Te quedas. Esta desgracia pone su señal y ya nada puede ser lo mismo. Los pájaros presentidos se caen, los hombres no se mueven, no asoman, no van a ningún sitio. Se quedan.

—¿Hasta cuándo...?

—Inicio confía en volver a soñar la liberación de ese sueño desgraciado. No sería el primero, tampoco el último.

—¿Quieres preguntarle si le apetece hablar conmigo...?

—No hay razón para que no lo intente, pero lo dudo.

—¿De salud lo ves bien, físicamente quiero decir...?

—Cuando no hay ganas, no las hay de nada. Si en un mes perdió diez kilos, en dos pueden ser quince o veinte.

No hubo medio. Inicio Vela no quería verme y su hermana tampoco.

—La única medicina, una buena paliza.

—Algún tratamiento habrá.

—Que se tire por la ventana.

—Ese camino lleva, si no levanta cabeza.

—Yo encantada de la vida. Si se tira, lo recojo. Barremos el corral y a otra cosa mariposa.

Pasó el invierno. Alguna vez fui a ver a Dino, otras me lo encontré. Llegó un momento en que Azara le prohibió entrar en casa a visitar a su hermano, entonces buscaba la ocasión en que ella no estuviese.

—La salud, por lo que voy viendo... —me informaba— no se le quebranta más. Tampoco ha seguido adelgazando. Del sobrado apenas baja para lo imprescindible y nadie le guisa, pero allá arriba tiene alimento suficiente. Yo creo que de aquí al verano soñará lo preciso, hay que confiar en Dios.

Recuerdo una primavera helada.

La vaticinó Abel Sera en el Casino de Anterna. Ya veréis lo que es bueno: el viento que vuelve del Norte y del Saliente como si del invierno no lograra despedirse.

El terreno era un puño de metal sangrante. Daba miedo cruzar las Hectáreas con aquel filo de navaja mellada que podía sajar a cualquiera que alzase la cabeza. Todavía nevó, y el cierzo hizo un puré de cristales que estallaron como ascuas en la atmósfera galvanizada.

Fue uno de aquellos días, a lo mejor el más helado de todos, cuando Inicio salió de casa y volvió a sus Hectáreas, exactamente a la Hemina del Cedal.

—Allí lo tiene... —me dijo Dino Omega, sin demasiada alegría—. Todo Vericia lo vio salir de casa, más viejo de lo que era cuando se escondió, aunque tampoco fue tanto el tiempo pasado, con algunas dificultades para moverse, pero tan decidido como siempre, la herramienta al hombro, la colilla en el labio...

—Ahora no se negará a verme... —aventuré.

—Yo lo desaconsejo o, al menos, mentarle lo sucedido, y en ningún caso hablarle del sueño. La desgracia se sorteá, y Dino puede que la haya sorteado, aunque no estoy convencido, pero el lugar de la misma es el lugar de la misma, la tierra y el cielo están cada uno en su sitio...

—¿Qué me quiere decir...?

—Nada especial. De los solterones se habla demasiado en Celama porque nosotros mismos lo hemos consentido, y ya no hay remedio. Olvidarse es lo mejor, ojalá dure.

Lo que tenía que durar, que yo nunca tuve muy claro, duró un año más, si a lo que Dino se refería era a la salvaguarda de la desgracia de su amigo. Justo un año más, porque Inicio murió la siguiente primavera.

Fue el rayo de una tormenta en la propia Hemina, bajo el chopo que en su juventud plantó su abuelo Crisantemo, un chopo viejo y solitario en la Llanura desolada.

—Una lumbre que revienta en el cielo... —dijo Dino Omega, cuando volvíamos del Argañal—. La vio en el sueño, estallando en la ventana, al despertar asustado. Tenía que haber hecho caso del pájaro muerto que encontró en la Hemina el día que volvió, al pie del chopo precisamente. Un bicho carbonizado que vaya usted a saber con qué presentimiento volaría...

Un día como tantos otros, cada dos meses o dos meses y medio, llegaba Galbo Cilleda con su coche de lastrada carrocería, un raro híbrido en cuya rectificación primaba la necesidad del viajante, sacrificando la propia naturaleza del vehículo, y aparcaba en la Plaza de Santa Ula, entre el festejo de la chavalería que celebraba alborozada el regreso casi siempre puntual de Galbo y la novedad de aquella máquina, que no tenía comparación con las que se iban viendo por el Territorio.

Aparcó, como siempre, frente a la Fonda Corsino, espantó a los chavales, dio la última chupada a la colilla del puro que tiró por la ventanilla antes de bajar y, al hacerlo, con la manija de la puerta todavía en la mano, miró al balcón de los Cuéllar, en la casa de enfrente, donde la hija de don Silván, la viuda, podía estar vigilando su llegada tras los visillos.

Poco a poco haría Galbo las operaciones profesionales que garantizan que un viajante de comercio salvaguarda, antes que cualquier otra cosa, la preciada mercancía que compone su muestrario. Lo que quiere decir que Galbo fue sacando los baúles del coche y metiéndolos en la Fonda Corsino con extremo cuidado y sin ningún alarde de esfuerzo, como si mover sus pertenencias fuese un acto más mental que físico. Ya dentro de la Fonda, probablemente el propio Corsino, o su hijo Telurio, le ayudarían a subirlos a la habitación.

Nada especial, nada raro o extraño, en una de las numerosas llegadas de Galbo Cilleda a Celama, donde llevaba por lo menos siete años viniendo.

A lo mejor, ese detalle sibilino de la mirada al balcón es un plus de más que adorna la llegada de ese día, tan parecido a todos los anteriores, pero definitivo: siete de marzo de mil novecientos treinta y cuatro. De las miradas de Galbo y Delfina Cuéllar había constancia, de las suspicacias también, pero nadie los había visto jamás juntos. Delfina preservaba su viudedad como podía, el marido se le había muerto pronto y, todo hay que decirlo, con suerte para ella, porque en menos tiempo era imposible haberla hecho más desgraciada, y se mantenía joven y esbelta. Galbo no era precisamente un galán pero, por encima de los años indefinibles y de la calva masacrada por la huella de los más turbios e inútiles crecepelos, conservaba el porte del viajante, la prestancia de quien vende involucrando la figura.

Ya se sabe que el viajante no viaja como el viajero. El viajante es un profesional del viaje, no un diletante del mismo, no anda por ahí para mirar y descubrir los paisajes del mundo, la peculiaridad de quienes lo habitan, sino para hacer de la vida el destino de su comercio, entendiendo que los destinos, los puntos de llegada, no son otra cosa que las plazas donde comprometer los pedidos del Almacén. Del viaje del viajante no hay mucho que decir, la aventura es más propia del viajero, el viajante

trivializa el resultado de sus rutas, que siempre son las mismas, y la rutina es el señuelo de ese voy y vengo en el que siempre sabes quién te espera.

Pero, en fin, el mundo es el mundo, Dios es Dios, y la vida es la vida. Si el ser humano no diera más de sí, que lo que da, si nuestra existencia estuviese tan ordenada y estricta, nada podríamos contar que la propia vida ya no hubiese contado, todos seríamos dueños de lo mismo y estaríamos bastante aburridos.

Galbo hubiera llegado a Santa Ula aquel siete de marzo a media mañana, hubiera mirado al balcón de Delfina, el visillo se movería con la intención con que la palma de una mano se cierra o se abre, hubiese descargado los baúles y aquélla hubiera sido una jornada más en la vida del viajante de comercio de Almacenes Consistoriales, Efectos Varios, Calle de las Juderías número treinta y seis, Armenta. Al menos ésa era la declaración de identidad del profesional, tal como aparecía en ambos laterales del coche, y nadie en Celama llegó a dudar de aquella declaración de principios, que ya avalaban siete años de profesión.

Galbo Cilleda tomaba nota de los pedidos, de los efectos varios, y puntualmente esos pedidos se cumplimentaban. Nadie contrastaba la figura de Galbo, tan apuesto y decidor, con la de los otros viajeros que a Celama venían con sus productos sustanciales: ferreteros de cuño abrupto, cantamañanas de los ultramarinos y los tejidos y novedades, gentes exiguas del nitrato y los abonos minerales.

Había en Galbo una aureola de lo efímero y lo banal, de la elegancia y el menosprecio, un sentido de la vida que se correspondía con el secreto de la ostentación y la intimidad, la lencería y el perfume.

En realidad, nadie sabía a ciencia cierta, más allá de sus clientes, lo que Galbo portaba en sus baúles, y existía la sensación de que nunca portaban lo mismo, de que el misterio de un comercio soterrado contribuía a la imagen de Galbo como un profesional misterioso que hacía que algo de la vida de Celama, probablemente lo más inconfesable, existiera gracias a él.

Son divagaciones que yo puedo contabilizar sin muchos alardes, ya que el secreto se lo llevó a la tumba, aunque de un secreto relativo se tratase, porque a la hora de viajar nadie puede viajar misterios, sólo productos o, en este caso, efectos.

Aquel siete de marzo, tan parecido a otros tantos de su voy y vengo, es el definitivo, porque Galbo Cilleda falleció en la Fonda Corsino, exactamente a las once veinticinco de la noche de su llegada, las veintitrés horas veinticinco minutos de ese día siete para ser más exactos.

Ya se acabó lo que se daba en la vida del viajante de comercio y, la oportunidad de que Corsino, el dueño de la Fonda, me mandara llamar por medio de su hijo Telurio, hace que yo pueda contar, con esta minuciosidad que pretendo y no sé si

consigo, los avatares del asunto. Porque de eso se trata: de contarlo.

No es muy relevante que confiese que a Galbo no lo conocía demasiado. Alguna partida en el Casino de Santa Ula, más copas de las debidas, precisamente en el remate de alguna de esas partidas y, eso sí, una larga conversación, años atrás, un día de invierno en que nos quedamos más solos que la una en el propio Casino.

Nevaba fuera y aceptaba mis tagarninas como el regalo de aquel dios que mató a los súbditos a base de darles la pócima con el arroje:

—Si Dios fuera uno y trina, sería el único en trinar.

—No me concierne lo que a Dios importa.

—La transcendencia la mido por la calidad del apresto. El Dios de mis intereses es un Dios de lana y la lana, ya se sabe, pelo de oveja.

—Distingo como puedo entre la deidad y lo sagrado. Una se me escapa, lo otro me va.

—Yo es que soy republicano.

—¿De la de ahora...?

—De la propiamente dicha, de la República en el sentido de cuerpo político de una nación.

—El cuerpo jamás me llevó al alma. Nunca tuve la oportunidad de oler el alma en el sufrimiento del cuerpo.

—Debe ser por esa solvencia que los cuerpos tienen sobre las almas. La de saberse ciertos mientras ellas son inciertas. De ahí provienen mis convicciones republicanas. Un buen cuerpo para estar en su sitio. A ser posible, un cuerpo glorioso.

—Yo no creo en Dios y, sin embargo, me gustan a rabiar los dioses. Cada uno para lo suyo: un dios donde lo necesitas. Lo sagrado, que le decía.

—De todas formas, no me confunda, se lo suplico. Soy viajante. Viajo efectos. La república, por mucho que quisiera, no me cabe en un baúl.

—No me tome el número cambiado, yo no curo almas. Ser médico en Celama es ser curandero en un erial de cristos crucificados. Aquí lo sagrado es el signo de la miseria, quiero decir que el dios de Celama es el de la indigencia, aunque con las copas que llevamos igual no acierto a nombrarlo.

—Las copas y las hostias, caballero. Nos dejaron más solos que la una y, por lo que veo, ni usted ni yo somos de aquí. Yo viajo para endosarles efectos, y usted los cura. Somos unos jodidos extranjeros. ¿Aquí quién sirve, ese camarero sordo o la madre que lo parió...?

—El sordo, precisamente.

—Pues hay que aporrear la mesa o alzar la gaita.

—No se preocupe. Todas las botellas de champán de Celama están contabilizadas. Aquí, como en el resto del mundo, el pobre se muere de pobreza y el rico sopla de lo mismo que los franceses. ¿Se trata de champán...?

—Se trata.

—¿Y con Dios qué hacemos...?

—Yo lo tengo por mucho, no se crea que por republicano lo menosprecio. Dios es mucho Dios después de tantos siglos. Lo que pasa es que no hay un Dios de los viajeros, ni siquiera un Santo Patrono. Para mí, Dios es una buena pirueta de la imaginación, lo primero que inventaron los humanos cuando pensaron que hubiera alguien más elegante por encima de ellos.

—Dioses de andar por casa, uno para cada cosa. El dios del rincón, el del corral, el de la escalera, el del escaño, el del vasar. También un dios del bolsillo y otro del pañuelo.

—Mejor un buen gobierno representativo, fuerte y homogéneo. Dios no es capaz de gobernar donde la pasión humana impera.

—El de la pulga y el del ratón...

—Beba y déjese de tanto Olimpo. ¿Esto es lo que dos seres humanos pueden compartir cuando ya no hay otra cosa? La amistad, la sinrazón, la inteligencia, los sentimientos. Esta tierra que llaman Celama nos hizo hijos del mismo destino en una noche de invierno. ¿Se fijó cómo está nevando...?

—De tal modo que nada somos, si puede entenderse que la nieve es la nada que viaja al mundo para quitarle la arrogancia.

—Eso que dice me gusta mucho. Ninguna soberbia queda en Celama. Se acabó lo que se daba. Le ruego que brindemos por la república, a efectos puramente testimoniales. Tampoco me importa impetrar a alguno de sus dioses menores, sea el de la risa o el tabaco. Por cierto ¿le queda todavía alguna tagarnina...?

Estaba expirando.

Un cuerpo atravesado en la cama, sudoroso y convulso, con el corazón deshecho. La calva brillando bajo la bombilla como un erial donde jamás hubo una buena cosecha.

El propio Corsino me ayudó a incorporado y buscarle una postura más adecuada. Telurio estaba en la puerta, junto a los baúles amontonados.

Galbo recuperó cierto sosiego pero era, sin remedio, esa bonanza que limita con el final, la que proviene de una inmediata lucidez que ayuda a apreciar la compañía, porque nada hay más duro que la conciencia de estar muriéndose sin que nadie acuda.

—De casualidad nos dimos cuenta... —informó Corsino, apesadumbrado—. Tantas veces no baja a cenar, en tantas ocasiones sale sin decir ni mu. Aquí Telurio que escuchó algo raro...

—Nada que no fuese un ahogo... —dijo Telurio— porque las toses de don Galbo revolucionan la Fonda. Yo escuché antes de entrar y lo que vi no podré olvidarlo: un hombre hecho un ovillo con la almohada a los pies.

Les ordené que salieran y esperasen fuera. En la escalera y el descansillo se

incrementaba el bullicio, pedí silencio.

Los pocos alivios que Galbo precisaba tenían ya más que ver con lo que quería decirme, porque en seguida que se percató de que estaba a su lado me asió del brazo, suspirando anhelante, con la mano derecha que era la única que le respondía. Algo quería indicarme con los gestos y la orientación de los ojos, antes de que pudiera hablar.

—Los baúles... —musitó con gran esfuerzo.

Asentí, calmándole.

—¿Cuántos hay...?

Vi tres.

—Cuatro... —dijo, y la ansiedad y el esfuerzo casi eran suficientes para que alzara la cabeza de la almohada.

—Cuatro, cuatro... —insistió—. Telurio lo guarda, pero no me fío de un tonto del culo. Usted se encarga de hacerlo desaparecer.

No me aclaraba. La voz de Galbo era el fruto de un enorme esfuerzo, su respiración difuminaba las palabras.

—El cuarto lo entierra... —musitó, cerrando la mano en mi brazo con una presión descontrolada.

—Así se hará... —confirmé—. Me encargo, no se preocupe.

Aquello parecía lo más importante. El rostro de Galbo se relajaba, cerró los ojos, la respiración se sosegó un poco. Corsino y Bolupia, su mujer, asomaron a la puerta.

—¿Ya...? —quisieron saber.

Negué con la cabeza y les hice cerrar.

—¿Por quién me toma...? —musitó entonces Galbo, sin abrir los ojos, con la voz clara y relajada. Pensé que empezaba a delirar.

—Por Galbo Cilleda, viajante de comercio... —se me ocurrió decir, mientras recogía de la mesita el fonendoscopio y las ampollas de aceite de alcanfor.

—Ni Galbo ni Cilleda... —dijo, y abrió un ojo como una contraseña que alentaba la complicidad de su confesión—. Viajante, sí, igual que republicano.

—Nadie es del todo lo que aparenta... —afirmé sin especial convicción.

—Los Almacenes Consistoriales no existen en Armenta, ni en el treinta y seis de la Calle Juderías darán razón de mí. Vendiendo los efectos que quedan... —dijo, y de nuevo el esfuerzo contrarió la claridad de las palabras— se me puede hacer un sepelio, por modesto que sea. El coche está embargado y no tardarán en reclamarlo. La tierra de Celama me vale como cualquier otra. Ahí... —indicó con el dedo índice muy tembloroso— en la cartera, en la chaqueta, está la auténtica documentación. No soy un prófugo, no se asuste. Cambié de nombre y de vida tantas veces como me fue necesario, pero por causas ajenas a la ley. Casi siempre mujeres, ya ve qué pena.

—Todo se arregla, no se excite, esté tranquilo.

—Dos extranjeros se entienden mejor que dos naturales. Pero del cuarto baúl... —pidió y no logró contener el ahogo, regresando las convulsiones— del cuarto, por

lo que más quiera, por lo más sagrado...

Las veintitrés horas veinticinco minutos, como ya dije, y reflejaría en el certificado.

La calva de Galbo Cilleda o, para ser exactos, de Valmidio Expósito Siracusa, recobró en el instante de la muerte un raro brillo de alquitrán, que hasta llegó a manchar la almohada.

Ni que decir tiene que la Fonda estaba más alterada que nunca, aunque no era la primera vez que moría un cliente, al menos un estable había fallecido en las navidades de hacía tres años, en una de esas solitarias nocheviejas en que los estables de las Fondas y Pensiones del mundo descubren en el espejo la inquieta figura que aguarda el momento en que la soledad, ya insoportable, quiebre el cristal y la vida.

A Telurio lo encontré en la Plaza.

—Ya sabes lo que hay que hacer... —le dije.

Ni siquiera se atrevió a mostrar su extrañeza. La cabeza de Telurio gobernaba su existencia con demasiadas dificultades, y no dejaba de ser raro que una persona como Galbo hubiese puesto en sus manos algo de especial importancia.

—El baúl lo bajas cuando no te vean... —le ordené.

—Ya lo tengo en el coche... —me dijo sin mirarme.

—Pues para cumplir la voluntad del difunto, lo que hay que hacer es enterrarlo.

—Mejor ahora que más tarde... —opinó.

—¿Es que sabes conducir este vehículo...? —inquirí asombrado, yendo tras él hacia donde el coche de Galbo estaba aparcado.

—Don Galbo me enseñó... —reconoció Telurio—. De cuatro años a esta parte, alguna que otra noche con él me iba por Celama. Los efectos del baúl se comerciaban de noche. Yo esperaba donde correspondiera, y don Galbo iba y venía.

Arrancó sin problemas.

Poco antes de sentarme a su lado, miré al balcón de los Cuéllar. La luz estaba encendida y el visillo se movía. No había nadie en la Plaza. Los de la Funeraria de Anterna tardarían en llegar o, a lo mejor, no lo harían hasta la mañana siguiente. Cualquier cacho de tierra, en el mismo Argañal, serviría para que Valmidio dejara de ser Galbo para siempre.

—¿Dónde vamos a enterrar el baúl...? —pregunté a Telurio.

—Lo más lejos posible... —dijo, sin poder disimular el placer que le suponía conducir el vehículo—. ¿Quiere que lo tiremos al Sela...?

—Sal de Celama por la carretera de Olencia, no seas botarate. ¿No eres capaz de figurarte que el baúl puede flotar...?

De los cuatro baúles del viajante, era el más pequeño. Los kilómetros que hicimos por la carretera de Olencia me parecieron infinitos, sobre todo porque daba miedo ver a Telurio sin dejar quieto el volante, como si para gobernar el coche necesitara moverlo a uno y otro lado, de modo que la carretera también se movía igual que una cinta que no lograba desenredar en las manos.

La noche de marzo estaba calmada, apenas la brisa inquieta con el soplo húmedo que vaticinaba la lluvia. Bajo la luna, el baúl mostró, cuando lo sacamos, la evidencia de su desgaste, el cuero mal atezado, las correas casi rotas, ese avatar del cofre que cumplió un destino de innumerables arrastres.

—¿Sabes lo que hay dentro...? —le pregunté a Telurio, cuando lo llevábamos.

—Como hay Dios que no.

—¿Y te gustaría saberlo...?

—Como hay Dios que tampoco... —dijo nervioso—. Con los pecados de cada uno, cada cual debe pechar.

—Los pecados de Celama... —afirmé—. ¿Cómo puedes ser tan bobo? Los pecados no se guardan en un baúl.

—Yo lo entierro como don Galbo quiso, y me llamo andana. Si usted quisiera mirarlo, es cosa suya...

—Qué voy a querer... —dije—. Entiéralo y acaba. Cumplimos la voluntad del viajante y nos vamos con viento fresco.

Trabajó un buen rato en la orilla del río, hasta hacer un buen hoyo. El baúl no era muy pesado. El agua bajaba mansa y en la superficie el palor de la luna difuminaba un reflejo de seda y légamo. Algún raro tesoro encontraba el destino para que el secreto fuese sellado como Valmidio había querido.

—¿Lo llevo a Los Oscos...? —se ofreció Telurio cuando acabamos, sin poder disimular de nuevo las ganas de conducir el coche el mayor tiempo posible.

—¿Qué te contaba el viajante cuando lo llevabas de noche...?

—Nada... —dijo, mohíno—. En la libreta apuntaba los efectos y, a veces, hasta daba una cabezada después de ordenarme a dónde íbamos. Sólo una vez dijo que en Celama hay más sufrimiento que dicha y menos placer que trabajo pero que, en realidad, así es el mundo.

Orda murió y Martín guardó silencio. No era el silencio lo más ajeno a Martín Huero. Hay personas silenciosas, que hablan poco y no hacen ruido, y las hay que entronizaron el silencio en su existencia como una forma de expresarse, aunque esto pueda parecer contradictorio.

Ninguna percepción del mundo necesita palabras, tampoco los afectos. La palabra se deja como herramienta estricta para las cosas de la vida. Entonces el silencio adquiere esa dimensión del respeto y la elegancia con que algunos seres humanos dan constancia de sí mismos, de su pensamiento y emoción también, sin establecer ninguna clase de interferencia, como si la clausura de la voz encontrase la resonancia necesaria no en el gesto mudo, tan exagerado a veces, sino en el gesto silencioso.

Martín estuvo al lado de su esposa hasta el momento mismo de su fallecimiento. Revoloteaban alteradas las hijas, extremadamente ruidosas y con el llanto fácil, y subían y bajaban los yernos, más atentos a la figura inerte del suegro que, tras el fallecimiento, puso una mano en la frente de Orda, mantuvo un segundo los dedos temblorosos sobre sus ojos cerrados y salió de la alcoba.

El silencio contenía mejor que nada todo lo que Martín pudiese expresar en aquellos momentos.

Era, a no dudarlo, un silencio grave, donde la memoria del esposo recababa el vacío mortal de todas las palabras de la vida del matrimonio, situando cada una en su justo lugar. Y era posible que aquello sucediese así, si entendemos que las escuetas palabras de Martín podían recordarse y contabilizarse mejor que las más numerosas de cualquier otro.

El cuerpo altivo del viudo que, por edad y reciedumbre, todavía conservaba la buena planta de los años mozos, se acercó a la escalera, rechazando a la salida de la alcoba el abrazo sollozante de la hija mediana y la mano solícita de uno de los yernos, y cuando puso el pie derecho en el primer peldaño comenzó a abandonarse.

Es posible que las palabras del matrimonio, las que pertenecían a la soterrada intimidad que el recuerdo del silencioso recobraba, como gemas de un tesoro nada copioso, causasen en aquel instante esa especie de rendición que suele provenir de la memoria. Sobre todo, de la memoria que se abre como un abismo cuando la muerte la destapa. Los seres queridos dan el paso adelante y, cuando la muerte hace desaparecer el mínimo fulgor de la carne, el recuerdo ilumina lo que de ellos retuvimos, lo que más nos compromete de su existencia.

Sólo había que verle bajar la escalera, diría Camuzán, el yerno pequeño, que precisamente le aguardaba abajo, para darse cuenta de que mi suegro se había entregado. En los catorce peldaños se apreció perfectamente cómo aquel cuerpo empezaba a desmoronarse, igual que si los hombros se cerraran como las alas de un pájaro espetado.

Bajó y no dijo nada. Había parientes en la cocina, vecinos en el corral. Unos se atrevieron a acercarse, la mayoría no. El silencio del viudo incrementaba la propia aureola del silencioso y, desde aquel momento, todos respetaron la distancia que achacaban a su abatimiento.

Al entierro no fue.

La hija mayor se quedó en casa para acompañarlo. En el escaño de la cocina había un bicho callado que impregnaba la atmósfera de sufrimiento.

Eso empezó a parecerles en seguida a todos: un bicho que convivía con la herida de su desolación, ajeno y torpe, una especie de animal oscuro que rumiaba la pena sin que nadie existiera a su alrededor.

No parece un ser humano, decía el yerno mayor, porque nada hace de lo que los seres humanos hacemos, ni siquiera habla y mira. Es un hombre echado a perder en proporción a lo reservado que fue siempre. El día que murió mi suegra se derrumbó sin remedio.

Ése era el proceso en que Martín Huero caminaba hacia la desaparición. Un proceso de cuyo interior nadie tenía la llave, y que en el exterior era fácil de apreciar: el cuerpo del silencioso decrecía encogido, como si aquella íntima ruina lo empequeñeciera. Cada día resultaba más desproporcionada su imagen en las Hectáreas: un punto lento y extraviado, una mácula sin voz.

La teoría sobre los viudos es igual en Celama que en casi todos los sitios. Los viudos sobrellevan peor que las viudas el destino de la vida diaria cuando, pasado el tiempo preciso, la pena se nivela. También son más proclives a buscar remedio. Un viudo con un razonable ámbito familiar, sea pobre o rico, subsiste penosamente pero sin mayores acicates: el mando en plaza ayuda al olvido, el día a día agranda la autoridad cuando el carácter no afloja. Algunos transforman la soledad en un manantial de genio y amargura.

—El caso de Huero es especial... —opinaba Aníbal Sera en el Casino de Anterna—. Ese hombre taciturno nos viene dando un ejemplo de amor, no le deis más vueltas.

Otros ejemplos de amor y desvarío se vieron por las Hectáreas, pero la soledad del silencioso podía hacer más triste, o más patética, aquella lenta desaparición que, a los tres inviernos de la muerte de Orda, reconvertía a Martín en el viudo más pequeño del Territorio.

Ya para entonces se le nombraba poco. Los seres humanos que mantuvieron la prestancia y la altivez se borran antes que los que siempre fueron canijos, porque la

prestancia soporta peor la decadencia, y la pequeñez es una manera de andar más o menos arrastrado que dura toda la vida.

Hasta que se supo que el silencioso hablaba, que por aquella vía de la distancia y el olvido, las palabras resultaban una fuente secreta no de comunicación con los demás sino consigo mismo.

Entonces algunos pensaron que Martín Huero era un impostor o que la extrema misantropía también derivaba de un mal digerido orgullo.

—Desatinos y bobadas... —opinaba Aníbal Sera—. El pobre Martín está en la fase final de la desaparición, más cerca que nunca, después de estos años, de quien siempre le escuchó y quiso, que no es otra que Orda. ¿Dónde habla, de qué habla...? Sentado al pie de la tapia del Argañal, con las lagartijas. ¿Y qué cuento les cuenta...? Sólo tenéis que acercaros una tarde a escucharle.

Aníbal tenía razón, era un ejemplo de amor, ninguna otra cosa.

Orda estaba enterrada al otro lado de la tapia.

La lagartija asomaba en las piedras, al sol de la siesta, el último verano de Martín, y lo que Martín decía forma ahora parte, tantos años después, de lo que en Celama se dicen o se quieren decir los novios. También de alguna cancioncilla de las que cantan las niñas cuando saltan a la comba.

—Ven, ven, ven, que con los dedos de la mano te quiero coger, el pulgar, el meñique, el índice, el anular, el corazón, los que bastan para que sigas sabiendo quién soy...

En los labios de Martín no sonaba como una cantinela. Las palabras en los labios del viudo no tenían música.

—Ven, ven, ven... —volvía a musitar, y la lagartija alzaba la cabeza y corría veloz por las piedras hasta llegar a la mano, que permanecía más quieta que nunca cuando el bicho comenzaba a recorrer los dedos.

—Ya lo sabes... —decía entonces el viudo, con una voz casi ronca—. Ahora corre, y se lo dices a ella...

Pasó mucho tiempo y hubo muchas muertes mientras sacamos las primeras conclusiones. La mortandad se extendía, ya no era sólo en las desperdigadas aldeas del Norte, donde comenzó: la sorpresa empezaba a saltar en cualquier parte.

Todo había empezado un jueves de enero. Después de las navidades, que fueron muy nevadas, el tiempo se rehízo y aquel enero, como tantos otros, trajo el filo de la helada con el contrapunto del sol, esa luz de vidrio inmaculado que transparenta la tierra.

Había manchas de nieve y de hielo por los caminos, pero la mañana resultaba agradable, sobre todo yendo bien abrigado y consintiendo que Mensa rebajara el paso, como una mula haragana, mientras yo fumaba la tagarnina.

En la Linde de Aurora me encontré con Bastián, como siempre acompañado por Lancedo. Me vieron llegar de lejos y aguardaron pacientes. Mensa tomaba el paso lento y ya nada la hacía desistir, ni siquiera avistar a Lancedo que en seguida se ponía a saltar y corretear a su alrededor, como si a la mula le molestara el jugueteo del perro y, a la vez, se complaciera de tenerlo al lado.

—No parece que vayáis a una urgencia... —dijo Bastián, que estaba vestido con la indumentaria del cazador invernal, el capote, las botas altas, pero no traía escopeta.

—Con llegar a Morilbo nos conformamos. Una vieja caduca y un anciano achacoso no dan más de sí. La mañana acompaña.

—Pues yo voy a hacer lo mismo: acompañaros. Algo pasó en Morilbo que quieren que vea.

Bastián Loraz era un albéitar sin título, pero con la experiencia que da el tiempo y la afición, quiero decir que ejercía informalmente de veterinario, sin minutas ni recetas, atendiendo los requerimientos de los conocidos y de aquellos que, confiados en su sabiduría y generosidad, solicitaban su opinión y ayuda.

Sin proponérselo, guiado por esa afición, por el conocimiento que también provenía de sus lecturas técnicas, derivadas de los frustrados estudios juveniles, y del estoicismo que era norma de su vida y de su ánimo, se había ido comprometiendo por el Territorio como un albéitar casual que casi siempre atinaba, y al que la exigua cabaña debía bastante de su salud.

Bastián vivía en Dorema.

Vivía solo desde la muerte de su madre, doña Cima. No había sido hijo único, había tenido una hermana llamada Día que murió muy joven y que en Celama había dejado la aureola de su belleza, como un punto de referencia insoslayable en cualquier comparación que se hiciese. No la llegué a conocer. A doña Cima, sí. Una mujer que almacenó el cariño de los hijos como la fuente de una vitalidad desbordada

y que, sin embargo, vio secarse esa fuente porque los hijos la dejaron sola sin ninguna razón, al menos conocida.

Día se fue a Ordial y Bastián desapareció de Celama, muchísimo más tiempo que el que correspondería a sus estudios inconclusos. Lo que sustanciara el secreto familiar de la soledad de doña Cima no se sabía, aunque mi amistad con Bastián resultaba suficiente para revelarlo en parte. A veces el estoico entraba en una de esas fases de depresión y melancolía, que se aliviaban avivando las confianzas.

En eso poco se parecía a mí, aunque debo reconocer que en Celama hubo cierta coincidencia en considerar que la base de nuestra amistad estaba en nuestro parecido, en algunas circunstancias comunes.

El caso es que Día murió en Ordial, joven, hermosa, al menos en el recuerdo porque no era fácil que alguien la hubiera vuelto a ver, y ajena a la madre, que había encauzado los restos de la vitalidad en algunos pleitos absurdos y en la compraventa de las más inútiles Hectáreas, cosa bastante frecuente en el Territorio.

Regresó Bastián y la acompañó hasta su muerte.

Yo iba muchas veces por la casa de Dorema, la atendí en su enfermedad. La soledad que aquella mujer había conquistado irradiaba en los pasillos y las alcobas una frontera que limitaba perfectamente con la soledad del hijo. Dos seres callados en una casa grande.

Los retratos de Día estaban en todas partes. Los ojos negros, profundos, mirando desde el sepia como mira desde la ausencia quien contabilizó la belleza como su mayor desgracia.

Uno no puede enamorarse de una mirada muerta, de un rostro de papel, pero aquel rostro y aquellos ojos inundaron el sueño de muchas noches, el vacío y la desilusión de saber que eran imposibles.

¿Cuántos habrían soñado con igual desolación en Celama...?

Lancedo no dejaba en paz a Mensa, y la mula, retozona, agradecía las impertinencias del juego alzando con torpeza las patas traseras. Había descabalgado y caminaba al lado de Bastián.

—¿Y qué pasó en Morilbo, que tanto interés tienen que veas...? —le pregunté.

—Parece que lo mismo que en Hontasul. Seis gallinas en un caso, doce en otro. Los cadáveres esparcidos de una forma rara, como si el asesino se hubiera entretenido en ponerlos en fila.

—Hay zorros viciosos, garduñas rateras.

—Eso pienso yo. Una batida a tiempo suele ser lo más socorrido.

Doce gallinas degolladas. La cerca del corral estaba salpicada de sangre. El gallinero era un reducto de ladrillo adosado al adobe, tenía una endeble puertecilla.

En el corral había media docena de paisanos de Morilbo, compadeciéndose de la mala suerte del dueño pero, a la vez, echando el rato y pasándose la petaca, entretenidos en la observación y el comentario de aquel desaguisado. En enero hay poco que hacer.

—Ustedes lo ven, tal como se descubrió esta mañana —nos dijo el dueño, después de pedir a sus amigos que se apartaran—. Cuenta al cuartel voy a dar, aunque de sobra se sabe que los guardias de bichos no quieren saber nada. Voy a poner la denuncia por si acaso hubiera ocasión de pedir daños y perjuicios. El estropicio es de categoría, como bien puede apreciarse.

Doce gallinas degolladas. Puestas en fila, una detrás de otra, desde el interior del propio gallinero, donde la primera pendía boca abajo en uno de los ponederos. La fila venía por el corral hasta la cerca.

—Di orden a mis hijas de que no las tocan... —informó el dueño, que parecía casi más nervioso que apesadumbrado—. Quería que, sobre todo, lo viese usted, don Bastián, aunque también será bueno que don Ismael opine, me fío mucho más de un informe forense que de lo que tenga que decir un guardia.

Había dejado a Mensa en la barda y Lancedo asomó un momento y volvió a desaparecer. La mula recelaba y aceptaba el juego del perro con menos paciencia. La sangre brillaba oscura y las gallinas exhalaban un vapor sucio, como si la temperatura de los cuerpos todavía fluyera entre las plumas como un humo congelado.

Bastián había aceptado la petaca, liaba un cigarro, lo encendía. Habíamos entrado al gallinero, donde la suciedad y la sangre concentraban un olor agrio y espeso. Había en el suelo algunos huevos rotos y uno milagrosamente indemne en cuya cáscara brillaban las gotas rojas. Una a una fue examinando Bastián las gallinas, mientras el dueño y los otros paisanos miraban atentos y silenciosos.

—Raposos, ya se sabe, y garduñas rateras... —dije yo, como un comentario banal, mientras el más cercano me daba fuego.

—Un destrozo así, no parece propio de ellos... —aventuró alguien.

—Todos sabemos de lo que es capaz un zorro en un gallinero.

—Siempre con más codicia que exterminio. Aquí el que mató lo hizo por maldad.

Los cuellos de las gallinas estaban destrozados, ninguno suelto, todos rotos con la dentellada. Bastián me mostró el de la que estaba al lado de la cerca.

—Demasiada boca para un raposo... —aseguró—. ¿Están todas...? —quiso saber.

—Todas... —aseguró el dueño—. La docena que había.

—¿Y el gallo...?

Hubo un instante de silencio y consternación.

—Huido... —dijo el dueño—. O le dio tiempo a escapar o el asesino lo llevó.

—Habría que buscarlo por los alrededores... —propuso Bastián—. Lo que está claro es que esto ya no tiene remedio y, por lo que me han dicho, es un caso parecido al de Hontasul. Lo que propongo es una batida. Las gallinas se pueden aprovechar...

—¿Usted cree...? —inquirió el dueño, muy interesado.

—Yo no veo especial problema... —opiné.

Los paisanos torcieron el gesto, todos de igual manera.

—Un bicho muerto de este modo, ni hablar... —dijo uno—. Jamás los comimos por miedo a lo que todos sabemos. Ni cuando más hambre había. Hay que enterrarlas, y lo más lejos posible.

Mensa rebullía, inquieta tras la barda. Lancedo corría de un lado a otro, ladrando excitado.

—Algo vio... —dijo Bastián.

—Es el perro más listo de toda Celama... —aseguró admirado uno de los paisanos.

No muy lejos, sobre una mancha de nieve, estaba el gallo. La sangre había formado una pasta sucia entre el hielo, las vísceras y las plumas. Lancedo iba y venía sin atreverse a acercarse, cada vez más excitado, hasta que Bastián logró calmarlo.

—El perro más listo y el más guapo... —reconocía yo, cuando volvíamos de Morilbo.

La estampa de Lancedo era una estampa vibrátil y elegante y, a su lado, Mensa tenía ese pesar de los animales híbridos que es propio de su condición: una especie de conciencia irracional de su precariedad, como si del acto forzoso que procrea su raza derivara una adicción que determinase su naturaleza.

Las hijas del dueño del gallinero exterminado accedieron a preparar una de las gallinas en pepitoria, con lo que Bastián y yo intentamos dejar constancia de que el accidente mortal, o el asesinato si se quiere, no debía ofrecer otras consideraciones que las provocadas por la sangrienta rapacidad, pero ningún paisano se sumó. Tampoco se sumaron ellas, y el dueño apenas hizo otra cosa que marear la pechuga en el plato. No fue una pepitoria especialmente buena, porque las propias cocineras debían tener más escrúpulos de los debidos, pero Bastián y yo comimos lo que buenamente pudimos y Lancedo dio buena cuenta de los huesos.

—Es algo que nunca entendí... —le comentaba a Bastián, cuando volvíamos hacia la Linde de Aurora, donde nuestros caminos se bifurcaban—. Una cosa es un bicho enfermo, que muere de la enfermedad, y otra bien distinta un animal que se desgració en accidente, o que mataron de la manera que hoy comprobamos. La pobreza de Celama está llena de melindres.

—Hay un miedo ancestral a la muerte impropia, y lo has visto de mil formas, no te llates a engaño. Las culturas campesinas tienen sus convicciones para tratar a los animales domésticos y a los animales del trabajo. Son convicciones que vienen de la costumbre, reglas y valores. Estas muertes no están reglamentadas. La violencia recarga el misterio de las mismas. No se entiende que fuera un zorro, el eterno enemigo de las gallinas. Los paisanos saben que la cosa es más grave.

—Y tú ¿qué piensas...?

Bastián había aceptado una tagarnina. Mensa venía detrás de nosotros y Lancedo corría delante.

—Luego me acercaré a Hontasul para que me cuenten con detalle lo que allí sucedió. Mañana, de madrugada, daremos una batida, eso siempre calma a los paisanos y, si hay suerte, igual cobramos alguna pieza sospechosa. No fue un zorro, esa especie no tiene tanta boca.

—Lo que más me impresionó... —confesé— fue ver las doce gallinas en fila india.

—No hay que exagerar... —reconoció Bastián—. Formaban un rastro. El mismo ataque, la misma persecución.

—Pensé que estaban colocadas, quiero decir que el asesino acabó con ellas y luego las fue poniendo a su gusto.

—No me llama tanto la atención, aunque en Hontasul aparecieran de igual manera. Supongo que las mató la misma alimaña y el resultado es la misma manía o igual instinto. A veces pensamos que los animales no tienen criterio, que no orientan lo que hacen del mismo modo, con igual costumbre. Nosotros podemos hacerlo por razón, ellos por instinto pero, al fin, repetimos actos. ¿Qué hace Mensa cuando la sueltas cerca de casa...?

—Va al corral, nunca pasa de largo. Allí queda quieta hasta que Nubia le abre la cuadra.

—Lancedo llega más lejos. Puede entrar, salir, subir, bajar, avisarme de que todo está en orden, ladrar hasta que lo llevo a la cocina porque debajo del fregadero hay un hueso con el que se sosiega.

No me convenció lo que dijo Bastián, supongo que tampoco él lo decía muy convencido. Las gallinas degolladas formaban un aviso sangriento. El gallo devorado era la señal de una mortandad que iniciaba su extraviado rumbo. Generalmente las alimañas llevan la presa, después de cometer la tropelía, donde puedan saciarse con calma y, a veces, hasta guardan los restos para seguirlos comiendo.

—Estamos en invierno... —dijo Bastián, llamando a Lancedo—. El hambriento no controla la desesperación, el hambre alienta el deseo más desordenado.

Los sucesos de Hontasul eran parecidos.

Seis gallinas en vez de doce, el gallo degollado en el mismo corral, un rastro irregular de cadáveres, algunos huevos rotos y ensangrentados, probablemente fruto de la refriega.

Los paisanos de una y otra aldea se sumaron a la batida. Mataron tres liebres y decidieron merendarlas en Pasido.

Esa misma tarde, cuando acababan de merendarlas, según me contaba Bastián, llegó a Pasido un pastor que buscaba una oveja que se le había escapado del corral,

más al Noroeste de Hontasul y Pasido, por los pagos de Onda.

—Vengo más preocupado que el mismo Dios el día que le crucificaron al Hijo... —dijo, cuando se sentó con ellos y aceptó un vaso de vino y el último hueso de la última liebre—. Hace menos de una semana, en una alquería de Onda, hubo tres muertes. Dos ovejas y el perro que las guardaba. La que se me escapó la doy por sentenciada, pero no me resigno, no es mía, si lo fuera no se me hubiese ocurrido salir, está la tarde como para hacer cumplidos.

En Dorema, en casa de Bastián, tomábamos una copa, como tantas noches. Seguía sosteniéndose la nieve pero se afilaba la helada, hasta el punto de que la noche iba petrificándose y alguna de las estrellas que colgaban del firmamento se desprendían como sílices peligrosos, sin rastro de fugacidad.

—Dos ovejas y el perro... —repitió Bastián—. Las dentelladas al cuello, como es propio. Habrá que olvidar al zorro y a la garduña ratera.

—Es un caso distinto... —convine—. No vamos a achacar todo lo que ahora suceda al mismo culpable. Nada tiene que ver matar gallinas y matar ovejas.

—Dos y el perro que las guardaba. En la alquería, esa noche no había nadie más, el dueño estaba en Pasido en casa de una hermana.

—¿Las vio muertas el pastor...?

—No las vio pero le contaron cómo estaban... —dijo Bastián, que sostenía la copa de aguardiente sin decidirse a beberla—. ¿Te lo imaginas...? Además del degüello, un cierto orden de los cadáveres, uno detrás de otro.

Hacía frío en la sala. Los troncos de la chimenea estaban húmedos y el tiro era escaso. Me puse de pie, comencé a moverme.

—¿Quién es el pastor...? —quise saber por curiosidad.

—Se llama Dobrino.

—Lo conozco, por esos pagos todo el mundo lo conoce. Si te dio su opinión, no te fíes demasiado, no tiene la cabeza muy asentada.

—Claro que me la dio, nos la dio a todos, aunque costó trabajo. Lobos en Onda, dijo, hace mucho que no se vieron. Otra alimaña habrá y, a lo mejor, ni de esta tierra ni, si se me apura, de este mundo.

—No te digo. La oveja que buscaba Dobrino probablemente la tiene en casa, a buen recaudo: despellejada y dispuesta para asar. La coartada perfecta. La cabeza le vuela, pero aprovechado no lo hay más...

Solía moverme por la sala de la casa de Dorema siguiendo el hilo de los retratos de Día.

Esa noche me detuve una vez más en el que estaba en el centro del aparador. En la penumbra era más indeciso aquel rostro cuyos ojos parecían dos heridas que sostenían, abiertas, las huellas del dolor y la belleza.

Era una mirada inmóvil que, en otros retratos parecía más viva, pero que en éste

alcanzaba un misterioso grado de quietud y muerte. La mirada que tantas noches me había perseguido, en el sueño que, en ocasiones, la hacía derramar una lágrima, sin despejar la duda de que esa lágrima proviniera de la alegría de abrazarme o de la desesperación de no poder hacerlo, porque, en el sueño, DÍA estaba conmigo sin que jamás, como en la realidad, pudiera pertenecerme. La única diferencia es que en el sueño todavía seguía viva.

El estoico me sorprendió una vez con el retrato en la mano.

—No la puedo imaginar... —dije—. ¿Cómo se puede ser tan hermosa y tan irreal...?

—Siendo desgraciada... —musitó Bastián, cogiendo el retrato de mis manos, observándolo un instante y devolviéndolo a su sitio.

Fue la primera revelación en las escuetas confidencias que, a salto de mata, irían surgiendo, sobre todo, como ya dije, cuando el estoico entraba en fase de depresión y melancolía.

Era muy escasa la información que yo había recabado sobre aquella familia, siempre con especial discreción, porque en Celama cuando quieres enterarte de algo lo mejor es comenzar preguntando lo contrario. Escasa porque su aureola y lejanía sustentaban la mejor defensa, al menos hasta que doña Cima quedó sola y comenzó con el disparate de los pleitos.

Don Gerardo, el padre de Bastián, estaba enterrado en Ordial. Se había separado de doña Cima cuando los hijos eran adolescentes, un suceso bastante comentado en el Territorio por lo inhabitual. Nunca se le volvió a ver en Dorema. La separación culminó, al parecer, con la anulación canónica del matrimonio y, desde luego, el patrimonio quedó íntegro en manos de Doña Cima, y los hijos con ella.

De DÍA todo se redujo a la manifestación de aquel asombro que provocaba su belleza. Probablemente nadie había hablado con ella una sola palabra. La adolescente intensificaba la fascinación de la niña. Su belleza era de otro mundo y, en tal sentido, un modelo que acumulaba todas las referencias, sin que se suscitara comparación posible.

La juventud que se le conoció en Celama causó algo más que trastornos, y eso que fue una juventud apresurada porque en seguida marchó y, como a su padre, jamás se la volvió a ver.

De Bastián quedaba el recuerdo del niño enfermizo, del adolescente empecinado con sus lecturas, del estudiante que también se fue, más tiempo del razonable. El falso albéitar que luego conocieron no tenía mucho que ver con aquel chico ajeno, nada saludador, que siempre llevaba un libro en la mano y salía muy poco de la casa de Dorema.

—¿Tan desgraciada fue...? —pregunté, mientras Bastián alcanzaba la botella de aguardiente para llenar nuestros vasos.

De aquélla ya sabía, porque yo no lo disimulaba, que mi admiración por su hermana casi tenía un punto de extravagancia. A ese grado de admiraciones debía

estar acostumbrado. Hasta una noche, con algunas copas de más, le había contado uno de aquellos sueños en que Día ilustraba la dulzura de un grabado romántico y volábamos juntos y abrazados como dos héroes de novela.

La irrealidad de aquellos ojos, de aquel rostro, irradiaba ese suave deleite, violentamente contrastado con lo que en otros momentos sugería la mirada, aunque fuese la misma, porque los retratos no varían tanto. Era algo más parecido al desamparo, a la conciencia de un oscuro sentimiento inundado de sufrimiento y pena.

—Llegó a sentirse culpable de su belleza... —dijo Bastián— porque es verdad que su belleza no tenía réplica. Fui su hermano y ni siquiera pude sustraerme a ella, aunque como hermano la quise, no pienses otra cosa. Pero la belleza es, a veces, el aviso de la desgracia, no sé si en alguna proporción a como lo hermoso resulta el preludio de lo terrible...

Las gallinas asesinadas de Morilbo y Hontasul vieron continuado su sangriento rastro hacia el Suroeste, en tres gallineros de Golma, San Milano y Barafarnes.

En el Sur estricto hubo un grave destrozo en una cuadra de Alabarán, donde una vaca quedó gravemente herida, atada al pesebre, y cuatro ovejas degolladas.

Todos estos sucesos coincidieron, en el tiempo, en lo que iba de enero a marzo, con un ataque parecido en los pagos de Almudia, al Este, donde en un redil se desperdigaron las ovejas una madrugada, y aparecieron tres muertas.

—Tampoco hay que darle más vueltas de las debidas... —comentaba Bastián en el Casino de Santa Ula, cuando el asunto ya había desbordado la preocupación del Territorio y era la comidilla de todas las tertulias—. La autoridad competente se ha hecho cargo, esperemos resultados. Yo reincido en lo mismo: la alimaña o, mejor, las alimañas, no son las habituales. Bajaron los lobos o quedó sin controlar alguna manada de perros asilvestrados.

—Te equivocas... —opinaba Miedo, que era un buen cazador—. Son muchas las batidas, demasiadas. El Territorio no da tanto de sí. Aquí hay algún misterio.

Yo notaba que no había cosa que irritase más al albéitar que aquellas opiniones que orientaban los hechos a la irracionalidad de algún arcano, porque en seguida comenzaríamos a oír hablar de alguna maldición comparable a la que motivó el envenenamiento de las mieses, el año en que Celama murió de hambre, siglo y medio atrás. No me irritaba, pero compartía la opinión de Bastián, aunque era verdad que no podían darse más batidas con menos resultados.

—Mañana volvemos a salir... —proponía Bastián— y volvemos a hacerlo coordinados del Confín al Cindio, los guardias que vayan a lo suyo. En algún lugar hay una guarida.

—Nada sucede más allá de nuestros límites, ¿estamos de acuerdo...? —decía Ovidio Orela, que no cazaba pero conocía las Hectáreas como nadie—. Ni en las riberas del Urgo ni en las del Sola se oyó comentar nada. ¿Es que las alimañas

recraron aquí, se aclimataron a lo nuestro, les gusta Celama por encima de todo...?

—¿A qué te refieres...?

—A que si el lobo baja, da la impresión de que baja para vengarse. Sin bajar tanto, si de la Montaña viene, tiene donde cazar, gallineros de sobra, cuadras y rediles, mucho antes de echársenos encima a nosotros.

—Habría que comprender a los bichos como a las personas. Los caprichos que puedan tener, las intenciones que los gobiernen. Cada día que pasa, me apetece menos opinar del asunto.

—No es éste el peor año de nieve de los últimos... —recordó Mieldo—. Del último lobo que hay noticia, ya va para seis. Aquél sí que nevó. El hambre, la desesperación, lo habría extraviado. Yo mismo lo maté en el Oasis de Broza, si recordáis.

Era verdad. Un lobo no tiene en el Territorio las mismas posibilidades que en la Montaña. Los cazadores expertos, Mieldo, el mismo Zagro cuando vivía, rastrean con pocas posibilidades de equivocarse.

Bastián me acompañaba a hacer algunas compras. La tarde de marzo tenía el viento revuelto. Lancedo iba delante de nosotros, olisqueando las esquinas.

—Un lobo o los que sean... —dijo el estoico, enfadado—. El tamaño de las dentelladas es claro, tanto a la hora de cortar el cuello a las gallinas como a la de degollar las ovejas o herir al ganado. Eso no tiene alternativa. Los bichos asilvestrados no matan con tanta precisión y osadía. Los problemas empiezan a partir de ahí, pero si lo que quieren es hacerse figuraciones y misterios, allá ellos.

—¿Cuáles son los problemas...?

—Los sabes también como yo...

Entré en Ultramarinos Acedo, el propio Franco, el dueño, me atendió mirando de soslayo a Bastián, que no quiso seguirme, y comentando mientras medía el aceite que me había encargado Nubia, que nadie dudaba de lo que el albéitar sabía de los animales domésticos, pero que de los salvajes ya era otra cosa, y menos todavía de los que no tenían nombre porque tampoco tenían enclave en ninguna especie.

Lancedo aguardaba jugueteando entre las piernas del dueño.

—Mira... —me indicó Bastián abriéndole la boca, sin que la lengua del perro dejara de lamerle—. Medí el tamaño, la situación de los colmillos. Un pastor alemán puede ser lo más parecido. Del lobo no cabe la menor duda.

—¿Y los problemas...?

—Si la alimaña está sola, me extraña menos que no demos con ella, por mucho que Mieldo sea Mieldo. Si son varias, es más raro. Lo que me trae de cabeza es lo que no se comenta, lo que vimos el primer día en Morilbo y hemos seguido viendo.

—Lo tienen en cuenta, no creas que no, nadie está ciego. No les gusta comentarlo pero lo saben. ¿De dónde crees que viene esa idea tan acérrima que está causando

más miedo que otra cosa...? Ahora mismo mentaba Franco los bichos que no tienen enclave en ninguna especie.

—Es que no puede ser la mera casualidad del rastro en la huida... —afirmó Bastián, mirando a Lancedo correr tras un grupo de niños que lo reclamaban alborozados—. En algún caso, era posible, en todos no. Esa fila de bichos muertos, que parecen colocados con alguna intención...

Volví a soñar con Día.

Las fotos se superponían en el sueño y, al fin, aquella imagen irreal dejaba de existir por completo.

En la sala de la casa de Dorema, mientras Bastián salía a cualquier cosa y quedaba solo, de nuevo recorría el hilo de los retratos, pero no reencontraba la misma imagen que me acompañó en el sueño.

Entonces me percaté de que Día era un recurso en aquella especie de extravagante obsesión, de la que el propio hermano me compadecía con cierta sorna. Un recurso derivado precisamente de esa obsesión y que coadyuvaba a alimentarla, pero que en seguida perdía su entidad. El rostro, los ojos, la mirada de Día dejaban de existir, y el sueño depositaba mis labios en el centro de algún cuerpo más verdadero, lo que acababa siendo más rentable.

La obsesión comenzó a ceder, dejé de mirar los retratos. La verdad es que lo único que había en todos ellos era su rostro, nada de su figura, sin más aureola que la de mi imaginación.

—No, no era sólo esa belleza, la de unas facciones así de sugestivas... —dijo Bastián—. Tenía un cuerpo perfecto, aunque no sé si la perfección es lo que mejor lo define, nunca acabé de comprender esa identificación de la perfección y la belleza. A veces mi hermana se arrastraba a propio intento como una tullida, algo que ponía enferma a mi madre. También recuerdo los problemas que tuvo en la adolescencia, la niña que se negaba a aceptar aquel cuerpo que florecía sin remedio.

—No acabo de entender lo que dices de ella... —le confesé una de aquellas noches, cuando la obsesión había cedido, y la imagen de Día se compaginaba con tantas otras de la realidad y la imaginación, reducidas al capricho de un pensamiento, como si ya formara parte de ese friso en el que se iban estableciendo las preferencias y los deseos, con un secreto criterio bastante arbitrario.

No volvimos a hablar de ello. Lo que de Día quedaba en la memoria de Bastián era lo suficientemente sinuoso para no mencionarlo y, a pesar de sus justificaciones, tampoco pagaba el tiro reincidir demasiado, porque yo no tenía ningún interés en incrementar su tribulación.

—La desgracia... —dijo Bastián, y aquella noche estaba más cargado de alcohol que ninguna otra— consiste, a veces, en comprobar que lo que eres es la causa de que alguien se muera, de que alguien se mate. Algunos se mataron en Celama, otros en

Ordial. No fueron muertes públicas sino secretas. Ella acabó sintiéndose culpable de todas porque, eso sí, nadie murió sin decirlo. Es tan fácil escribir una carta de confesión y despecho en el último momento...

En el camino de Los Oscos la luna de marzo goteaba el marfil de su envejecimiento. Era una luna antigua y yo hacía todo lo posible por no mirarla, intentando que Mensa equilibrara el paso para no caerme.

Habíamos bebido más de la cuenta y, en esas ocasiones, mi regreso resultaba a veces bastante problemático.

La luna era un faro que se movía inquieto, una señal que succionaba mis ojos como la culebra que hipnotiza a los pájaros, con el agravante de que su vejez me hacía pensar en una ilógica caducidad que me incitaba a despreocuparla.

La luna de marzo se vengaba de mí, me dejaba indefenso, y Mensa cabeceaba más de lo debido, alertada por mi indefensión, dispuesta a espabilarme, que era la mejor manera de acabar tirándome al suelo.

Percibí la sombra de aquel bicho como una esquirla que burla los ojos. Mensa receló y se detuvo.

El bicho había cruzado el camino o venía en mi dirección o acababa de desplomarse. En cualquier caso, una sombra pesada que la luz de la luna detalló un instante.

La mula no obedeció la orden de las espuelas.

Descabalgué con muchas dificultades. Tenía la certeza de que aquel bicho reposaba herido en medio del camino, porque en seguida escuché la dificultosa respiración y un quejido de resignado dolor, que presagiaba el agotamiento o la agonía.

—Lancedo... —musité asombrado, cuando lo reconocí.

El perro agradecía la caricia. Una baba sangrienta manaba de su boca, y su lengua buscaba mi mano para lamerla, como si eso pudiera aliviarle.

No era fácil comprobar las heridas pero de lo que en seguida me percaté era de que marcaban su cuello y, lo peor, su vientre, donde al palparlo se sentía el calor pegajoso de las vísceras sueltas, una fuente rota de espesas palpitaciones.

Llamé a Mensa y tardó unos segundos en obedecerme, los suficientes para entender que el perro juguetero desfallecía sin remedio.

Me costó mucho trabajo montar, después de depositarlo en la grupa. Lancedo aullaba entre el dolor, respiraba con muchas dificultades. Hice lo que pude para remeter sus tripas. Sólo dudé un instante si regresar a Dorema o seguir a Los Oscos, supongo que la casi inconsciente decisión de seguir hacia mi casa, que Mensa tomó antes que yo, fue la que salvó a Lancedo. Para la urgente cura que necesitaba, el albéitar no tendría a punto el instrumental preciso.

Las heridas del perro eran mortales, fruto de un despiadado ataque, de una

defensa heroica.

Nubia me ayudó y mi madre tuvo el tino suficiente para enhebrar, una tras otra, las agujas necesarias que recosieron los abruptos costurones de aquel vientre lacerado.

Velé al perro como lo hubiera hecho con cualquier paciente. Nubia avisó en el pueblo para que llamaran a Bastián. No tardó en llegar.

El cuerpo del pastor alemán descansaba inquieto. En ningún momento había cerrado los ojos. La extremada respiración se había ido sosegando, pero todo el cuerpo palpitaba. La lengua buscaba mi mano para lamerla, según le acariciaba la cabeza.

Ciertamente era un bicho hermoso.

La inminente muerte había perfilado la elasticidad de su belleza, como si el cuerpo recuperara la vida y, en ese camino de regreso, afianzara la vida su hermosura, de modo que la belleza ya nada terrible pudiera presagiar.

¿Qué puede haber más terrible que la muerte para un ser que mantiene el esplendor de su existencia...?

Trasladamos a Lancedo a la casa de Dorema.

Bastián había incrementado su condición taciturna, lo que quería decir que el estoico entraba una vez más en fase de depresión y melancolía, pero en este caso mostrándose menos propicio que nunca a las confidencias.

Aquellos días no hubo noticias de ataques. En realidad, la vida reclusa de Bastián y las contadas salidas que yo hice no daban para mucha información.

Llegaban los primeros temporales de primavera, los caminos estaban embarrados, una luz turbia encendía Celama como a través de un cristal ahumado.

Llovía la tarde que Bastián vino a verme. Le vi entrar al corral, antes de que Nubia me avisara. Traía el capote sobre los hombros, las botas altas y la escopeta.

—No era capaz de aguantar más... —dijo, apenas se hubo sentado y le ofrecí la copa de aguardiente—. La verdad es que llevo mucho tiempo dándole vueltas en la cabeza.

—¿De qué se trata...? —quise saber.

Buscó en el bolsillo de la camisa, debajo del jersey, un papel doblado, lo extendió sobre la mesa.

—Están indicados... —dijo, mostrándolo— todos los lugares de los ataques que personalmente comprobamos, y algunos de los que pude recabar la información que quería.

Así era. Los distintos puntos formaban, con las correspondientes distancias, una irregular circunferencia, cuya curva prácticamente se completaba sobre los cuatro puntos cardinales.

—¿Estás de acuerdo...?

Asentí.

—Lo importante es la orientación de estos teóricos radios, estas señales que indico como huellas...

No le comprendía. El dibujo era bastante esquemático pero suficientemente expresivo.

—Son los bichos muertos. El absurdo orden en que estaban en cada lugar, colocados. La indicación no es exhaustiva porque, por ejemplo, en Calmares y El Rito nadie se fijó.

—El rastro de la huida... —musité—. La extraña fila podía ser ese rastro: un orden sangriento de la alimaña que escapa.

—O un orden premeditado, por instinto o por lo que quieras.

—¿Para qué...?

—Para hacernos ver dónde se encuentra la guarida de la alimaña, porque la alimaña quiere delatarse. El rastro no indica la huida sino el regreso...

Bastián remató los puntos que simulaban el orden de los bichos con una flecha hacia el interior, como si ese orden no fuese de salida sino de vuelta, de regreso.

—Podía ser mi casa... —dije sin pensar.

—O Dorema.

—Cualquier sitio, más o menos determinado hacia el centro de la circunferencia.

—Exacto.

Guardamos silencio. Me aceptó una tagarnina, las encendimos. Volví a llenar las copas.

—La alimaña quiere delatarse... —repetí—. Por instinto o por lo que sea, vaya ocurrencia.

—Mieldo y los otros tenían razón: había algún misterio, aunque no de la entidad del que ellos pensaban. No eran posibles tantas batidas infructuosas, sin la más leve huella. El enemigo estaba en casa. Ahora tienes que acompañarme... —decidió, guardando el papel y vaciando la copa de un trago—. Coge la escopeta, nos hará falta.

Salimos al camino. Llovía.

Mi madre y Nubia se asustaron al vernos armados, pero Bastián las tranquilizó diciéndoles que algún raposo podía rondar algún gallinero.

El oscurecer se precipitaba. El humo del cristal estaba completamente sucio.

Caminamos bajo la lluvia. Bastián había venido andando y así había decidido que volviéramos.

—Es el mejor modo de no levantar sospechas.

—Quieres aclarármelo de una vez... —dije, evitando el barro con dificultad.

—Prefiero hacerlo luego. Lo más importante ya lo sospechas. ¿Sabes dónde hirieron a Lancedo...?

—No.

—En Zomiar.

—¿Cómo te enteraste...?

—Ovidio Orelida me dijo el otro día que los mastines de una alquería de Zomiar habían escarmentado al asesino. Tres perros grandes, que el dueño de la alquería trajo de la Montaña.

—No lo entiendo, Bastián... —afirmé, sin poder hacerme a la idea—. Como hay Dios que no lo entiendo.

—Tampoco quería entenderlo, pero así es.

No hablamos en el resto del camino. La lluvia cedió, luego volvió a caer más menuda. Llegamos a la casa de Dorema.

—Espera aquí... —me indicó Bastián.

—¿Qué vamos a hacer...?

—¿Qué te parece...?

Entró por la puerta de la casa, salió al cabo de un rato por la del corral.

—No está... —dijo, nervioso—. Se ha ido. Tenemos que encontrarlo.

—¿Piensas que va a cometer otra fechoría...? Con las heridas todavía tiernas...

—Sabe que yo lo sé... —reconoció—. Lo que pretendía decirme, ya lo logró.

—Es una idea absurda, Bastián. ¿Qué le impulsaba a delatarse, cómo puñetas un perro puede tener esa intención?

—El instinto da para algo más que para sobrevivir, alimentarse y reproducirse. Un bicho inteligente llega a saber lo que le pasa, a aborrecer lo que hace cuando no logra contenerse, sobre todo cuando padece una naturaleza contrariada. Vamos... —me urgió— ya habrá tiempo de hablar de ello, ahora hay que cogerlo.

No había que ir muy lejos.

Lancedo nos esperaba en el camino, recostado en el barro. El viento llevaba las nubes, la lluvia asperjaba las sombras y, por momentos, la luna volvía a gotear su marfil envejecido.

Se incorporó con mucho esfuerzo, la respiración agitada. Bastián amartilló la escopeta, yo no tuve fuerzas para imitarle. El perro caminaba con mucha dificultad, seguro que dolorido por las heridas del vientre, los costurones que tardarían en afianzar las cicatrices.

Fuimos tras él durante un rato, luego volvió a recostarse, se incorporó, salió del camino todavía con mayores dificultades, había una zanja, se detuvo a su vera.

—Aquí quiere que lo entierremos —dijo Bastián.

Nos acercamos a él. Estaba quieto, tembloroso.

Su hermosura de animal herido, cuya piel hacía brillar la luna con un raro esplendor, tenía algo de salvaje, como si la propia intención de la muerte perteneciera a ese destino que guía el instinto como única norma, y la falta de alternativa fuese la

expresión del impulso más irracional, de lo que el instinto tiene precisamente de inteligencia degradada.

—No es lo que parece... —dijo Bastián—. A veces hemos hablado de la belleza y la desgracia, de ese aviso de lo terrible. Lleva dentro la culpa de matar, no es un lobo pero algo le queda. La naturaleza contrariada, que te dije.

—El bicho más hermoso que jamás vi en mi vida... —musité, recordando la altiva estampa de Lancedo, la alegría de sus carantoñas alrededor de Mensa, aquella probada lealtad del animal más noble.

Bastián había llegado a su lado, acercaba la mano izquierda a su cabeza. Lancedo agradeció la caricia, lamió codicioso con la lengua los dedos de la mano del amo. Después saltó a la zanja.

Los dos tiros de la escopeta de Bastián tronaron en la Llanura.

—Luego traigo una pala y lo entierro... —musitó desolado.

Volvió a llover y todavía la luna derretía el marfil de su envejecimiento.

R emielgo, doce treinta y cinco. La sexta copa de Fulvio Llama.

—La botella quieta, Tamarilo. Con el quita y pon me mareas.

—Instrucciones de cómo servir, no admito. La botella va al anaquel y vuelve cuantas veces sea preciso.

—Nunca me gustó meterme en la profesión de los otros. A fin de cuentas, en tu casa estás, y cada uno es muy dueño de la suya.

—La copa la pides. En la botella yo mando.

R emielgo, doce cincuenta y cinco. La séptima copa de Fulvio Llama.

—No sé si te das cuenta de las que llevas.

—Controladas, trago arriba trago abajo.

—¿Celebramos algo...?

—Que hay salud.

—A la una cierro, estás advertido, te quedan cinco minutos. Ya ves que la única parroquia que queda eres tú y ese perro de lanas que da miedo mirarlo, por lo sucio que lo traes.

—Nunca tuviste que echame, siempre me fui antes.

R emielgo, una y diez. La octava copa de Fulvio Llama.

—La espuela, como quedó convenido.

—Vete fregando esos vasos, Tamarilo, que de este modo te hago compañía. ¿No me digas que estás más a gusto solo que mal acompañado...?

—No digo nada. La botella fue al anaquel, la noche se acabó. Era la espuela, lo juraste.

—Con la novena, el finiquito.

—¿Qué me dijiste que celebrabas...?

—Que hay salud.

—Mañana, con la resaca, me lo confirmas.

—Salud, Tamarilo, hostia.

R emielgo, una treinta y cinco de la mañana.

—¿Te acuerdas de Moralilo? Ese hombre era un titán. Moralilo, el de Andanubio. Verlo quieto en la Hectárea, de pie, dos metros y medio. El poste de la luz.

—Ni me acuerdo, ni me interesa. Al perro como no deje en paz ese saco lo echo a patadas, como a ti.

—No hay nueve sin diez, jamás las hubo.

—No llegas a casa, Fulvio. Con las que llevas, no llegas. Son casi seis kilómetros.

—Un gigante. Dije un titán pero era un gigante. La Hectárea misma lo sujetaba con dificultad, maldito pericón. Ese hombre era el dios de Celama.

—La Taberna cerró hace media hora.

—Los clientes no somos todos los mismos...

Remielgo, una cincuenta y cinco de la mañana.

—Quieta la botella, Tamarilo, que ya conseguiste marearme.

—Se acabó lo que se daba, Fulvio. A la última estás invitado.

—No es la última, es la postrera.

Vente, Candín, no te me despistes. Aquí a la bota, perdiguero, que te vea bien. Ahora de lo que se trata, tal como estamos y la tenemos, es que vayamos por la vía recta. Prioritario, comprobado que en la Taberna de Remielgo se acabaron las amistades, toca recogerse, y no conviene tomar el camino errado. En ti confío, Candín, mira cual es la dirección buena. De lo que decidas serás responsable, un amo en manos de su can, Dios entregado al Hijo que le crucificaron, la buena senda, el único camino para llegar al cielo. Luego se verá si la casa es la casa, si El Bardán está donde debe o lo movieron, si quedó abierta la puerta del corral o quepo por la ventana delantera. Tú no te hagas el listo, ven más despacio, medio metro de la bota como mucho y, a ser posible, por el centro del camino. Lo recto en la vida, Candín, es el medio, la mitad, el punto de mira que enfoca la distancia. Por el medio, te digo. Esto permite dos cosas, que se sepan: llegar antes y no perderse. También, tal como estamos y lo vamos viendo, cierta holgura, entendámonos: cierta posibilidad de virar, ahora a la derecha, ahora a la izquierda, pero tú mantente firme, jodido perro, si vienes y vas a uno y otro lado me sacas de quicio. Si ese ojo vivo, esa peonza que riela, no fuese la luna y estuviese quieta, no te iba a necesitar. Tampoco creas, perdiguero, que llevo encima la de Dios es Cristo, al Hijo lo crucificaron en Sabrales, para que te enteres, una Semana Santa en que el cura no quiso sacar las imágenes y el pueblo decidió clavar los clavos por cuenta propia. Ven, Candín, no me dejes, no te alejes. Éste es un hombre propiamente echado a perder, la maldición de su familia, de ahí que me salten las lágrimas cuando me descompongo. Así lo grito para que Celama sepa mi culpa y no me perdone: Fulvio Llama, el hijo de Sesmo y Doradía, casado con Veleta, padre de Malvín, de Ozora, de Calvado, de Minico, padre y muy señor mío, hijo de Dios y de la Santa Madre Iglesia, si es que Dios no lo hubiera aborrecido y la Santa Madre Iglesia negado la entrada al templo, por mucho bautizo, mucha confirmación, mucha Pascua y muchas bendiciones...

—Calla, calla, miserable. No chilles. Celama está dormida.

—¿Qué dices, Candín...? ¿Ahora vas a hacerme creer que habla un perdiguero...?

—Habla quien habla.

—¿La voz de mi conciencia...?

—¿Qué conciencia, desgraciado, qué conciencia? Ni la tienes ni oíste mentarla en tu vida.

—No me engañes, perro de mierda. El único bicho que habló en Celama fue el Mulo Rodiar. Lo venció la Noria, los millones de vueltas que dio, y dijo antes de morir: estoy cansado pero no reniego, muero con la conciencia del deber cumplido.

—De otra manera morirás tú. Aquí en el camino, sin conciencia ni misericordia, como un renegado.

—De nada renegué, no me insultes. La vida que me dieron me hizo ser como soy. Lo bueno siempre me gustó más que lo malo, a nadie le amarga un dulce. Perro bilioso ¿dónde te metiste...? Habla un perdiguero, Celama está perdida. Voy a gritarlo: los perros van de palique, se acabó el orden establecido, Dios abandona la condición humana.

—Calla de una vez, no des voces. Los que están en paz, duermen a estas horas. Un respeto.

—Dime quién eres... Fulvio Llama no tiene costumbre de hablar con el primero que le sale al paso.

—Somos varios.

—Presentaros.

—No seas fatuo.

—Digo que os presentéis. La educación, lo primero, aunque luego no nos reconocamos. Y tú, Candín, calla, ya veo que ladras como el perro fiel que siempre fuiste. Dios no podía equivocarse de tal modo.

—Soy Cándamo, el espíritu de la tierra del Páramo.

—Tanto gusto.

—Soy Domu, el de las aguas que están en los Pozos.

—¿Pariente del anterior...?

—Primo hermano.

—Encantado.

—Yo soy Hogal, del fuego.

—También familia, no me diga más. Tres patas de un mismo banco, igual gusto. Ahora me presentaré yo y al gusto de ustedes platicamos, si de eso se trata.

—Te conocemos, Fulvio, no te pases de la raya. De tus culpas precisamente venimos a hablarte, a requerirte por ellas. En nombre de Celama, de la tierra, del agua y del fuego. Para llamarte al orden, para que te enmiendes.

—Mira que tienes los días contados. Mira que lo que representamos es la base de lo que al Territorio compone, y tú de ello reniegas, con el comportamiento y el orgullo que te hace prevalecerte de lo que te da la gana. Aquí sobras.

—No me toméis el número cambiado y tú, Candín, ven aquí, no te alejes. Estos espíritus no parecen de fiar.

—La tierra la desprecias, yo te lo digo que soy su espíritu. Ni conoció tu sudor, ni logró cabalmente sujetar tus pasos. Jamás la trabajaste.

—El agua no la conoces. En Remielgo, una y otra noche, de ella abjuras. Con lo importante que el agua es para el Páramo, y el esfuerzo que debe hacerse para

conseguirla.

—Menos gasto, a más tocan. Y del trabajo me llamo andana. Estoy rebajado de todo servicio, desde que serví al Rey. Pregunten si quieren a don Ismael Cuende, el médico de Los Oscos. Cirrosis o algo parecido se llama lo mío.

—Calla, balandrán. Desprecias el agua, desprecias la vida.

—Y como el agua el fuego, cuyo espíritu simboliza la energía: la transformación y la regeneración. A mí me toca llamarte al orden, porque nada cambió por causa tuya, y todo en tus intenciones degenera.

—Nada pretendí que pueda achacárseme.

—Nada haces, nada hiciste. Ninguna voluntad, ninguna idea.

—Será verdad, lo será. Podéis poner os lo pesados que os dé la gana, a lo mejor tenéis razón, yo no soy quién para contradecir a los espíritus. Me dicen lo que tengo que hacer y me dejan en paz.

—Trabaja.

—Bebe agua.

—Piensa.

—Tomo nota. Perdiguero, por lo que más quieras, tómala tú también. Mañana a la Hectárea, temprano. Lo de Remielgo se acabó. Un pensamiento tampoco puede herniar a nadie. ¿Es todo...?

—No habrá noche que no te esperemos, si incumples. La tierra, el agua y el fuego valen para la vida lo que para la muerte, cuando los espíritus se enfadan. Vete y no vuelvas.

No sé si los escuchabas o eran figuraciones, Candín. Estáte quieto un momento, no te muevas, lo que más me despista de ti es la cola, vas a conseguir marearme. Tres espíritus que parecían tres maestros de escuela, Celama prosperó mucho, antes apenas daba para las cuatro letras. Saben lo que dicen y, si te descuidas, tienen la misma voz que don Vilmo, don Abel y Orestes Sera. Estos espíritus letrados no podrían aguantar mucho tiempo en Celama, te lo digo yo, aquí no se vive de la ilustración. La mala sombra que tienen los tres juntos, ya es castigo. Ahora resulta que ni a Dios se le respeta en el Territorio. Antes venían los santos, la Virgen misma, bajaba el propio Cristo, que Celama se hubiese hecho protestante no importaba. Ahora ya viste, perdiguero, tres espíritus de esos de la antigüedad, de los que dice Seruelo que había cuando el hombre todavía no era hombre, si convenimos que Celama existe desde mucho antes de que el hombre pusiera los pies en la tierra. No me confundas, Candín, no ramonees, no te muevas tanto. ¿O vamos al Bardán o volvemos a Remielgo...? La pena de verme en tamaña circunstancia, a merced de ellos, un poco bebido. Te insultan y se quedan tan panchos. Este hombre de bien tiene demasiada paciencia. Escucha, Celama, voy a gritarlo para que te enteres: Fulvio Llama lidia los espíritus, sin que le importe vérselas con lo peor de cada casa, de modo que tú, tierra mía, de

ellos te libres. Dormid, paisanos, que Fulvio os guarda, tranquilos. De los tres, ninguno bueno. El peor, el que hablaba como don Abel, el del agua. ¿Lo oíste, Candín? La necesidad de los Pozos, el esfuerzo que hay que hacer para conseguirla, un tal Domu al que en mi puta vida oí mencionar. Ay, Dios, qué dura es la existencia, cuatro satisfacciones, las de los cuatro días de la semana que vengo a Remielgo, ninguna más. Los hijos que te miran como si no te conocieran. La mujer que te aborrece. Tú tranquila, Celama, que yo te escolto.

Remielgo, dos cuarenta de la mañana.

—Abre, Tamarilo. Abre que soy un hombre perseguido.

—Vete, Fulvio, vete por Dios, por lo que más quieras, que estoy en la cama...

—La última, Tamarilo, la postrera.

—No existo.

—Un hombre perseguido, Tamarilo, al que el mismo perro acaba de abandonar...

En lo que todos los estudiosos están de acuerdo es que la Celama clásica tiene su mejor reflejo documental, como sucede a tantas otras comarcas de la Provincia, en el Catastro del Marqués de la Ensenada. Fue, como se sabe, un documento articulado a partir de un cuestionario de cuarenta preguntas de carácter fiscal a individuos y poblaciones, propuesto por el Gobierno y conocido por el nombre de su promotor.

El daguerrotipo catastral de aquella Celama, tan deudora del pasado y ajena al futuro, corresponde a mediados del siglo XVIII, exactamente al año 1750.

Nueve siglos después del inicio de la repoblación, nada sustancial había cambiado. El tiempo en la Llanura congela la realidad, o la vida congela al tiempo, de modo que su discurrir se reafirma en la quietud que construye la inmovilidad y hace que nada se transforme. Espacios de tiempo, siglos de tierra, cantidades de sudor y esfuerzo. Hay una imagen que se repite en algunos de los cuentos del Territorio, con parecida reincidencia a como se repite, con no muchas variaciones, la de la Muerte: es la imagen de las Hectáreas dormidas. La tierra cede al sueño su destino. Las Hectáreas están dormidas, toda cosecha conlleva la tribulación de su imposibilidad, un mal sueño del que con frecuencia uno se despierta más pobre, ya que la tierra no da más de sí.

Decir que nada sustancial había cambiado, en los nueve siglos que arrastraban la vieja memoria de aquel tiempo tan antiguo de la repoblación, es confirmar que el *status* de libertad que habían gozado los primitivos pobladores del Territorio se había ido degradando, que el realengo mantenía algunas dependencias y los señoríos jurisdiccionales, civiles y eclesiásticos, apenas las habían perdido.

Tampoco la tecnología avanzaba. El arado romano era el instrumento fundamental de trabajo y sólo la sustitución de la punta endurecida al fuego por una reja, permitía profundizar algo más las labores de arada, todavía superficiales para procurar rendimientos más adecuados a los cultivos. Las mismas herramientas y utensilios ayudaban a igual labor, las antiguas, las que ahora mismo vemos: hoz, azada, guadaña, trillo de pedernal, biello, criba de piel. Los animales de trabajo, escasos: algunos bueyes, pocas vacas, los mulos que todavía llegarán más tarde, acogidos en el Sur de la Llanura, extendidos luego a toda ella, como los bichos más resignados y tristes de la Creación.

El abonado se practicaba en escasa medida. No existía un conocimiento adecuado de las características agrológicas de los suelos ni de las propiedades químicas de los

cultivos. El barbecho era y sigue siendo la fórmula practicada en todas las explotaciones para recabar la recuperación de las tierras dedicadas al cereal.

«Prados abiertos de secano, de un pelo, que producen únicamente cada segundo año por acotarse solo cuando se siembran las tierras inmediatas a ellos, que fructifican con la misma alternativa, y el demás tiempo de roza y pasto del ganado», dice la Respuesta 4 correspondiente a las Respuestas Generales del Catastro, del pueblo de Sormigo, Lib. de Segl., Leg. 4. Y en otras respuestas, correspondientes a La Laguna, El Cejo y Omares se contabilizan las «tierras de sembradura de trigo y centeno que producen un año sí y otro no», «los cuartales de tierra infructífera en tres retazos de monte matorral que únicamente sirven para pasto común» o «los prados cercados que producen anualmente la yerba segadiza del pelo y el otoño».

La precaria ganadería continuaba el mismo sistema rutinario: cabaña de animales de tiro, de carga y renta, ningún control de la fertilización de las especies, poco rendimiento por unidad, alimentación deficitaria.

Tampoco los transportes habían evolucionado. La red viaria comarcal era amplia pero de muy pobres características técnicas, derivada de la participación de la población en las roturaciones: practicable durante el tiempo seco, con graves dificultades de comunicación en invierno. El tránsito normal de carros y carretas se reducía con el mal tiempo, verificándose con serios problemas el de personas y animales o mercancías en pequeñas cantidades.

Todo este estado tecnológico y cultural, con su repercusión en el nivel de producción de la explotación agraria, la presión fiscal de todo tipo, real, jurisdiccional, eclesiástica, que el campesino debía satisfacer, y que podía suponer porcentajes abrumadores, dificultaban ya de por sí y en gran medida un tipo de economía excedentaria, máxime si tenemos en cuenta la estructura de la explotación y la extensión superficial de la misma. Esa falta de excedentes retraía el consumo a lo estrictamente básico, y el comercio se reducía a lo fundamental en condiciones normales de intercambio. La propia red viaria obstaculizaba ese desenvolvimiento comercial durante gran parte del año.

«No hay panadería ni carnicería ni otra cosa que expresa, sólo sí el abasto de vinos», «No hay tendero ni persona alguna de las industrias y negocios que expresa...», dicen las Respuestas 29 y 32 correspondientes a las Respuestas Generales, de los pueblos del Bardán y Albora.

La población seguía inmersa, tantos siglos después, en una economía cerrada, de autoabastecimiento, debiendo satisfacer sus necesidades fundamentales de alimento, vestido y vivienda, recurriendo a las actividades económicas tradicionales del Territorio: las agrícolas y ganaderas y en menor medida artesanales y de servicios.

Ésa es la Celama de Ensenada, la que todavía nos llega avalada por el tiempo que se congeló y la vida que no se mueve. Un daguerrotipo catastral que posibilita la mirada de ese pasado al que sigue perteneciendo el Territorio.

Le he dicho veinte veces que no la conozco, haga el favor. Ya es el colmo que ni siquiera en este lado pueda uno estar tranquilo.

—No es mi intención molestarle, no me tome el número cambiado. Es que tengo la sensación de conocerlo y, de aquella parte a ésta, se pierde a veces el tino y si no se insiste no se quieren reconocer las cosas. Vengo detrás de usted sin otra intención.

—No hay noche que no lo haga, por Dios se lo pido, déjeme en paz.

—No se ponga así, no creo que pague el tiro enfadarse por nada. Aquí somos poca cosa y, en ese sentido, todos iguales. Nadie conserva los anillos porque se nos cayeron cuando vinimos.

—Me gusta estar solo, no me apetece ponerme a charlar con el primero que pasa.

—Pasar pasamos pocos, no exagere. Precisamente por eso, porque cuando te descuidas estás más sola que la una, es por lo que quería echarle el alto.

—Creí que era porque pensaba que me conocía.

—Me suena su cara, la nariz respingona, la caída de ojos, esas orejas descomunales, si no le parece mal que lo diga. Lo que pasa es que de este lado, la memoria a veces te la juega, porque aquí la memoria no baja al detalle, lo contiene todo en la totalidad. Pero es difícil que se me despinte una cara como la suya, no es fácil que me equivoque.

—¿De dónde era usted...?

—De Guañar, bastante al Norte de esta tierra mendiga, pero con decirle de dónde era no le digo ni la mitad de dónde estuve, porque fui muy pispa y muy movida.

—Yo de Ogmo, más al Sur imposible y, desde luego, movimiento el menos: lo que asomas a uno u otro sitio por mera necesidad. Ya sería raro que me hubiese visto.

—Fíjese qué cosa, el primero que me encuentro de este lado, un chico muy raro que, al principio me huía como usted, me dijo una noche que Guañar no era el nombre exacto de mi pueblo, que el exacto era Guadañar. ¿No sé si vio a ese chico? Se llama Molbo pero quiere que le llamen Morto, ya que tiene la manía depresiva de esta situación, no se conforma y pretende hacerse a este nombre para intentar resignarse. Era seminarista cuando vino.

—No lo vi.

—No perdió mucho. Sabe cosas pero está más afligido que la madre que lo llorara. No merece la pena hablar con él, a no ser que le apetezca abatirse un rato.

—Nada me apetece, a no ser verme solo y que me dejen en paz.

—Lo de Guadañar debe ser fruto de la propia manía, porque mi pueblo siempre fue Guañar.

—No la entiendo.

—Dijo que en Celama la tierra de arriba era de antiguo la tierra del Guadañador, ya sabe, el que maneja lo que llamó la inexorable igualadora: la que iguala todo lo

que vive cuando llega la hora de la siega. Con el nombre que él mismo se puso, Morto, no hay otro tema de conversación. ¿Su pueblo cómo me dijo que se llamaba...?

—Ogmo, muy al Sur. Ni en él ni en los colindantes hubo jamás seminaristas. A un ministro de Dios se le veía el pelo de Pascuas a Ramos.

—Con ese nombre el chico iba a disfrutar más que con ninguno, aunque el regocijo puede que fuera la última de sus posibilidades. Tampoco hubo seminaristas en el mío pero, eso sí, Dios era Dios y nadie quedaba sin bautizar.

—¿Qué podía decir del nombre de mi pueblo...?

—Como poco que habría sido, casi cuando ni siquiera el mundo era mundo, un pueblo de danzantes, y no precisamente de los que en el Negrilar bailan el Corpus. De la danza macabra, para entendernos, del que la conduce y se lleva a quienes la bailan. Porque hay modos de venir para aquí todos cogidos de la mano y bailando. Con ese chico se aprendían más cosas de las debidas, pero nunca se pasaba un buen rato.

—Menudo disparate. Se bailaba la jota cuando más se bailaba. Del nombre de los pueblos no hay razón, sólo ocurrencias. En fin, me voy, ya me sobra tanto entretenimiento.

—No sea nervioso. La última cosa que podía pasar en este lado es tener prisa. Reconozco que jamás estuve en Ogmo, Celama puedo conocerla como la palma de la mano pero a Ogmo no fui. Y usted se preguntará de dónde proviene tanto movimiento, a causa de qué el voy y vengo que digo.

—Yo no me pregunto nada.

—La hija del afilador con su padre va de pueblo en pueblo. Es un oficio de caminantes, ya se sabe. Esa Celama de los caminos la conocí de niña, luego de rapaza y moza. Después, para no variar, con un afilador me casé, pero le puse la única condición de quedarme en casa. Sólo ahora, de un tiempo a esta parte, volví a los caminos, y bien a mi pesar, porque poco me gusta esta otra Celama de la oscuridad y el sueño. Pude haberle visto a usted en cualquier ruta de las que con mi padre hacía: alguna de las pocas veces que por necesidad asomara...

—Ya sería casualidad.

—No se fíe. Mi padre vio un día, cuando era joven, a una niña rubia en Carmal. Pasaba por la calleja soplando la flauta y salió la niña detrás de él y lo siguió apenas treinta metros. Se volvió a mirarla, lo que se dice un segundo. Quince años después, soplando la misma flauta en la misma calleja, salió una moza para que le afilara un cuchillo. Esa moza sería mi madre: la misma niña rubia que jamás se le despintó. Yo me limité a esperar a que creciera, decía mi padre complacido. Y yo a aguardar a que volviese, reconocía mi madre. El mismo pelo rubio de mi madre se me echó a perder cuando vine. La más rubia de Guañar, en contra de las teñidas...

—Se hereda lo que se quiere y, a veces, lo que no.

—Si lo dice usted por las narices y las orejas no debe apenarse, porque hay cosas mucho peores. ¿Eran de su padre o eran de su madre...?

—Las narices de mi madre y las orejas de mi padre.

—En Hadera, donde dicen que la Llanura es más llana, conocimos mi padre y yo seis hijos de un matrimonio con la misma mancha en la frente, todos señalados de igual manera. Una mancha como un doblón sucio encima de la ceja izquierda. Una mujer puede tener un antojo, pero seis iguales parecen demasiado. Esos pobres no eran capaces de mirarse entre ellos ni de verse en el espejo. Si le soy sincera, no creo que con esa huella en la frente se pueda ser feliz. Algo raro hay en la vida cuando la vida te marca de ese modo. Recuerdo que, después de casarme, cuando veía a mi padre, que volvía del camino, siempre le preguntaba por ellos. Ni los nombres, decía él espantado, ni se te ocurra, no vaya a darse el caso de que algún hijo te nazca así. La huella no era de la sangre sino del destino.

—Tonterías.

—Piense lo que quiera, a fin de cuentas nariz y orejas todos tenemos. Con el tamaño de las suyas, mejor olió y mejor oyó. Mi marido afilaba que daba gloria, tenía las manos pequeñas pero muy finas. Por cierto ¿sabe lo que decía aquel chico de Hadera...?

—¿Qué chico...?

—El seminarista. Si lo encuentra, puede preguntarle lo que le dé la gana, con tal de que no lo haga recelar... Dice que el nombre tiene que ver con lo Oculto y que no es bueno nombrarlo, mejor decirle el Rico, el Ilustre, el Buen Consejero, asunto de dioses y reinos subterráneos o algo así. Me parece que no le entendí bien.

—Ni yo a usted la entiendo. Me está dando la tabarra y no tengo el mínimo interés en escucharla.

—Espere, por favor. No me deje sola en este erial.

—No venga, no me siga.

—¿Sabe si hay por aquí alguna fuente...?

—¿Desde cuándo hubo fuentes en Celama...?

—No donde beber, sino donde mirarse.

—Ese chico la tiene engañada, invisibles somos todos.

—Es usted un mal educado.

—Váyase a la porra, señora.

Lo que del ímpetu más incontrolado sube a mi conciencia, y hay una sensación que no gobierno de que la conciencia es en ese instante el lugar de la memoria, lo que pudiera parecer incierto, ya que memoria y conciencia no se corresponden, deben pertenecer a ámbitos del alma o del espíritu muy distintos, no es el mejor momento para hacer distinciones sutiles, nada me cuesta reconocer que el alcohol es la ayuda más propicia para escribir, decir pensar, lo que ahora mismo se me ocurre, esta última copa de aguardiente, al lado de la tagarnina que salpica mi saliva de la acritud que en igual proporción llena mi boca del gusto amargo y perfumado con que alguna colonia barata lograría hacerlo, el humo de un tabaco ínfimo, la nicotina viciosa que hace ya tanto tiempo perdió el sabor, acaso también el aroma del regaliz que era más propio de la infancia, hay una rara mixtura de efervescencia y líquido, de gas y regusto, la pericia de fumar y sorber, de atrapar en la humedad de la saliva lo que contiene el humo y el néctar, dos soluciones de continuidad de una misma sensación de materias comunes, porque todo lo que perciben las papilas son secreciones de una misma disolución, no sé si química o meramente orgánica, no estoy en disposición de hacer graves determinaciones, lo cierto es que según retiro la copa, con el último sorbo de una emulsión de fuego y yerba, percibo en mi interior, en el centro de mi delta, en ese cauce resguardado de mí mismo, de mis piernas, de mi penoso y sudoroso abismo, un abrupto palpitar, Dios, Dios, qué hoguera y qué benigna disolución que tan intensamente comunica lo más indigno de mi persona, lo más plebeyo, lo más desordenado, con lo más digno y sublime de la misma, si algo todavía queda, la inteligencia, la memoria, el sentimiento que llena mi alma, mi corazón embriagado, con eso otro que es un cauce desvariado en la riada del deseo, el latigazo de su emergencia, la desbordada inundación que percibo en la misma quietud, tampoco estoy soportando el desvarío de una inundación que invade y mortifica el espíritu, no es ésa la disposición de mi destino, puedo ser dueño de una conciencia evanescente y virar de la vigilia al sueño como el mensajero medroso que a la vigilia no soporta y al sueño desea entregarse, al fin se trata de una huida de sesgo parecido a las que sobrevienen cuando se avecinan las riadas y quien intenta salvarse huye presuroso para no ser alcanzado por la avenida de limo y lodo, Dios qué raro flujo de impotencia y desolación hasta que ese fragor físico asciende del cuerpo al espíritu, de la nada a la realidad, de la imaginación a la vida, del sueño a la vigilia, por el único conducto verdadero, que es el del deseo, una ráfaga quieta y violenta, vertiginosa, de fuego y viento frío, una ráfaga en el interior más íntimo de lo que somos, como un rayo escindido de la muerte que alcanza la existencia, y nos hace ser y sentir lo que la existencia tiene de emotividad y ardor, o sea, de sensualidad y sentimiento, de materia de la emoción, un rayo partido que estalla como la única verdad de nuestro cuerpo, ya que nuestro cuerpo, nuestra materia, se parte al medio para el dolor y el

placer, para el dolor con el llanto, para el placer que deriva en la alegría, entendiendo la alegría como el único equilibrio de nuestras potencias, aquel punto inverosímil en que todo se nivela y el destino de la felicidad lo mismo es el semen que nos corre como un aviso de lo mejor de nosotros mismos, que la tranquila acechanza de su hallazgo entre los labios abiertos de quien lo recibe y hace suyo, nada que altere esta tensión que sólo el aguardiente equilibra, conciencia y sueño, Dios me acoja, no soy nada, el cadáver que levantamos del barcillar, nada tengo, nada me ampara, qué raro surco de potencia y miedo el que me lleva de la muerte a la vida, lo que está en mis manos, el miembro quieto, escondido, rezagado, apenas una mancha seca, la lluvia, la luz, la vida, la nada, el deseo, lo posible, lo irremediable, no hay un hijo en ningún sitio, alguno que no es mío porque no me reconoce, ¿qué hostias soy?, esta lenta perdición de mi cuerpo, de mi espíritu, esta vergüenza, el aguardiente que me arrastra, ya es castigo, ser tan poco, querer ser tanto, un surco de tierra pedregosa, el tallo que mi mano alcance, imposible ahora que no hay siembra, caí donde no debía, de tanto caer habrá un día en que no levante cabeza, nadie me ve, la noche es alta, Mensa no vino hoy conmigo, algunas nubes, una estrella, el cielo y su ruina, me parece que se me revuelve el estómago...

Celama es el espejo no del esplendor del cielo sino de su ruina, escribía Ponce de Lesco con aquella letra desgarrada que, de pronto, parecía sufrir una vacilación en las minuciosas cuartillas de la Topografía. Del mismo modo que mi vida, continuaba en la extraña transición que introducía un párrafo tan personal y ajeno al sentido de la disertación de su estudio médico, es ahora no el espejo de todo lo bueno que ambicioné, sino de la desgracia y la ruina de lo que de veras soy, esta perdición que colma mi destino.

Me impresionó la metáfora, y el mensaje extremó mi curiosidad hacia Lesco, si aquel párrafo suelto, entre la enumeración estadística de la enfermedad en Celama en el año mil ochocientos ochenta y tres, era un mensaje, o una mera anotación privada sin otra razón que un desahogo.

Era muy poco lo que de él sabía: que había sido médico en Celama entre los años mil ochocientos sesenta y mil ochocientos ochenta y tantos, que era autor de la Topografía manuscrita que apareció en el viejo Consultorio de Santa Ula, y también del opúsculo que descubrí en la Biblioteca de Olencia, un estudio sobre el Sarampión en la Villa de Anterna, premiado por la Sociedad de Amigos del País de Ordial y publicado en la Imprenta de Saturnino Robla de la misma ciudad en mil ochocientos sesenta y nueve.

Nunca se me había ocurrido pensar en que la tierra fuese el espejo del cielo, y mucho menos que pudiera serlo de su esplendor o de su ruina.

Una idea paradisiaca del cielo, una idea religiosa relacionada con la ganancia de las almas puras, sólo hacía que alejarlo de la tierra, y por ese conducto el cielo siempre fue la casa de Dios. Recordaba haber leído en algún sitio algunas referencias cosmogónicas, una bastante esotérica que mencionaba el origen del universo como un huevo que un día se abrió, y de las dos mitades de la cáscara, una era de plata y la otra de oro. La de oro constituye el cielo, la de plata dio origen a la tierra. También recordaba la clásica caracterización del cielo, prácticamente en todas las culturas y creencias antiguas, como principio masculino, espiritual y activo, mientras la tierra correspondía al principio femenino, pasivo y material. Y también me había gustado la no menos vieja idea del azul del cielo como el velo con el que se cubre el rostro de la divinidad. No era raro que los niños de Celama indicaran ese azul de los días más claros, mentando la mirada de la Virgen de Orión bajo el rebozo, o diciendo que las nubes eran sus vestidos y las estrellas los ojos de Dios.

Pero Lesco no construía su metáfora con la generalización de la tierra, hablaba exactamente de Celama, y no era el espejo del esplendor del cielo, sino de su ruina.

Me impresionó, porque me parecía la mejor manera de decirlo o, al menos, de lo poco que podía leerse sobre Celama la más rotunda y sugestiva.

La idea del espejo me gustaba mucho, resumía muy bien algunas de aquellas determinaciones cosmogónicas, sobre todo esa especie de compromiso sustancial,

casi matrimonial, de la tierra y el cielo, y la aureola de la divinidad como el telón de fondo de un paisaje de la existencia, el oro, la plata, el velo, los ojos de Dios.

La metáfora le servía a Lesco para que el teórico mensaje contuviera una confesión, bastante desolada por cierto. Su vida no era el espejo de todo lo bueno que había ambicionado, sino de la desgracia y la ruina, de la perdición que colmaba su destino.

La cuartilla quedó entre mis dedos con la emoción, y la desazón, que en buena lógica producen los hallazgos que, a la vez, conllevan desvelar un secreto de alguien, adueñarse de una parcela, por nimia que sea, de la intimidad de una persona.

Si de un mensaje se trataba, era razonable pensar en la orientación de un destinatario. Si era una mera confesión, fruto de su inmediata necesidad, mi desazón estaría más justificada. En cualquier caso, algo que queda escrito, no en el patrimonio de una correspondencia privada o de un diario personal, queda en manos del azar, habitualmente predestinado al olvido pero sin que nada avale su recato.

Separé la cuartilla de las que componían la Topografía y, por supuesto, hice una revisión exhaustiva de todas ellas, por si acaso no hubiese reparado en otros párrafos perdidos que implicaran parecidos mensajes. No había más.

La discreción fue lo primero que decidí para equilibrar mi interés hacia aquel antecesor, ya bastante remoto, que, como pasaba con la totalidad de los médicos de Celama, no se había arraigado en la Comarca, aunque había mantenido una estancia prolongada.

Me obsesionó la metáfora y me emocionó la confesión. Celama merecía ser considerada como una ruina del cielo, y el que la vida de Lesco hubiese derivado a parecida quiebra producía en mí grados suficientes de identificación o, al menos, la soterrada empatía de una cierta solidaridad del fracaso.

Buena tierra para que a uno no le hiriese el esplendor con sus falsos brillos y para compartir la caída de lo que en la vida se acumula como peso de la desgracia. Una tierra bastante simbólica, como ya había dicho alguien que, a la vez, a ella se había referido como reino de la nada. No se trataba de exagerar una imagen hosca y negativa, sino de comprender ese mismo destino de la tierra y de la perdición.

Indagar sobre el destino de Ovidio Ponce de Lesco y Villafañe me ocupó bastante tiempo.

Cae en los inviernos de Celama como mazas del cielo y la tierra se asusta y se constriñe. No hay en Celama la costumbre de la Montaña de compartir las cocinas cuando esparce el invierno la desolación.

La gente se asusta como la tierra y se esconde en casa, al menos en esos días, en esas noches, en que el corazón del invierno palpita con el mínimo rendimiento y hay un suspiro de agobio en las Hectáreas.

El frío es el mayor culpable de la clausura. A veces se le nombra como un avaro que no controla la codicia y extiende la mano sinuosa para hacerse con lo que sea hasta en el último rincón o entre las mismas sábanas. Nada se sustrae a la avidez de su aliento y, en la intimidad del lecho, la piel de los recién casados se estremece y se rechaza sin que la palpitación les haga comprender que fue el frío quien los separó, de modo que cualquier mañana hay una mirada esquiva entre ellos y el presentimiento de un amor arrecido.

Cayó como una maza y, además, vino pronto la nieve y, para finales de noviembre, Celama estaba invadida. Un sopor blanco, el humo que no se distinguía sobre la superficie de los tejados, esa mortaja que contiene el cuerpo de la tierra que expiró y que redunda en la vieja idea de la nieve y la muerte que, todo hay que decirlo, es una idea que no se acaba de entender.

—No se acaba de entender... —corroboraba doña Lama, sentada en el escaño de la cocina en su casa de Dalga, donde el reuma y las varices la arrinconaban sin remedio— porque no cuadran. Al que se le ocurrió se le ocurrió por lo obvio que era y, ya se sabe, con frecuencia lo que es tan obvio es menos cierto. Nieve y muerte, nieve y vida, nieve y resurrección. ¿Cuántas veces salimos a correr por ella el día que nos sorprendía el sol y no lográbamos aguanten la euforia...? Algunas hasta perdimos la vergüenza en la nieve, que parece el último sitio para perderla. Yo misma, si no me diera apuro contarle.

—Apuro ninguno... —dijo Henar, que cosía a su lado—. Vieja y apurada, tampoco se corresponden.

—Alzábamos las faldas, ya está dicho... —afirmó doña Lama—. Las siete mozas de Dalga, las cuatro de Pobladura, las tres de Miravillas, y bien inquietas y alegres que nos poníamos.

—¿Para que las viera alguien...? —quiso saber Henar, socarrona.

—Nadie se enseña si no quiere que la vean. En el último palomar, donde la linde de los pueblos, habría algunos mozos escondidos, mirando y haciendo lo que sólo Dios pudiera perdonarles. Nada que ver con la muerte, como bien puede comprenderse.

—Para la misma razón sirve la historia del Niño de la Nieve, un cuento de Celama que, a lo mejor aquí el doctor no conoce... —dijo Henar.

—No sé si para la misma pero, desde luego, no es un cuento que abunde en esa idea de la nieve y la muerte. Abunda en otra que es más razonable: la de la nieve y la desaparición. Luego, como todo cuento que se precie, tiene su ejemplo o su sabiduría.

—O lo cuenta usted o lo cuento yo... —propuso Henar, decidida.

—La que quiera lo cuenta... —dijo doña Lama— pero antes hay que llenarle a don Ismael esa copa de anís...

Érase que se era, dijo la que lo contó, un día de invierno como este que nos cayó encima. La noche trajo la nieve, el día la continuó. Cuando noviembre se pone bravo, no hay nieve más rabiosa y persistente, será porque a la primera va la vencida.

En la aldea de Murada, donde el Norte de Celama pisa la raya, vivía un joven matrimonio y tenían un hijo de siete años. No voy a decir el nombre de la madre y del padre porque en el cuento no hace falta, el del hijo tampoco, como luego se verá. No era un día para salir a la Hectárea, para ir a ningún sitio, pero los padres se habían comprometido a llevar dos sacos de harina a un vecino de la aldea de Olongo, a unos tres kilómetros de distancia. Cargaron el macho y fueron los dos, pensando que, tal como estaban las cosas, cuatro manos serían más apropiadas. El hijo quedaba en casa, como tantas veces hiciera y, además, con el encargo de dar de comer a las gallinas, para mayor entretenimiento. Ir no fue tan difícil como volver, y eso que volvían sin carga, el macho más suelto, sin la incomodidad de arrearlo y vigilarlo. Nevó lo que Dios nos dio a entender y las horas se prolongaron o dejaron de pasar, otra idea corriente, y para mi gusto menos desvariada, es que con la nieve no sólo la tierra se borra, también el tiempo, o el tiempo se congela, que sería lo mismo. Oscurecía cuando entraron en casa. El marido llevó el macho a la cuadra, vio las gallinas dormidas en el gallinero, la mujer atizó el fuego, antes siquiera de llamar al hijo.

Ni un minuto tardaron en darse cuenta de que el hijo no estaba. No había huella de él, nada faltaba en la casa, ni la poca ropa de abrigo y calzado que tenía. Cuando estuvieron seguros de que de veras no estaba, tras recorrer hasta el último rincón del último sitio, pensaron que el chico, asustado o miedoso, habría salido a buscarlos. La preocupación creció con el llanto y, antes de sentirse desesperados, ellos mismos salieron a la nieve y, de la mano, ahora que la borrasca alcanzaba la cima de la noche y volvía a desplomarse en ella, fueron dando vueltas y vueltas, sin perder la referencia de la casa y el corral, dando voces, llamando al hijo.

No había pasado una hora y ya estaban desesperados, ateridos, rotos, sin aliento y sin voz.

Esa misma noche salió todo el pueblo de Murada. Al día siguiente vinieron de todos los pueblos de alrededor. El Norte de Celama se llenó de gentes que buscaban al niño. La nieve no cedía, el invierno se hizo más largo que nunca. Buscó, al fin,

toda Celama, nadie consintió en quedar en casa, todas las distancias se recorrieron, todas las Hectáreas, en todos los Pozos se miró.

Un mes más tarde ya nadie decía nada: el silencio no era el aviso de la desgana o el cansancio, era la señal más piadosa de resignación, porque lo lógico era que el niño hubiese muerto aterido, y el cuerpo descansara ahora bajo la propia nieve.

Ahí vale la idea de la muerte y la obviedad de la mortaja, pero el cuento no es ése, el sentido del mismo no se encamina de tal modo.

Un invierno completo con esa ausencia misteriosa, con esa desgracia, sería suficiente para que los jóvenes padres se hundieran en el desconsuelo. Sucedió así. La primavera venía retrasada, el deshielo, la lluvia, borraban la nieve, el terreno a floraba con la vejez que lo constriñe, sabiendo como sabemos en el Territorio lo antigua y apremiada que es la gleba. Ahora el desconsuelo alimentaba la esperanza de que apareciese el cuerpo. Unos padres no pueden soportar que la ausencia se consume con el secuestro que no deja huella, que no devuelve nada. Y nada hubo. Se cumplió la primavera, todo el mundo en Celama regresó a los campos, con menos ruido y comentario para no hacer más dolorosa la búsqueda, y hasta la última esquina de la Llanura se revisó.

Cuando las cosas suceden así, lo que se piensa es que el cuerpo de un niño de siete años, no muy desarrollado, además, como era aquél, puede arruinarse de modo que la propia tierra lo sustraiga, sin más huellas visibles.

El verano corroboró la desesperanza y el otoño empezó a predecir lo que afirma esa vieja verdad de que el tiempo alimenta el olvido. En Celama ya se había vuelto a hablar de otras cosas, y la desgracia de Murada motivaba más suspiros que comentarios. Los padres apenas habían podido salir a las Hectáreas, pero los parientes y vecinos se habían hecho cargo de las labores.

Fue en octubre cuando un niño del Sur, de la aldea del Broco, hizo en casa un extraño comentario que, a lo largo del mes, coincidió con el que hicieron otros niños y niñas de las más dispares y lejanas aldeas y villas de la Llanura.

Se supo que el del Broco había sido el primero cuando, tal vez con menos discreción de la precisa, comenzó a correrse la voz de que el Niño de la Nieve musitaba en el sueño de otros niños de su edad, con la mayor dulzura y sin provocarles temor alguno, que estaba bien, que iba a volver, que ya sabía todo lo que en la vida y en el mundo puede saberse.

El comentario del niño del Broco había sido casual, mientras comía con sus padres, sin siquiera dar importancia a lo que decía. Los otros fueron parecidos aunque, según creció la curiosidad y la consternación, los niños empezaron a asustarse y algunos se negaron a repetir lo que habían dicho. Todos mentaban al Niño de la Nieve y todos decían que su voz era dulce y feliz cuando anunciaba que estaba bien, que iba a volver y que ya había aprendido lo que en la vida y en el mundo puede aprenderse.

Hubo cuidado para no decir nada a los padres. Nadie en Celama cree más de lo

preciso, aunque la creencia sea un seguro de vida en las tierras pobres. Aquello causaba preocupación, más que fe, y que llegase a oídos de los padres no sería para alivio de su dolor, antes bien para alimento de una vana esperanza, cuando ya esa esperanza no tenía motivo.

De todos modos, el mismo día del invierno que precedió a la desaparición del Niño, cuando la nieve caía igual y lo que podía presagiarse apenas se distinguía, vio la madre a dos niñas del pueblo, que estaban quietas ante la casa, cogidas de la mano, sin que la nieve les importara, como esperando a que alguien saliese. Salió ella y, apenas la vieron, le gritaron: mañana vuelve, y escaparon corriendo, entre risas alborozadas. Mañana era exactamente el día de la desaparición, un año después. No entendió muy bien la madre lo que dijeron las niñas pero, eso sí, al instante desapareció de su corazón la angustia y sintió una paz que la reconfortaba.

La nevada repetía el peso de la maza blanca que golpea Celama en el corazón del invierno. Era un día de luz lechosa y anacarada, uno de esos días inmóviles que rompen para siempre el tiempo de la Llanura. La madre andaba inquieta por la casa, el padre no era capaz de levantarse del escaño de la cocina. Cuando ella salía o no miraba, bajaba la frente al antebrazo y se oía a sí mismo sollozar.

Ella no le había dicho nada de su encuentro con las niñas, la verdad es que no hubiese sabido qué decirle, y la paz que la reconfortaba la mantenía como un secreto que no se entiende del todo pero que, al fin, en cualquier momento sería desvelado con la mayor alegría.

Llegó la noche y se acostaron. Ninguno de los dos pegó ojo, y ambos respetaran igual silencio.

Fue a medianoche, cuando la nieve era más intensa, cuando se pudo escuchar una leve llamada en la puerta.

Es él, dijo la madre, y el padre pensó que aquella mujer había enfermado, que la desgracia mataba la razón, del mismo modo que había amargado la felicidad del matrimonio.

La llamada volvía a repetirse. Bajaron los dos. El Niño estaba en la puerta, cubierto de nieve, con las mismas ropas con que desapareció.

Lo abrazaron, lo besaron, hicieron todo lo posible porque su cuerpo recuperara el calor que la nieve y la noche le habrían robado. La verdad es que no parecía preciso. Era el mismo niño, saludable y alegre, acaso con los dedos de más de la estatura del año que hubiera cumplido, y una lejanía en la mirada que, cuando se sentó a la mesa, requerido por la madre para que tomase un tazón de leche caliente, hizo sentir a los padres el pálpito de su pérdida, la extrañeza de quien vuelve sin poder ser el mismo.

—Todo lo sé... —dijo el Niño de la Nieve, acariciando el rostro de la madre, limpiándole las lágrimas, mientras, a la vez, aferraba la mano temblorosa del padre—. Las cosas del mundo y las cosas de la vida, pero nadie debe preguntarme nada, porque donde estuve no es un reino de los hombres. Mientras antes se olvide lo que me pasó, mejor. Sólo a vosotros os iré contando algunas cosas para compensaros del

sufrimiento de este año. Lo que diga, redundará en vuestra felicidad, aunque algo habrá que no contribuye a la misma, pero en ningún caso deberéis apenaros...

—El cuento es ése... —dijo doña Lama— y exactamente como debe contarse, porque hay en Celama quien lo adorna más de lo debido. Ya le dije que sirve para desmentir la idea de la nieve y la muerte. De otra cosa se trata, otro sentido tiene.

—Bueno... —comenté, aceptando que Henar me llenare una vez más la copa de anís—. El Niño de la Nieve, el niño blanco, la muerte blanca, seguro que ustedes no ignoran que en algunas culturas el blanco es precisamente el color de la muerte.

—En ésta no... —afirmó severa doña Lama—. Aquí ya le dije que la nieve está más cerca de la alegría y la euforia, mal que nos pese el dolor del invierno.

—¿No dice si le gustó...? —quiso saber Henar.

—Lo suficiente para que ahora la nevada que está cayendo me cause más respeto.

—Pues no se vaya.

—Confío en mi mula. Mensa jamás se pierde. Los Oscos están al lado. Y puesto a perderme, a lo mejor regreso un día más sabio y más justo, sabiendo todo lo que hay que saber de la vida y el mundo.

—El atributo del regreso es la inocencia... —musitó doña Lama—. Así se aprenden las cosas verdaderas, y no alzando las faldas...

DONES DEL CAMPO

(Versiones muy libres de versos griegos y latinos)

I

(Del Canto XVIII de *La Ilíada* de Homero)

Grabada queda la tierna tierra,
 el vasto y fértil campo, tantas veces labrado.
 Llevan los campesinos sus yuntas, tras ararlo,
 y en la linde les aguarda un hombre
 para ofrecerles la copa de vino dulce.
 Regresan y abren nuevos surcos
 anhelando llegar al final de la Hemina.
 A sus espaldas negrea la tierra
 como oro oscuro, en su labrado esplendor.

Grabado queda por el mismo dios
 un campo real donde ciegan las maeses
 los más jóvenes con sus hoces afiladas,
 y caen los manojos al pie del surco
 y hacen las gavillas y acarrear las brazadas.
 El rey inmóvil les contempla a todos,
 en la mano el cetro, silencioso y feliz.

II

(De *Los trabajos y los días* de Hesíodo)

Hay que segar cuando las Pléyades, hijas de Atlante, nacen, sembrar cuando se ocultan.

Están ocultas cuarenta días y vuelven cuando el hierro se afila.

Ésta es la ley del campo tanto para el que vive al pie de los acantilados, como para quienes labran los valles lejos del mar o en el Páramo incierto.

Hay que labrar con el sudor del cuerpo, recoger con igual suerte, para así culminar en el tiempo debido las faenas de Démeter, para que el fruto esté en sazón y el alimento no falte en el invierno.

III

(De *Las Geórgicas* de Virgilio)

Oh elevadas luces del mundo, Baco y Ceres,
que lleváis el año por el cielo,
gracias a vosotros trocó la tierra la bellota de caonia
por la espiga alimenticia.

Y vosotros los dioses tutelares,
los Faunos y las Dríadas, venid todos al tiempo:
yo canto vuestros dones.

También tú, Neptuno, a quien la tierra herida
por el enorme tridente brindó por vez primera
un hermoso corcel.

Y el amante del bosque, amo de mil novillos
blancos como la nieve. Y Pan, pastor de ovejas.

Ven propicio, Tegeo, dejando la espesura de tu tierra,
los vales de Liceo. Y Minerva, la madre del olivo,
y el joven que ideó el arado.

Dioses y diosas todos,
que protegéis cultivos: los que sin la semilla
hacéis que sean posibles los frutos nuevos,
y los que desde el cielo derramáis la beneficiosa lluvia.

IV

(Del *Libro I*, 5 de Tíbulo)

Yo seré campesino y Delia la señora
de la ardiente cosecha que bajo el sol se trilla,
y guardará las uvas en colmadas canastas
y el mosto bien pisado de la fértil vendimia.

Contará los rebaños y en su amante regazo
retozará feliz el hijo del esclavo.
Ofrendará las uvas al dios que da las vides
y al que hace madurar la espiga de las mieses
porque sacia la sed y el hambre del vecino.
Ella es dueña de todo, todo lo cuida,
y yo estoy encantado de no ser nada en casa.
Vendrá Mesala a vernos y Delia le ofrecerá
los frutos sazonados de los mejores árboles.
Atenderá a los huéspedes, alabará su gusto,
servirá los manjares en la mesa colmada.
Éstos eran mis sueños. Mas los vientos ahora
los lanzan hasta Armenia, madre de los perfumes.

V

(*El Anciano de Verona* de Claudio Claudiano)

Feliz quien vivió en los campos paternos
y se hizo anciano en la casa donde fue niño.
Quien apoya el bastón donde anduvo a gatas
y en la misma casa vio tres generaciones.
No lo arrastró la Fortuna en su tempestad
a beber en otras fuentes, huésped de su extravío.
Ni siendo mercader temió al mar ni soldado la trompeta
ni sufrió las reyertas del foro.
Sin conocer el mundo ni el pueblo más cercano
disfruta del más amplio horizonte.
Su edad se cuenta por las cosechas, no por los cónsules,
y sabe de los frutos en otoño y de las flores en mayo.
En su finca nace y muere el sol cada jornada,
ese sol que le señala las horas en su rumbo.
Es para él su Verona como la India más remota
y el río Bénaco lo mismo que el Mar Rojo.
Viajen otros a Iberia y arriben a Celama.
Suyo será el viaje, pero él tendrá más vida.

(Publicados en las páginas de «Cultura y Vida» del *Vespertino de Ordial* el 28 de Mayo de 1934, con una nota introductoria firmada por Ismael Cuende).

Ibro tenía el tamaño de la enfermedad. Un hombre enorme y una enfermedad diminuta. La edad de Ibro no podía calcularse, era ciertamente mayor, pero aquel corpachón, aquella reciedumbre, luchaban contra el tiempo y lo ganaban. La enfermedad no era importante, una afección bronquial de poca monta. Y sin embargo, Ibro se había amilanado de tal manera que tenía su tamaño: reducido a la mínima expresión, lo más impropio en él, metido en la cama como si, de pronto, el mundo le diese miedo. Así llevaba tres días cuando sus hijas, Eridia y Ana, decidieron avisarme.

—No quería que lo llamáramos, pero ya nos preocupa.

Nadie en la aldea de Medil, ni en la raya completa de Los Confines, ni probablemente en todo el Territorio, podría creer que las hijas de Ibro llegaran a preocuparse de veras por su padre. Probablemente tampoco que él pudiera hacerlo por ellas.

Ibro Marzal había enviudado muchos años atrás y se relacionaba con las hijas como se relacionaba con el resto de los mortales: con ese imperio de quien sólo entiende que la autoridad es exclusiva y que uno es dueño de lo suyo en su totalidad, comprendiendo en esa totalidad la familia, el patrimonio y lo que hay alrededor. Quienes trabajaban para Ibro, que en Los Confines tenía un buen número de Hectáreas y la necesidad de pagar manos ajenas para cultivarlas, eran de Ibro. Los que pretendían a sus hijas, corrían la misma suerte. De suyo, Silio Adal, un pequeño comerciante de Santa Ula, que se había casado con Eridia, la mayor, vivía en la casa del suegro bajo su imperio indiscutible, aborreciéndole pero aceptando las anónimas condiciones que casi lo integraban en la servidumbre. Y Gabilo, el pretendiente de Ana, la pequeña, a la que, por cierto, llevaba casi seis años, soportaba sus dicterios con humillada resignación, a la espera de que un día Ibro decidiese dar el asentimiento para que el matrimonio se pudiera celebrar. Gabilo era sastre en Anterna y los trajes que su futuro suegro gastaba, por él estaban cortados con esmero y diligencia, sin que jamás se mencionase el precio del tejido y la confección.

No tenía fiebre, no había razón alguna para que permaneciera acostado.

—Es peor... —le aconsejé—. Tumbado respira con más dificultad. Un paseo le haría bien. Aire puro.

Con lo de aire puro me refería a la posibilidad de que abandonase aquella habitación nada higiénica, que debía llevar varios días sin ventilar y en la que, por lo que me decían las hijas, no había modo de mudar nada.

—Esas brujas, doctor... —comentó Ibro, reducido entre las sucias sábanas a un sudoroso pigmeo— a lo que vienen es a darle la vuelta al colchón. Soy un árbol a punto de talar, de los pocos que hay en la Llanura. Dios merienda pero no cena y el alma ayuna lo que el cuerpo necesita...

Eridia era la que tenía más interés en que su padre se levantara. Ana parecía

menos preocupada.

—Muy enfermo no está... —les dije—. Que tome un sobre cada seis horas. Y arriba, a respirar por ahí...

Silio Adal me traía a Mensa.

—Ya lo vio... —comentó, sin disimular la inquina—. Ahora se burla de Dios poniéndose malo. Metido en la cama es peor que fuera: las voces más fuertes, los juramentos menos respetuosos.

—Manías de viejo... —musité.

—Usted de sobra sabe, porque por médico conoce mejor que nadie la raza humana, hasta dónde se puede agriar el corazón de un hombre, y la falta de medida que puede alcanzar el rencor de un suegro.

Había que observar la mano temblorosa de Silio en el mango de la azada, como había que observar el camino torcido de las tijeras de Gabilo cuando, de un tiempo a esta parte, cortaba un traje.

—La ambición de uno y otro... —opinaba Fermín Costal, en el Casino de Anterna—. Silio nunca tuvo donde caerse muerto y Eridia le tiró los tejos, porque el miedo al futuro suegro era libre, sólo se engañaba el que quería. Ves las Hectáreas, ves que nada tienes, Eridia te pasa la mano, y acabas diciéndote: aquí me las den todas. Un viejo no puede ser eterno, por mucho que Ibro esté hecho de pedernal.

—Más pena da Gabilo... —dijo Aníbal Sera—. Está perdiendo las maneras que tuvo y, ahora mismo, es un sastre vulgar al que le huye la clientela. Un noviazgo de rompe y rasga, si no pareciera un chiste. Luego, a lo mejor, muere Ibro y Anita busca mejor salida: no olvidemos que es seis años mayor que ella.

—¿Dónde van que más les valga...? —dijo Orestes Leva—. Las botas que Silio limpia al suegro y los trajes que Gabilo le corta, los darán por bien empleados. Las Hectáreas de Ibro son de las mejores de Los Confines. Y ellas, dos mujeres tan tiasas como su padre. El caso es si de ésta se muere o no...

—No se muere... —afirmé—. Ese hombre es un roble, y no va a acabar con él una vulgar afección bronquial.

—No nos engañemos... —dijo Orestes—. Si Ibro se metió en la cama, algún otro motivo tendrá. Dos o tres décimas ni siquiera sabe reconocerlas y malo, que se sepa, nunca estuvo, digo malo de veras.

—Los años... —insinuó Fermín—. Al fin, serán los años los que liberen a esos yernos, que ni acaban de recibir ni acaban de serlo.

—Los años de Ibro no se pueden contar, nadie los sabe, probablemente ni él mismo. De su quinta, todos murieron, si es que hubo alguien de ella. Este hombre no tiene edad o no hay tiempo que le corresponda.

—Figuraciones. Será el tiempo el que lo mate, como a todo cristiano.

Cuando a la semana siguiente volví a visitar a Ibro, simplemente para cerciorarme de que no había novedad, coincidí con Ulpiano Nieva, el abogado de Olencia.

A Ulpiano lo veía de Pascuas a Ramos, pero era una persona extremadamente educada y grata, y desde siempre habíamos tenido muy buena relación. Era muy aficionado a la música, tocaba muy bien el violín, su mujer el piano, y algunas veces les había acompañado a algún concierto en Ordial o en Armenta.

El coche de Ulpiano estaba aparcado cerca del corral. La familia de Ibro, incluido el novio de Ana, aguardaban fuera de la casa, las mujeres sentadas en el poyo de la entrada.

—No puede verlo... —dijo imperativa Eridia, cuando me acerque.

Me quedé extrañado, sin atreverme a decir nada.

—Nos echó de casa, a todos... —informó Ana—. Arriba en la habitación está don Ulpiano, a quien hizo venir de Olencia. No sabemos si perdió la razón.

—Pero no entre, por lo que más quiera... —suplicó ahora Eridia—. Si presencia el modo en que nos echó, nos hubiera visto morir de vergüenza...

—Pero ¿está bien...? —quise saber, yendo a lo mío—. ¿Se levantó, se le fueron las décimas...?

—Se levantó dos días después de que usted lo viera, cuando vino don Tino, el cura de Los Llanares. Desde que usted lo vio, esto ha sido una procesión, y el colmo de los colmos esta visita de don Ulpiano, que ahí dentro lleva más de una hora.

Todos estaban quietos y cariacontecidos. Eridia era la que demostraba mayor indignación.

—La razón la tiene perdida... —opinó Silio—. De eso no nos cabe duda.

—No me gusta nada oírlo... —aseguró Ana, que se ponía de pie y era atendida por el sastre.

—Si la tiene perdida... —afirmó Eridia— somos las hijas las únicas que tenemos derecho a decirlo.

—Es una idea... —se disculpó Silio.

—No sabemos... —convino el sastre— si no sería lo adecuado llevarlo a Ordial, a que lo vieses bien visto. Yo se lo llevo aconsejando a Anita hace tiempo.

—Bueno... —opiné— no me parece que haya mucho que ver. La salud es de hierro, al margen de algún ligero achaque.

—Por la cosa mental... —insinuó el sastre.

Eridia rompió a llorar, nerviosa y desesperada.

—Loco no, loco no... —dijo, entre hipos—. Loca estaría tu madre... —increpó a Gabilo, furiosa— y su hermano, tu tío Belomo, que hacía chaquetas sin mangas y pantalones sin perneras. Mi padre no, mi padre lo que está es perdido...

—Chalecos... —musitó Gabilo, entrecortado— y bombachos. No iba por ahí la sinrazón de su enfermedad. Mi tío Belomo fue el número uno de Celama, no hubo otro sastre. Mi madre sí, pasada la pobre, y bien que lloro su ausencia.

Vi lágrimas en los ojos del sastre. También lloraba Anita, a la que tenía entre sus

brazos.

—Ya ve el espectáculo... —confirmó Silio Adal, despectivo—. La herencia del viejo es la tribulación de la familia. No se muere y nadie lo mata.

Pero no era verdad lo que Silio decía. La herencia de Ibro no fue la tribulación de la familia. Al viejo se le había complicado la existencia, pero de otra manera.

Ulpiano me saludó, tan efusivo como siempre.

—Ven a vernos un día de éstos... —me dijo—. Te echamos en falta.

—Lo prometo.

Convocaba a la familia en la cocina y había más revuelo del debido alrededor de las noticia que tenía que comunicar. Yo aproveché para subir a la habitación del enfermo.

Ibro Marzal estaba sentado en la cama, intentando ponerse las botas. Tenía revuelto el pelo, legañas en los ojos. La apariencia no de quien durmió bien sino de quien dio demasiadas vueltas en la cama. No le extrañó verme, me pareció que hasta se alegraba.

—Dios dispone y la conciencia queda tranquila... —dijo—. ¿De qué le vale al ser humano porfiar, si no llega como debe y cuando debe a la resolución precisa? Desayuno temprano, como a su hora, meriendo pronto, ceno poco. Entiendo que así lo quiere Dios, igual alimentarse que hacer lo necesario, cuando la hora llega o se aproxima.

—Me gustaría auscultarle... —le indiqué—. ¿Tomó los sobres...?

No pareció entenderme. La segunda bota le llevaba más tiempo que la primera.

—Lo que soñé fue un aviso del más allá... —dijo, dándose un respiro—. Hay que preparar el alma. ¿Y cómo se prepara...? Don Tino está de acuerdo, usted que es médico seguro que también. El alma se prepara liberando al cuerpo, quitándole empresas y compromisos, quitándole ocupaciones. ¿Qué le parece...?

No sabía qué contestar. Logré auscultarle. La afección había desaparecido.

—El sueño fue bien malo, no crea que Dios se anda con monsergas. A la hora de la verdad, es más parecido al de la Biblia que al del Nuevo Testamento.

Seguía sentado en la cama, ya vestido.

—Aquí a los pies... —indicó con la mano los barrotes de latón— un Pájaro de Luto, llámelo usted cuervo, grajo o tordo. Abro los ojos, alza las alas, cierro los ojos, grazna. Ese graznido es el miserere, entendiendo que el Pájaro es el mensajero de Dios y el de la muerte que ya quiere dar la cara.

—¿No habrá tenido más fiebre de la que pensamos...? —inquirí preocupado.

—Fiebre, ninguna. La cama fue el sitio para recibir el aviso y para pensar lo apropiado. Dios dispone y la conciencia queda tranquila. Ahora el Pájaro de Luto busca otro cliente.

—Saberlo ya lo sabe toda Celama... —dijo Fermín Costal, en el Casino de Anterna—. Poco corrió Silio a pregonarlo, y el sastre cerró todo el día.

—Una equivocación como la copa de un pino... —opinó Orestes—. La chifladura de un anciano. Lo que viene a corroborar que los años de Ibro son como los de cualquiera. A la vejez, viruelas.

—Lo que más me extraña es que Ulpiano no le aconsejase o no lo hiciera entrar en razón... —dijo Abel.

—No había razón ni consejo... —opino Fermín—. La decisión de Ibro era, como tantas otras suyas, para cumplir a rajatabla. Todo lo quiso donar a los hijos, absolutamente todo. Ulpiano preparó los papeles, por vía de urgencia, y en cuarenta y ocho horas ya había un documento notarial. Dicen que Dios le puso a Ibro el dedo en la llaga por medio de uno de esos pajarracos que salen en los cuentos de las abuelas.

—¿Y ahora qué...?

—Hombre, ahora nada... —aseguró Fermín, con sorna—. A vivir de huésped de lujo un mes en casa de Eridia, otro en la de Ana, que se casa, como hay Dios que se casa antes de que cante el gallo.

—Pues, qué queréis que os diga... —opiné—. Tal vez no sea lo peor. Ibro es un carcamal y está persuadido de que le llegó el momento de soltar lastre...

La tarde era templada.

La familia regresaba de la Notaría de Olencia. Venían trajeados, como en las contadas ocasiones de alguna extraordinaria celebración.

Eridia y Ana escoltando al padre, Silio y Gabilo compartiendo las riendas.

En la mirada de las hijas, al cruzar las Hectáreas, había un poso de melancolía, como si la tierra ya no fuera la misma, porque la propiedad al depositarla en sus manos le cambiase sin remedio la naturaleza. Los yernos, porque el sastre había asumido tal condición hasta el punto de que el Notario tuvo que advertirle que no podía firmar ningún documento, con la sonrisa satisfecha de quien ve lo suyo, sabiendo que lo suyo está al alcance de la mano codiciosa que, hasta el momento, no pudo sacarse del bolsillo del pantalón. Y el viejo Ibro, dormitando, cerrados los ojos, extraviada la memoria, entre graznidos y aleteos.

Al llegar a la casa, sacó el viejo la llave, abrió la puerta y dio la orden de que nadie entrase.

—Todavía mando... —dijo, sin alzar la voz—. Algo me queda por hacer, antes de que lo vuestro sea vuestro.

Entró y cerró por dentro.

Todos permanecieron a la expectativa. Las hijas con la mirada húmeda, los yernos sin salir de su asombro.

Le escucharon subir las escaleras, luego un silencio que retumbaba en el interior de la casa como pudiera hacerlo el eco de su vacío. La tarde acompañaba aquel

silencio. También retumbaba la ausencia en las Hectáreas, y nada se movía.

Se abrió la puerta. Ibro Marzal asomó desnudo. Por un instante pareció dudar, como si su desnudez insuflara un pudor invencible, pero en seguida salió, haciendo un visible esfuerzo por mantenerse tan altivo como si vistiera sus mejores galas.

Las lágrimas de las hijas se convirtieron en un llanto amargo. Los yernos quedaron aterrados.

Ibro caminó hasta la Hectárea más cercana, se arrodilló en la tierra, comenzó a rezar. Nadie hizo nada, todos aguardaron hasta que, al cabo de un rato, se incorporó y regresó a la casa.

—Dios merienda pero no cena y el alma ayuna lo que el cuerpo necesita... — dijo.

Supe que Ana se había casado con Gabilo.

Habían pasado muchos meses y no había vuelto a Medil. En el Casino de Anterna hacía mucho tiempo que Ibro no era tema de conversación. La figura del viejo se apropiaba de esa sombra de olvido que corresponde al que se está despidiendo de la vida. Posiblemente había contribuido a ello, anticipando tantas cosas. La torre humana se desvencijaba en el lógico proceso de derrumbe que auspiciaba, mejor que nada, la resignación.

Lo cierto es que no le reconocí cuando volví a verle. Tampoco él debió reconocerme. Habían pasado muchos meses, como digo. Cerca de Los Confines, en el Camino de Lises, había un anciano sentado en una piedra.

Tenía a Mensa con la pata mala, y echaba la mañana por los caminos sin demasiada urgencia.

El anciano no se movía. Cuando pasé a su lado, me detuve. No le reconocí. Tal vez la barba hirsuta y muy crecida, el pelo revuelto, la cabeza caída, un espesor de huesos bajo los andrajos, me despistaron. Dudé un segundo, le di los buenos días y seguí caminando.

Era un ser quebrado al que los años empozaban en la miseria, acaso un mendigo.

—Así de penoso resulta... —comenzaría Abel Sera, todavía muchos meses más tarde, cuando del destino de Ibro todo el mundo estaba enterado.

—Yo lo dije claramente... —recordaba Orestes—. Una equivocación como la copa de un pino. El huésped de lujo acaba siendo un engorro.

—Lo que pasa es que nadie quiere hablar más de la cuenta. Al fin y al cabo, de sus hijas se trata... —aseguró Máximo Toral, que nos acompañaba aquella tarde en el Casino—. Ni una ni otra se hacen cargo como deben y la gente a lo más que llega es a darle un plato de lentejas al pobre Ibro. Además, el día menos pensado hay una desgracia.

Le recordé sentado en la piedra. También le recordé una tarde por la Hemina de Lepro. El anciano era ciertamente un mendigo que arrastraba los pies y alzaba los brazos como para aliviarse de algún dolor de espalda. Quise saludarle, él levantó la mano sin detenerse.

—Con Dios... —dijo.

Hubo una desgracia que fácilmente pudo acabar en tragedia. Una noche se incendió una vieja cuadra en Morama. Era un establo medio abandonado que apenas se usaba para meter algo de hierba.

Fue un incendio voraz. El abandono, la antigüedad de las mamposterías, la hierba, los escombros, facilitaban que ardiese como la yesca. La gente del pueblo hizo lo que pudo, más bien poco, para sofocar el incendio. En realidad, casi se limitaron a evitar que se extendiese y pusiera en peligro las casas cercanas.

El problema surgió cuando, de pronto, se supo que había alguien dentro. Alguna voz, una llamada. No era posible entrar. Las llamas devoraban la parte baja, donde el incendio habría comenzado.

—Arriba, arriba... —dijo alguien, indicando el tejado.

Había un hombre que había sido capaz de salir por uno de los huecos y que, con mucho esfuerzo, se sujetaba en las tejas que empezaban a caer.

—Una escalera, una escalera... —pidieron todos los que apreciaban cómo iba perdiendo el equilibrio.

Sujetaron la escalera y lograron bajarlo. Las llamas ya asomaban en la techumbre.

—Es Ibro... —dijo la primera mujer que lo reconoció.

El anciano estaba chamuscado. Le quitaron los andrajos, le vaciaron un cubo de agua encima.

—Dice Dios... —exclamó Ibro, y todos quedaron quietos y asustados ante aquella voz ronca y admonitoria— que el que meriende no debe cenar, así ayuna el alma lo que el cuerpo necesita.

—Quiere decir que tiene hambre... —aseguró otra mujer—. Traerlo a mi casa que, antes que nada, hay que darle un caldo.

Ana y Eridia recogieron a su padre. A la larga, fue la pequeña quien se quedó con él. El sastre acabó siendo más comprensivo que Silio Adal, que jamás le dirigió la palabra.

Todavía vivió tres años y, cuando en el Casino de Anterna, alguien lo mencionaba, Orestes Leva siempre decía:

—El jodido Pájaro de Luto.

Está enterrado en el Argañal. Fue un sepelio muy concurrido, pero nadie en Celama dio el pésame a la familia.

Lo contaba Aurelio Oceda, en el Casino de Santa Ula, y hacía especial mención a que había sucedido mucho tiempo atrás y que todos sus protagonistas estaban muertos.

Como era una historia de infidelidades y secretos, quiero decir una historia extremadamente privada, donde los datos objetivos tenían menos interés que los subjetivos, ninguno de los presentes quiso entenderla con las escuetas palabras de Aurelio, todos pusimos nuestro grano de arena, por decirlo de algún modo.

—Había una mujer en El Cedar que se llamaba Libra. Estaba casada con Claudino, tenían tres hijos. Menos Hectáreas de las precisas, pero la fuerza de voluntad suficiente para no arredrarse por nada. Todo lo que pudieran trabajar, lo trabajaban. Del Cedar a Piélagro hay seis kilómetros. Hectáreas de uno y otro término se mezclan, las fronteras de Celama, ya se sabe, las inventan los hombres, nunca la tierra, lo que es propiedad es límite de cada uno, los términos se confunden como Dios confundió la Creación en su conjunto, si entendemos que la misma es una totalidad.

—No te vayas por las ramas.

—¿Cómo habría de irme...? Estoy hablando de Libra y de Claudino. También tengo que hacerlo de Hortensia y Golo que vivían en Piélagro, seis kilómetros como bien se sabe. Eso de las Hectáreas concomitantes, que es una palabra que me gusta de veras, hace que, un día y otro, haya que trabajarlas, cada cual la suya, cada uno a lo propio. Y nada pasa, Dios nos libre, la vida siempre fue así. Otra cosa es que el destino proveyera, y que esta vez la disposición de las Hectáreas posibilite la disposición de las personas.

—Al grano.

—Mejor no lo sé contar. Voy a imaginarme cualquier día, pongamos primavera. Estamos, como quien dice, con las primeras labores. Vino Libra a la Hectárea, ¿qué pensaría, qué podría pasarle a esta mujer...?

Si es lo que dice mi madre, pura desazón, si de veras es eso, poco tiene que ver. Si de veras lo fuese, pero no lo comprendo. Esos niños me atan y me dan miedo, no soy capaz, ni tiempo ni paciencia, juntos y tan seguidos. Serán los nervios. Le miro y callo, bien sabe Dios todo lo que callo, lo que me queda dentro, porque este hombre no me entiende, nunca supimos entendernos, si de veras vivir juntos ya arreglase las cosas, pero no es eso ¿qué habría de ser...? Voy a cansarme, me mato viva que es lo que más me reconforta, mientras más cansada, mejor...

—De Piélagro venía Golo, ya lo dije. Venía a la Hectárea, una mañana y otra. Más o menos a Golo y Hortensia, que era su mujer, les pasaba lo mismo que a Libra y Claudino, en lo que a trabajar se refiere. La diferencia es que Hortensia y Golo no tenían hijos. No tenerlos no es ningún regalo, sobre todo cuando te dicen que no los vas a tener por mucho que te empeñes. Que los hijos sean o no un seguro de vida, no está del todo claro, pero en Celama sabemos que los hijos son manos que vienen, bocas también...

—Te enredas.

—Ni lo penséis. Golo en lo suyo, Libra en lo de ella. Era buen mozo, puedo jurarlo. De Libra no digo nada, jamás me gustó valorar la mujer ajena. Ya sigo, ya sigo, no me voy por las ramas, no seáis pesados. La cosa es clara. No vamos a achacarlo a las Hectáreas concomitantes, lo haremos al destino, a la vida misma. Golo estaba allí aquella mañana, como tantas otras.

Ya viene. La pena de los ojos, mira que es triste, mira que es apañada. Esa pena dichosa. No la recordaba. Es curioso que en tan pocos kilómetros, jamás llegase a fijarme. ¿Qué le pasará...? Él no me gusta un pelo, de los que apenas miran y saludan, un pelo. Aguantas lo que hay en casa, te conformas ¿qué remedio...? Soy un hombre resignado. Me mato vivo y no puedo decir que Hortensia no se mate. Nos matamos y moriremos así, es lo que había. Ahora se quita el pañuelo, me va a mirar, voy a mirarla...

—Desde luego, lo que no voy a hacer es meterme en camisa de once varas. ¿Cómo empiezan estos asuntos? Algo propicio tiene que haber, la ocasión la pintan calva. Nadie estaba presente y, además, querer contarlo todo, querer contar lo que se adivina es un disparate, se cuenta lo que se sabe y hasta donde se sabe, y ya es suficiente. Hay en Celama mucho vicio de contar y no deja de ser raro que esto pase en una tierra donde no abunda precisamente la imaginación...

—Corta, por Dios.

—Corto, corto. En los líos de matrimonios a mí no me gusta hablar de amor, soy así de antiguo. Me parece mejor hablar de pasión, de arrebató, de ceguera. Aunque no sé si, tal como se desarrolla esta historia, no será exagerado. Libra y Golo trabajando todo el día, no es el mejor ambiente. De sobra sabemos los presentes lo que dan de sí las Hectáreas. Bueno, amor o lo que fuese. El caso es que se liaron, lo digo de este modo. Ya advertí: las Hectáreas concomitantes, las personas con igual disposición. Otro dato de la historia, es el de la tierra muerta que también hacía frontera con las Hectáreas de uno y otro, al Norte de las mismas. Hubo un barcillar, había un chozo medio derruido. La tierra muerta mal acompaña, ¿pero qué le queda al pobre si no es

la mortandad hasta para el uso de sus pecados...?

—No digas nada.

—Sólo quiero verte.

—Así tampoco.

—No hay otra manera.

—Un día podemos ir a Olencia.

—Difícil.

—El mayor disparate, Golo. Lo peor que pudo pasarnos.

—Mayor felicidad nunca tuve.

—Querría morirme.

—Conmigo.

—No lo hagas.

—Otra vez, por favor, por Dios.

—Esta parte de la historia dura la primavera y el verano. Bueno, el verano cada vez más complicado. Son muchos los días que a Libra acompaña Claudino y a Golo Hortensia. Y hay veces, porque no hay cosa más arriesgada que el amor, que Golo y Libra encuentran un instante en la cabecera de las Hectáreas, o un tiempo peligroso para acercarse al chozo. La dicha es más intensa cuando está a punto de echarse a perder, no hay placer como el fugitivo, los amantes son como los ciegos cuando el celo los vence: pierden la conciencia de lo que hay al lado, o la sacrifican, que todavía es peor.

—No divagues, Aurelio. De eso tú no sabes nada.

—Sé lo que viene, que es lo que casi siempre pasa. Es Hortensia la que tiene las primeras dudas, las primeras sospechas. Una mujer no vive en vano con un hombre. De los presentes, los casados ya saben a lo que me refiero.

—Estamos casados o viudos todos, menos Quintín.

—Quintín es como si lo estuviera. Nadie se la menea más en Celama.

—Sobran las bromas, y más las sucias. Quintín, vete a decirle a Tarso que traiga otras copas, y echa una partida de billar a beneficio de inventario. ¿Por dónde iba? Hortensia sospechó, es verdad. Y no tarda en percatarse de que la querencia de Galo por aquellas Hectáreas es mucho más viva que nunca lo fue, un día y otro a ellas quiere ir a trabajar, en detrimento de las demás que tienen en renta, donde a ella le toca. ¿Qué hace una mujer en tales circunstancias? Hace lo que menos debe, lo más penoso de todo: seguir al marido, espiarlo.

—Igual que el marido, Aurelio, no hay diferencia.

—Fue y lo confirmé. No el primer día, pero sí el quinto, porque no hay quinto bueno.

Dios, Dios, Dios, ésta es la mayor miseria, haber no hay otra. La mayor, la más grande. Me dicen que enfermó sin solución, y no lo comparo. Me dicen que yo misma estoy en las últimas, y bendito sea. ¿Cómo puede ser, cómo me puede pasar esto, con qué clase de hombre fui a engañarme? Dios, Dios, Dios, la vida echada a perder, la vergüenza de lo que somos y fuimos. Y esa mujer, esa madre de sus hijos, valiente madre, valiente esposa. Cualquier pozo me valdría, si mereciera la pena, pero no la merece. ¿Cómo voy a decirlo, a quién se lo digo...? Una vida echada a perder, un matrimonio, un cariño que jamás existiría...

—Claudino igual. Seguro que la sospecha fue más evidente, un hombre es menos sutil, pero Claudino no era hombre de excesivo carácter, tenía de silencioso lo que tenía de resignado, y me refiero a la resignación que infunde este empeño de vivir que es propio de los seres humanos.

—Si sigues por ahí, desbarras.

—Era para advertir que Claudino estaba abocado más a la desgracia que a la indignación, si se puede comprender así. No era un hombre violento, de los que matan al amante, a la mujer y, luego, a sí mismos. Era de los que, de hacerlo, empezarían por él. Esto explica lo que viene luego. En cualquier caso, el corazón de ese hombre sangraba como lo hubiera hecho el de cualquiera.

No es la que era, no es posible, no es ella, algo la cambió para trastornarla. ¿Qué podría haber de culpa, por mi parte? La madre de mis hijos, lo que llevamos pasando juntos, ¿qué locura, qué torpeza? A él siempre lo vi como un hombre altanero, joven y ajeno. Está en la Hectárea como si lo bendijera Dios, y es tan esclavo como yo mismo. ¿Iba a inculparlo? En ella me fijó, en nadie más, el engaño es suyo. La habré perdido, con las artimañas que tenga, de las que ni siquiera logro hacerme una idea, pero no reparo, lo que me compete es esta maldad que de ella viene, la traición de todo lo que pudimos querer juntos. Acaso el trabajo, tanto bregar y, al fin, los hijos seguidos, se desmanda, yo no logro pensar en todo, hay tanto que hacer...

—Con igual sospecha, cada uno por el conducto preferido, Claudino y Hortensia llegaron al mismo resultado. Los engañaban Libra y Golo. La sospecha la confirmaron de la misma manera, sólo había, como ya dije, que seguirles. Uno desde El Cedar, la otra desde Piélagro, a las Hectáreas concomitantes y al mismo chozo, donde los amantes tenían su reserva. Los vieron un día, los vieron otro. Hay algo que siempre funciona igual en esta clase de amor desvariado, aunque ya dije que no me gusta llamarla amor, mejor pasión o arrebató o ceguera. Se ama a muerte, se ama para

morir.

—Explícate, Aurelio, que ahora da la impresión de que quieres subirte a la parra.

—Claro que me explico, otra cosa es que lo entendáis, porque lo que se ansía fuera del común de las cosas, sacado de quicio, no lo comprende cualquiera. Se trata de que la pasión urge como nada, es fuego y, en tal sentido, no tiene tiempo, devora, consume. Los amantes se aman y se matan.

—Te pasas.

—Ni un milímetro. Nada tienen, nada les pertenece, todo lo suyo es robado. Lo que cuenta es el momento, el instante. Esperanzas pocas, mañana vete a saber...

—No puedo, no me lo pidas.

—Matarme.

—Junto a ti.

—No me logro saciar.

—Jamás de esa manera.

—Así, así.

—Acabas conmigo.

—Acabamos, Libra.

—Dios, me abrasas.

—Dímelo, dímelo.

—¿Qué quieres...?

—Dilo.

—Por detrás...

—Nada se dicen, pero se ven. De suyo, ya el primer día se vieron. Venía Hortensia por el Camino Ladar, que une el Sur de las Hectáreas entre uno y otro pueblo. Venía Claudino por la misma senda, lógicamente en dirección contraria. Se pasaron, sin mirarse y, sin embargo, iban a lo mismo. Esto sucede varias veces. Uno dice: la pobre. Otro dice: el pobre. Convengamos que así es la vida. El mundo es un pañuelo, ya se le puede ocurrir a cualquiera que Celama es el universo mundo porque los hay que, como jamás salieron de ella, tienen la impresión de que es el universo. Hay que viajar para darse cuenta de que no es así. El mundo, una barbaridad.

—Sujétate, Aurelio, por lo que más quieras.

—Es que hay de Celama una idea errada. Esto, en la totalidad, apenas un punto diminuto, no voy a decir un sello de correos. Supongo que se cruzaron varias veces. Ahora olvidaros del chozo, de lo que allí pasaba.

—¿Cómo vamos a olvidarnos? Lo cuentas de una manera que Quintín sólo hace que entrar y salir de donde no debe. Se la debe estar pelando.

—Hablo para personas formadas, no para adolescentes con granos. Esto es lo que

más me gusta de la historia. Este momento, este pasaje. Claudino y Hortensia, dos almas en pena, dos seres humillados. ¿Qué pensarían el uno del otro...?

Dios, Dios, Dios, la cara que tiene, los ojos, la vista, sufre como yo sufro, qué pena, qué desgracia. Un hombre como él, callado, silencioso, ¿dónde mete el orgullo, dónde lo guarda? No se ven seres humanos en estas condiciones, y esa humedad en los ojos con que me miró al pasar...

Así de triste, así de hundida, tan curiosa, tan guapa, tan joven. ¿Qué hizo ella para que él la tratara de este modo? Es casi una chica y no recuperará lo que perdió, esta desgracia con que me mira y la miro, la veo, le limpiaría la lágrima que tiene en el ojo, tan mala suerte...

—Ya no queda mucho, pero no me metáis prisa. A veces la verdad de la vida es así de sencilla, lo mismo en Celama que en Asunción, capital del Paraguay donde emigró mi tío Verando, y si te he visto no me acuerdo. Debió ser a la tercera, que es cuando va la vencida, cuando, al pasar, le dijo Claudino: ¿Es usted Hortensia...? Y ella le respondió: ¿Y tú eres Claudino...? Bien sabían ambos que eran ellos, no en vano bregaban juntos aquella desgracia, aquella afrenta. Se habían observado aguardando la confirmación en la lejanía, un día y otro, por donde las personas se esconden, para evitar que las vean los que de veras tienen razones para esconderse. Dos merodeadores, que más parecen dos extraviados. Nada se confesaron, que se sepa. Supongo que el secreto estaba suficientemente compartido como para que hubiera que mentarlo. La desgracia une, la humillación no digamos. La humillación es la mayor fuente que existe de solidaridad, de confianza.

—Aurelio...

—La pasión, el arrebató, la ceguera, son flores de un día. Me muero, te mato, me consumo, no me dejes, ahí te quedas. ¿Qué les pudo durar? Como lo que de veras me gusta es la historia de amor propiamente dicha, no haré recuento. Allá ellos. Alguien en El Cedar se acordará de Libra, alguien en Piélagro de Golo. Todos, ya dije, unos y otros, no son de este mundo, murieron hace mucho. La tumba de los amantes no es la misma, la de los otros sí, cada cual se empeñaría en su recuerdo. Tiempo pasó más del que se quiera. Hortensia y Claudino tuvieron los hijos que Dios les dio, bastantes por cierto. Y ya advertí que en Celama los hijos son brazos, aunque también sean bocas.

Al Oeste de Celama nacieron los dioses o, al menos, está el Olimpo de los únicos que se conocieron. Raro Olimpo de dioses astures, cuyos improbables nombres figuran en inscripciones votivas.

Ese monte sagrado del Oeste, a muchos kilómetros del Territorio, asoma, en los días claros, su cresta solemne y esquiva que, con más frecuencia, velan las brumas y que, en los inviernos luminosos, brilla cuando puede con el mármol de la nieve en el resol de su hermosa divinidad.

A los dioses no hay mucha afición en Celama. Las inscripciones votivas que los mencionan son precarias. Las lápidas más numerosas son romanas y hablan de augures que yacen con la única pretensión de que la tierra les sea ligera y benigna.

Algunas necrópolis se exhuman cuando se novela un terreno, algunas tan misteriosas como las de El Carbal, donde aparecieron treinta y dos tumbas, distribuidas en hileras regulares, y sepulturas hechas de lajas de canto rodado sobre el suelo de aluvi6n, tapadas luego con losas, en la orientaci6n de las l6neas solsticiales. Los cuerpos enterrados eran todos de peque1a estatura, tan s6lo uno de ni1o, siendo de mampostería su sepulcro. Y no había restos de ajuar ni material alguno, nada que involucrara la memoria del difunto. Muchos restos se deshicieron al entrar en contacto con el aire, otros se dispersaron sin conocimiento, con la misma tenacidad con que alimenta el abandono el olvido de los antepasados, fuesen quienes fuesen.

Pero los dioses nacieron al Oeste, y también al Oeste nació la diosa que tanto habría de trastornar la imaginaci6n de Celama, si entendemos que esa imaginaci6n alimenta el deseo y la fantasía de quienes no podrían venerarla. Nació en Urz, que es casi como decir que nació en el mismo Olimpo, ladera abajo del mismo, donde las aldeas apenas eran huellas diseminadas de viejas caba1as que buscaban el llano.

Es muy larga la discusi6n sobre el origen de la diosa, mayor todavía sobre su destino. Tantas versiones y tan contradictorias han logrado que, a veces, su memoria se difumine por aburrimiento, sobre todo cuando los a1os, ya no se sabe si los siglos, echan tierra al patrimonio de esa locura com6n que insuflaba los malos pensamientos, el anhelo de la adoraci6n y la consabida desdicha.

Brodio sostenía la versi6n m6s estricta de la divinidad, también la m6s disparatada. Brodio era pastor en Dalga pero no tenía antecedentes parameses.

—De la tierra del dios Tileno, si se me apura, de donde ella... —declaraba—. Y tal mujer no vino a la tierra como hija espuria del dios que la mand6 a freír gárgaras, sino como diosa propiamente dicha, si por tal entendemos la que un dios engendr6.

—El t6rmino hay que aclararlo... —le decían sus detractores— para que no haya contradicci6n. ¿Diosa o mujer?

—Diosa. Diosa completa de la divinidad más esmerada. Diosa verdadera, auténtica como el más puro manantial.

—Y luego mujer, en lo que aquí entendemos que como tal se recuerda, encarnada o transformada o echada a perder en su deidad, que diría don Palomino.

—Nada de eso... —aseguraba Brodio, ya casi indignado—. Ni se encarna, ni se transforma ni se transmuta. Mujer de apariencia, para que los mortales pudiesen verla y conversar. El fluido de una diosa mata a un mortal a la primera de cambio, y hay que paliarlo para evitar la catástrofe. Se evita con la apariencia. La mujer es entonces el remedo de la diosa, pero sin que la diosa deje de serlo.

—Andas todo el día al sol con las ovejas y se te reblandecen las meninges, Brodio... —le decían los que más le despreciaban—. Es un cuento chino.

—Yo tengo esta fe... —aseguraba el pastor—. El que tenga otra, que la defienda o la guarde. Pido respeto para la mía. A fin de cuentas, la diosa nació a cuatro millas de mi pueblo. De Urz era también mi tío Atanasio.

—¿Y se echó a perder o es que le iba la marcha, cómo demonios una diosa pudo caer tan bajo...?

—Ahora tocamos un asunto más peliagudo, pero ante todo conviene saber que diosas y dioses se rigen por otros mandamientos, tienen otras moralidades, muy distintas a las de los humanos. El Olimpo no es la Plaza de Santa Ula.

—¿Diosa de la vida...? —inquirió con mucha sorna el más atrevido.

—La comparación no es buena... —opinó Brodio—. La vida como tal le está vedada a cualquier dios, a cualquier diosa. La apariencia es para ellos un juego. Jugando corteja la diosa a los hombres, que en ella imaginan la mujer y no deja de ser un sueño, una banalidad. Humo de pajas. No podéis imaginaros lo que de todos se habrá reído.

Alma Lira era el nombre de la diosa cuando era mujer. Birgal, que traficaba enseres y era de los habituales en la Taberna de Remielgo, mantenía la tesis contraria a la divinidad, aunque su tesis no estaba exenta de un componente de adoración que le hacía radicalizar las apreciaciones tan irracionalmente como Brodio.

—Digo mujer, debiera decir hembra... —aseguraba—. Lo de mujer queda corto, no da la medida exacta. Lo de hembra se contrapone mejor a diosa, que sostiene el pastor de Dalga. Nada divino, todo humano, pero humano con el esplendor de la humanidad más pródiga y, a la vez, prodigiosa. Tampoco hay acuerdo con el nacimiento en Urz, la susodicha aldea no está comprobada. Que fuese conocida con aquel sobrenombre de batalla que todos sabemos, no lo justifica. En determinados ambientes, hay costumbre de cambiar la identidad y la ubicación. ¿No lo hacen en ocasiones las mismísimas monjas de clausura...?

—Alma Lira tampoco parece un nombre... —opinó alguien—. A no ser que se trate de una música o de una bailarina.

—Hay que hacerse a la idea de que no estamos en el Territorio, ni siquiera en la Provincia. Estamos en Madrid, estamos en Barcelona, estamos en París, estamos en Berlín. Alma Lira aquí te suena a chino, pero en esas capitales suena a lujo, a misterio, a pecado, a lo que tiene que sonar. Era su nombre para los pasaportes y las misivas. También para la intimidad de las personalidades que con ella trataran. ¿De Urz...? El pastor arrima el ascua a la sardina porque por esos pueblos nada hay que rascar, ni centeno siquiera.

—¿Y lo de diosa...?

—Diosa, diva, vestal, maneras de nombrar lo que tanta admiración causa. Mujer, hembra de rompe y rasga. ¿Qué diosa ni qué ocho cuartos...? Y más os digo: de aquí, del Páramo, de Celama. La embajadora mundial de la esencia de esta tierra, entendiéndola en la embajada los secretos del placer, la vida galante, los amoríos de alto copete. Una hija del Territorio.

—Eso parece menos probable que lo que cuenta Brodio. Al fin, una diosa es una figuración y nada más, cada cual la imagina de su pueblo y a nadie perjudica, pero una persona de tal rango...

—Hay cartas, hay correspondencia. Escribe un ministro, un chambelán, un káiser, igual escribe un cardenal o un pachá o el Papa de Roma. Ella es mundial porque se puso el mundo por montera. Mayor fama nadie pudo darnos.

—¿De qué pueblo...? —quiso saber el más interesado.

Birgal hablaba, apostado en la esquina del mostrador.

—¿Cuál es el tuyo...?

—Vallarimo.

—No hubo suerte.

—No era de aquí... —dijo otro, convencido—. Lo único en lo que el pastor tiene razón, es que era de Urz.

—Voy a decíroslo... —decidió el traficante— pero antes llena los vasos Tamarilo, y todos brindamos por ella.

Brindaron.

—De Pobladura, mal que os pese. Allí nacimos lo poco que merece la pena de esta tierra mendiga.

En mis primeros años en Celama iba algunas veces, pocas, con Lolo Albado a la Casa de Trepidación en Olencia. Un lupanar decadente que ya estaba en las últimas, pues cerró no mucho después.

Con ese nombre agitado se conocía una vieja Casa que tuvo su esplendor en la ferias de Olencia y cuando el Casino, que siempre celebró unos afamados Juegos Florales, apadrinaba las más sonadas timbas de la Provincia.

Fue un esplendor avalado por la discreción y la materia prima, pues la madama, doña Bisquet, era una catalana muy sabihonda y refinada, que mantenía excelentes

relaciones comerciales con el puterío de lujo de medio país. En fechas señaladas, y en conmemoraciones a convenir, el ramillete de pupilas, en su gran mayoría pasajeras, pues las estables cumplían un trámite de mera confianza, variaba con sofisticado exotismo y, en alguna ocasión, los más caprichosos, que venían de Ordial, de Armenta, de la Castilla profunda y el Norte minero, abogados, ingenieros, tratantes, industriales, lograban alguna artista de renombre, acaso un poco ajada o en trance de abandonar el escenario, pero de renombre.

Lolo era putero, lo había sido toda la vida, lo fue hasta un mes antes de la muerte. Yo me dejaba llevar. La verdad es que el decadente lupanar que, de los antiguos esplendores, apenas conservaba higiene y discreción, con pupilas fijas, más lánguidas y aburridas de lo preciso, tenía un particular encanto. Otras experiencias, más lejanas y lujosas, a las que Lolo era adicto, nunca me interesaron.

La antigua Casa de Trepidación estaba ahora regentada por una teórica sobrina de doña Bisquet, que se había retirado hacía mucho tiempo y había regresado al pueblecito ampurdanés de sus orígenes. Se llamaba Mariola, tenía una edad difícil de calcular, esa edad socarrada que da el oficio, en la que en la juventud se aparenta la madurez y en la madurez una juventud desaliñada y rota. Era muy simpática y tenía completa conciencia de que la Trepidación tocaba a su fin: las ferias de Olencia ya no eran lo que eran y en el Casino se jugaba a la brisca.

—Te la recomiendo, Ismael... —me había dicho Lolo Albado, la primera noche que le acompañé—. Es una experiencia. Hace tiempo que no ejerce pero, de cuando en cuando, sobre todo conmigo, se da un capricho. Si cuando la veas te decides, estás invitado.

Siempre le agradecí a Lolo aquel detalle. Lo que Mariola aportaba a la Trepidación era la antigüedad de su refinamiento, esa morosa idea que emparenta el sexo y el sueño, de modo que el placer que todos soñamos con la intensidad errática que el sueño infunde, es atrapado para hacerse real, para hacerse estricto, profundo y verdadero, y uno se venga así de los mil deseos incumplidos, de los frustrados despertares.

—Eres una diosa, Mariola... —le dije aquella noche, y reconozco que me salió del alma.

Mariola fumaba grifa.

—Ya te contaron el cuento de la diosa en Celama, poco tardaron en hacerlo.

La cierto es que nadie me lo había contado y fue Mariola quien lo hizo.

—Nadie la conoció, pero mi tía oyó hablar mucho de ella, no sólo aquí, en muchos sitios, ya te puedes figurar la carrera de una mujer de su casta y escuela, olfateando los *meublés* de todo el país con el fin de acabar poniendo el suyo. Alma se llamaba, Alma Lira si es que puede existir un nombre tan cursi, pero en la profesión se la conocía como Puteza de Urz, un nombre mucho más fuerte y verdadero. Debe ser cierto que tuvo fama, cama en las grandes Capitales, en las Cortes y las Repúblicas. Una puta refinada, exquisita, dueña de esa belleza que sólo podemos

tener las putas, lo que llaman la belleza manchada, que nada tiene que ver con una belleza sucia, y que tanto gusta a los hombres. En Celama algunos dicen que era una diosa: bajó del Olimpo, del Monte del Oeste, y tomó apariencia de mujer. Una Venus. Ya te irás enterando de cómo son en el Territorio, no en vano aquí en Olencia no los pueden ver.

Me olvidé de Puteza. Lolo aquella noche estaba más interesado en que le hablase de mi experiencia con Mariola.

—La experiencia de un profesional de la medicina, ahí es nada... —decía, satisfecho de su invitación.

Pero fue Lolo quien me contó lo que podía ser la verdadera y triste historia de una diosa errante.

En Remielgo habíamos escuchado, una vez más, las disquisiciones de Birgal y del pastor de Dalga.

El asunto de la diosa siempre interesaba, sobre todo cuando Telurio había servido más vasos de la cuenta, y los presentes luchaban denodadamente por bajar a los detalles.

—Ahora se trata de concretar... —decía uno— la cantidad de amor que Birgal atribuye a la hembra o Brodio a la diosa.

—No hay medida... —decía el pastor.

—Todo tiene medida en el mundo... —aseguraba otro, que no parecía dispuesto a que los contendientes rehuyeran la más ínfima curiosidad, habida cuenta del conocimiento que ambos presumían.

—Cantidad de amor, cantidad de amor... —se mofaba el traficante, molesto—. No seáis pusilánimes. Amor absoluto, fuera mujer o fuera diosa.

—Lo que se podía trajinar, absoluto o relativo, Birgal. Un ser de tal categoría, de esa entidad, sería sobrehumano aunque no fuera divino, que en la discusión no me meto. ¿Cuánto y de qué modo...? A ver si nos enteramos.

—La vida de Puteza... —dijo el pastor, paciente— no tiene en la tierra medida, tampoco contención. No hay normas y señales para regirla. ¿Cuánto...? Todo. ¿De qué modo...? Del que ningún humano pudiera figurarse, ni Jefes de Estado ni de Gobierno. La diosa arremete y arrebatata. No habría semen, fijaros bien lo que digo, esperma en el universo mundo.

—No lo habría, lo reconozco... —secundó Birgal—. Alma eligió el nombre en contraposición al cuerpo, para que se notara lo que puede despreciarse la herramienta de trabajo, la vil materia en contraste con el espíritu. ¿Y eso? diréis, porque no acabáis de enteraros: eso, porque es con el alma con lo que se ama y se mata amando, con el alma que gobierna el cuerpo. La estadística de los que murieron en su cama no se puede hacer pública. Algunos países tendrían serios problemas, algunas monarquías se vendrían a pique, las propia finanzas internacionales, vete a saber...

—Ahora va a resultar que era una asesina... —comentó desinteresado Telurio, que no dejaba de servir.

—No hay sangre en el amor... —afirmó Brodio—. El hombre se electrocuta, por decirlo de algún modo. En eso estamos de acuerdo Birgal y yo. Mata el abrazo de la diosa, mata el de la mujer. Mujer más mortífera que Venus no se conoce. Electrocutación o asfixia.

Los disparates habían llegado más lejos que nunca.

De Remielgo, Birgal y Brodio salieron por pies en más de una ocasión.

Era una noche clara. Lolo y yo caminábamos sin rumbo. En algunas ocasiones, en esas noches de luna y tempero en que el silencio hace sentir el somnoliento latido de la tierra, callábamos, quedábamos quietos un rato, volvíamos a andar. Fue en uno de esos momentos, tiempo después, cuando por vez primera Lolo me habló del presentimiento de la muerte, de esa muerte que heredaba la fragilidad coronaria de la familia y que, al fin, lo mató de sorpresa.

Habíamos llegado a los pagos comunales del Cindio.

El antiguo cementerio, con sus paredes de adobe medio derruidas, perdía su condición mortuoria, porque el relumbre lunar acentuaba esa otra condición de depósito submarino que emergía de las profundidades.

La noche y la luna eran cómplices en Celama para que la tierra conquistase el mar, como si las Hectáreas sufrieran los sobresaltos del agua en unas olas secas y arrebatadas. Podía entonces percibirse una superficie de vidrio alterado, y no era raro que algunas adolescentes soñaran en esas noches que perdían la virginidad en una playa extraña, sin que nadie estuviese con ellas.

No era una imagen que se contrapusiera a la del mar cereal, que se ondulaba con la mies en sazón al mediodía: se trataba de un mar verdadero que, aguzando el oído, podía escucharse, igual un rumor o un eco de sombras y arrecifes.

Las lápidas del Cindio tenían las huellas borrosas. Nos sentamos en una. Lolo rehuyó la tagarnina y lió uno de sus cigarros.

—Ahí la tienes... —me dijo, indicando con la cabeza una tumba de tierra, que alzaba su protuberancia entre un corro de piedras desordenadas.

En el cercano muro de adobe el palor hacía brillar la paja petrificada. El cementerio estaba sumido en una niebla de cristal.

—Alma, Puteza, Dolida... —nombró Lolo—. Dolida Fernández Garzán, ni de Urz ni del pueblo de ese cantamañanas de Birgal. De más cerca, de Orillo. Amiga y compañera de escuela de mi bisabuelo Nocero. Una niña inquieta y pobre, una chica avispada más tarde. Una diosa de la supervivencia, si alguna divinidad pudiera alcanzarse habiendo nacido aquí. No era normal que una chica se fuese de Celama en aquellos tiempos, no lo es aún. Para las mujeres no había emigración. Pero Dolida se marchó. Era guapa cuando todavía estaba desnutrida, más tarde debió convertirse en

una mujer espléndida. Aquí jamás volvieron a saber nada de ella. Lo que fue de su vida, la fama, algo de lo que cuentan esos dos tarambanas, proviene de las más contradictorias noticias. Se hizo llamar Alma Lira, es cierto, y también es verdad que en los grandes lupanares fue conocida como Puteza de Urz. Una mujer errante, de vida desarreglada, que anduvo medio mundo.

—¿Y yace aquí...? —inquirí, más incrédulo que extrañado.

—Sí, señor... —aseguró Lolo—. Pocos en Celama lo saben, pocos se enteraron. A mi bisabuelo lo citó un día un abogado de Ordial en su despacho. Una antigua amiga de la infancia, una señora ya muy mayor, le dijo, quiere pedirle un favor muy grande. Está muy enferma, hospitalizada en Armenta. Es una mujer de posibles, aclaró el abogado, y quiere verle, todo con mucha discreción: yo le acompañaría mañana a Aumenta, si está dispuesto. Mi bisabuelo Nocero lo estaba, fije un hombre parco pero bastante novelero. De aquélla ya estaba viudo. Fueron a Armenta. A Dolida no era posible reconocerla: lo que va de una niña a una anciana, con una vida tan agitada, es más de lo que se puede imaginar. Toldín Nocero dijo ella, sin embargo, cuando mi bisabuelo se acercó desconcertado a la cama, y nadie, absolutamente nadie, le había vuelto a llamar Toldín desde la escuela. Doli, musitó entonces él y no pudo contener las lágrimas. Mataste un pardal con el tirador, recordó ella, y me manchaste el mandil, y ésa fue la causa de que me dieran una tremenda panadera y de que empezara a pensar en irme. Matabas pájaros, Toldín. Vas a tener que arrepentirte de más cosas que yo...

Lolo alcanzaba con el pie la piedra más cercana de la tumba. En seguida nos dispusimos a ordenarlas.

—Dolida quería volver a Celama, quería que la enterraran en el Cindio, y ésa iba a ser la misión de su antiguo compañero de infancia: disponerlo todo y hacer que se cumpliera su voluntad con la mayor discreción, sin que nadie supiera que se trataba de ella. No fue difícil.

Cabalar una mula triste te convierte en un triste jinete, pero todas las mulas son tristes, no hay bichos de esta especie que alcancen otro destino que el de la pena de su existencia.

En esto Mensa no se distingue de los demás: mulas y machos son animales de igual condición, todos caracterizados por lo que la zootecnia determina como rasgos de su peculiar naturaleza, derivados del fundamental de todos ellos: el de su cualidad de híbridos.

Fueron muchos años cabalgando y gobernando los caminos con aquella mula de la que jamás supe la edad. Una estrecha relación de servicio y paciencia, que nunca motivó la correspondencia que suscitan los animales domésticos, también algunos animales del trabajo. Me refiero a un cierto sentimiento que hace surtir el afecto de la compañía, un punto común de comprensión que, por poco dado que uno sea al aprecio de los animales, más por incapacidad que por no disponer de una sensibilidad precisa, ahonda la convivencia, de modo que el tiempo y los caminos llenan las horas ciegas de esa compañía y suscitan, al menos, la lealtad y el agradecimiento.

De agradecimiento y lealtad se curtieron aquellos años, en que Mensa me trajo y me llevó donde fue necesario y hasta, en algunas ocasiones, supo respetar la intimidad dolida de algún liviano accidente que la discreción y el secreto debían vigilar. Pero posiblemente no hubo nada más. Estos extraños bichos son, también por naturaleza, ajenos a lo que tantos otros requieren y reclaman. La sumisión no solicita ninguna contrapartida, es como una condena sorda que nutre su existencia. No hay vivacidad, no existe ningún grado de expresión de la felicidad o el padecimiento, como mucho un espasmo de dolor, una respuesta nerviosa o alterada de algún misterioso sobresalto que parece fruto de un instinto errado, de una absurda percepción del peligro o el miedo.

De Mensa me caí más de una vez por mi culpa, por cabalar con la conciencia disipada, fuese por la razón que fuese, pero otras me tiró como efecto de un sobresalto nunca justificado.

La falta de vivacidad, del dinamismo que implica un sentido de la inteligencia animal, contribuye más que nada a la tristeza de estos bichos, amorfos y grandes, insensibles y adocenados, cuyo único instinto parece el determinado por la resignación y la paciencia, como si ése fuese el sello irremediable de su naturaleza: un destino de sometimiento que reconduce todos sus impulsos a la obediencia y a la humillación.

A Mensa la compré en Omares. Era el tónico ejemplar de la mula ciega atada a la noria. Ya de aquélla no tenía edad. El paisano que me la vendió valoró, sin querer engañarme, que era un bicho maduro y saludable, sin hematurias conocidas ni

mataduras visibles, un bicho limpio que podía cabalgarse sin miedo, conocedor del Territorio, experimentado en los trabajos de transporte, dedicado a la noria por necesidad y no sin cierto sentimiento de culpa por parte del dueño.

La había visto muchas veces y debo confesar que me daba pena. Algo distinguía a Mensa de otras mulas prisioneras, sujetas a la palanca, hechas a la rutina de su círculo mortal, con la careta que pudiese paliar su desazón y su extravío. Algo que Nubia percibió en seguida, después de afearme que hubiese comprado una mula tan antigua. Es noble, dijo, no le quepa duda, y la nobleza era un impagable don que sublimaba la docilidad. Noble y vieja, aseguró después, tan vieja como yo: está claro que a la hora de elegir compañía y servicio, prefirió la experiencia y la edad.

No son las mulas animales míticos, a no ser que para hacer justicia a ese anónimo patrimonio de desdicha y trabajo, se quiera enaltecer la aureola de su especie. Nadie lo intentó, que yo sepa, y no existe en Celama nada que ayude a ello. Seres anónimos que jamás ganaron fábula o leyenda, que ni siquiera se mencionan en ningún cuento que pueda escucharse en el Territorio. Nada hay que contar de las mulas.

La condición del híbrido parece la condición del extraño, en el sentido de la degradación, no del misterio. Producto de la yegua y el asno o de la burra y el caballo, híbrido en el sentido menos natural, menos predestinado, ya que las uniones entre las dos especies jamás son naturales, espontáneas, tienen que producirse por la intervención del hombre.

Ni mítico ni sagrado. La degradación no enaltece esa suma de especies, confunde interesadamente su destino: los productos provienen de un cálculo comercial, ningún caballo, ninguna yegua, tiene su resistencia física, la velocidad y la elegancia se contraponen a la capacidad de trabajo, a la estricta condición de animal de carga, sufrido, resistente a la sed, capaz de soportar los malos tratos que un caballo no aguantaría, y necesitado de una alimentación mucho más precaria y, como tal, más económica, a causa de una mayor aptitud digestiva para la celulosa.

En realidad, ésta ha sido una especie perseguida, históricamente perseguida, como si su condición precisara el castigo, como si su existencia y propagación supusieran una afrenta.

Las medidas encaminadas a fomentar la cría de équidos se aplicaron exclusivamente a la especie caballar, y las campañas en contra de la producción de híbridos se sustentaban en la idea de que su existencia perjudicaba esa cría. Alfonso X el Sabio, los Reyes Católicos, Felipe II, penaron severamente a quienes hicieran cubrir yeguas por garañones, y el Consejo de Castilla, en tiempos de Felipe III, extremó la persecución y las penas. No sólo se trataba de penas pecuniarias, que hasta podían ascender a veinte maravedises, también acarreaban con frecuencia el destierro perpetuo. Las mismas Cortes de Cádiz, en 1812, mantuvieron esa prohibición. Los obstáculos a la que ya se venía denominando industria mular, se

mantienen hasta 1869, cuando la industria se declara libre. La industria estaba teniendo el lógico desarrollo solapado, que los ganaderos mantenían porque existía una demanda de mercado que alzaba los precios, en general por encima del de los caballos.

Un destino avalado por la necesidad, el trabajo, el negocio. Ningún aval mitológico, ninguna aureola legendaria. Estos tristes animales laborales, encaminados a una existencia sin agrupación de raza, son estériles: machos fríos, de temperamento linfático, dueños de células sexuales deficientes, hembras infecundas.

Se dice que los primeros pudieron nacer en las regiones asiáticas situadas entre el Ganges y el litoral mediterráneo de Siria. También se menciona su existencia en Asiria, siempre con referencias tangenciales en alguna tradición. Se asegura que los hebreos conocieron el mulo que, a la vez, está citado en el Veda.

Estrabón los menciona y Herodoto cuenta que Cito mandó transportar agua en carros de cuatro ruedas tirados por mulos. Diodoro dice que Alejandro, después de haber tomado Persépolis, hizo venir de Babilonia y de Mesopotamia un gran número de mulos, de tiro y de carga.

Posiblemente Homero los confundió con los hemiones en *La Ilíada* y *La Odisea*, ya que tienen cierta semejanza, aunque Aristóteles los distinguió perfectamente en su *Historia de los Animales*.

La producción mular era floreciente en Roma, según los testimonios de Plinio y Columela, y César menciona a los híbridos tanto en las guerras de Galia como en la de España. También se entiende que en toda la Edad Media hubo una producción regular de mulos, sobre todo en países no muy alejados de la cuenca mediterránea.

No hay muchos datos para contabilizar la llegada del mulo a Celama. Es, desde luego, una llegada tardía que se inicia en el Sur del Territorio, al tiempo que se produce en otras comarcas de la Provincia, sobre todo desde que desaparecen los obstáculos oficiales y la industria se declara libre.

Mensa murió en la cuadra, vieja y achacosa, ulcerada a pesar de mis cuidados.

Un bicho de esta entidad muere con especial esfuerzo, como si la Naturaleza tan ingrata con su vida también lo fuera con su muerte, acaso porque estos solípedos enfrentan una muerte desorientada, ajena a la conciencia del acabamiento. Quiero decir que mueren con la negación que hace más dramático el impulso de la entrega, como si al final la sumisión no avalara ninguno de los latidos que irremediabilmente reconducen el estertor: una denodada lucha de inutilidad y esfuerzo.

Ta vez en ese trance, cuando el esfuerzo de morir es tan violento, porque parece que el instinto del híbrido no facilita la rendición, y la agonía suma las compulsiones musculares, el desorden fisiológico de tan tensa extenuación, es cuando más cruel

resulta la voz de este triste animal, que ni es dueño del relincho del caballo ni del rebuzno del asno, apenas de un ruido amorfo que, a veces, así le sucedió a Mensa al expirar, tiene algo de lamento irreal, feo, denigrado: la voz de un tosco dolor, de una sucia incompreensión.

Pelaje uniforme, a veces negro, a veces alazán encendido. Cabeza grande, voluminosa. Narices poco dilatadas. Arcadas orbitarias anchas y prominentes, orejas largas, vacilantes durante la marcha, raramente derechas. Cuello recto, casi horizontal, delgado, desprovisto de crines. Cruz baja, torso recto o convexo. Grupa estrecha, inclinada de cada lado. Costillares moderadamente arqueados, vientre amplio, cola desprovista de crines en su base. Órganos genitales voluminosos, con dos pezones bastante pronunciados en los lados del prepucio. Miembros secos, articulaciones derechas. Casco estrecho, aplanado lateralmente, talones altos. Castañas del antebrazo formando placas circulares, delgadas, las de los miembros posteriores, que faltan muy a menudo, el mismo aspecto pero más pequeñas. Este animal tiene una expresión poco inteligente y bastante sombría. Lleva la cabeza baja, las orejas inclinadas. No es apto para el trote ni otro servicio rápido. No tiene el relincho del caballo ni el rebuzno del asno. Su carácter es ruin. Su constitución nerviosa e irritable. Es sobrio, resistente a la fatiga y muy raramente enferma.

Así lo describe el fisiólogo Colin.

Ribera del Sela, viernes catorce de agosto, diecinueve treinta y cinco. En el lugar que llaman Cantonal, donde el río ensaya un recodo, se amansan las aguas, la chopera se espesa, y se extiende la pradera al borde mismo, casi rozando la superficie.

La carretera de Olencia cruza el río por el Puente de Amira y, sobre la melena de las choperas, que se adensa a uno y otro lado, con el resol multiplicando la plata verde de las hojas y los troncos, se adivina la raya mellada de las almenas de la Villa.

Ese mismo resol siembra la luz interna de la chopera, de modo que la plata vegetal se derrite o se transforma en un reflejo de espejos diminutos, enfrentados entre sí. Este efecto no dura mucho tiempo. Empieza a caer la tarde, los espejos se apagan. Será un trance lento, casi tanto como el que arrastra el oscurecer por el cristal del río, como si exhalaran las aguas un humo de lejanos incendios que no tiene otro camino para llegar que ese cristal por donde se desliza. Poco a poco el humo conquista las orillas, invade las riberas, se expande como un gas venenoso y sucio que sólo purificará la noche.

Pero esta tarde, a las diecinueve treinta y cinco, todavía resplandecen las aguas del Sela, el humo del oscurecer contendrá el luto de la jornada, será más negro, difícilmente la noche logrará purificarlo.

Son seis cadáveres tendidos en la ribera, uno al lado del otro, casi rozando con los pies la orilla.

Un orden extraño en su perfección, porque nada puede disonar más que esa perfección de la muerte que los iguala en su desnudez, como si los seis fuesen uno solo: doce piernas ligeramente abiertas, treinta dedos en los pies de ámbar, doce brazos caídos en la hierba, treinta dedos apenas separados en las manos moradas, un marfil lívido en las uñas muy crecidas, el pelo ralo y común de los pechos que apenas se distinguen por el mayor o menor hundimiento de los esternones, seis sexos flácidos, seis vientres hinchados.

En todos los cuerpos, la misma postración, lo que la muerte supone de desmoronamiento, con las meras variantes de rigidez que puedan remitir a la violencia y el tiempo con que se fueron ahogando, algún rasguño, todavía una extraña tensión muscular algo parecido a la desesperación de un gesto postrero.

El rescate fije complicado y el supuesto que se baraja es que, uno tras otro, cayeron en la trampa de salvar a los primeros que tuvieron dificultades, partiendo de la base de que ninguno de ellos sabía nadar. La juventud de Celama no sabe nadar. Las aguas del Sela, las aguas del Urgo en menor medida, se llevan, un verano y otro, a los más imprudentes. Seis de una vez, jamás había sucedido.

Lo menos común es el gesto, aunque las bocas abiertas ponen el mismo grito mudo en la línea frontal de su llamada. También los ojos, abiertos unos, cerrados otros, guardan la alineación de una paralela mirada vacía. El grito pudo ser de advertencia o auxilio, de terror también, cuando hubo conciencia de su inutilidad. En el vacío de la mirada está impresa la señal de ese límite en el que la ceguera de la muerte deja la huella de su enajenación.

Seis muertos seguidos, casi de la misma edad, que conforman ese muerto común que tanto impresiona al verlos, al contabilizarlos, un muerto numeroso que deja un hueco irremediable en tres pueblos del Territorio: Liso Semal y su primo Carbo Semal Olivo, de Hontasul, Aridio Gano, Ezequiel Moncedo, y Balto Urdiales, de Anterna, Cesidio Gómez Carima, de Omares. Ninguno había cumplido los dieciséis años, la diferencia de edad entre el más pequeño y el mayor era de cinco meses.

Celama se hunde en el luto nocturno.

Atravesar el Territorio en estas condiciones, con la carga de los muertos como la cosecha de la mayor desgracia, produce más desolación que dolor.

Del dolor se apropiaron inmediatamente las familias, que asumen el cadáver colectivo porque no se conforman con un pedazo de muerto y, además, porque la tragedia no puede fraccionarse y las lágrimas asociadas expresan mejor esa pena compartida en la que no hay la mínima fisura. Todas las muertes pertenecen a la misma muerte y suscitan un respeto terrible al destino que las provocó, también la convicción de que en su circunstancia los muertos invirtieron la desesperación de su amistad, unos y otros empeñados en que nadie conservara lo que no podrían mantener todos.

La desolación es el sentimiento de esa muchedumbre conmocionada que menudea saliendo a los caminos, que asoma a la carretera, que no aguanta en casa. Muchos llegarán a Santa Ula, donde se ha decidido que los muertos reposen en el Consistorio hasta el funeral y el entierro.

Las campanas de la iglesia de Santa Ula tocan a difunto. Todas las campanas del Páramo las secundan.

La noche del verano tiene la cúpula encendida porque las hogueras del horizonte no acaban de apagarse en el moroso declive de un sol extremadamente perezoso, que no logra enterrarse en su sima.

Después de tantos muertos, acaso sean estos muertos adolescentes los que más cautivan y predicán el aprecio de la muerte, los que la expresan con mayor dignidad, con mayor limpieza, con más claridad, si entendemos que la muerte es una irremediable contradicción.

Los muertos compungidos, avejentados, enfermos, recaban la suciedad de la misma, su fiebre, el sudor espeso de un extraño infortunio que no se entiende, que no se acepta. De pronto, la muerte ejerce su propio imperio y la vida se rinde ante su golpe, esa vida casi recién estrenada que las aguas anegan en los cuerpos, y la contradicción no puede ser más extrema ni acaso más hermosa.

Los frutos cayeron antes de tiempo, sin madurez ni podredumbre. El agua que vivifica, fije el aliado de su devastación. Morir por el agua en el seco irredento, donde el agua es tan costosa que apenas aflora con el más denodado esfuerzo.

Cuando cesan las campanas, el luto de la Llanura apenas se raya con el polvo de las estrellas fugaces. Será una noche de aflicción sin sueño, una noche mortal, inquieta, silenciosa, con el eco de Celama sonando como el murmullo de un misterioso manantial.

Resto de humo y desazón, la Hectárea brilló un instante, la cabeza morena del centeno en el mar que la brisa mueve como una seda oscura, todas las gramíneas hacen un mar parecido, pero el cascabillo distingue el grano de oro de mayor aspereza con la arista más pronunciada, el grano que oscurece en la seda rociada por el viento que me hizo rebullir en el sueño, ese abismo inquieto de mies depauperada, de trémula paja que ondea bajo la nube sucia, lo que estalla puede ser la brasa de otro sueño anterior, suspendido un instante, continuado luego, de modo que su rescoldo salpica este campo también dormido, dorado en su madurez de agosto, y es el estallido lo que provoca la llama diminuta que, en un instante, arrasa la melena del cereal como un fulgor que devastara el mar de las gramíneas, filo de una navaja que siega vertiginosa con el fuego en vez del acero, el humo negro sobrelleva el instante de la llama, ampara un segundo la voracidad de la incisiva hoz que no necesitó de ningún esfuerzo, apenas esta desazón que el durmiente percibe como una tregua, ya que el propio sueño podía resultar más despiadado, mi madre estaba en el corral, el aire levantaba su camisón, volaban los cabellos blancos y algunos se desgajaban de su cabeza como las hojas de un árbol que no derrotó el otoño y vence el invierno, siempre más inmisericorde, ¿qué podía hacer allí?, estremecida en la desnudez de la noche, un viento helado, aquellas piernas tan flacas y ajenas a lo que hubiera sido su juventud, cuando la piel también brillaba como la seda del centeno antes del fuego, antes de que las estaciones arrasasen todo su cuerpo, la edad y la enfermedad que encadena el destino de esa pobre mujer que ya murió, ¿será una aparición?, he visto la bandada de tordos volando hacia el extremo contrario de las llamas, no pueden hacerlo en el sueño de esa manera, contumaces y apacibles, con ese criterio de las aves que sólo persiguen el fruto o el insecto, yo mismo volaba con parecida intención para no acabar viendo a mi madre derrumbada en el corral, ya sin cabello en la cabeza, el camisón sobre las rodillas, las piernas heladas y sucias, manchadas por la ceniza, hasta que el último pájaro se aleja de la bandada y merodea en la hoguera, una rara fijación que también yo siento, voy a caer en la sima del fuego, me abrasa la esquirla de la espiga que estalló, es un humo negro, seco, un paño de luto atado en la cabeza de Anunciación Desante, un paño ahora húmedo que quiere disimular la alopecia, esas ronchas de incierta calvicie que adelantan el llanto antes de que ella descubra la tiña, si sus ojos son los de mi madre, ya caída en el corral, los cabellos blancos arrancados como una nieve de lana que el viento lleva, si son los de mi madre ¿qué puedo hacer, qué voy a decirle?, a nadie que no sea usted puedo mostrarlo, una llama más viva, más desvariada, quemó no el rostro de Anunciación, su cabeza, su pelo, la misma hoguera donde voy a caer, aunque el pájaro todavía se mantiene detenido en el vuelo, acaso abrasándose, ¿no será tan santo que sea capaz de besarme las llagas?, dice Anunciación Desante cuando, antes de nada, acercó el algodón con el

yodo, no son llagas, pienso, ella ha vuelto el rostro, los ojos contienen una lágrima oscura que derrite la ceniza, los labios se abrieron y era la misma incisión que pude soñar, que estoy soñando, en la intimidad del cuerpo, un gusto de saliva y orina, no me quiero morir ni me quiero quedar calva, decía, me besa y me muerde, además de saliva y orina hay un gusto espeso de sangre, es el instante en que el tordo que abandonó la bandada cae, su caída se concentra en el vértigo de la hoguera, se abrasa mucho antes de llegar a la sima, salió Mensa al corral, me desperté de pronto pero no era verdad, me despertaba en el sueño, era consciente de ese despertar equivocado, salté de la cama, cuando todavía los labios de Anunciación insuflaban aquel perfume de sangre y secreciones, olía la habitación al sudor de mi sueño, ese sudor que en seguida se corrompe porque, cuando Nubia abre el armario, el alcanfor acaba de ahogar las polillas y en un instante se descomponen sus cuerpos secos, el polen ceniciento que las recubre impregna el sudor de las sábanas, mi sueño está impregnado de él, los labios de Anunciación, la orina que llena los orinales de las habitaciones de mis enfermos, he sorbido en la incisión de su sexo una única gota, no tienes razón para preocuparte, la tiña cura y no deja huella, otro aroma se suma al de la secreción y la saliva, el cloro del metaloide, la cabeza tiene algo del color del centenal que ya está prácticamente consumido, azulada, violeta, el brillo de la combustión, una siembra negruzca que los cascabillos delatan como si el fuego los hubiese cristalizado, vi a Mensa en el corral, el cuerpo de mi madre había desaparecido, la mula se movía inquieta pero torpe, hasta en algún momento llegó a chocar con la morera, nada más angustiados que ese desvarío de los animales insomnes, la desazón que corroe a los bichos cuando el sueño les falta, el propio delirio de sus emociones irracionales, porque el sueño abandonó su cuerpo y el alma que no tienen sigue prisionera de una misteriosa comezón, recordé un viaje al Sur, la noche turbia en un ferrocarril que paraba continuamente, seguro que ese viaje está deformado por el sueño, porque la memoria no es fiable cuando en el sueño se sustancia, un paraje en el filo de la madrugada, al otro lado de las vías donde el tren otra vez se detuvo, la ribera de un río, aunque esté soñando puedo decir que el Guadiana, la arboleda estaba tupida de un blanco de algodones pero era noviembre, no hay árboles que florezcan en otoño, se abrió la noche, hubo un resplandor inesperado en la quietud del mundo, también ahora en la inquietud del sueño, cuando Mensa vuelve a chocar con la morera, y los árboles revientan con un aleteo que transforma su cupido florecimiento en un resurgir de pájaros insomnes que vuelan desperezados como si la misma madrugada los creara, un abanico blanco de garcillas que ahora toman mi sueño por encima del incendio, abrí la ventana, iba a llamar a Mensa pero no me salían las palabras, no recordaba su nombre, mi madre acababa de llamar a la puerta de la habitación, también se había despertado Nubia, tienes un aviso...

Qué era el mundo para Liviano Ariga?

Nada que no se pudiera contar, nada que no tuviera para existir lo que tienen de sustancia los relatos, quiero decir que los viajes de Liviano se sustanciaban en su voz mientras eran contados, y la fascinación del viajero crecía suelta en el relato, no como si la memoria diese la prueba que alimentaba el recuerdo de lo que vio y sucedió, más bien como si esa prueba estuviese en la imaginación que dinamizaba aquellas travesías, los mares y los desiertos.

Liviano Ariga había dejado hacía mucho tiempo las Hectáreas, en realidad casi nunca estuvo en ellas o, si lo estuvo, las Hectáreas no existieron, quiero decir que el viajero no las veía como eran, las veía como le daba la gana.

—¿Vas o vuelves...? —le decía el primero que encontraba por el camino, de madrugada.

—Bueno, bueno, según se mire... —contestaba, y la nube de su ojo izquierdo desnortaba la mirada como un obstáculo en la pupila—. Pudiera decirse que voy, si entendemos que entre el Océano Glacial Ártico y el Océano Índico hay un salto de liebre. Otra cosa es que venga de Manchuria, de arriba, de los Montes Jing Gang. Entonces la liebre puede hacerse daño en una pata y, a lo mejor, de Chanchung no paso.

—Es que me dijeron que estabas en las Filipinas.

—Joder las Filipinas. Aquí en Celama se abarca el mapamundi con una alegría que ya ya. Donde estaba era en Indonesia, de ahí la equivocación. Parece cerca, pero vete a saber. De un sitio a otro, hay más Celamas que contadas, con el agravante de que no hay más posibilidad que el barco. Aquí la liebre no vale. Mar de Jolo, Mar de Célebes, el propio Mar de China con sus riesgos ancestrales...

—¿Qué riesgos son éstos, Livi, porque tú viajero lo eres como el que más, pero nunca tuviste media torta?

—Peligros, amenazas, conflictos, extorsiones. La China está llena de trampas, no en vano la llaman la China milenaria. Piso aquí y no sé dónde me hundo. Ese Mar es un tiberio. Vas quieto en proa, bien pertrechado, porque ya sabes dónde te la juegas, todavía no sabes con quién, pero sí dónde, y de pronto el ultimátum. Hay que virar, por esas aguas siempre conviene estar virando...

—¿Y es mejor Indonesia que Filipinas...?

—Según se mire. Lo que es Sumatra y Java, para mí sí. Yo en Yakarta o en Palenbang estoy como en casa. Borneo me gusta menos pero, claro, sobre gustos no hay nada escrito. Las Filipinas es que son otra cosa. Mucha Manila, mucha Manila, pero no acaba de convencerme. Mindanao, un poco más, pero no tanto. Es que cada cosa en su sitio, y el gusto de cada uno que, no lo niego, siempre es caprichoso.

—O sea que hoy, todavía no se sabe si vas o vienes.

—Joder, no saquemos conclusiones tan temprano. Madrugaste y ya sabes lo que vas a hacer. Menuda suerte la tuya. Yo ahora echo un pito, si me lo das, saco la brújula, observo la dirección, y empiezo a hacerme una composición de lugar. La labranza no es lo mismo que la exploración. Cuando labras, la tierra está quieta, cuando viajas, se mueve.

A Livi le oí decir que el mundo era la totalidad, no el cuarto y mitad de cualquier país. El mundo, decía también, es la piel completa del bicho y, por eso, el que se conforma con menos es un pusilánime.

—Esto de Celama no es nada, pero nada de nada... —afirmaba taxativo—. Y la Provincia menos, y el país no digo. El que se conforma con lo que mira es tonto de remate. Otra cosa muy distinta es que muchos estén mirando lo mismo siempre, cada cual con su destino, pero conformarse, hacerse a la idea de que aquello es lo mejor porque es lo único, una temeridad. Y lo digo porque hay una verdad universal y es que el mundo es de todos, de todos en su totalidad, no un cacho de aquí y otro de allí. El que quiera verlo y cogerlo, que vaya y lo coja, el que no quiera que se quede donde está. Yo no lo cojo, yo lo atrapo. Bastante me importa Santa Ula cuando estoy en Pujana, o Anterna cuando paseo por Bagdad. Del Mar Arábigo al Golfo de Bengala el agua es verde. Joder, una chalupa, no hace falta otra cosa. Bordeas Goa, Camorin, Ceilán, se hace de día, hay un banco de peces, qué gusto, qué pena que se acabe.

Los trabajos de Liviano eran casuales. Desde que dejó las Hectáreas se puso a echar una mano donde más falta hiciera, un día sí, otro no.

Vivía con su madre y todos teníamos la impresión de que era ella la que lo vestía y alimentaba, porque doña Dita era dueña de ese fuelle que la viudedad multiplica, sobre todo cuando el marido que se perdió era un tarambana y el hijo único andaba tras la estela del marido en algún barco que igual surcaba las Azores que los Mares del Sur.

De vez en cuando, desaparecía. Y nunca a doña Dita se la veía preocupada. Las desapariciones de Livi no solían ser muy largas. Los regresos acrecentaban las expediciones. La totalidad del mundo la traía, una y otra vez, en el bolsillo, por mucho que ya no le quedara un pantalón que no tuviese los bolsillos rotos.

Nadie en Celama despilfarraba más palabras que Livi, porque contar todo aquello llevaba tiempo. A la madre resignada, y tal vez orgullosa porque doña Dita jamás ponía mala cara, se le preguntaba con frecuencia:

—¿Ya volvió...?

—Ya... —respondía ella, complacida.

—¿Y dónde estuvo, si puede saberse...?

—En Karaganda.

Bueno, eso dijo mi madre, la pobre, contaría después Livi, ella ni sabe dónde está Karaganda ni las Islas Molucas, pero el total de la expedición no se le puede decir por no preocuparla. Vengo de África y ahora el mundo me parece más pequeño que nunca, ahora el mundo es una avellana. Otras veces os dije que una patata, un pimiento, un pepino, un melón. Una avellana, basta. África, el Continente Negro por excelencia. Todo de un golpe, imposible, pero cuarenta y seis días bien aprovechados, son muchos. Si tengo que elegir, siempre cojo lo que está más lejos. El Cabo de Buena Esperanza, el de las Agujas, Durban. Se me hizo de noche. Del Trópico de Capricornio ya me había olvidado. Estaba en popa, me presta más navegar en proa pero esa noche estaba en popa, en los barcos no se puede estar siempre donde se quiere, a veces echas una mano donde se precisa. La luna de esos trópicos no sólo se diferencia de la de Celama por el tamaño, también por la condición: una luna derretida como un zumo. La miro y me duermo. Cuando despierto ya es de día. ¿Dónde estoy? Joder, por mucho que se haya viajado, por mucha brújula que lleves, no puedes saberlo todo y en cada momento. Es el Canal de Mozambique, aquello de allí Madagascar, Manja a la vista, una chalupa y a remar hasta la costa. De Manja no quiero deciros nada, en los viajes hay misterios que jamás debieran revelarse. De sobra se sabe que no soy supersticioso, pero de aquello que me pasó en Riad, en Persia, por el otro Trópico, por el de Cáncer, hubo en Celama más comidillas de las necesarias, algunas en el Remielgo, que es el sitio de la Llanura donde siempre se habla más de la cuenta y en las peores condiciones, y además de enterarse mi madre se supo en el Consulado, de lo que se dedujo que me suspendieran el visado no sólo en Persia, también para la Arabia Saudí. Se ven cosas, faltaría más, y hay un pacto de honor que sella el silencio, un compromiso de si te he visto no me acuerdo. Manja, Serinam, Majunga, el Cabo Ambra. La punta de almendra, la mismísima punta, una vez que se le dio la vuelta. No vayáis a pensar en Los Confines, al mundo lo empequeñece la mirada pequeña del que no sabe ver más allá de sus narices.

Luego Liviano enfermó. Una fiebre rara, decía doña Dita. Tanto movimiento, tanto ir y venir, un hombre que no para porque, desde niño, se vio que Celama no le valía.

—Fiebre del trópico... —dictaminó el propio Livi, muy convencido de la dolencia.

Por supuesto, que aquellas tifoideas no iban a acabar con él. Los viajes jamás lograron que se resintiese su salud. Liviano estaba predestinado a morir de viejo, aunque desde que quedó huérfano dejó de ser el mismo. Fue curioso comprobar cómo las expediciones perdieron el exotismo y el universo redujo las fronteras.

—Estoy comparando lo que vi con lo que tenemos, y voy llegando a la

conclusión de que todo, absolutamente todo, tiene en el Territorio algo que ver con aquello, cada sitio, cada rincón, cada milla, cada escarpadura. Joder con Celama, le pones el mar y no la conoces. Lo que pasa es que ahora que nadie me espera, siento mayor necesidad de volver en seguida...

Pero eso sucedía mucho tiempo después, cuando Liviano empezaba a quejarse del reuma o, al mirar por la ventana una mañana de otoño y cierzo, decidía no salir. La orfandad le estaba infundiendo un notorio desánimo.

Con su madre viva, jamás cejó en el empeño.

—¿Y dónde anda Livi, doña Dita, que hace días que no lo vemos...? — preguntaba alguien.

—En Abisinia...

El frío de la estepa después de la nieve es, más que ninguno, el de la congelación.

Negó tres días y, con la misma nube de pórvido en el cielo, heló hasta que todo se convirtió en un manto mineral, con los cristales de los feldespatos y el cuarzo sucio. Esa nieve mineral brilla de día de un modo más ceniciento. De noche tiene a su favor que la difumina la suciedad y si hay suerte, y no hay luna, la propia sombra del firmamento la torna más opaca.

Estas circunstancias ayudaron a que aquel hombre huyera de aquel modo. No es la nieve la mejor compañera para escapar, pero impone las mismas dificultades a quien lo hace que a quien le persigue.

El frío palió el dolor de las heridas. La estepa tenía la luz escasa del pórvido y luego, la noche era un manto incierto que todo lo convertía en lo mismo. Las primeras horas de la noche pudo reposar, porque el mayor esfuerzo de la huida fueron las largas horas anteriores, desde el mediodía en la estación de Olencia hasta el oscurecer de Celama. Luego las heridas recabaron lo suyo. La congelación no lograba contener la sangre.

Fue esa noche al ir a acostarme, cuando Nubia, con las escuetas palabras que orientan un parecido camino de discreción y misterio, tan propias de algunas mujeres paramesas, me dijo:

—Hay un hombre que lo necesita. Está en el Palomar de Cerraldo, donde la Linde del Espino. Sería bueno que además del maletín llevara esta botella.

En el corral me esperaba Mencino, el hermano de Nubia. La botella era de aguardiente, pero no de las mías.

—Hay que ir andando... —dijo Mencino.

—Con Mensa llegábamos antes... —opiné.

—Es que hay que ir con cuidado, y a la mula no se le puede exigir que lo tenga.

Mencino asomaba al portalón. Nubia había cerrado la puerta de casa. Yo no acababa de superar el desconcierto, aunque estaba acostumbrado a las novedades más imprevistas. El desconcierto se colmó cuando, ya en el camino, quise encender una tagarnina y Mencino me la quitó de la boca de un manotazo.

—Disculpe, pero la mínima señal pudiera ser perniciosa. Ni siquiera vamos a ir por la Vereda del Osco, evitaremos lo que se pueda.

No había luna y el frío era intenso. La nieve se aferraba al terreno como el mineral fundido que acabó fraguando. Toda la estepa era una mancha única, opaca, amarrada a la noche por infinitas soldaduras.

La marcha de Mencino resultaba excesiva.

—Hay toda la prisa del mundo... —afirmó, sin atender mi queja—. Más quisiera yo ir de paseo.

Entonces me detuve y le dije que lo hiciera, que pasease a su gusto, que no era el

mío.

—Se lo ruego, don Ismael. Si usted fuese capaz de no preguntar nada y hacerme caso. Fíese de Nubia, si de mí no quiere. Mientras menos sepa, mejor.

Me convenció relativamente, sólo para seguirle aterido dos kilómetros.

—Tienes que contármelo, Mencino... —dije entonces, con cara de no continuar.

—Elegió el peor momento... —susurró angustiado—. Venga, venga... —me indicó, y apenas llegué a su lado me empujó al suelo.

La Vereda del Osco tenía la señal de un chopo arruinado. No era el único, había varios en ella, ninguno había logrado la esbeltez de un árbol saludable.

Alguien cruzaba.

—Son guardias... —musité.

—Números de Santa Ula, cálese por lo que más quiera, ni moverse.

No se les veía, pero se les escuchaba. Un rumor de orina, otro simultáneo. Dos voces, una imprecación.

—Se fueron... —volví a musitar.

—Aguardamos un rato... —propuso Mencino.

—Aquí tirados, corremos riesgo de congelarnos.

—Mejor que detenidos.

No era el Palomar de Cerraldo un lugar que yo tuviese particularmente situado. La Linde del Espino era buena referencia, pero las lindes en el Territorio son términos de lo que se continúa, divisiones entre lo que acaba y comienza, fronteras de alguna impredecible propiedad. Orientan bien, cuando los nombres son exactos y el terreno demarca los ámbitos del cultivo, con nieve ya es otra cosa.

—¿Queda mucho...? —quise saber.

—El rodeo es muy grande y, más, percibiendo que rondan los guardias. Echamos una hora.

Mencino me llevaba el maletín. Yo soportaba mal no poder encender la tagarnina.

—Lo que le cuente no lo tome en consideración... —dijo de improviso—. Quiero decir que lo mejor es que usted se llame andana, sobre todo si pasa cualquier cosa. Siempre le queda justificar que fue requerido como médico.

—No te andes con tantos rodeos.

—¿Es que no salió hoy de casa, no oyó nada...?

—Tres visitas esta mañana.

—Fue a mediodía, en Olencia, en la estación.

—¿Qué fue...?

—Un preso, una cuerda. Lo traían los guardias de Valdesido camino de Ordial. Escapó.

—¿Y está escondido en el Palomar...?

—Venía de más lejos, del Sur mismo, ya lo levantaron hace tiempo y no era la

primera vez. Es un preso conocido. En Valdesido la cuerda cogió el tren. Pararon en Olencia. Eran dos guardias, un sargento y un número.

—¿No los mataría...?

—¿Cómo iba a hacerlo...? Esposado, sin valerse. Bastante pudo con engañarlos y huir.

—¿Está herido...?

—Un tiro como poco.

Mencino ya no quería hablar más.

—Usted no se compromete, con decir que no sabía de qué se trataba no se compromete. De ahí que mientras menos sepa, mejor.

—El compromiso ya me lo adjudicasteis bien adjudicado. Lo que no entiendo es qué pintáis vosotros en este lío y cómo os habéis visto metidos en él.

—Celama siempre estuvo al lado de los prisioneros. Los hijos de esta tierra no se andan por las ramas cuando llega la hora... —aseguró Mencino, y ya no hubo modo de que dijera más.

Me dejó bastante lejos del Palomar y esperé, congelándome, mucho más tiempo del que hubiese querido.

El que vino a por mí no era Mencino, era un chico del Cejo que se llamaba Miguel. En seguida me percaté de que no lejos había alguien más.

—Ya podemos... —advirtió—. Mencino quedó con los que vigilan. Mientras más rápido se haga, mejor resulta.

El Palomar de Cerraldo debía haber visto las últimas palomas en el siglo pasado y, sin embargo, olía a ellas, a la peste de la palomina putrefacta. No hay palomar que no reconvierta el abandono en la clausura de su decrepitud más abyecta, como si los bichos que lo habitaran no se hubiesen ido y permanecieran consumiéndose, muertos y corrompidos, devorados por las hormigas. El tufo me echó para atrás.

—Ahora no recele... —dijo alguien, a mi espalda—. Y por Dios, dese prisa.

Otras sombras se acercaron. Las voces eran, antes que nada, murmullos de alerta. Todas me resultaban familiares.

El huido estaba tumbado, recostado en la pared, las manos esposadas sobre el pecho.

—No hay modo de librado... —dijo Miguel.

Sucio, barbudo, harapiento, los ojos cerrados. El chico encendió una vela y me acercó el maletín.

—Estamos fuera...

Tardé en reanimarlo. Abrió los ojos. Bebió aguardiente con ansiedad.

—¿Dónde te hirieron...?

—¿Dónde le parece...? —musitó, con la mirada perdida.

Acerqué la vela. La sangre cubría su pecho. No resultaba fácil comprobar alguna

herida en la espalda, a la altura del hombro izquierdo y otra que podía localizarse en el vientre. El vendaje sucio, improvisado, formaba un emplasto con la camiseta y la camisa. Me llené las manos de sangre.

—Tienes que incorporarte un poco... —le pedí, ayudándole.

Lo hizo. Limpié las heridas como pude, las desinfecté, hice un vendaje bastante problemático. Cuando volvió a reposar le di más aguardiente, pero apenas logró tragarlo.

Asomó Mencino y, tras él, algunas cabezas indecisas.

—¿Cómo está...?

—En las últimas... —confirmé—. Si queréis, yo me encargo de entregarlo. Por lo menos que tenga un alivio...

El hombre farfullaba.

—¿Se va a morir en cualquier caso...?

—Se está muriendo. Lo que no me explico es que haya llegado hasta aquí desde Olencia.

—Es que conoce el terreno... —dijo alguien.

La sangre seguía manando, los vendajes servían de poco. El hombre me miraba y en sus ojos había un brillo de fiebre que daba una desvariada vivacidad a su rostro, más joven de lo que en principio supuse.

—¿Eres el médico de Los Oscos o el cura de Anterna...? —musitó.

—El médico.

Mejor me hubiera venido el cura.

—Y tú ¿quién eres...?

—Porto.

—Pues con el cura no puedes contar, y yo tampoco puedo hacer mucho.

Alzó las manos esposadas hasta la barbilla. Respiraba con dificultad, pero hacía un esfuerzo por hablar y daba la impresión de que con ese esfuerzo buscaba algún sosiego.

—Ahora fíate de lo que te diga... —le escuché—. Fíate y no barruntes, al fin no soy forastero. Échame otro poco de orujo en los labios. Esos que andan por ahí, que no entren.

Le obedecí. Mencino y los otros habían salido.

—La cuerda en que venía de Valdesido a Ordial, la había pensado bien pensada. Olencia era el sitio preciso para escapar. Me animó mucho ver la Vega, aunque el invierno la tiene hecha una facha. Celama, menos. No la recordaba tan sucia y tan quieta.

Las manos esposadas sujetaban la barbilla. Las palabras tenían la precisión de quien cobra una lucidez urgente y, al hablar, su brote arrastraba el fluir de las heridas, un tibio manantial de varias bocas.

—Un Juzgado me reclamaba en Ordial, y era el que más me interesaba para que me trajesen. Otros muchos me reclaman, pero de este modo supe que vendría. Aquí estoy, nadie podrá decir que Porto se olvidaba. Fíate, fíate: un hombre puede tener la conciencia borrada sin que el corazón le falle. Me entró esta necesidad.

—Es mejor que no hables.

—Si callo, escucho la sangre que me cae.

El silencio le daba la razón. Podía exagerar, pero la sangre iba inundando la totalidad del cuerpo, formaba un charco en el que acabaría ahogándose.

—Hay que fiarse de Porto... —dijo, y la voz se afilaba al tiempo que las manos esposadas se deslizaban de nuevo por el pecho—. Hay que fiar, no queda más remedio. Alguien debía saberlo, Celama entera, a ser posible...

Mencino y Miguel asomaron nerviosos al cabo de un rato.

—Avisan... —dijo el chaval—. Parece que vienen los guardias.

—Está muriendo... —confirmé.

Los ojos de Porto habían quedado abiertos. La barbilla caída sobre el pecho, virada a un lado. Apagué la vela. El cuerpo era un fardo esposado que anegaba la sangre.

Decidieron que nos dispersáramos.

Cuando me di cuenta estaba más solo que la una. Durante unos minutos caminé sin rumbo. Luego ya no pude contener el ansia de encender una tagarnina. Lo hice con cuidado. El chico se había llevado el maletín. Aspiré el humo con más placer que nunca.

La noche era una parte de la conciencia borrada del huido y, como tal, un reflejo de su propia muerte.

Aquel extravío, que duró bastante tiempo, hasta que alguna referencia precisa logró situarme, me hizo pensar en la propia perdición de Porto. Era difícil recomponer la huida desde Olencia, los kilómetros nevados en el Páramo que asumía como un destino premeditado, por mucho que hubiese contado con alguna ayuda. Más difícil todavía hacerse una idea de su pasado, imaginar cualquier cosa.

Sabía de sobra que nadie me diría nada, también que mi propia discreción resultaba imprescindible.

Nada se movió en la noche. La inmovilidad más absoluta se sostenía en las láminas minerales. La Llanura estaba cerrada sobre sí misma, abandonada al desamparo de la congelación, que es un desamparo parecido al del sueño que contiene un cuerpo tirado en el suelo.

Recordé a Porto. Su señal más precisa era la del metal que encadenaba sus manos. Las manos yertas sobre el pecho, las palabras no del todo congruentes, lo que quería que toda Celama supiese.

Cuando llegué al corral me esperaban Mencino y Miguel.

—Sólo comprobar que llegaba... —dijo Mencino, y se despidieron.

Nubia estaba levantada. Revoloteó sin hablar, como era habitual en ella.

—¿Es que no vas a decirme nada...? —le pregunté.

—¿Qué podría decirle...?

—Por lo menos ¿quién era Porto...?

—No me gusta comentar las alegrías, mucho menos me apetece recordar las desgracias...

Fue un capricho que el viejo Friso tocara en la boda de Orlina Maldonado. Un capricho de la novia.

—De la novia, sí señor, no de la madre... —dijo Fermín Costal—. Se comentaba que la idea había sido de la madre, conocedora de la devoción de Friso por la abuela Venera, y a sabiendas del enorme parecido de la nieta con la abuela. Pero fue la novia, la nieta: Orlina.

Friso era un anciano de ochenta y muchos años con un serio y lejano problema en la mano izquierda, que el reuma había recrudecido y que le impedía tocar. Todos sabemos que el acordeón requiere cierta fuerza en los brazos y una especial destreza en las manos, en los dedos, para compaginar el juego de las teclas y las llaves. ¿Cuánto tiempo haría que no tocaba...?

—Miles de años... —aseguró Orestes Leva—. Que todavía podía, con un esfuerzo que casi daba pena, lo demostró en la boda, pero aquella mano la tenía impedida. Pongamos que a los sesenta dejó de hacerlo...

—Antes, antes... —opinó Fermín—. No era cincuentón. La fama la ganó muy joven, casi sería un chaval y ya dicen que su acordeón no tenía comparación posible. Otro igual no hubo en Celama.

—Ni en la ribera del Urgo, ni en la Vega misma, probablemente tampoco en la Provincia... —dijo Aníbal Sera—. El chico era un virtuoso y, en poco tiempo, se hizo dueño del mejor repertorio que pudiera conocerse. Luego, con los años, se convirtió en un prodigio. La fama conllevaba la vida fácil, al menos si la comparamos con la vida habitual del Territorio, y más aquellos años. Por ahí se echaría a perder.

—La vida del artista... —apostilló Isaías.

—Requerido en todas las fiestas, bodas y bautizos rumbosos, sin sosiego según la fama crecía. Hasta lo de la mano.

Se hizo un silencio en el salón.

En el Casino de Anterna, a aquellas horas de la tarde ya no quedaba nadie, sólo la tertulia intacta que, como en tantas ocasiones, no parecía muy dispuesta a disolverse.

—Una parálisis... —aventuró Isaías, y en todas las miradas hubo un atisbo de suspicacia y algún encogimiento de hombros.

—Al pájaro... —aseguró entonces Fermín Costal, bajando la voz para dar más misterio a la confidencia— le cortaron las alas. Eso opinó siempre mi padre, eso se dijo, con mayor o menor secreto, en toda Celama. La mano izquierda de Friso tenía tres dedos rotos, violentamente rotos. Lo que luego enseñara, o se le pudiera ver, era el resultado de una buena compostura.

El músico se retiró discretamente.

Los miles de años que mentaba Orestes resultaban bastante atinados, si se considera que la aureola del acordeonista se expandía en el pasado de su gloria, y el tiempo se hacía infinito en el recuerdo de aquellas insuperables interpretaciones.

Tuvo que pasar mucho, para que los músicos que le sucedieron pudieran quitarse de encima el oprobio de la comparación, y la propensión al menosprecio.

—Lo que dice Fermín es verdad... —corroboró Orestes—. Lo que pasa es que a Friso siempre se le respetó, no había maledicencias. Artista en la Llanura nunca tuvimos otro, convenía salvaguardarlo. Pero sólo hay que acordarse del apodo.

—Tenorio... —musitó Isaías.

—Toca el de Omares, guardar el paño, decía la gente.

Ahora los contertulios se habían callado.

—No parecía razonable el capricho de esa chica... —afirmó Fermín Costal, tras un largo silencio.

—Nunca los caprichos lo son.

Los secretos a voces contradicen la esencia de los secretos pero mantienen inalterada la superficie de su existencia. Esa superficie es un agua mansa, inmóvil, sigilosa para decirlo con propiedad, y bajo ella hay un mar de fondo nada comedido.

A Friso Tenorio lo habían enterrado en El Argañal hacía unos meses, exactamente en febrero.

Certificar un colapso resultaba una mera formalidad. Decir que las fuerzas vitales, los centros nerviosos y el corazón de Friso habían cumplido su destino y edad, era una manera de confortar discretamente a la escueta familia, aunque en la cocina de la casa ya había un grupo de mujeres que compaginaban sus voces sin ningún miramiento:

—Tan baldado el corazón, otra cosa era imposible.

—Ese desgaste había que cobrarlo, no hay naturaleza que lo aguante.

—Aquella juventud, aquella planta, aquella música...

—El don que Dios le dio, las manos que tuvo, el gusto para la melodía.

—Nadie que lo escuchó, dejó de quererlo. Ellas más que ellos, como es de ley.

—Ellas sin remedio y sin recato. Y todas, todas, con mejor o con peor sentido, enamoradas.

—Un corazón que nadie sabe cómo pudo dar para tanto. El derroche se paga, pronto o tarde, pero se paga. Ya lo vimos.

—Lo recuerdo en Tarmil... —dijo la que parecía mayor, y todas callaron dispuestas a escuchar—. Fiesta de San Serimio, el pueblo hecho una guirnalda. Todas estábamos en la Plaza, al mediodía, después de misa. Lo recuerdo con un traje de rayas, el acordeón encarnado en los brazos. Bajó de un carro, en él venía de pie. Entonces empezó a tocar y nos volvimos locas. Lo que tocaba era una canción de moda, el repertorio de Friso estaba siempre a la última. Tocaba y andaba por el pueblo y todas, todas, detrás de él. Salió por el Camino de Zorada, fue por las Lindes

del Campar y todas detrás con el polvo y la música. Aquellas manos no se cansaban. Voy a meterme en el primer Pozo, nos dijo cuando acabó una melodía, y todas vais a ahogaros detrás de mí.

—Sin pensarlo, una a una.

—Tantas lo hicieron, y otras muchas más de pena murieron por no lograrlo.

Aquel secreto a voces se resumía en su apodo.

El virtuosismo del músico era el virtuosismo del amante. La carrera del acordeonista fue mucho más corta de lo previsto, porque la carrera del Tenorio interfirió ese destino musical, de modo que la fama le jugó la mala pasada.

—Se la jugó... —opinaba Orestes Leva— porque nada hay peor para un amante que la notoriedad. Es muy difícil que todo el mundo te conozca y garantices el anonimato. Andar de picos pardos, cuando tantas cosas se juegan, requiere algo más que discreción y solvencia, sobre todo si pensamos en lo poco que es el Territorio y sus alrededores.

—Se hizo lo que se pudo para que la fama de Friso, por decirlo de alguna manera... —aseguró Fermín— fuera mayor que la de Tenorio. Era hombre de amigos y nunca faltó quien le diera un buen consejo. Y no fue un joven tarambana, no nos engañemos. El talento del músico no era ajeno a la inteligencia de la persona. Pero se perdió.

—Debe ser muy difícil no perderse en circunstancias como las tuyas... —opinó Abel—. La música lo hizo un ídolo. Todo el que lo escuchaba, hombre o mujer, quedaba prendado de aquella habilidad, de aquella emoción. Luego, ellos le admiraban y ellas le querían, se volvían locas. Dos chicas de Almena se tiraron a un Pozo y las sacaron vivas de milagro.

—El Tenorio cruza el Sela en la barca de Rampín, que por aquélla era el barquero de Molbial... —contó Fermín—. El acordeón al hombro, noche cerrada. Viene de tocar en Villamina y sólo Dios sabe en qué otras melodías se habrá metido. Rampín sabe que lo persiguen. La barca de Rampín cruza, como es lógico, en el remanso. A medio río la deja quieta. Ambos afinan el oído para comprobar que los perseguidores cedieron. Cuando se acercan a la otra orilla, Rampín huele que hay más gente esperando, probablemente con igual amenaza. Hoy tocaste en Villamina, le dice a Friso, ¿y ayer? En Acebo, reconoce el músico. Pues de Acebo serán los que aguardan: uno y otro pueblo a una y otra orilla. Entonces vamos a contentar a ambos, decide Friso, vuelve al medio del río y deja la barca quieta. Rampín lo obedece, no sin antes preguntar: ¿qué mujeres están mejor, de uno y otro sitio? Todas las mujeres, dice Tenorio, que está colgándose el acordeón, están bien en cuanto están en su lugar y en su ser, ninguna conocí que como mujer me disgustara. O sea, insistió Rampín, que lo mismo me aconsejas una u otra de las dos orillas. Lo mismo, Rampín, le dijo Friso, que se había puesto de pie en la barca cuando pegaban a la mitad del río, lo

importante es que reclames a tu padre y a tu madre por si todavía hay manera de que te cambien la cara. Esa noche se oyó en el Sela un concierto de categoría, y una vez más se demostró que la música amansa a las fieras.

—Otra noche está Tenorio en un pajar de Remenga... —contó Abel Sera—. En Remenga era la fiesta de San Cornatel, de las pocas de la Provincia en que había fuegos artificiales o ciquitrates, como de aquélla los llamaban. ¿Qué podía hacer ese hombre en un pajar, después de tocar hasta hartarse en la verbena? Nada que hiciera Friso, sólo lo que hacía Tenorio, con el agravante de las casadas, que fueron las que de veras encaminaron su perdición. El marido agraviado, con la ayuda de otros que porfiaban por lo mismo, cerró puertas y ventanas. Ahora sí que cayó el pájaro, dicen que decían, la jaula y el alpiste por igual conducto. Pasan las horas, nada se mueve. Acabó la fiesta. De mañana, con la misma campana del Santo, suena el acordeón. El pájaro está en el tejado del pajar, los que vigilan, estupefactos. Van los madrugadores a misa y agradecen aquella música preciosa, del mismo modo que los que con ella, poco a poco, despiertan. Media hora después, todo el pueblo de Remenga aplaude, concentrado alrededor del pajar, el mismo cura el primero. Sale el pájaro de la jaula, satisfecho del alpiste que comió. De las tres casadas que se rezagaron, sólo una tiene una brizna en el pelo.

—La que mejor podría contarlo... —dijo Isaías—. Lo que no quita, como ya comentabais, para que el capricho de Orlina casi fuera una temeridad.

—La madre jamás tendría esa idea, ya lo dije... —aseguró Fermín Costal— pero una nieta que se casa es algo más que una hija, habiendo tenido una abuela como Venera: el amor eterno de aquel acordeonista perdulario. Celama lo sabe. Un viejo cansado y más artrítico que reumático, con los tres dedos machacados por un martillo de afilar la guadaña, toca en la boda y toca como Dios.

—Eso dice quien lo oyó.

No lo oí, pero puedo asegurarlo.

Para aquel domingo de junio, en que Orlina Maldonado se casó con Fuero Rendila, había en Omares, no sólo en la iglesia, también en las calles y en la era, donde se celebraría el banquete, los mismos adornos de la fiesta patronal.

Todo el pueblo invitado, y esa alegría colectiva que valoraba la bondad y belleza de Orlina, el carácter generoso de Fuero, y aquella felicidad de comprobar que la novia estaba recuperada, después del tiempo en que un raro extravío le secuestró la cordura. Era un modo de mencionar el melancólico proceso que sufrió Orlina en la adolescencia, las oscuras causas que complicaron un enfermizo desarrollo que llegó a convertirla en un ser depauperado, que apenas sostenía la piel sobre los huesos.

Estaba Friso Tenorio en la boda. Estaba como lo que era: un viejo achacoso, un amigo de la familia, un ser ajeno ya a cualquier alegría, a quien en Omares se veía poco, porque ya no paseaba por el pueblo, apenas lo hacía por el corral de su casa:

algunos pasos vacilantes, la colilla en los labios y un continuo rumor en la boca, que nadie sabía si era debido a la dificultad de su respiración o a la incierta memoria de alguna melodía.

Dicen que Orlina se lo pidió a los postres.

Había tres músicos de Olencia. El baile estaba pensado en consonancia con el boato de la celebración.

La novia se acercó al acordeonista y le habló al oído, mientras él le cogía las manos y la miraba con ese poso húmedo y lechoso que supuran los ojos de quienes padecen cataratas.

Entonces, ella misma cogió una silla y la puso en el centro de la era, en medio de las mesas del banquete. Luego volvió hacia Friso, lo tomó del brazo y lo llevó hasta la silla. Un chaval había salido corriendo a casa del músico, con la orden de traer el instrumento, pero no uno cualquiera de los tres que el músico conservaba: el encarnado, que era el más antiguo y siempre fue su preferido.

Más que expectación, había preocupación y desconcierto entre la gente. La madre de Orlina estaba especialmente nerviosa. Al novio le parecían bien todos los caprichos de la novia, aunque no acababa de entender aquella ocurrencia.

Friso Tenorio aguardó a que le trajesen el acordeón. Estaba quieto, casi postrado, las manos sobre las rodillas del pantalón, mirando al suelo. Orlina a su lado, con la mano derecha en el hombro izquierdo del anciano.

Era una tarde suave, con esa luz de junio que alarga el oro triste de la mañana, casi el único oro de las estaciones del Territorio. Había una brisa muy grata y los manteles se alzaban indecisos como faldas complacidas.

En el tiempo que el chaval tardó en regresar con el acordeón, nadie habló. Tampoco nadie dijo nada, mientras Friso acoplaba el instrumento, buscaba la postura, alzaba la cabeza, extendía los brazos, movía las manos y los dedos o, al menos, intentaba hacerlo. El fuelle se abrió entre las cajas. Los estuches brillaron con el satinado cárdeno. Las llaves y las teclas se movieron bajo el esfuerzo de los dedos.

Orlina dejó a Friso Tenorio y volvió con el novio, al centro de la mesa más larga.

Apenas se había sentado, cuando comenzó a escucharse una suave melodía que, en unos instantes, recobró algo parecido al embrujo de lo sólo la música puede conquistar en el corazón y la memoria, en el sentimiento más hondo e inexplicable de quien escucha.

Friso tocaba, absorto, enajenado, desde algún imposible más allá, desde su juventud virtuosa y el secreto de sus noches y de sus desvaríos. Tocaba desde la otra orilla de su vida, y cuando acabó, puso las manos sobre los estuches y dejó que su frente las rozara. Nadie era capaz de abrir la boca. Reposó un instante, y volvió a tocar. Ahora sonaba una melodía vibrante, alegre, que ondulaba el fuelle y hacía que el músico esparciera todo su cuerpo como si el instrumento fuese una serpiente a la que perseguía. Cuando terminó, todos aplaudieron excitados.

—Fue entonces cuando se puso de pie... —dijo Fermín Costal—. La silla cayó a sus espaldas, de modo que casi perdió el equilibrio, y dijo: la tercera, que es la última, también está dedicada a Orlina y, en su nombre, a su abuela Venera, como las dos anteriores, como todo lo que toqué en mi existencia, como la última lágrima del día que me muera, que el pueblo de Omares debe saber que ya tengo apalabrado: siete de febrero, preferiblemente al oscurecer que es cuando los que tenemos cataratas vemos algo. Lo digo porque, en el recuerdo del último instante, a ella quisiera seguir mirando.

—Y tocó como Dios... —aseguró Orestes.

—Ya quisiera Dios... —dijo Isaías.

La imagen de Sino Cegal era la del vacío.

Estaba solo en el patio, de pie, quieto, alzados los ojos al cielo de noviembre que comenzaba a exudar una llovizna helada. El patio era grande, defendido por unos muros de ladrillo extremadamente altos. La imagen era la misma de diez años atrás, cuando le vi la anterior vez.

La figura de Sino tenía enquistado el envejecimiento, el golpe de la edad lo había vencido de la noche a la mañana y la forma de vencerle, con tan inusitado e impropio adelanto, motivaba el hundimiento del cuerpo, arqueado y roto, la rugosidad de la piel, un extravío en los movimientos que desorientaban sus pasos, y el fluido lacrimal que difuminaba su mirada, sin que la mano acertara a llevar convenientemente el pañuelo a los ojos.

El vacío llenaba aquella imagen en el mediodía del patio del Psiquiátrico de Armenta.

Un ser humano sin nada dentro, como había dicho don Aníbal, el padre de Sino, cuando la familia decidió ingresarlo: sin nada que no sea el viento de su desastre.

Ese vacío, esa oquedad en la que Sino se sumió hasta perder cualquier huella de su conciencia, batía la soledad de la figura, quieta bajo la llovizna, y la impresión lejana de aquellos años ayudaba a corroborar el desastre que don Aníbal no superó, ya que el padre viudo murió seis meses después de que el hijo ingresara.

Ordicio Cegal hacía gestiones en la Administración del manicomio. Le había acompañado a Armenta, en un viaje no muy distinto al que hiciéramos diez años atrás, cuando trajimos a Sino. Ordicio y Mela, únicos hermanos que le quedaban al enfermo, lo visitaban alternándose todos los meses, pero yo no había vuelto a verlo.

—Está en el patio... —nos dijo uno de los enfermeros—. Llueva o nieve, no hay quien lo impida. Pero sigue siendo tan bueno, el mejor de todos...

La llovizna era extremadamente diminuta. Me acerqué a Sino. El vacío se percibía mejor mientras más cerca de él se estaba. Contribuía mucho la ropa antigua que conservaba su talla demasiado holgada para el cuerpo demediado, también, por supuesto, la sensación de ausencia de los ojos inundados de Sino, esa disolución de la figura en el estatismo de su quietud, de su abandono.

Estaba a su lado, convencido de que acabaría mirándome sin verme. Tardó un momento en percatarse. Bajaba los ojos, tan húmedos como siempre, mantenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón, me pareció que se encogía de hombros.

—Vamos a dar un paseo, Sino... —le dije, alzando la voz más de lo debido—. Vine con Ordicio, vamos a ir a comer y dar una vuelta por Armenta.

—Dame la mano, Ismael... —musitó, y comprobé que alargaba la suya, tras sacarla del bolsillo.

—¿Te acuerdas de mí...?

Me había cogido de la mano y comenzaba a caminar.

—Ahora el otoño, luego el invierno... —dijo—. Celama donde puede. Escuchaba la lluvia, frío no hace. Ayer balaba el cordero, la mula ni se movió. Quiero darle un abrazo a mi hermano del alma. La pena de este patio es que no haya gallinas.

Comimos en la Fonda Burgalesa. Siempre que Ordicio o su hermana Mela sacaban a Sino del Psiquiátrico, como se saca a un apacible colegial del internado para paliar la rutina de su condena, lo llevaban a comer a la Fonda, cuya especialidad era el arroz, el plato preferido de Sino, que no variaba su gusto ni en las épocas de mayor ausencia: ensalada de arroz, paella, arroz blanco, arroz con leche.

—Rica... —decía, contabilizando hasta el último grano—. Échame otro poco, Ordicio, hermano mío. La fuente hay que limpiarla, el último grano el más sabroso, el socarrado lo que más apetece. Los garbanzos fríos, las alubias templadas, una sopa boba, la berza seca. No voy a manchar el mantel, no te preocupes. Y tú, Ismael, dime que Celama no la movieron.

—No la pueden mover... —le aseguré—. Está donde siempre.

—Ay, qué rica, qué rica, ni el alpiste para los pájaros, ni la alfalfa para el ternero. Arroz tres estrellas. Dice Don Tristás que el arroz comerás, si no lo comieres, el gusto perdieres. Lo cato, lo como, ni un grano perdono. Tanto me gusta, que de gusto me muero. Ordicio, hermano mío, échame otro poco. Un grano a la boca, el otro a la oreja. Ismael me dice la verdad: si a Celama no la mueven ¿quién es su dueño? ¿Quién la trae, quién la lleva? Nada diré que no sea preciso, pero hay tres cosas que conviene saber. El arroz exquisito, Ordicio, rico como lo hiciese mamá, que en paz descanse.

Sino despedía un olor añejo, esa rara acritud de los objetos acumulados en el desván que contamina la atmósfera cerrada, el polvo de los despojos. En su rostro caduco resaltaba el brillo acuoso de los ojos, aquellas lágrimas inermes, pero en ellos todavía quedaba cierta vivacidad.

—¿De veras te acuerdas de Celama...? —quise saber, mientras Ordicio volvía a llenarle el plato.

—Bien que me acuerdo, bien que la quiero. Si fuera preciso lo diría. La vela de noche el que no tiene sueño, de día quien la trabaja, no hay hora que no esté animada. Si yo os dijera el nombre del niño que más corrió por ella, igual no me creías. La recuerdo como el pan negro, la miga de la cebada. Dieciséis árboles la última vez que la vi.

—El niño serías tú... —dijo Ordicio, acariciando la mano derecha del enfermo sobre el mantel. Sino comía con la izquierda.

—Uy, uy, uy, qué pena me diera si fuese yo. El niño perdido y hallado en la nieve. No tuve corazón de tal, trazas de ello, jamás lo fui. Este grano está duro, lo escupo por eso. El arroz, superior. No corría, la pata mala, dolida la cintura, estaba cansado. Con Celama sueño. Bendita sea la Santísima Virgen del Cejo. Lo devota que era

mamá. Misa, comunión, rosario, novena.

—¿Qué sueñas, Sino...?

Había dejado la cuchara en el plato, acababa de escupir algunos granos, se llevó la servilleta a los ojos.

—Ay, Celama, qué entraña... —musitó, luego intentó alcanzar el vaso de agua torpemente, la mano izquierda le temblaba, Ordicio se lo acercó—. Ay, qué entraña. La pena de rezar, la pena de sufrir, la suerte está echada. Sueño el cielo morado, la piedra, el trabajo, me canso mucho. Mi madre me quería más que nadie, hermanito del alma, papá menos. ¿Y hoy por qué no vino Mela...?

—No podía... —dijo Ordicio— pero viene la próxima vez. Si no quieres más arroz, te cambiamos el plato.

—Quiero, quiero. Arroz lo que sea, patatas menos, la berza seca, ya se sabe, un pepino, una sandía. Y tú, Ismael ¿ya curas sólo a la gente o también a los bichos...? Aquella gallina, la más ponedora, no tuvo solución. Hay gatos peores que los perros, que ya es decir, partiendo de la base de que no hay perro malo ni gato bondadoso. Bueno, me lo pides con leche, Ordicio, el postre que más me pete.

En el comedor de la Fonda Burgalesa nos habíamos quedado solos. La dueña nos atendía con especial esmero. Observaba a Sino moviendo la cabeza comprensiva, recordando a un sobrino que, según nos había dicho, también tenía perdida la razón. Pero perdida sin tino, no como este inocente que dice cosas...

—Ay, qué oscura la veo... —musitó Sino, y en los ojos empañados había un brillo lejano, una luz que acaso iluminaba un recuerdo remoto de la realidad o el sueño—. Ese cielo se apagó. La nieve sucia, todas las piedras amontonadas. Me daba miedo. Todas las piedras de las Hectáreas, los cantos, las rañas. Ahora Celama es un monte de piedras. ¿Qué se podrá cultivar...? Las alimañas lo guardan. El cielo morado. La noche más oscura. No la tiene Dios de la mano. Ay, qué pena verla de ese modo, tan bonita como fue.

Ordicio tenía que hacer algunas compras.

Yo me quedé con Sino en el Café Montalbo. Llovía con quietud. Tras las cristaleras del Montalbo, la Calle Mayor de Armenta se apagaba en la media tarde.

Sino no separaba los ojos de aquella panorámica que empequeñecía la ciudad, como si las cristaleras redujesen el paisaje urbano al concentrar el limitado espacio de una esquina mojada y solitaria.

—No hay nadie en el patio... —dijo, llevando con muchas dificultades el pocillo del café a los labios, derramando en la barbilla lo que no logró sorber—. Nadie en Armenta. A Celama jamás volvería...

—¿Por qué...?

—Las tres cosas que conviene saber, voy a decirlas ahora que no está Ordicio. Ni se te ocurra comentarlas con Mela.

Se limpió la boca con la servilleta, después los ojos.

—Una es que el buen tiempo ya se acabó para siempre. Otra que Dios no perdona aunque Cristo se ponga como se ponga. La tercera es la que más miedo da, no sé si querrás escucharla.

—Claro que quiero.

—Todos los cuerdos se van a matar entre ellos. Los locos nos quedaremos más solos que la una en el mundo. Padres e hijos, hermanos contra hermanos, amigos y cuñados. Esta tierra se acaba, Celama no se salva. Y esto no va a suceder hoy, ni mañana, pero puede que pasado. Toma nota, Ismael: España hecha trizas, las mulas sueltas por las Hectáreas, los pozos anegados, los pájaros huidos, el niño que corre sin parar...

Aguardé a Ordicio a la puerta del Psiquiátrico.

El tren para Olencia pasaba a las ocho y media. Ahora la lluvia era más espesa.

Fue la última vez que vi a Sino. Murió en el manicomio año y medio más tarde, en un accidente al caerse por las escaleras.

Quieto y vacío. La imagen del patio llenaba con su soledad lo que él no tenía. Aquella llovizna, los ojos vidriados, el temblor de las manos. La Celama oscura de su memoria o de su sueño.

Lo enterramos en el Argañal una mañana de abril.

Un extraño en la Fonda Corsino es imposible.

Los que vienen son los de siempre: viajeros o forasteros que tienen algo que hacer, aves de paso que conviven fugazmente con el maestro de turno que todavía no encontró vivienda o se hizo fijo por desgana y, en parecida vicisitud, el empleado o el profesional con destino o cometido en Santa Ula. Un extraño, lo que se puede entender por un extraño, imposible.

Y, sin embargo, aquel doce de abril, a una hora tan poco pertinente como la de la siesta, más o menos las cuatro y media de la tarde, llegó un extraño que, a simple vista, cumplía todos los requisitos de la extrañeza, porque ni siquiera los disimulaba.

El coche que dejó aparcado en la Plaza era una máquina rara, grande, de esas que tienen pinta de estar averiadas, dada la impresión de vehículo destartado y sucio, que pierde aceite y tiene roto el radiador. Una máquina negra y polvorienta, a cuyo interior daría miedo asomarse.

Como buen extraño, no traía equipaje: quería una habitación y que nadie le molestara. Lo atendió Cirina, la cocinera, que era la única que podía responder a la llamada porque estaba fregando: los demás dormían la siesta.

Un extraño es imposible, dos rayan el disparate.

Seguro que desde que se fundó la Fonda Corsino, herencia de la Venta del bisabuelo que también se llamaba Corsino, jamás habían coincidido dos extraños, y menos en el mismo día.

Ella llegó como media hora después.

Bolupia, la mujer de Corsino, ya se había levantado y fue quien la atendió. La petición era la misma: una habitación y que no la molestaran. Tampoco traía equipaje.

—La pinta de ese hombre... —diría Cirina muchas veces, después de lo que pasó — era rara pero elegante, o elegante pero rara. Traje de chaqueta cruzado, color marrón, corbata, zapatos limpios y la visera haciendo juego. Digo rara, por el ojo izquierdo caído y el anillo en la mano derecha con una piedra reventona. Rara, para lo que por aquí puede verse...

—Ella, ya lo sabe todo el mundo... —comentaría Bolupia, incrementando con algún dato la contestación a cada nuevo requerimiento, dueña orgullosa de tanta curiosidad— alta, muy alta. Tacónes de artista. La melena de caoba que le caía por los hombros. Un vestido sastre ceñido como sólo pueden llevarlo las que tienen cuerpo. Medias de cristal. Y los labios muy pintados. No joven, con sus añitos encima, pero con mundo, con garbo, con pinta de haber pisado más hoteles que fondas y pensiones...

Serían las seis y media cuando aquel hombre, tal como había entrado, tal como lo describiría Cirina, tal como lo vio el propio Corsino salir, sin atender a las buenas tardes que le dio, se fue.

La visera más calada, el ojo izquierdo más caído, la corbata menos en su sitio, pueden ser figuraciones que, con tanto como llegó a hablarse en Santa Ula y en toda Celama, pertenecen a lo que contando se inventa.

Lo cierto es que el hombre, a esa hora poco concurrida de la Plaza, subió al coche y, cuando logró arrancarlo, Corsino asomaba tímidamente, convencido de que el cliente iría a hacer alguna gestión, y escuchaba las dificultades de la puesta en marcha y veía doblar al vehículo para enfilarse la Plaza al lado de la iglesia, y desaparecer.

—Si te he visto no me acuerdo... —dijo Corsino aquella noche, cuando tomaba con los amigos la última copa en la barra del bar—. Tanto él como ella. Como aves de paso llegaron y como pájaros de cuenta se fueron. Con el agravante de que a ella nadie la vio marchar.

Bolupia, que zascandileaba limpiando las mesas, se había resignado antes que el marido. A fin de cuentas, dos sujetos como aquéllos, dos extraños de aquella facha, dejaban en la Fonda el toque de lo insólito y daban pie suficiente para divagar lo que se quisiera.

—Que vinieran juntos está por comprobar... —decía Bolupia, incapaz de resolver el enigma, aunque en su cabeza cabían todas las sospechas— y que se fueran de igual modo, lo mismo. Aunque hay que reconocer que parecían el uno para el otro, más dos sujetos que dos personas propiamente dichas.

—Eran pájaros del mismo nido... —dijo alguien, anticipando lo que ya se generalizaba como comentario—. Dos extraños y a la misma hora y en el mismo sitio, no puede ser coincidencia. Lo que encontraran lo buscaban juntos...

—Poco habrían de buscar y encontrar aquí.

—Bueno, el enredo que entre ellos se trajesen. ¿No dices que les disteis habitaciones en el mismo piso...?

—No, segundo y tercero, igual mano.

Aquella tarde más de uno vio un renqueante coche por la comarcal del Territorio. La dirección hacia Olencia era clara. Los que lo vieron pasar más cerca, juraron luego que en el coche iba solo el conductor que al menos en el asiento de al lado no llevaba compañía. Pero el coche era grande y en la parte trasera nadie se había fijado.

Una máquina negra a la que se le escapaba vapor del radiador partido, y que metía más estruendo que una locomotora. De los faros delanteros, uno al menos estaba roto. Las gotas de aceite dejaban la huella de su ruta.

También lo vieron, ya hacia el oscurecer, por el Puente de Amira y más tarde por

la carretera de Valma.

Estas noticias llegaban a Santa Ula muy pronto, por la mañana, y precisamente a esa hora, temprano, Corsino preguntó por su hijo Telurio y Bolupia tomó conciencia de que a aquel hijo tarambana llevaban sin verlo por lo menos desde el día anterior.

—Desde la siesta, si el cálculo vale.

—Con esta historia, a todos se nos fue el santo al cielo.

—Comer, comió... —afirmaba Cirina— pero cenar, no lo aseguro.

En la habitación de Telurio la cama estaba deshecha, pero eso no indicaba nada, podía estarlo desde la siesta. No había ni el más leve indicio de nada en el desorden habitual de sus cosas: todo estaba donde no debía, como era norma en él.

—Estoy empezando a pensar lo que no debo... —dijo de pronto Bolupia—. Esa gente vino con alguna intención... —gritó—. Me lo llevaron, se llevaron a esa alma cándida.

—¿Quién puede querer llevarse a un infeliz...? —musitó Cirina.

—Lo mato... —dijo Corsino, alterado—. Como se haya ido, lo mato.

La tragedia que se larvaba en la Fonda Corsino duró poco, al menos esa parte de la tragedia que acarreaba la desaparición de Telurio y las previsiones criminales de la misma.

En seguida se supo que el coche había aparecido estrellado en la propia carretera de Valma. Había un chopo roto y el vehículo volcado sobre un costado.

En su interior dos muertos. El conductor, el extraño sujeto de la visera y el ojo caído, que no tardó en saberse que se trataba de un ojo de cristal que saltó en el golpe como un balón ortopédico. Y la mujer de la melena caoba que viajaba en la parte trasera, cuya cabeza colgaba de la ventanilla con el carmín derretido en el charco de sangre.

Ningún indicio de Telurio. En el coche no había otra cosa que los cadáveres, tampoco nada que los identificara ni, por supuesto, equipajes.

Fue Romo, el cuñado de Corsino, quien tuvo la ocurrencia de buscar a Telurio en casa, en la propia Fonda.

—Tenéis un chaval tan desbarrado como tarambana, y hay que ponerse a la altura de sus ocurrencias... —dijo.

A Bolupia la atendía su hermana y Corsino, en la barra del bar, todavía seguía jurando que si se había ido lo mataba.

La habitación de Telurio estaba convenientemente registrada y Romo fue directo a las que teóricamente habían ocupado los extraños. En las dos, las camas estaban deshechas, pero en la del primer piso, la que teóricamente ocupó la mujer de la melena caoba, apenas retiradas las sábanas y la colcha y doblada la almohada. En la

del hombre, era claro que habían usado la cama.

Debajo de la misma, vio Romo un pañuelo sucio.

—Telurio... —llamó entonces, apenas lo recogió—. Soy tu tío Romo. ¿Quieres salir de una puta vez...?

El armario de esta habitación era un poco más grande que los de las otras, pero un ratón que se moviera dentro podía hacer más o menos el mismo ruido.

—No puedo... —oyó Romo, y se trataba de una voz más vergonzosa que asustada.

El armario estaba cerrado con llave, pero la llave no se veía por ningún sitio.

—¿Pero qué haces ahí metido...? —quiso saber Romo.

—Me encerraron.

—¿Respiras bien...?

—Como una rana.

—¿Y la llave...?

—La llevarían.

Romo avisó del hallazgo del sobrino.

Las reacciones fueron diversas: Bolupia quería comérselo vivo y Corsino juraba que Dios no era de Celama por consentir que a su hijo le hubiese pasado aquello.

—En casa, en la Fonda... —gritaba descompuesto—. Ese pobre zascandil que lo peor que hizo en su vida fue incendiar el gallinero para evitar que el gallo le sacase los ojos, cuando lo pilló con la gallina más guapa.

Descerrajaron la puerta. Telurio no se atrevía a salir.

—Pero ¿qué hacías, cómo te pillaron, qué pasó...?

Había cruzado los brazos, la madre no permitía que lo atosigaran. Lo hizo sentarse a los pies de la cama y empezó a peinarlo como el día que tomó la primera comunión.

—Vi a la mujer subir por la escalera... —dijo Telurio, encogiendo los hombros—. Me había asomado, cuando media hora antes subió el hombre. Vi que traían algún enredo. Él la esperaba, le decía que no hablase, que no hiciera ruido, porque ella subía confundida. En cuanto el hombre salió al pasillo me metí en su habitación sin pensarlo dos veces.

Corsino le dio una bofetada.

—Si te pega, no hablas... —ordenó Bolupia a su hijo, encarándose con el marido.

—Le pego... —afirmó Corsino, conteniéndose— porque me temo lo que viene.

—Me metí debajo de la cama, para espiar... —aseguró Telurio, quejumbroso— sólo para espiar. Me acordé de aquel ganadero que robó en la Caja Rural y escondió el robo en las zapatillas. Quería espiarlos.

—Querías echar por tierra el buen nombre de la Fonda... —dijo el padre— porque debajo de la cama no hay persona honrada que se meta.

—No había otro sitio... —afirmó Telurio, que a pesar de la bofetada mantenía cruzados los brazos.

—¿Y qué pasó, hijo, qué pasó...? —quiso saber Bolupia.

—¿Qué había de pasar...? —dijo Corsino, desesperado—. Buscan los pájaros el nido, y anidan. Pareces tonta. Ahora tengo un hijo que además de bobo es degenerado, y una mujer gilipollas.

Fue Romo el que puso orden.

—De lo que hicieran en la cama... —afirmó Telurio, cuando su tío le dio confianza— nada soy capaz de decir. Yo estaba debajo, ellos encima. La habitación se movía de tal manera que iba a caerse. Lo que pude oír no se lo cuento a nadie porque no por tonto está uno menos avisado.

—De lo que hicieras allí debajo... —dijo Corsino, dispuesto a darle otra bofetada— ni lo mientes, al menos delante de tu madre. Con don Bersilio el sábado en el confesionario y, a ser posible, sin que nadie te vea.

—Pero vamos a lo que importa... —decidió Romo—. ¿Quiénes eran, qué sacaste en limpio...? Esa gente se acaba de matar en el coche por la carretera de Valma. Es un caso de los que luego salen en el periódico.

Telurio volvía a encogerse de hombros.

—De lo que dijeron cuando se movía la cama, no voy a hablar. Por poco que uno sepa, algo sabe. Ella que chiquismiquis, él que dobladinlas, yo estaba morado, el somier me hizo daño y cuando grité debieron quedarse tiesos.

La bofetada de Corsino hizo temblar de nuevo la cama.

—Déjalo en paz, por Dios... —pidió Romo, mientras Bolupia arañaba al marido—. ¿De qué hablaban, qué dijeron después...?

—Dijeron que los perseguían... —confesó Telurio, lloroso—. Dijeron que igual mata el amor que la muerte, que mejor muertos que hastiados, que el deseo es una serpiente y los celos sabandijas. También dijeron que no hay un dios del amor, sino de la desdicha, y que todos los dioses eran mentecatos...

—Disparates, disparates, que inventa... —gritó Corsino, a punto de alcanzar a su hijo con otra bofetada.

—¿Te pillaron...? —quiso saber Romo—. ¿Se dieron cuenta de que estabas debajo de la cama...?

—Yo mismo salí... —confesó el sobrino—. Si me cayeran encima, me hubiesen matado. Entonces dijeron que me metiese en el armario, que nada malo querían hacerme, que ya eran bastante desgraciados ambos.

—¿No les escuchaste otra cosa...?

—Ninguna. Me vieran como me vieran, más pena que nada les daba. El hombre desnudo también daba miedo. Todo lo que vi en su cuerpo fueron cicatrices. Y estaba tuerto. Había dejado el ojo en la mesita. Era un balón de cristal.

—¿Y ella...?

—De ella no hablo.

—Tienes que hablar... —le ordenó Romo.

—Cuando don Sirio contó en la escuela... —dijo Telurio, poniéndose de pie, pero sin separar los brazos— que Dios creó a Eva de la costilla de Adán, advirtió que no era bueno que la imagináramos en ese instante, ya que de aquélla no estaba visible ni imaginable, que había que aguardar un rato para que cogiese la hoja de parra. Entonces, que yo sepa, sólo la imaginó Tarilo, el hijo de Fericio el ferretero y nos lo contó. Era igual. Ella era lo mismo: la Eva de don Sirio y del hijo del ferretero.

—Calla, calla... —ordenó Corsino, airado—. Calla que te mato.

—La vi sin la hoja... —confesó Telurio, sin poder contener una lágrima—. La misma Historia Sagrada en la Fonda, como si el maestro la acabara de contar.

—¿Y te encerraron...?

—Me pidieron que los perdonara. El hombre me dio la mano, la mujer me besó en la frente. Él me hizo el regalo, ella dijo que, a veces, mata el amor como asegura la letra del tango que, poco antes, cuando tanto se movía la cama, cantaba él.

—¿Qué te regalaron, hijo, qué se les ocurrió a esos pobres alipendes...? —quiso saber Bolupia.

Telurio abría los brazos.

Lo hizo con mucha reserva, como si temiese la ira todavía contenida del padre. Luego extendió la mano derecha y les mostró, entre los dedos temblorosos, la piedra reventona prendida en el anular, un reflejo morado, un rubí sanguinolento, un pedazo de amor y de miseria y de muerte, que nadie pudo entender.

Lo malo de los muertos es la dependencia que les queda de los vivos, el hecho de que la muerte no tenga confín, que no haya límite ni lugar exacto, porque la muerte, una vez que se produce, es más abstracta que real.

—No le entiendo. Aquí estamos viendo lo poco que somos o, por mejor decir, lo poco que fuimos, pero de veras.

—Es la única condición que ahora nos compete, que no es otra que la fantasmal.

—Vine por donde vengo cada noche, me siento en esta piedra, no pienso ni calculo nada. Lo único que me perturba es el frío.

—¿Quién es...? Piénselo un momento antes de contestarme. No es nadie, no es nada. Lo único que puede ser lo es en referencia a lo que fue, a lo que vivió. Dependemos de la vida, de lo que fuimos.

—Tampoco me importa demasiado.

—No se vaya por las ramas. Se lo traigo a colación para que no se llame a engaño. Frío, dice. Está usted equivocado. Es imposible sentir otra cosa que la nada, a ella pertenecemos. Frío, calor, llanto, alegría, son sensaciones y sentimientos imposibles, el rastro de los mismos permanece sólo como tal, una huella del pasado, del más allá, de la otra parte. Hay una memoria de la vida en la muerte, como en la vida pudo existir un presentimiento de lo que acaba, de esta orilla oscura.

—Bueno, no se lo discuto. Si hay que aceptar la condición de fantasma, lo hago. Cada noche me siento en esta piedra, en medio del camino de Celama a donde vine muchas veces de mozo, estoy a gusto sentado en ella. Ese sentimiento me reconforta.

—Por lo que tiene de recuperación, por lo que supone de recuerdo. No somos nada y, sin embargo, nos queda cierta capacidad para ser un poco de lo que fuimos, el hálito de aquella circunstancia.

—Pongamos en la balanza eso que dice. Se acabaron las pasiones, las emociones intensas, las sensaciones primordiales. Se acabó lo que se daba. Ahora todo está filtrado por esa ceranda de la existencia que se fue, lo que queda es el grano sin la paja.

—Muy bien visto, muy bien dicho, pero no somos bobos. La libertad de la vida tiene la réplica de la condena de la muerte. Vivir no impone condiciones. La muerte sólo ofrece esta atadura, este calvario.

—Yo me conformo. A lo mejor usted fue uno de esos vitalistas acérrimos que a la vida todo lo sacrifican. Yo era un ser manso y resignado. La vida me resbalaba, todas las ansiedades se me convertían en frustraciones, jamás ambicioné otra cosa que estar en casa, quieto y sosegado.

—Le juro que, a veces, los muertos me escandalizan. Esa forma templada y cabal de entender este destierro como una liberación o una meta, me parece la mayor ignominia.

—Oiga, oiga, no me tome el número cambiado. Jamás fui un muerto voluntario y nunca se me pasó por la imaginación el suicidio. Que hiciera el aprendizaje de la resignación, es otra cosa. Aquella felicidad no me hizo feliz. Todo lo que viví lo cambio por la serenidad de estar sentado en esta piedra.

—Yo sí lo hice, ya ve. Una pistola en la sien no me dio resultado, podría decirle que el tiro me salió por la culata, una manera de reconocer que el miedo facilitó el fallo. En cualquier caso, por suicida me tengo aunque, al fin, fue un tumor como cualquier otro lo que me sacó de apuros. No hay contradicción, no se disponga a leerme la cartilla. A la vida le pedía tanto que no había modo de que me lo diese.

—¿Y ahora anda inquieto...?

—Desasosegado, más que inquieto. La muerte no me sacia. Nada en ella me compromete a aceptarla con la lógica fascinación con que hay que aceptar las cosas, porque por obligación no merece la pena. Del otro lado no logro olvidarme y con el artilugio mental de saberme muerto no me puedo conformar. Es una abstracción. La muerte no existe, lo que existe es la privación de la vida, la liquidación de la existencia. No soy nada en la nada. Lo que me queda es el recuerdo, cada día más fantasmal, es verdad, de lo que fui.

—Pues menudo problema tiene usted. Le juro que entre la gente que por aquí he conocido, un hombre muy andarán de Lavea, otro de Sabrales, una señora de Guañar que es más pesada que el plomo y otro de Ogmo poco dado a hablar con el primero que le sale al camino, jamás oí cosa igual. Usted tiene un problema de espanto con la muerte. A usted la muerte lo ha trastornado.

—Se equivoca. Los engañados serán ustedes. No hay muerte. Esta otra Celama de la oscuridad es un invento que sobreviene cuando nos acabamos.

—Llámele como quiera.

—Mientras pueda pensar lo que fui, sigo siendo algo. El día que el olvido me venza, se acabó lo que se daba.

—Búsqese una piedra como la mía, en medio de algún camino de aquéllos. O un árbol de los pocos que hay en Celama. O el arrimo de un Pozo donde durmiera la siesta. El sitio más diminuto de aquel pasado, acompaña gozoso la inexistencia de este presente. No ambicione más.

—Ya no ambiciono nada, se lo juro. Echo en falta el sueño, porque en el sueño me entretenía. En realidad, los recuerdos ya se difuminaron, sólo el rescoldo de la vida alimenta este pesar de verme muerto.

—¿Cuánto lleva por aquí...?

—Del tiempo no tengo conciencia, Dios me libre.

—Poco, se lo digo yo. Ese rescoldo es una bombilla que quedó encendida en la habitación la noche que cerró los ojos. Hay que apagarla.

—¿Y qué me recomienda...?

—Que la apague, que se abstraiga, que borre el pensamiento y disfrute de esta soledad que hace del extremo vacío el confín de la nada donde, a lo mejor, de veras

podemos llegar a ser felices, con una felicidad que en la Celama real jamás se conoció.

No voy, no me da la gana, decía Arbodio, las mismas razones que hay para salir de casa las hay para quedarse. En casa y en la cama, a ser posible.

Nunca supe si Arbodio se llamaba de veras Calmo o si el nombre derivó de aquella propensión suya a no hacer nada, y lo poco hacerlo con la extrema lentitud que desesperada a cualquiera.

A veces un nombre determina el destino de quien lo acarrea, y no en vano Orestes Sielga navegó sin rumbo para volver de la guerra de Cuba y llegó muchos años después, Loba Codal exterminó el hogar con la fiereza de su carácter imposible, llegando a morder al marido en la yugular en una de sus reyertas, y Mandolino Tera fue músico, malo pero músico. Tres casos muy conocidos y comentados en Celama. En la lápida de Arbodio, en la Santa Quilla, figura ese nombre y las fechas 1881-1929, lo que no garantiza por completo que fuese verdadero pero sí cualificado, aunque se tratase de un apodo, y entonces daría lo mismo.

Hay varias versiones sobre la vida de Calmo Arbodio, más allá de las anécdotas y el recuento de sus frases que, con frecuencia, se siguen usando para justificar lo injustificable.

Razones siempre las mismas, decía, unas a favor y otras en contra. Se engaña el que quiere. Yo ya dije cuando aprendí a hablar, que mientras menos mejor, que un esfuerzo es un expolio, que el cuerpo aguanta penosamente lo que sufre el alma, y el trabajo es el mayor menoscabo tanto para la carne como para el espíritu, y que como en casa en ningún sitio, entendiendo que en cualquier casa hay alcoba y en cualquier alcoba una cama. No me llaméis, que no voy.

La primera versión aseguraba que Calmo Arbodio había sido un niño malcriado, que explotó una de esas enfermedades infantiles que tanto asustan a los padres, hasta lograr que la indolencia fuese la coartada del mal, de modo que el niño enfermo reconvirtió la salud en negligencia, ganando una batalla definitiva.

Pasó mucho tiempo hasta que el niño comenzara a ser considerado un gandul. De suyo, el niño ya se había hecho adolescente y de la infancia conservaba lo que luego guardó toda la vida: la decisión que guía el capricho, la intemperancia de quien a nada se aviene porque está por encima de todo. Ese talante salpicado por los antojos, que adquiere una decisiva firmeza, ya que no hay nada que perdure más que lo que se decide sin alternativa. El adolescente se hizo mozo, el mozo maduró, y la antigua coartada marcaba la indiferencia y la apatía de un hombre que estaba en el mundo como el que se encuentra en una mansión ajena, a la que nada ata y compromete.

La segunda versión atestiguaba que el miedo era el causante de la incuria de Arbodio. El miedo es también una coartada muy solvente cuando se usa como padecimiento. Todo lo que puede suceder en la vida resulta temeroso, sobre todo lo que sobreviene en el día a día, en la corteza cotidiana de la existencia, a la que Calmo se refería con enorme aprensión. La vida tiene un costo muy trabajoso, da miedo verla, pavor pensar en ella. De ese costo trabajoso se trataba, de la desgana de afrontarlo.

Miedo me da, era la frase habitual de Calmo. Y luego: no tengo el cuerpo para ir por esos caminos, la mañana está rara, sólo de pensar en salir me pongo enfermo. Dios me libre, decía con frecuencia, no hay nada peor que la tormenta, un rayo cae y te pilla en cualquier sitio, la vida no vale nada pero Dios no consiente que la pongamos a prueba, hay que guardarla. Se es cristiano o no. Yo lo soy, aunque a veces ir a misa es más arriesgado que dormir la mañana. Yo la duermo y entiendo que, de alguna manera, así santifico mejor a Dios, los mandamientos competen al corazón del hombre, no a la costumbre. Más peca el zascandil que el discreto.

Ese andar medroso hizo de Calmo un flojo o, mejor, justificó su desgana, hasta tal punto que la apatía era la norma generalizada de su comportamiento, nada le interesaba, nada hacía, el riesgo era una vicisitud a la vuelta de cada cosa, trabajar podía matarlo.

La tercera versión ya no se andaba por las ramas, constataba su condición de perezoso, la interesada forma de disimular una inclinación que se había convertido en un vicio. Calmo Arbodio había fraguado su existencia con esa suerte de lejanía del mundo que te permite existir sin mancharte las manos, como si todos, especialmente tus familiares, te debieran el favor de estar vivo, de estar con ellos.

La carrera del señorito, decían en Anterna los más avisados, aquellos que le tenían calado y que, en algunas ocasiones, cuando Calmo asomaba al Salón de Baile y se quedaba quieto en una esquina, como un atribulado pasmarote, danzaban y se le acercaban ofreciéndole con sorna la pareja: muévela tú un poco, Arbodio, que el gasto es liviano y así alegras algo más que la pestaña. Y él se encogía de hombros y negaba con la cabeza: no apetece, suspiraba, no soy codicioso.

No lo era. Su madre, doña Terina y su hermana Gala, se encargaron de él. Su padre, don Cedro, murió pronto y apenas tuvo ocasión de comprobar las condiciones inermes del vástago, aunque sobrellevó su infancia, y parte de su adolescencia, muy atareado con la dichosa enfermedad del negligente, a quien cargaba al hombro hasta que la hernia discal lo incapacitó.

No anda, no se mueve, decía don Cedro, la desgana lo está matando, es un niño delicado, pero ¿qué puede hacer un padre, por mucho que la salud tampoco le deje dedicarse como es debido? El niño acaba conmigo y yo a gusto me muero, si es por

su bien.

No era codicioso. Generalmente los vagos son conformistas. La pereza es un hábito de resignación. Calmo Arbodio cultivaba la conformidad para mostrar esa costra de modestia y lasitud que con el tiempo hacía más apacible su coartada.

Ay, Dios, lo que cuesta abrir los ojos, qué pena levantarse. Un día y otro la misma cuesta arriba. Levantarse, lavarse, vestirse, desayunar, lo larga que será la mañana, lo que queda del día hasta dormir la siesta, luego merendar, después cenar, desnudarse, qué tributo, Señor, la vida humana es un duelo y, encima, hay quien tiene pasiones y ambiciones, como si no fuera suficiente este castigo de Dios.

A pesar de todo, hubo una moza de Anterna que se quiso casar con él. Se llamaba Framá y era muy amiga de la hermana de Calmo, lo que imposibilitaba que estuviese engañada, porque la hermana era su peor pregonera. Al desganado no parecía disgustarle. En el Salón de Baile había consentido moverla una vez, aseverando como siempre que no era codicioso pero que a Framá no quería hacerla un feo. La hermana echó un cuarto a espadas en aquel noviazgo sin destino. La madre veló para que fuese posible y le leyó bien leída la cartilla al hijo, haciendo hincapié en la necesidad de que alguien lo cuidara cuando ella faltase, si su hermana también encontraba partido.

Quererla la quiero, dijo Arbodio, para qué voy a mentir. La veo guapa, limpia y dispuesta. La veo una moza cabal. Por eso mismo no pretendo compararme, para que no se diga. Yo sé de sobra lo que tal compromiso comporta, y del amor no hablemos. De la propia responsabilidad al mismísimo débito conyugal. La vara con la que mido es tan alta como la de cualquiera, no soy menos que nadie, aunque tampoco más. Casarse y acarrear lo que comporta, ahí es nada: es el mayor esfuerzo humano conocido. No tengo preparación, lo reconozco.

Ya hacía mucho tiempo que el vago se había hecho gárrulo. Su hermana cedía contrariada, la madre sobrellevaba el disgusto como buenamente podía. Framá se acabó casando con un chico de Santa Ula.

La noche es más larga que el día, decía Arbodio a quien quisiera escucharle. Y el sueño, el mayor peligro de la existencia humana. Cierro los ojos y la paz del mundo, que tanto cuesta, se viene abajo: estoy en una cantera, pica el sol, levanto la piedra más grande, se me dobla la espalda. Toda la noche el mismo camino, igual sed, la piedra que me aplasta.

A rgañal, castro sureste, fila tercera. Seis tumbas paralelas en la misma disposición y con iguales elementos: tierra alzada, ladrillos circundantes, cruces de hierro colado coronando cada tumba, retratos ovalados con brillo de porcelana sepia en el crucero y bajo ellos las fechas de nacimiento y muerte.

De izquierda a derecha: Furio Moral Medano (1871-1899), Olida Moral Anfida (1873-1922), Amal González Belmo (1881-1916), Mara Rodicio Azar (189-1929), Cidio Lorado Valseda (1891-1928), Marcial Rodríguez Cidallo (1876-1928).

Nada iguala más que el sepia en la porcelana impoluta que ni siquiera daña la erosión. Los rostros ovalados de los retratos tienen igual gesto de ausencia, parecida distancia en la mirada, la aureola de un pasado que difumina sus facciones, esa sombra de irrealidad con que el tiempo anega lo que derrota.

Decir que todos miran de igual modo no es errado, aunque habría que distinguir esta mirada ausente de la mirada verdadera de cuando vivieron. La huella patinada de los rostros nunca es fiel a la verdad de sus gestos auténticos. No hay nada más anodino y despersonalizado que ese sepia que tiñe el recordatorio del cementerio, la imagen de un mismo olvido de la existencia, de una renuncia a lo que se fue o se quiso ser, esta extrema caricatura de la cara de los vivos en la cara de los muertos.

De todos supe algo, aunque a ninguno conocí. Me llamaron la atención precisamente por eso: por las muestras ovaladas que emparentaban y casi confundían su actitud de muertos ordenados al otro lado del desorden de la vida, en la fila que concitó su destino final.

Con el tiempo llegué a descubrir que ese casual destino de su orden funerario no lo era del todo, que una misteriosa circunstancia concitaba esta reunión de los muertos que, en la mayoría de los casos sin conocerse siquiera, habían quedado concentrados en el reposo. No es que se tratara de una misma muerte pero sí de una muerte parecida, la circunstancia común de un sentimiento, de una desgracia.

Furio, veintiocho años. Nace en Leroza y en Leroza fallece. De los seis, era el más joven. La fina barbilla se afila más de la cuenta en la foto y, en su punta se marca una ranura que puede ser un defecto de la reproducción. A pesar de ser el más joven, es el que mira desde más lejos, desde la irrealidad añosa que el daguerrotipo matiza en los ojos somnolientos. Los veintiocho años de su muerte alargan la adolescencia, de tal manera que no parecen años juveniles sino irremediabilmente imberbes.

—Un chico refinado, qué quiere que le diga, la carilla inquieta, el andar huido, casi la sombra de lo que se debe ser si entendemos que el carácter es, antes que otra cosa, la huella de uno mismo, lo que te marca. Educado, delicado, tímido. Buenos días, buenas tardes, buenas noches, todo bueno pero nada más. Suspiraba mucho.

Novia no tuvo, amores no se le conocieron. La voz era igual que la cara, un silbido.

Olida, cuarenta y nueve años. También nació en Leroza, como su primo Furio, y en Leroza murió. Son los pómulos los que destacan en el rostro anguloso, la paralela protuberancia con una luz blanquecina en el sepia de la porcelana. No hay brillo en los ojos, más que abiertos atónitos, pero se puede adivinar un resplandor helado de extravío y disipación.

—Lo que Furio tenía de fino lo tenía su prima de pirada, un tipo de piramiento muy especial, si usted me entiende o yo soy capaz de explicarlo. Ella miraba sin ver y sin ser ciega. Miraba con asombro pero sin asombrarse, si esto se entiende. No es exactamente que estuviera alelada, estaba ida. Se casó con Dalmiro Nedo, labrador de Dalga, uno de esos hombres silenciosos que acaban mezclando sabiamente el silencio con la nicotina, fumador empedernido en todo caso. No tuvieron hijos. Ella enfermó en seguida. En Dalga dijeron que siempre había estado enferma, ya que se trataba de una de esas enfermedades que no se ven, que no tienen otro síntoma que el propio estado de ánimo, ya sabe.

Amal, treinta y cinco años. El flequillo rebelde es una mancha sucia en la fotografía, un rastro de mugre que se derrite sobre la frente. El sepia no ayuda a paliar esa huella de mendicidad. Un rostro abrupto al que la foto no hace justicia: la instantánea caricaturiza sus líneas al exagerarlas, fuerza la boca, empequeñece un ojo. Es un muerto asustado y, a la vez, esquivo, que retrataron cuando se iba.

—No era pobre, al menos pobre del todo, rico tampoco, bastante feo, eso sí, pero no tanto como pueda suponerse por el retrato. Los treinta y cinco años los vivió en Coricia, esa aldea del nordeste que, a lo mejor, usted ni siquiera conoce, porque yo la tengo por la más desconocida de Celama. Se casó con Malupa Tobar, también fea, otra cosa no puedo decir. Ella le sacaba media docena de años, y no aguantó el aburrimiento de vivir con él. Se separaron de mutuo acuerdo, sin hijos: cada cual volvió a la casa de la familia respectiva, la que habitaba el matrimonio cayó por su propio peso. Pobre de espíritu, sin duda alguna, y aburrido hasta decir basta. Hay quien asegura que apenas hablaba con las piedras, no tenía conversación ninguna.

Mara, treinta y nueve años. No sé si el retrato hace justicia a su belleza, a la realidad de su belleza. Es prácticamente imposible que una imagen fúnebre mantenga el rescoldo del esplendor verdadero. El cementerio contamina todo lo que contiene. Los ojos levemente rasgados, que se adivinan verdes, la nariz recta, los labios como una inquietante fisura. La mayor traición de la fotografía está en el recortado cabello que una goma debió borrar. Esa desasistida hermosura de Mara Rodicio Azar es, de todas formas, la que mejor sortea el espejo de la muerte.

—De Loza, viva y desaparecida en el mismo pueblo, quiero decir que en él vivió y murió. No me gusta decir que era guapa, porque no era exactamente guapa, era especial, rara, casi daba miedo mirarla. Yo creo que fue eso lo que influyó para que no se casara. Rondar la rondaron muchos, no sólo de Celama. Cuando en Loza, un domingo o un festivo, se veía un forastero, ya se sabía: venía por Mara, a verla,

aunque diese miedo. No le digo que no fuera atractiva, Dios me libre, pero no guapa, en lo que por guapa entendemos la mayoría. Rara, ya le digo, como la madre que la parió. Y la manera de morir, la consabida: que si la pleura, que si las ganas de no vivir. Languideció tres meses antes de los cuarenta, el típico geranio que de la noche a la mañana se seca en la maceta.

Cidio, treinta y siete años. Nació en Quermo, falleció en Hontasul, tres kilómetros para una existencia completa, como me venía contando Arsenio Bedal aquella tarde en el cementerio, los dos quietos ante las seis tumbas que abarcábamos con la misma mirada y sin tener que dar un paso. La boca abierta es la huella del mismo asombro de su vida y de su muerte. Uno puede olvidarse de la doble miniatura de sus ojos, de las cejas espesas, de la incipiente calvicie, pero no de la boca. Una boca abierta de tal modo es una llamada de náufrago, un alarido insonoro entre el estupor y el retraso.

—¿No se la cerraron...? —le pregunté a Arsenio.

—Pues ya ve usted qué curioso... —dijo—. Ese gesto de siempre, de asustado o bobo, lo superó en el estertor, cuando menos posible parece. Murió quieto y apagado como los otros, con la boca bien cerrada. Vivió con ella abierta, desde bien niño, así lo recuerdo correteando por la plaza de Quermo, los mocos igual que manantiales labio abajo. El menos listo de los seis. Las cuatro reglas las aprendió con muchas dificultades, gracias a la vara de don Tino, la más dura del Magisterio Español en la Celama de aquellos años. Un chico sin posibles de una familia sin hectáreas. El que podía rehuirlo, lo rehuía, porque es difícil conocer a alguien que dé más pena. Y puede que precisamente de esa pena que daba, muriese...

Marcial, cincuenta y dos años. El mayor de todos, fallecido el mismo año que Cidio, un mes más tarde. Es el único retrato en que asoma el cuello blanco de la camisa, como un raro soporte a la barbilla, ya que Marcial inclina el rostro, alza los ojos, mira hacia arriba, las pestañas muy marcadas, las cejas tan espesas que el sepia parece un tinte derramado sobre ellas. Hay un fuerte contraste de ensoñación y rudeza, como si se tratara del retrato de un viejo prematuro que no se libró de la adolescencia, una extraña mezcla de juventud y quiebra.

—Casado en el propio pueblo donde nació y murió: Barmatal, el único de Celama que tiene castillo. Otra cosa es que se casara a la fuerza, por no decir a la contra, más o menos como viviría. ¿Cómo puede entenderse que un ser humano, teóricamente hecho y derecho, afronte la vida, negándose a la misma...? Marcial, sin ir más lejos y, como le vengo diciendo, en proporción nada ajena a los demás. Todos como si no les compitiera, como si vivir no fuese con ellos. No vives, te dejas vivir, el camino mejor para acabar muriendo por dejadez. Ahí los tiene... —indicó de nuevo Arsenio, y ahora su dedo índice parecía acusarles— tan panchos y tan tristes, como si con ellos no fuese.

El fin del recuento me hizo encoger de hombros, del mismo modo que Arsenio se encogía, más indignado que yo. Los seis rostros se emparentaban en el friso de su marchita indolencia, como ajadas enseñas de la misma desgana mortal.

—Todos murieron de lo mismo... —aseguró Arsenio— de eso no le quepa la menor duda. Aunque nadie supo de qué.

—Alguna opinión habría... —aventuré.

—La enfermedad del alma, ya sabe. De lo que mueren en Celama los pájaros que no vuelan y los perros que nadie quiere.

Samo esperó a Borrало a la salida de Remielgo.

Había dos razones para que Samo no entrase a la taberna: tres años atrás, en una pelea entre parroquianos que se calentaron los cascos más de lo debido, el propio Remielgo le había roto una botella en la cabeza y no logró convencerlo de que había sido en un descuido. La otra razón era conyugal, la tónica promesa a María Veridia: ni una copa más, evitando también las vinajeras en San Tolido.

La noche era fría. El rumor templado de la taberna hacía más ingrata la espera. Los clientes fueron saliendo con el habitual ritmo desordenado y, como casi siempre, Borrало apareció de los últimos.

Samo lo alcanzó en el camino. Además de fría, la noche tenía el firmamento con las púas rutilantes y la atmósfera conservaba esa pureza del vidrio que exhala la respiración de los espejos. Era, en este sentido, una noche clara y silenciosa, sin esos ecos que retumban en el desvelo de los durmientes y que luego, a la mañana siguiente, retienen la desazón como el gusto amargo de los malos alimentos.

—San Tilín, San Victorino y Santa Beduvia... —contabilizó Samo sin poder contener el escalofrío cuando alcanzó a Borrало—. O damos cuenta al cuartelillo o mandamos aviso al obispado.

—Si don Sedo y don Marino se llaman andana, siendo como son curas párrocos —dijo Borrало sin detenerse y sin hacer el mínimo gesto de extrañeza ante la aparición del amigo— nosotros no nos vamos a hacer los valientes. Ni cuenta ni aviso ni denuncia. En Celama hay un caso sagrado, pero allá películas.

Borrало se alejaba y Samo lo veía con el paso incierto de las copas. Nadie en el Páramo tenía la precisión de Borrало para que cuerpo y mente no se contaminaran con el alcohol: un pesado caminar y la cabeza limpia.

—¿Quieres venir a comprobarlo...? —le voceó Samo.

—No es que quiera, es que Dios me lleva. Si en San Tolido es el propio Santo el único que queda, en la Ermita ni siquiera Santa Calina. Dios nos escogió y no podemos hacerle un feo, a fin de cuentas, es el que manda.

—Entonces vamos primero a la Ermita... —decidió Samo, llegando otra vez a su lado—. La suerte está echada, y esta encomienda no tiene alternativa.

—Yo ya me hago alguna idea de lo que pasa... —dijo Borrало—. No sería Celama el primer sitio. Estos casos sagrados no son casos inocuos, tienen su explicación o su sentido. Los Santos no son como las personas, no se van por ahí a verlas venir. Si se van, se van por algo, por algo gordo.

A Samo no le gustaban aquellas palabras de su amigo.

—¿Algo gordo...?

—Algo importante, algo trascendente, no el capricho por el que nos movemos los humanos. Yo no vengo a Remielgo por razones teológicas y tampoco tú vas a

Caviedo por causas morales.

—¿Y qué idea es ésa, si puede saberse...?

—Falta devoción, eso en primer término... —dijo Borrало—. El Territorio se hizo muy engreído, los párrocos se relajaron. Se van los Santos, aburridos e indignados. Primero se están yendo los más antiguos, después alcanzará el desfile a San Juanín y a Santa Sedosa, ya lo iremos comprobando.

Dejaron el camino. La linde de las Hectáreas se iluminaba como una vara en la que se posaban las centellas. Samo observó que Borrало tenía una botella en la mano, la acababa de sacar de un bolso del chaquetón. Arrancó el corcho con los dientes.

—¿Con María Veridia hiciste las paces...? —quiso saber.

—Tal como están las cosas, no pienso en ello... —reconoció Samo, sin apartar los ojos golosos de la botella—. Me canso de tanto prometer y, además, en Caviedo tengo el crédito intacto.

—¿O sea que vienes de allí...?

—Un alto tras el susto de San Tolido. El miedo que da comprobar que los Santos se escapan, de algún modo hay que paliarlo. También bebí para calentarme. El mundo está echado a perder, y la noche corta como una cuchilla.

Borrало le pasó la botella y, antes de seguir, compartieron los tragos hasta que quedó mediada.

La Ermita parecía un túmulo entre las vides quemadas y el barbecho. Era una construcción hexagonal, con las tejas caídas y la cruz rota.

—Se fue Santa Calina, ya lo ves... —dijo Samo, después de aupar a Borrало para que pudiera divisar el interior desde el único ventanuco—. Ahora lo sagrado no tiene condición, quiero decir que el recinto está huérfano de bendiciones.

—¿Dónde se irán, a qué almacén del cielo o la tierra...?

—Vamos hasta San Tolido, que Caviedo nos cae de paso... —decidió Samo—. Lo de San Tilín, San Victorino y Santa Beduvia quiero que lo compruebes con tus propios ojos.

El frío aumentaba. Los pasos de Borrало se hicieron más inciertos. Samo vio los fuegos rutilantes y, por un momento, la cabeza le dio vueltas. La sombra de Borrало buscaba el camino al otro lado de las vides. Le oyó orinar y sintió ganas de imitarlo. Pisó la botella vacía.

—Hagamos cuentas... —propuso Borrало, tambaleándose—. Los Santos dichos, Santa Calina, San Vito y San Superio. Tres y una cuatro y dos más seis, o sea, media docena. ¿Me olvido de alguno...?

—Te olvidas de San Lisán, el más guapo.

—No hablamos de belleza, hablamos de santidad.

—Me da lo mismo. San Lisán fue el segundo. Aquella noche que lo vimos al pie de la Huerga de Viales era la siguiente a la huida de San Superio.

—Ahora no te entiendo, Samo... —dijo Borrало, deteniéndose—. ¿Qué es eso de qué vimos a San Lisán en la Huerga...?

El camino salía a la carretera comarcal y, al otro lado de la misma, se divisaban los adobes de Caboliedo y una bombilla raquíca en el poste de la entrada del pueblo.

—A ciencia cierta no se sabe... —reconoció Samo—... Al Santo lo bajas de la peana y le quitas la personalidad, pero nos pareció el mismo. No en vano tenía al lado ese perro de igual raza que el de San Roque.

—Vamos a aclararnos... —decidió Borrало, que buscaba la orientación de la precaria bombilla, entre el estallido de las luminarias en el arrebatado firmamento—. San Lisán se parecía demasiado a Meridio el del Cejo. Tanto se parecía que era él. El perro lo inventaste. Éste es un caso sagrado y algo gordo hay por el medio, como ya te advertí. Celama se condena. No hacen falta visiones ni quimeras. Se condena porque hay demasiados afanes impíos. Los Santos no están a gusto y a Dios lo tenemos cabreado. Y eso, si no se avecina una contienda.

—Lo razones muy bien, Borrало, no te llevo la contraria, pero San Lisán estaba al pie de la Huerga. Y lo estaba del mismo modo que están aquellas Santas bajo el poste de la luz. Ahora no vamos a disimular el panorama. Condena o contienda. En cualquier caso, el aviso de Dios. Tú y yo no andamos con medias palabras.

Habían cruzado la carretera. Se detuvieron.

—No las veo, pero si Enedina la de Olmero y Mavila la de Cebo te parecen santas, es cosa tuya. Buenas chicas sí que lo son, no tengo duda.

—Santas de altar, de las huidas para mayor inri. La del lirio Santa Beduvia y la del corazón morado la propia Santa Calina. Yo, con tu permiso, me arrodillo.

—Tenemos a Celama en unas condiciones que da pena... —dijo Borrало, a quien por primera vez en la noche le acababan de fallar las piernas y había caído de rodillas, sin querer, unos pasos por delante de Samo—. Dejado el Territorio de la mano de Dios y sin Santo preciso a quien encomendarse. No hay hornacina con inquilino.

—Santa Calina es más guapa... —dijo Samo.

—No es más guapa... —afirmó Borrало taxativo— es sencillamente más peripuesta.

—Si las seguimos, a lo mejor vemos a dónde van...

—Dos pecadores no deben hacer eso. Lo que nos queda, es abreviar para que cuando lleguemos donde Caviedo no haya cerrado.

Pasaron cerca de las Santas y les dieron las buenas noches. Ellas no parecieron hacerles caso. Luego tuvieron que correr, con más dificultades de las precisas, porque un perro comenzó a ladrar tras ellos.

Caviedo ya había cerrado y, a pesar de las súplicas, no quiso abrirles.

La noche exprimía la helada. De las púas rutilantes comenzaban a desprenderse briznas de metal. Por la vara de las lindes crepitaba la escarcha.

Samo y Borrало habían vuelto al camino.

—Ya viste que parecían ofendidas... —dijo Samo.

—Recemos por la salvación del Páramo... —propuso Borrало.

Ambos cruzaron los brazos, inclinaron la cabeza y musitaron una oración.

—¿Sabes lo que te digo...? —comentó Samo—. Dos seres humanos como nosotros, nada bien vistos en casa, no muy queridos por los vecinos, con peor fama que la mayoría, estamos sacando a flote esta tierra, a la que Dios tiene ojeriza.

—Por la salvación del Páramo y la reparación de los pecados de sus habitantes... —solicitó Borrало.

Volvieron a orar.

—Si echáramos una carrera y espantáramos el frío, igual llegábamos a Casa Samodio, los kilómetros de noche son menos.

Corrieron. Por las lindes saltaban chispas. La atmósfera de cristal brillaba diáfana en el espejo de la noche. No llegaron muy lejos.

—Mira quiénes vienen... —dijo Samo, más sorprendido que asustado, cuando ambos se dejaron caer exhaustos.

—¿Dónde...? —inquirió Borrало.

—En la encrucijada, a la vuelta de la Hemina del Pogro.

—La vista no me da para tanto.

—Tres Cristos.

—Es verdad, ahora los distingo.

—El de Collar, el de la Santa Crisma y el de la Ladera, los más famosos que tenemos.

—Falta el Nazareno de Santa Ula.

—Los hijos de Dios por ahí perdidos, con el frío que hace. Rezamos en vano. Celama no tiene salvación. La contienda va a ser un calvario.

—Vienen para acá ¿qué hacemos...?

—Habrá que darles las buenas noches.

—Dáselas tú, yo no soy capaz de hablar con gente de tanta categoría.

ANTÍGONA DE ORIÓN

Versión libre de la tragedia de Sófocles escrita por el doctor Ismael Cuende y representada en el Salón de Actos del Casino de Santa Ula el 22 de diciembre de 1932 con el siguiente reparto:

ANTÍGONA Birdia Lezama

ISMA Lodina Marzal

CREÓN Eusebio Brico

GUARDIÁN Mauricio Perda

CORO Eucidio Luende, Fermín Siba y Ancilo Solar

(Escena: Plaza de Orión, delante de la casa de Creón. Sale Antígona con su hermana Isma)

ANTÍGONA. Ésta es nuestra suerte, hermana mía. Entendiendo la suerte no como la contrapartida de la desgracia, sino como la disposición del destino. La que nuestro padre nos legó, del modo en que un ciego sucumbe en la sombra y renuncia a la luz: un ciego voluntario que ya no quiso seguir mirando su propia desolación.

ISMA. Hijas de Edino, hijas de la pena, eso ya lo asumimos hace mucho tiempo, hermana. Orión sabe del sufrimiento de nuestra familia. Celama sabe que el llanto anegó la puerta de nuestra casa. La suerte que dices, es la resolución de ese llanto y de ese sufrimiento. El imperio de la muerte que regresa a nosotras, una vez más.

ANTÍGONA. Cuando Edino, nuestro padre, ya ciego, nos tomó a ambas, todavía niñas, de la mano, para acompañarle al Camino de Abrada, donde habría de despedirse, nos advirtió: huérfanas sois del padre maldito, de la sangre contrariada, ni en vuestros hermanos hallaréis siquiera razonable ventura. El padre maldito, la sangre contrariada, la familia que anegaría el mismo llanto...

ISMA. Bien lo recuerdo. Y también el temblor de nuestras manos niñas, dos diminutas palpitations. Vimos a nuestro padre, ciego y extraviado, irse del Territorio. El vacío de nuestras manos era la ausencia de su amor, el hueco de su necesidad. Dos niñas quietas, desorientadas, mientras venía el oscurecer y Orión se transformaba en la cueva de la orfandad. Aquellas lágrimas borraron definitivamente las sonrisas de la infancia.

ANTÍGONA. No podríamos encontrar razonable ventura en Eto y Polino. Hermanos de igual sangre, hijos de la misma tribulación. Pero ¿quién podría pensar un fin tan desastroso? ¿Qué suerte anuda la soga del destino para que, al fin, ambos mueran de este modo...?

ISMA. El padre maldito, la sangre contrariada. Los hijos de Edino se matan, las hijas vuelven a temblar como las niñas abandonadas que fueron. Suerte, destino. Ni siquiera Orión puede conmoverse ante tanta desgracia.

ANTÍGONA. En la Era de Fulmo se mataron. Dos asesinos ciegos, que en la violenta ceguera del padre alimentaron su odio. Dios cerró la puerta de nuestra casa, una vez que el llanto la hubiera anegado. Así se selló la maldición. Hermano contra hermano.

ISMA. Ni envidia ni propiedad. Suerte, destino, desgracia, acaso resentimiento. Para hacernos más hijas de la pena, para que el luto envuelva a la familia con la vergüenza de los fraticidas. Quiera Dios que Edino haya perdido, esté donde esté, además de la vista el oído y la cordura. Orión nada dirá, no hay vecino que se atreva, los cadáveres envilecen al pueblo y corrompen al Páramo de sólo mentarlos.

ANTÍGONA. De ellos quiero hablarte, Isma, hermana mía. De esos cuerpos hediondos que en la Era de Fulmo alimentan a las aves carroñeras. La maldición de su muerte no puede justificar su abandono. Esa orden de Creón que prohíbe su sepultura no pertenece a la piedad y a la costumbre del Territorio. Es mandato de quien gobierna indignado, nada más. Son nuestros muertos, miserablemente muertos, pero muertos familiares.

ISMA. Creón manda, el pueblo obedece. La orden expresa la advertencia y la indignación. No trames nada que la contradiga, hermana, por lo que más quieras. Esos restos ofenden porque no hay suerte más bárbara que la de los hermanos que se matan. La ofensa no es familiar, es vecinal, el género humano entero está ofendido.

ANTÍGONA. Tú y yo somos las más ofendidas. La misma sangre derramada, igual inclinación y herencia. Son nuestros hermanos. Creón manda, Orión obedece, pero es nuestra la libertad de ser piadosas. Los muertos ya no tienen responsabilidad. Son desperdicios de su injusticia, de su ira, de su violencia. Hermanan la suerte de una familia que conserva insepulto el legado de su desolación...

ISMA. No soy capaz de acompañarte, no puedo, no me lo pidas. Ellos se mataron y, al

hacerlo, mataron todo lo bueno que me quedaba. Arruinaron mi sentimiento, amargaron mi pena...

(Se va Antígona. Isma entra en casa. Llega el Coro de Ancianos de Orión. Es ya de día)

CORO. Ay, muerte, qué cara vendes tu mercancía. Un día y otro te llevas al enfermo y al desprevenido, de tal modo que en Orión nadie te extraña. Siempre fuiste visita obligada y no hay casa que no te reconozca. Algún pueblo de Celama te llamó rica heredera, nosotros no lo hicimos, porque halagos y piropos nos gustan poco. Rica eres, ya que nadie puede igualar tu patrimonio. Heredera de lo que el ser humano tarde o pronto pierde: la vida, que tú siempre te apropias. Cara vendes la mercancía de esa apropiación: con dolor, con llanto, sin otra moneda. Y, a veces, como ahora, la carestía pone el duelo donde no hay modo de pagarlo. A los hijos de Edino no queremos nombrarlos. Orión tiene por vez primera el luto de la vergüenza.

(Sale Creón de su casa)

CREÓN. Señores: lo que ha pasado en la Era de Fulmo es un descrédito para nuestro pueblo. Nadie recuerda mayor afrenta, más sucio asunto. Dos hermanos se matan. ¿A dónde vamos a llegar? Razones, resentimientos, sórdidas y oscuras determinaciones, desigualdades, envidias. No hay término, no hay conclusión, ninguna persona honrada quiere evaluar un suceso tan tenebroso. Se matan, y eso es lo que hay. Uno y otro enzarzados hasta robarse la vida, sin que la sangre imprima la advertencia que es propia de la misma Naturaleza, antes al contrario: sea vertida como manantial de ignominia y aborrecimiento. Esto es indignante. Dios alzaré la mano y Orión quedará a la siniestra de sus intenciones, de modo que la tierra amada sea maldecida. Dios no se anda con cuentos. Se matan los hermanos y acaban matándose los pueblos. Se matan los hermanos y, en el seno de las familias, es el efecto de las mismas guerras civiles, fratricidas, un ejemplo que hay que cortar por lo sano. De tal modo que, a la vista de lo sucedido, prescribí que los hijos de Edino no tengan sepultura, ya dio bastante guerra el padre. Éste fue mi criterio: que se queden los cuerpos sin enterrar, que sean pasto de los perros y las aves rapaces, que ni se les rece ni se les recuerde. Hay que curarse de espantos. Los muertos del Argañal no iban a estar contentos con esa compañía. Ya lo sabéis.

CORO. Tú decides, Creón, hijo de Menecio. Decides y gobiernas. La muerte hostiga y al Territorio compete defenderse, cuando ese hostigamiento es de tal grado que su resultado hiere a quien apenas tenga dos dedos de frente. ¿Qué fama alcanzará Orión, cuando el acto de los hermanos asesinos se conozca? A todos mancha el

suceso: un pueblo deshonrado, un vecindario que tardará en poder levantar la cabeza.

CREÓN. Todos estaremos vigilantes para que así se cumpla lo ordenado. De este modo, demostraremos a Celama que la ignominia fue fuente de nuestra culpa y dolor, ya que de hijos de nuestro pueblo se trataba, pero que Orión no perdona la afrenta, aborrece a los asesinos, desprecia sus restos, les prohíbe no ya la tierra sagrada sino la tierra misma. El castigo es el abandono y el colmo del abandono es el olvido. Ni piedad ni recuerdo ni contemplación: no existen, no son nuestros, jamás lo fueron.

CORO. Ay, muerte vil, ay muerte desastrosa. Tanto matar, tanto morir, tanto luto de siglos que preña tu simiente. Y todavía nos quedaba en Orión este saldo tenebroso: la mano de cada hermano atada a la azada con que uno y otro clavan en el pecho igual odio. La herramienta del trabajo es la herramienta de la sangre. Ay, muerte, el dolor no restituye tu efigie, la pena no adorna tu mirada. El odio de la Era de Fulmo es el clamor seco de la mayor consternación, la suciedad de estas lágrimas que ni siquiera nos atrevemos a verter. Jamás fuiste tan cruel, nunca te vendiste tan cara.

(Entra el Guardián)

GUARDIÁN. Señor, de tanto correr perdí el resuello. Las lindes se borran en el invierno, los caminos confunden su dirección y no hay pie que los pise como es debido. Llego confuso porque lo que debo anunciar es tan extraño que casi no logro creerlo.

CREÓN. Desgracias que anunciar ya no quedan en Orión, el cupo está cumplido. Lo que debas decir, dilo, no te andes por las ramas.

GUARDIÁN. Primero diré que no soy el pastor del rebaño huido. Guardé ovejas de mozo y alguna perdí pero nunca todas. Ahora nada guardaba, apenas vigilaba la Era como me fue ordenado. Los muertos eran dos bultos harapientos, uno y otro caídos con el mismo ímpetu de su desorden. Debí soñar. Eto y Polino en mi sueño se remueven y el aire de la Era reseca su podredumbre. Oigo un rumor, puede ser un lamento o un rezo. En el sueño hay una campana que toca a difuntos, yo mismo me santiguo. Luego puedo despertar, más inquieto, más angustiado. No hay rebaño, las ovejas nunca fueron mías. Alguien llegó a la Era de Fulmo y enterró los cadáveres, al menos vertió sobre ellos la arena necesaria.

CREÓN. Tuya es la responsabilidad, tuyo el sueldo que cobras, y nadie paga tu sueño. Guardar o vigilar, en esa disyuntiva no pongas a quien manda y ordena en Orión:

lo uno es consecuencia de lo otro. Vete más rápido que viniste, y procura hacerlo con menos confusión. Busca la ayuda que quieras y vuelve aquí en menos que canta un gallo, pero trae al culpable. Orión va a dar ejemplo a Celama y, si los muertos fueron enterrados, hay otra culpa que añadir, ya que las órdenes eran estrictas. ¿Rumor de rezos y campanas...? Maldito badulaque, no podría creerme que el rebaño no huyó, tú mismo, en el mejor de los casos, lo espantarías.

(Creón entra en casa. El Guardián sale corriendo)

CORO. ¿Quién dicta la ley de la muerte? La muerte misma. En esto no podemos equivocarnos. Otra cosa será la ley de los muertos y, en tal sentido, Creón determinó esa suerte infame para los infames hermanos que se mataron. Dejad que los cadáveres se pudran insepultos, eso determinó. Pueblo de Orión: no contradigas tal suerte, avente a la resolución de quien gobierna. El mensajero llevó el edicto por las Hectáreas y hasta lo hizo público en todo el Territorio. El edicto expresa la ejemplaridad que quien manda desea establecer: hermano contra hermano, vecino contra vecino, no hay mayor afrenta que la que recrea el odio en el seno de la familia y la convivencia. Esa muerte fatal es espejo horrible de las muertes de las guerras civiles, fratricidas. ¿Quién osaría paliar el castigo, incumplir la encomienda...? No hay sepelio, no puede haber tributo a tan ruines cadáveres.

(Entra el Guardián trayendo detenida a Antígona)

GUARDIÁN. He aquí la culpable. La pillé enterrando a los muertos.

CORO. Antígona, hija de Edino, ¿cómo es posible? La desgracia tuerce el sino de una familia, corrobora la mala suerte hasta el extremo. Huyó Edino, ciego, desesperado, contrariada la sangre, pervertida la memoria. Se mataron los hijos. ¿Incumple ahora la hija lo que Creón, en nombre del pueblo, dictó...?

(Sale Creón de casa)

CREÓN. ¿Qué sucede, qué algarabía es ésta...?

GUARDIÁN. Señor, esta chica fue sorprendida por mí mismo enterrando a los muertos de la Era de Fulmo.

CREÓN. ¿Estás seguro...?

GUARDIÁN. Tanto como pueden estarlo mis ojos, a los que debo añadir el testimonio de quien conmigo venía, pues da la casualidad de que no iba solo. Ahora no es

sueño, es verdad. Las ovejas pude perderlas, acaso yo mismo las espantaría, los muertos no: habían desaparecido bajo la arena y esta muchacha se ocupaba de enterrarlos otra vez, como ya antes había hecho. No cabe la menor duda.

CREÓN. Y tú, hija de Edino ¿qué dices...? Agachas la cabeza ¿aceptas o niegas con el silencio...?

ANTÍGONA. Declaro que lo hice, no lo niego.

CREÓN. ¿Y estabas enterada de lo que se había ordenado...?

ANTÍGONA. Lo estaba. La orden más clara no podía ser. Tan clara como injusta.

CREÓN. ¿Y te atreviste a transgredir una orden que no dejaba alternativa...? No la dictaba la voz caprichosa de quien gobierna, sino el pueblo de Orión avergonzado de esos muertos indignos.

ANTÍGONA. En ningún caso la orden provendría de Dios. Enterrar a los muertos es una obra de misericordia, en la que no se distingue la condición del muerto, y mucho menos sabiendo que nada iguala más que la muerte, por indigna que sea. Tu edicto se contrapone a esa obra. La misericordia está por encima de tu criterio, también la piedad. Y nada diré del dolor de una hermana abrumada por la pena de una familia echada a perder...

CORO. Es hija indomable de su padre y, en tal sentido, desobediente y probablemente orgullosa.

CREÓN. La autoridad dicta lo que debe hacerse y el pueblo se pliega a su mandato, en tanto que el pueblo erige esa autoridad y tal mandato respalda. Con la orden dada busqué el ejemplo preciso: muertos insepultos que Celama aborrece, asesinos de sus propios vínculos familiares, hermanos que mata el odio. Mejor te mantendrías oculta y avergonzada, sufriendo en la soledad el oprobio de los tuyos.

ANTÍGONA. Me lo impide la sangre. Mi sangre es piadosa, en la piedad me eduqué. Esta piedad de la sangre se expresa en la misericordia. No nací para compartir el odio, sino el amor.

(Llega Isma)

CORO. Viene la hermana y juntas parecen dos aves del mismo duelo que, con iguales lágrimas, comparten la piedad del nido. En la casa de la desgracia crecieron como hijas de la misma pena. ¿Qué defienden ahora...? Calladas y escondidas estarían

mejor. No puede decirse que, con tantos sucesos inicuos, Dios las bendijo.

CREÓN. ¿También tú participas en esta rebeldía...? ¿También rezaste al pie de los cadáveres que no tienen otro merecimiento que el abandono y la corrupción, tal como Celama quiere...?

ISMA. Busco igual castigo que el que para Antígona determinéis, porque sólo el miedo, que engendra la cobardía, me impidió ayudarla a enterrar a Eto y Polino. Por ellos rezo con el corazón destrozado, temiendo que Dios no los perdone. No ayudé a Antígona en su empresa, pero de Fulmo vengo, de verter más arena en los cadáveres que la tierra de Orión rechazó.

ANTÍGONA. Vete, Isma, hermana mía, no reclamamos el castigo que no mereces.

CREÓN. Os iréis las dos. Os iréis para siempre, con mayor carga que los que emigran, con el desprecio de quienes fuimos vuestros vecinos. Tras la huella de vuestro padre que no es otra que el rastro de la sangre contrariada, la herencia del oprobio que vuestros hermanos culminaron matándose. Orión no os quiere, Celama os repudia. Las exequias añaden el grano de arena vertido como si la maldición lo multiplicase. Exequias, al fin, malditas, como los cuerpos pútridos y las almas viles.

ANTÍGONA. La piedad estará en nuestra senda, aliviará el exilio, paliará el terror de esas muertes. Aunque tu razón domine los sentimientos, ya que el poder siempre domina y puede, y la justicia no respalde el perdón. La piedad será el sudario que aligere ese terror, esa infamia, que ayude a que no haya otras muertes parecidas.

CREÓN. Iros, y que jamás volvamos a veros.

(Antígona y su hermana obedecen, Creón se retira)

CORO. No las atendáis, apartaos de su paso, dejad que el llanto sea sólo suyo. Una ley se impone por encima de todas, en lo inmediato, en el futuro, en el pasado: nada ocurre en la vida de los mortales sin sufrimiento.

Ni quiero hablarte de ella, tampoco que pienses que no entendí ni entiendo lo que pasó, Dios me libre, no me gustó meterme donde no me llamaban, ya no erais dos críos cuando lo dejasteis y que no tuvierais hijos lo facilitaba, lo de tu padre fue peor, si hubiera que comparar, puedes, si quieres, madre, de veras que no me importa, hablar es lo de menos, comprendo que te quedaste muy sola, la mala suerte de sólo tener hijos varones, una chica te hubiera venido de perlas, es verdad, una hija me faltó, la compañía es distinta, de vosotros no puedo quejarme pero aquélla era una casa de hombres y los hombres en seguida os desperdigáis, ni uno quedó de los cinco, cada cual por donde Dios os dio a entender, no sé si supimos cumplir contigo, entenderte, demostrar ese mínimo de sensibilidad, sobre todo cuando él se fue, aquello resultaba más duro de lo previsto, a fin de cuentas eran muchos años, es verdad, mucho más duro, tal vez si vuestro padre se hubiese ido cuando vosotros todavía estabais conmigo me hubiera sido menos duro, qué curioso que esto llegara a sucederme cuando ya no es tan normal, tan propio, verse abandonada por el marido cuando los cinco hijos ya son mayores, cuando, de alguna manera, parece que lo más importante del matrimonio se cumplió, ¿iba a hacerme más daño así?, no creo que se tratara exactamente de hacerte daño, es cierto, no se trataba de hacérmelo, de perjudicarme, simplemente era un acto de desamor, un acto de desamor que culminaba donde debía y que había comenzado muchísimo antes, ya sabemos que vuestro padre me engañaba casi desde siempre, ¿eso significa que su desamor venía desde tan lejos?, he pensado tanto en ello, he oído tantas explicaciones, tantos comentarios de amigos, amigas, parientes, yo, madre, no tengo opinión al respecto, sabes que ninguno de los cinco hijos volvió a hablar con él, en las contadas ocasiones en que volvimos a verle, cuando murió Mateo, cuando Ángel tuvo el accidente, apenas le dirigimos la palabra, siempre estuvimos contigo, nunca hicimos ni el más mínimo gesto de comprensión o disculpa, supongo que os lo he agradecido aunque, si te soy sincera, no me sirvió de mucho, voy a decirte una cosa, ya que esta tarde nos dio por hablar más de lo debido, su abandono me dolió profundamente, vuestra lealtad me sirvió de amparo, fuisteis los cinco extremadamente cariñosos, luego, no mucho tiempo después, el dolor se suavizaba y vuestro amparo me resultaba bastante inútil, no me preguntes si lo seguía queriendo, casi no sabría contestar, lo que es verdad es que el tiempo, el amor, la convivencia, forjan algo más sólido que la costumbre y la costumbre misma acaba perdiendo su entidad sin que en ningún momento quede sólo el vacío, entonces lo que se pierde se llena de tristeza y la tristeza luego, con los años, se convierte en melancolía, después, después ya ves lo que pasa, llega la enfermedad, no estoy mala porque tengo mala suerte, lo estoy porque todo lo que sufrí engendraría sin remedio algún tipo de enfermedad, porque todo, sin remisión, iba en contra de mi salud, eres médico y no tiene por qué sonarte raro, no, no, de ningún modo, nada raro, es más

que posible que, entre las muchas posibilidades de estar enfermo, alguna provenga precisamente del sufrimiento, aunque lo más propio es que sea el sufrimiento lo que derive de la enfermedad, si te soy sincera, en los peores momentos, que fueron muchos, que son muchos, no quise morirme, quise enfermar, sufrir de otro modo, me parece que ahora Dios me castigó, eso ni se te ocurra decirlo, Dios nada tiene que ver, bueno, no hablemos de él, sé de sobra lo que opinas, otra de las muchas cosas difíciles de entender, cinco hijos de un matrimonio cristiano, con una educación cristiana, y ninguno cree en Dios, ninguno se mantuvo fiel a esa idea que, tanto vuestro padre como yo, quisimos imbuiros, ¿qué idea, madre?, no vayas a culparte también de eso, ¿qué idea?, recuerda el ambiente que siempre hubo en casa, la oración, un sentimiento religioso, tu padre mismo la procesión, la medicina, la entendió así, con esos valores morales, vamos a dejarlo, madre, hablando de él es mejor no mentar valores ni sentimientos, injusta nunca quise ser, Dios me perdone, todo menos injusta, algo quedaría en el fondo del corazón de ese hombre que explicase su equivocación, y no creas que no supe perdonarle pronto, de eso todos tuvisteis constancia en seguida, aquella carta, madre, fue bastante penosa para todos, lo sabes, algunos hasta nos pasamos al decírtelo, penosa, triste, amarga, una carta que nadie merecía, yo limpiaba la conciencia, hijo, una razón muy honda me inclinaba a hacerlo, un sentimiento que debía albergar todo lo bueno de lo que fue el amor que nos tuvimos, porque en nuestro matrimonio hubo mucho amor, muchísimo amor, acaso la equivocación fue decíroslo, limpiaba mi conciencia, era una necesidad espiritual, qué quieres que haga, también humana, aunque esto suene pretencioso o raro, y él lo agradeció, sé que su muerte no fue fácil, no me hables de ella, su muerte no me importa, su vida dejó pronto de interesarme, desde que se fue desapareció lo que era y lo que había sido, tendría como todos la muerte que mereció, de otra cosa no entiendo, de muertes bastante, nadie la merece así, hijo mío, pero, ya ves, hablábamos de ti, de tus cosas, de lo tuyo, y vuelve él, no era mi intención, tampoco quería, son ya muchos años lejos de todo, en esta tierra extraña, ¿cómo pudiste arreglarte?, tú misma dijiste siempre que de los cinco yo era el superviviente, el mejor dispuesto para hacerlo en cualquier medio hostil, ¿tenías que escapar?, no te pongas melodramática, nada me empujaba a ello, simplemente estaba cansado, Celama se me puso a mano, una plaza más fácil que cualquier otra, esta tierra no me resultó hostil, la única hostilidad es la que pudiese acarrear, sigo como siempre, tranquilo, y ahora, más que nunca, encantado de verte conmigo, otra enferma que echarte a las espaldas y ésta de cuidado, no seas pesada, te veo solo, Ismael, seguro que con buena gente alrededor, pero solo, más solo que la una, como decías de niño, eso también hay que saber administrarlo, Celama se compagina con la soledad, este paisaje duro, que algunos adjetivan de cruel, acrecienta la emoción de sentirse solo, alarga y extrema la soledad de la que puedas ser dueño, te hace un dios solitario, no desbarres, por favor, no me digas eso, escríbelo, si quieres, pero no me lo digas, tampoco ella pudo dejar tal vacío que ninguna otra pudiese llenar, a eso ibas

¿verdad?, lo que buscas es un repaso de mi vida en eso que tanto os interesa a las mujeres, sin que la curiosidad me mate, hijo, sin que me mate, porque en Nubia tienes la cancerbera número uno, menuda paramesa te buscaste, das en duro, nunca una palabra de más, Nubia fue un regalo de los dioses, la auténtica guardiana, hay en Celama toda una teoría sobre los solterones, ya te la contaré, también hay otra sobre las viudas, las viudas eternas, como las llaman, Nubia es eterna, setenta y tres años, cincuenta y tres de viudedad, el corazón de la viuda eterna es suplantado por la sabiduría, esa sabiduría la representa una diminuta Piedra Escrita que todas encuentran y guardan, de suyo es ese hallazgo el que garantiza su condición, cuando ya pasaron los años suficientes, son las que lógicamente más saben y, por eso mismo, las que mejor callan, una mañana, cuando la veas salir, entra en su habitación y mira en el cajón de su mesita, la Piedra la hace fuerte, juiciosa, discreta y atenúa el paso del tiempo, lo que garantiza, hasta más allá de lo razonable, su eternidad, o sea ¿que no quieres contarme nada?, ¿nada?, nada de lo que Nubia podría contarme, esa otra vida, lo que un hombre solitario oculta, a ella la olvidé, ya te lo dije, aquello no fue especialmente traumático, no la engañaba, sencillamente estábamos engañados, ¿y aquí?, aquí son muy largos los inviernos, madre...

En el *Vespertino* de Ordial aparecieron una serie de artículos muy interesantes sobre el siglo XIX en la Provincia, y en algunos de ellos se hablaba de la Llanura, contraponiendo datos y hasta aportando alguna escueta estadística sobre la situación jurídica de las poblaciones de Celama en las primeras décadas del siglo. Ulpiano Nieva, el abogado de Olencia, me proporcionó una vieja revista del Casino en la que había un curioso estudio sobre la Desamortización en el Territorio.

Las referencias bibliográficas, que encontré en ambos casos, orientaron mi consulta al *Diccionario Geográfico-Estadístico de España y Portugal* de Miñano y Bedoya, y al *Diccionario Geográfico-Estadístico de España y sus Posesiones de Ultramar* de Madoz Ibáñez. Ambas obras estaban en la Biblioteca de Olencia.

Lo que el XIX suponía para Celama, en esa crucial transición histórica del Antiguo al Nuevo Régimen, con todo el desarrollo de la revolución liberal burguesa, no muy lejos de lo que podía suceder en otras Comarcas de la Provincia y de otras Provincias, estaba más cercano: en los datos, en la memoria, en la herencia de lo que estábamos viviendo.

La experiencia de lo que se ve, de lo que se sabe, nivela la curiosidad, y uno tiene la sensación de conocer más mesurada y cabalmente las cosas, sobre todo cuando de la curiosidad del aficionado se trata.

A veces, la mirada al pasado, al tiempo ancestral que tan precariamente dejó su huella en la Llanura, ya que la tierra anónima disuelve más impiamente el tiempo histórico, de modo que los hitos del mismo apenas tengan relieve, es una mirada vacilante. Te crees lo que te cuentan, satisfaces una incipiente curiosidad en las generalidades del relato, ordenas un poco la comprensión de ese pasado: tu credulidad se alimenta de la propia necesidad de acoplar ese orden.

La sensación de los siglos, la misma emoción que supone la envoltura física de tanto tiempo, no se logra sujetar: no hay memoria suficiente para contener lo que albergan o, lo que acaso sea lo mismo, la memoria es imposible, aunque entendiéramos que la memoria histórica es, en alguna medida, el cúmulo de las memorias individuales en cada momento histórico.

Las memorias individuales de Celama, los miles de vidas que se envuelven en la propia materia de los siglos, en las anónimas experiencias que cobraron su liviano trance antes de desaparecer, difícilmente nutren ese cúmulo, que ni siquiera sostiene el hito de su destino. Las mínimas huellas ancestrales de Celama están disueltas, y apenas se puede recobrar alguna, prácticamente indescifrable, en las sepulturas del arrumbado cementerio de Las Ánimas, en la lápida de un romano extraviado que cazaba ciervos y ofrecía los cuernos a la diosa Diana.

No queda más remedio que creer a pies juntillas el relato histórico, las

generalidades que enmarcan el propio destino de la tierra y sus gentes en ese infinito mar del tiempo en el que nada sucede, más allá del trabajo y el sufrimiento y la escasa felicidad de cada día. El hecho de que en Celama no haya leyendas, evita la aureola de un cierto patrimonio de la imaginación. Como tampoco parece que la historia hienda aquí sus hitos con algún relieve, hay que asumir su generalidad y entender que a ella contribuye el esfuerzo de Celama desde el cotidiano impulso de la supervivencia.

En cualquier caso, el siglo XIX todavía se palpa en la experiencia de estos años. Las fronteras del tiempo no son tan determinantes como las geográficas y, además, el tiempo de la Llanura es más quieto y silencioso que ninguno, aunque a la hora de destruir a sus habitantes no sea menos piadoso.

Tiempo y tierra se asemejan en las Hectáreas yertas, construyen sobre ellas una misma antigüedad.

La vertiente más misteriosa de Celama, no sé si también el componente de su extraviada fascinación, para quienes de algún modo la hemos sentido y hasta de ella hemos sido cautivos, radica en esa extraña disolución de lo más inaprensible y lo más aparente, la mezcla de la tierra y la duración que daría el resultado de su mudanza, un resultado difícilmente apreciable que contribuye a eternizarla, aunque ahora, poco a poco, la voluntad de sangrarla, buscando obsesivamente el agua de su entraña, empieza a ser la vía más apreciable de su transformación.

El cuadro que Miñano Bedoya ofrece en su Diccionario sobre la situación jurídica de las poblaciones del Territorio, es muy ilustrativa del proceso de emancipación que acarrearía la ruptura definitiva con el pasado señorial-feudal, y la lógica implantación de unas bases de relación social en pie de igualdad, al menos en el plano legal.

A lo largo del siglo, no sólo se irían suprimiendo las dependencias señoriales jurisdiccionales y territoriales, también se suprimieron o redimieron muchísimos censos y votos que recaían de forma colectiva sobre algunas poblaciones o sobre algunas personas y fincas concretas. Eran especialmente numerosos y gravosos en la Llanura los votos de Santiago, derivados de la circunstancia de que el famoso Camino cruzara al Norte, sobre la línea de Los Confines, y que la Orden de los Caballeros de Santiago, con su Convento en Ordial, extendiera su cercana influencia. Ese voto fue uno de los muchos que, con los censos y cargas, pesaban sobre las explotaciones, y la supresión o redención tuvo gran importancia para el alivio de las maltrechas economías campesinas.

Aunque hay que reconocer que la mayoría de los cambios económico-estructurales, que harán variar las condiciones del ordenamiento económico de los siglos anteriores, se producirán en general al margen de los campesinos.

Eso sucede con el proceso de enajenación de los bienes de manos muertas llevado a cabo a lo largo del siglo, a raíz de las leyes desamortizadoras de Mendizábal. Era

una espléndida ocasión para reestructurar el sector agraria con explotaciones económicamente viables según las necesidades de la época. El Estado la desaprovechó en aras de otros intereses, y hasta la reestructuración espontánea que hubieran protagonizado los propios labradores quedó en la práctica bloqueada por la fórmula de enajenación mediante subasta pública.

Nada había ayudado al ahorro, ni siquiera a la circulación del dinero, en un medio campesino oprimido tributariamente y con bajísimos niveles de producción. La herencia del trabajo era la exigua herencia de la supervivencia, esa norma común de la propia antigüedad de la vida. Los bienes que en Celama tenían las órdenes religiosas, la Iglesia secular y los municipios, salen a subasta pública y, a la vez, hay una intensa oferta privada alrededor de ese mismo proceso desamortizador, pero son muy escasos los compradores, algunos meros acaparadores foráneos, que se apropian de los lotes, casi siempre fuera del alcance de los campesinos de la Llanura, con un claro afán especulativo o generador de rentas.

Inversores y especuladores privados se adueñan de las extensas superficies de terreno, y el cambio de titularidad de la propiedad no lleva consigo ninguna mejora en el nivel de vida del Territorio, antes al contrario: lo que conlleva es un claro detrimento y, en este sentido, Celama reproduce una situación muy generalizada. Los especuladores bloquearon el posible acceso razonable a la propiedad de esas tierras por quienes en ellas habían involucrado su esfuerzo y destino. La desamortización afectó también a las tierras de propios, que constituían un recurso complementario muy importante en las comunidades locales. Y, además, los nuevos propietarios comenzaban a vender o arrendar a precios muy superiores a los anteriormente vigentes.

Las manos muertas habían ido reduciendo su ambición, probablemente extenuadas en su propio proceso de desidia y decadencia, pero las nuevas manos reafirmaban esa voluntad especuladora de los nuevos tiempos.

Entonces las gentes de Celama tienen que plantearse de nuevo la vida porque la realidad, una vez más, es que no pueden mantenerse de la agricultura. Y, como dice Madoz, «dejan a sus mujeres el cultivo de la tierra y el cuidado de la labranza y se dedican a la arriería». Un tráfico precario, propicio a las usuras, a los trueques, por esos caminos que anegan los inviernos y hacen que, como siempre, el tiempo se envuelva en una distancia que lo contradice. Los granos, el aceite de linaza, los linos, la lana y los cueros, las estopas y terlices, se cambian por los géneros de ultramarinos. Luego, si se puede, hay que volver a casa.

Algunos ramales ferroviarios afectarán a la economía de la Comarca, a largo plazo y en menor medida de la pensable, cuando en la segunda mitad del siglo se desarrolle la construcción de vías férreas. Las redes orientadas hacia Ordial, en los ramales del Norte y Suroccidentales ofrecían algunas estaciones cercanas, pero la Comarca no

ofrecía demasiados alicientes: no disponía de productos minerales ni agrícolas especialmente atractivos. Ni la población, con una economía prácticamente autárquica, constituía un buen mercado para los productos que llegasen por el ferrocarril, que la propia población utilizaría escasamente como medio de transporte.

Pero el ferrocarril fue un elemento difusor de los avances técnicos, y todo lo que suponía acelerar esa difusión, impulsaba el propio desarrollo de los cultivos de orientación comercial y producción bruta elevada. Hubo un momento en que el ferrocarril cobró su obvia necesidad y fue un elemento complementario en la economía del Territorio.

Esos avances técnicos giran, ante todo, en la difusión de la vertedera como un definitivo factor de mejora de las labores agrícolas, repercutiendo en el incremento de la producción. El arado de vertedera permite aumentar la extensión de cultivo, incorporando terrenos del común que por sus características edáficas se habían abandonado después de roturarlos y apenas servían para el pasto de sus hierbas. Eran terrenos pesados, arcilloso-limosos, más difíciles de trabajar que los arenosos hasta que la vertedera lo hace posible.

La puesta en cultivo de estas nuevas tierras no sólo supone un aumento en la producción, también descubrir que, con las mínimas condiciones para su transformación en regadío, pasarán a ser las de mayor productividad. Y es que por sus características edáficas, conservan mejor la humedad que las que hasta el momento se cultivaban.

Hay a lo largo del siglo un proceso roturador y colonizador, acompañado de una intensificación de la tendencia privatizadora a costa de los bienes comunales. Ese proceso es muy lento al principio y se va acelerando, según se incorporan elementos técnicos nuevos, como la motobomba de elevación, capaces de aumentar las superficies de riego.

Y es que la gran influencia transformadora en la Llanura provino, sobre todo, del descubrimiento del potencial hídrico subterráneo, una riqueza que inunda el subsuelo como un manto secreto, como si mientras el cuerpo de la tierra se consumiera en el secaral, el espíritu del agua aguardara en los siglos hasta ser desvelado.

Los Pozos van sangrando la tierra con el costoso esfuerzo que admite las técnicas más dispares y, a veces, hasta más disparatadas.

Poco a poco y, aunque sea en espacios no extensos, se amplía la gama de cultivos de explotación agraria con cultivos hidrófilos como la alubia, la patata, las hortalizas, la remolacha, los forrajes. Se quiebra el determinismo climático por el que, sin remisión, los cultivos herbáceos se agostan en verano por falta de humedad.

El regadío va suponiendo una esforzada colonización, pues la «fiebre del agua», desde la horadación venturosa del primer Pozo, marcará un hito en la voluntad de supervivencia y los Pozos se multiplican por miles.

Cuando Tito Cerbal vio al perro Mastorda en el Camino del Cejo, recordó las infructuosas señales que circundaban los últimos seis años de su existencia y sintió, a la vez, la ilusión y el desánimo de una experiencia tan controvertida.

—Será la buena... —se dijo, acercándose al perro con mucho cuidado para no espantarlo, y comprobar de cerca lo que desde lejos le parecía cierto: el perro tenía la pata izquierda quebrada y la arrastraba con la impericia de un tullido reciente.

Las señales de Tito se habían producido en los seis años con intermitencia desigual. Desde que soñó que la muerte voluntaria era su sino y logró reconvertir el sueño, que como todo sueño que se precie resultaba difuso y contradictorio, en un pensamiento que reflejaba una idea clarividente y definida, aguardaba la señal, el indicio, como él decía, para proceder en consecuencia. El sino no era caprichoso, la muerte no podía ser una chapuza. Tampoco se trataba de improvisar nada. Lo que Tito asumía era el resultado de aquel sueño, la determinación de lo que llegaba, como una orden cabal, del otro lado de la conciencia.

—Del lado verdadero... —decía Tito a quien quisiera escucharle, con mucha timidez y discreción al comienzo, con más locuacidad de la necesaria posteriormente, de modo que de Vericia a Los Confines ya no quedaba nadie que no le rehuyera—. De esa otra parte de la vida que tenemos cuando no somos conscientes, donde todo es más puro y más bueno.

—No empieces con lo mismo, Tito... —solicitaba el más resignado— porque sólo de oírte me descompongo. No hay piramiento mayor. En Celama todos los que se mataron lo hicieron sin echar el cuarto al pregonero. Un suicida puede ser todo lo que se quiera menos pelma...

—No es mi intención dar la vara a nadie, Dios me libre... —decía Tito, circunspecto—. Lo único que hago es exponer mis consideraciones, las dudas, los sentimientos. Somos vecinos sólo para prestar la herramienta ¿o también lo somos para el cuidado del alma, que dice don Cizo?

—No nos vengas con ésas, porque lo tuyo no se sabe bien de lo que es: si del alma, del cuerpo o de la mera chifladura. Déjanos en paz, Tito, que no hay peor señal que verte aparecer en lontananza.

Así estaban las cosas. Entre los pueblos y las Hectáreas por donde Tito Cerbal invertía la existencia, ya que vivir propiamente hacía tiempo que no lo hacía, si entendemos por vivir la costumbre de estar en el mundo con parecidas inclinaciones que el resto de los mortales que con uno están, trabajando y comentando lo que hay, ya no quedaban novedades ni interlocutores para él.

Su familia había sido la primera en ponerle la proa: estás mantenido pero nada más, le dijo su padre, don Tenadio, que ya había visto desfilar a los hijos mayores, con más pájaros en la cabeza que sentido común.

—¿Y esas señales qué son y cómo se sustancian...? —le preguntaban a Tito con sorna, cuando todavía quedaba ánimo para aguantarle.

—Improbables... —decía Tito, misterioso—. Inesperadas. Impropias si no se supieran ver. Todas ellas escondidas donde menos se espera. Ojo avizor, se me dijo en el sueño. Y sin engañarse, claro, la señal errada no lleva a ningún sitio, en el mejor caso me mataría en balde.

—No se mata de otro modo el que así se mata, en balde, en vano ¿o es que tienes ganas de irte de este mundo donde, por cierto, vives como Dios...?

—No vivo, existo... —decía Tito, y la afirmación no estaba exenta de una premeditada pedantería—. La mayor parte del tiempo ando desvelado, la muerte será el consuelo de este despego. Ojo avizor, advertido, atento. Ése es el sino.

El perro Mastorda debía ser por aquélla el más viejo de Celama. Un gozque de los que tienen entreverada la raza hasta el límite de la confusión, arruinado por la edad y el trabajo, pero que nunca, hasta aquella mañana, había arrastrado una pata.

—Viste el can que alza el hocico... —musitó Tito, emulando la voz del recuerdo y el sueño, sin poder contener la emoción del descubrimiento— como viste el gato que tenía cortada la oreja izquierda y el gallo tuerto del mismo ojo. Viste que ese can tenía quebrada la pata, y era la izquierda. Siempre por esa guía, la zurda, no hagas caso de ninguna otra. Si cierro los ojos, y lo pienso un instante, cuenta me doy de que ahora mismo por la vereda izquierda vengo y con la mano zurda me restregué los ojos al divisar al perro que alzó el hocico.

Lo del gato le había costado a Tito el mayor disgusto.

Había pasado mucho tiempo desde el sueño y ninguna señal era perceptible. Fue en casa del panadero de Mambia donde una tarde, entre los sacos de harina y centeno, vio al gato atigrado que acababa de saltar sobre un ratón.

—Una rata le mordió la oreja en alguna pelea... —dijo el panadero.

—¿La izquierda...? —quiso saber Tito, ansioso.

—La misma... —reconoció el panadero sin demasiada convicción, como si después de convivir tanto tiempo con el bicho pudiera dudar de algo tan obvio.

—Es la señal... —musitó Tito, que ayudaba a su padre a descargar unos sacos, porque de aquélla todavía trabajaba—. Donde vaya el gato la primera noche que lo vea, al pie del primer bardal donde se pare, bajo la viga del primer pajar o tenado...

Aguardó al gato toda la noche, después de reñir con su padre y lograr que el panadero de Mambia lo echara del obrador con viento fresco, ya que Tito reiteraba sin duelo la absurda información sobre el felino.

—No es de la casa, joder... —gritó, al fin, el panadero—. Aquí los gatos, como los perros, van y vienen a su albur, un mendrugo o un fermento nunca faltan.

De madrugada venía el gato con todas las señales de una correría desgraciada, despeluzado y roto. Tito le oyó maullar. El gato se movía con dificultades, le llamó

para que se acercara, pero el bicho se asustó. Tito fue tras él. Cerca de la panadería había un poste de la luz y allí se acomodó el gato, probablemente extenuado.

—La señal es doblemente luminosa... —musitó Tito, viendo el poste, del que colgaba el cable como un hilo combado en el que se hubiesen posado más pájaros de los debidos—. Lo propio es que me suba y me tire de cabeza, porque otro procedimiento no se me ocurre...

Fue hacia el poste. El gato no se movió. Éste es el fin de Tito Cerbal... —dijo santiguándose, mientras posaba la mano derecha en la madera rugosa del poste—. Nacido en Vericia hace dieciocho años, hijo de Tenadio y de Almozara. De la señal del sueño que lo mata, nadie es responsable, porque un gato no tiene voluntad y mucho menos inteligencia o malicia. Muere en cumplimiento de lo previsto, de muerte voluntaria, sin que Dios intervenga. En consonancia con el sueño y la señal, maullará el gato al caer el cuerpo del interesado.

Cuando Tito Cerbal comenzó a trepar por el poste, el gato rebulló.

—Quieto minino, no intervengas todavía... —le dijo—. El indicio está claro, la señal no conviene precipitarla.

Desde la media altura del poste, comprobó Tito que el gato no tenía mordida la oreja izquierda sino la derecha. Entonces, aterrado, se dejó resbalar, mientras el gato huía:

—Dios me libre, Dios me libre... —gritaba—. Metro y medio más, y me desnucó sin contemplaciones. La pifia, el engaño, la señal temeraria. Y el agravante de la gallola que me hice después de comer, en pecado y con la oreja cambiada, menudo chasco.

El gallo tuerto era un gallo de un gallinero del Poruelo. Estaba tuerto de veras, del ojo izquierdo sin remisión. Un gallo petulante, como todo gallo que se precie, que había perdido el ojo en un accidente absurdo.

—Monta el gallo a la gallina correspondiente, en la fila india de las que aguardan ser pasadas por la piedra... —contaba Camisares, su dueño, una tarde en la plaza de Vericia, y estaba Tito tan atento como otros paisanos del pueblo que le escuchaban, ya que Camisares tenía fama de contar las cosas con equidad y gracia—. Cae la primera, cae la segunda, cae la tercera. Mi mujer y yo le mirábamos asombrados: un gallo con ese fuelle, con esa galladura, no tiene parangón. Caen la cuarta y la quinta. No puede ser, decía mi mujer: viéndolo me doy cuenta de lo poco que vales. Tampoco yo podía creérmelo. La media docena revoloteaba por el corral y, si os soy sincero, mi mujer me miraba con ojos de fuego: Camisares, Camisares, a mí tú me tienes engañada. Fue a la octava cuando el gallo se bajó, yo creo que ya sin poder y, entonces, cayó fulminado sobre la púa del alambre cercano. El ojo quedó ensartado, tal como digo, y el bicho sin moverse, alzadas las patas, un espasmo postrero. Todas las gallinas picoteando alrededor, satisfechas y dolidas. Que no muriera desangrado

fue porque mi mujer y yo estábamos presentes. Ella sin resignarse: ocho o siete y media si contamos el accidente, el tanto por ciento más elevado de lo que tú pudieras soñar, me decía.

—Un gallo no es un hombre... —aseguró muy serio uno de los paisanos.

—Ni una gallina una mujer... —dijo otro.

—Pero el ejemplo ¿quién lo contradice...? —inquirió Camisares, desolado—. Nunca volví a ser el mismo, ni el débito se justificó. Ese bicho en el corral es la voz de mi conciencia. Quise matarlo lo antes posible, justificando que con un ojo las gallinas ya no se le daban con tanta facilidad, pero mi mujer no lo permitió. Al menos, dijo, que haya un hombre de veras en la casa.

—¿Y qué ojo averió...? —quiso saber Tito.

—No se lo digas, por Dios... —pidieron unánimes los paisanos a Camisares.

—El izquierdo... —dijo Camisares, sin percatarse—. Este mismo que desde aquélla me parpadea.

Hasta que Tito se acercó al gallinero pasaron algunos días. La imagen del gallo no se compaginaba bien con la señal del sueño o, al menos, no acababa de orientarla, como si esa imagen desentonara en el aviso.

—El gallo tuerto casi parece una informalidad... —se decía Tito— teniendo en cuenta lo penoso que resulta un bicho lujurioso, si el amo no exagera.

Lo vio en medio de las gallinas, jovial y altanero y comprobó que las gallinas se espantaban a su paso.

—De que es el izquierdo no cabe duda... —musitó al cerciorarse—. Ahora sólo me queda escoltarlo, por si acaso la señal se sustancia. El gallinero no estaba en el sueño, de eso estoy convencido, pero veremos si un bicho de éstos tiene otras querencias.

Fue la mujer de Camisares la primera que se alertó al ver a aquel muchacho un día y otro, rondando el gallinero como la raposa.

—No me fío... —le dijo al marido—. Por mucho que te hayan comentado en Vericia que está chiflado, no me fío. Igual asalta el corral y arma la tremolina.

—Hay que matar al gallo... —decidió entonces Camisares—. Ese chico lo que trae es el aviso de la muerte del dichoso tuerto, a la que en su día te negaste por hacerme un feo. Con tomate mejor que en pepitoria, ya lo sabes.

Aquella mañana, cuando Tito Cerbal vio que el gallo había desaparecido, y que el revoloteo de las gallinas era como el llanto ruidoso de un corral de viudas, sintió un raro alivio. La muerte tenía en el sueño dos pupilas palpitantes, un doble fulgor en la oscuridad, la hoguera repetida de quien desde el monte nos llama. El gallo tuerto era la mayor equivocación.

El perro Mastorda no huyó al verle a su lado, antes al contrario parecía aguardarle y hasta se esforzó por hacer más perceptible la pata quebrada, como si temiera que Tito

no se hubiese fijado lo suficiente.

—Otra señal más perentoria resulta imposible... —confirmó Tito—. Ahora no me equivoco. En el sueño ladraba un can, no maullaba un gato ni cantaba un gallo.

Por el Camino del Cejo fue detrás del perro. Era una mañana de abril y las Hectáreas brillaban como el metal mojado que exprime la herrumbre. Mastorda andaba ligero, sin que la pata quebrada le creara muchos problemas.

—¿Dónde me llevarás, tunante...? —inquiría Tito—. ¿Dónde se te podrá ocurrir, siendo como eres el emisario de mi destino, el guardián de mi resolución, el guía verdadero de mi suerte? Un hombre cabal, si así me considerara, no le iría a la zaga a un perro resolutivo, entendiendo que el perro es el Ángel de la Muerte, cosa difícil de entender. ¿Dónde voy que más me valga, si el rabo inquieto nada indica y el gozque viejo perdió hace tiempo el instinto y la orientación...?

El perro se detuvo en la Viña de Amido. Había una caseta entre los sarmientos retorcidos como alambres. Le vio respirar agitado, la lengua suelta, alzado el hocico. En los ojos de Mastorda, que le miraban requiriéndole, había más conmiseración que curiosidad, como sucede en los ojos de los ancianos que ya están cansados de ver el mundo pero no de compadecerlo.

—No te entiendo... —dijo Tito, observando alrededor—. ¿Qué hago aquí, por dónde empiezo, cómo acabo...? La Viña no se distingue del erial, vale lo mismo que el sitio más menesteroso de la Llanura.

Mastorda se incorporó con un gruñido.

—Encima te molestas... —le dijo Tito, enojado—. Aquí no hay nada que rascar. ¿Dónde vas ahora...?

El perro iba por la Viña hacia la caseta.

—¿Ahí dentro...? —preguntó Tito, después de seguirle indeciso unos pasos—. Peor lugar, imposible. No me gusta un pelo. Ahora el can se burla del penado.

—Pasa, perillán... —dijo una voz en el interior de la caseta, cuando Tito asomó tras Mastorda—. Te trae el can para que veas que, a veces, es más cuerdo un animal doméstico que una persona. Te trae para que alguien con dos dedos de frente te lea de veras la cartilla.

Amido estaba sentado en una banqueta, fumaba y atizaba un fuego de brasas que olía a sarmiento.

—Eres un botarate, muchacho. Y lo menos que debes saber es que nadie tiene obligación de aguantar tus bobadas, a no ser que la familia tenga ese capricho. No hay guía para la muerte ni sueño que indique otra cosa que la disipación de dormir. Da gracias a que Mastorda se fijó en ti, y aquí te condujo para que yo te diese una bofetada, que es lo que mereces. Con ella se acaba la historia.

Amido se la dio y Tito perdió el equilibrio en la banqueta en que se había sentado a su lado.

—Ahora corre por las Hectáreas y hazte a la idea de que escapas del sueño. Y no duermas tanto, que la indolencia es muy mala consejera.

Tito Cerbal corría y el perro Mastorda le ladraba a la zaga y daba la impresión de que había recuperado la movilidad de la pata quebrada.

—Se acabará matando, no digo que no... —musitó Amido— pero puede que, al fin, lo haga sin engaño.

Para que Londo llegara a ser el pobre de la Llanura, tuvieron que darse muy variadas circunstancias. La primera, su dudoso atraigo, la segunda, un grado de beatitud más fácil de percibir que de explicar, la tercera, la vana impresión de que la indolencia puede llegar a ser una suerte de enfermedad.

Los pobres pertenecen a la esencia del Territorio, la pobreza es como el humus de su condición, pero los mendigos no son bien vistos, la aureola de la mendicidad es negativa y no da pie a los gestos caritativos con que, en otros lugares, se socorre a quienes solicitan limosna.

No hay mendigos en Celama. Habiendo tanta pobreza sería un desdoro que algunos la profesionalizaran. La pobreza del Territorio da pie, cuando se asume sin remisión, a una condición precaria de supervivencia que obtiene la razonable solidaridad precisamente por eso, porque la pobreza está muy repartida, y la conciencia de la misma ayuda al consuelo moral de su desgracia.

No hay mendigos. El pobre más extremo encuentra el amparo vecinal en el trabajo que se reparte, cuando se puede, y las familias que no logran alcanzar en modo alguno la subsistencia buscan el alivio de la emigración. Los pueblos pierden lo que les sobra, y lo que les sobra es casi siempre lo que no se justifica, lo que materialmente no subsiste, en el límite de lo que por subsistir puede entenderse, ya que todas las posibilidades se agotan al máximo.

No hay ninguna impiedad en esa ley familiar y vecinal que prescinde de lo que no puede. Los dramas de la indigencia se solventan, dolorosamente por supuesto, con la aventura de la emigración, ese impulso, tantas veces baldío, de ir a ganarse la vida donde sea posible. De la Celama emigrada jamás hubo censo, y es muy significativa la desproporción de los regresos: volver resulta muy costoso cuando, al fin, uno se fue. Esta tierra provoca, en la lejanía, una nostalgia rara.

—Sombría... —le oí decir una vez a don Carlos Cimadevilla, Registrador de la Propiedad en Olencia y, como tal, avezado en la suerte de contabilizar almas y tierras, ya que su bondadoso carácter hacía propicia tan extraña mistura—. Un sentimiento que la distancia y la pérdida enrarecen, de modo que la añoranza se hace amarga mientras más se oscurece el recuerdo. Una tierra que al perderla nadie la ama, al contrario de lo que en otras sucede. Su perdición es un dolor y, como mucho, una suerte de melancolía envenenada.

El desarraigo de Londo no provenía de una renuncia o de alguna decisión que le hubiera separado de su familia y entorno, si bien es verdad que todo el mundo lo recordaba como un huérfano de memoria liviana que parecía haber perdido el rumbo. El adolescente era como un saltimbanqui o uno de esos pájaros a los que el azogue no

deja un minuto quietos en el poste. Ese movimiento desaforado, un voy y vengo sin principio ni fin, hizo que su mocedad tuviera el mismo vértigo de su recorrido. Ya resultaba difícil reparar en Londo, apreciar lo que hacía un día u otro, preguntar dónde estaba o quién recordaba haberle visto. Celama es grande para quien la abarca entera, pueblo a pueblo, camino a camino, hectárea a hectárea, sobre todo si se considera que un tanto por ciento importante de sus habitantes mueren sin conocerla al completo o, en muchos casos, poco más allá de las Heminas colindantes donde hacen el trabajo. Londo no parecía de ningún sitio y, tantos años después, nadie era capaz de aventurar su procedencia, el ritmo del vagabundo había borrado cualquier indicación.

La beatitud se percibía en Londo como una suerte de incapacidad, ese temblor de la inocencia que hace inútiles a los que son demasiado buenos, si entendemos que la bondad extrema es una suerte de inopia que complica el gobierno del mundo, la administración de nuestra supervivencia. También en Celama, como en tantos otros sitios, se equipara la inocencia con la idiocia, de modo que se llama inocentes a quienes tienen deficiencias en sus facultades mentales, y no hay condición que merezca más entrañable respeto. En la beatitud de Londo existía alguna indeterminada sensación de imposibilidad y desamparo. El chico suelto se hizo mozo tarambana y el hombre en que derivó, con las canas prematuras, conservaba la misma mirada de jovial ausencia. En esos tránsitos de la edad, también difíciles de percibir por la presencia inadvertida de Londo, sus imprevistas apariciones y desapariciones, nadie se acomodó a la imagen transformada del mendigo: Londo no tenía tiempo, del mismo modo que no tenía carácter, ni memoria ni voluntad. Lo único que había logrado era dar sustancia a su condición de mendigo, hacer de la mendicidad el destino de sus días. Con la beatitud que asomaba, sin especial esfuerzo, en sus pupilas, entre la escoria legañosa y el lacrimal humedecido, alcanzaba la limosna sin ninguna necesidad de solicitarla, como si la mano temblorosa aprehendiera la dádiva que en cada pueblo tenía reservada.

La candidez de Londo parecía el mejor aval de su indolencia. El mínimo asomo de malicia denuncia al perezoso, y ése es un defecto que en la Llanura tiene peor consideración que la tacañería. La indolencia de Londo era enfermiza, una especie de decaimiento del cuerpo que proviene de la aflicción, si entendemos que en la existencia del mendigo la carne y el espíritu integran la misma masa sin peso ni solidez: la aflicción no se contabiliza, ni en el cuerpo anida ninguna de las pasiones convencionales. La indolencia de Londo era como la superficie mansa que nivelaba sus sentimientos o, acaso, su falta de emociones.

Si la vida del mendigo fue tan difícil de contabilizar, de la muerte casi puede decirse lo mismo. Londo era un ser invisible, verlo y no verlo daba lo mismo. La gente de Celama se percató de que faltaba cuando se conjuntaron media docena de

comentarios sueltos que correspondían a pueblos distantes. De aquélla era un anciano al que la mata blanca del pelo se le había llenado de una costra de ceniza.

Había muerto y, cuando hubo conciencia de que la desaparición probablemente la justificaba la muerte, apareció el cadáver sin que hubiese que hacer demasiadas pesquisas. La muerte del mendigo a nadie conmocionaba. Aquel esqueleto ambulante llevaba años arrastrando una soledad empedernida y también hacía mucho tiempo que había perdido la jovialidad y casi hasta el habla.

Al lado del montón de huesos, en una casilla del Branto, había un montón de mendrugos de pan, la lata con el asa de alambre en que hacía las colaciones, la cuchara de madera, la navaja mellada y una petaca con cuatro briznas de tabaco, lo que no dejaba de ser una excentricidad porque el mendigo jamás había fumado. En un bolsillo del pantalón, un lapicero canijo, con la punta muy afilada.

El primero que habló de la libreta fue un vecino de Ozoniego que se llamaba Almanzor. Luego la historia de la libreta corrió como la pólvora. Tenía las tapas de hule y unas hojas apelmazadas y nutridas, como si hubiera sido usada durante muchísimos años y hubiese pasado por variadas vicisitudes.

A manos de Almanzor llegó por un transportista que, al parecer, la encontró en una linde cercana a la Comarcal. Lo que más asombraba era la minuciosa letra que atestaba todas sus hojas, una aquilatada miniatura imposible de descifrar y que, sin embargo, parecía responder a una precisa enumeración donde sólo en ocasiones, se adivinaba un nombre, una cifra, la referencia de un pueblo.

Poco a poco la libreta corrió de mano en mano. La curiosidad hacía que la gente la requiriera, porque el indescifrable contenido, y la acumulación de comentarios y divagaciones, estaba incrementando su calidad de objeto misterioso, y nadie se resignaba a no intentar desvelar su contenido.

Pero no fue posible. Hasta los que con más ahínco se quemaron las cejas, acabaron desistiendo.

La libreta había ido de pueblo en pueblo y, meses más tarde, quedaba olvidada en un cajón del mostrador de Ultramarinos Acedo, en Santa Ula, donde Franco, el dueño, guardaba otros tres objetos misteriosos, propios de un absurdo coleccionista: una lezna quebrada con la que su suegro se había sacado un ojo, un sello de correos con la efigie del Rey con medio bigote borrado y una baraja de odaliscas desnudas en las que el vello púbico componía notas musicales.

Fue un viajante de Armenta el que un día, cuando ya nadie se acordaba de la dichosa libreta, aseguró que se trataba de un escrupuloso y escueto libro de contabilidad.

Con menos esfuerzo del previsible, fue descifrando, de una a otra hoja, la referencia de pueblos, días, personas y cantidades, una esmerada evaluación de las limosnas que Londo había percibido a lo largo de su existencia, determinadas con el

virtuosismo de un auténtico maniático, como un notario de su propia indigencia y de la caridad precaria de quienes le habían atendido, avergonzados ahora de la impiedad que zanjó la memoria del mendigo, como algo que se emparentaba sin remedio con la mala conciencia de su pasado.

Veo a doña Fiedra en la cocina. La he visto tantas veces que imaginarla y verla ya es lo mismo, sobre todo ahora que intento reconstruir los sucesos triviales de aquella noche de verano en que se fue.

No hubo visita en tantos años en que no la viese, y casi siempre igual que ahora la imagino en esa noche: inclinada sobre el fregadero, la espalda que sostiene el tiempo con las vértebras doloridas, las piernas hinchadas, el brote saturado de las varices que no logré aliviar.

Es una noche más de las que impregnan, como el residuo que la suciedad deja en los cacharros que está fregando, su larga vida, los setenta y ocho años que la doblan pero no la derriban, que se esconden como cicatrices domésticas en la carne y el espíritu de una mujer cansada que jamás supo dar voz al cansancio, nombre a la fatiga.

La noche invade la cocina como un susurro. La ventana abierta al corral la deja entrar, la bombilla tiñosa que cuelga del cable no la contradice. Es un susurro que viene de lejos, de más allá de las bardas, del interior inquieto de las Hectáreas.

Una mujer como doña Fiedra no percibe la noche en lo que tiene de pacificación, de serenidad, de tránsito benigno que favorece la concordia de las cosas. Las cataratas difuminan la realidad, interrumpen todo lo que no sea una espesura luminosa sin relieves, acrecientan la noche interior de doña Fiedra, este otro lado de su existencia donde la oscuridad es un desván lleno de desazones.

Pocas de las visitas que hice a la casa fueron para ella. La enfermedad siempre fue un secreto en el cuerpo de la anciana.

Sobre el fregadero culminan sus horas laborales, que son todas las del día y parte de la noche. Medir, contar, lo que cada jornada da de sí, contabilizar el esfuerzo, la ocupación, sería difícil. Un día en la vida de doña Fiedra repite hasta el abatimiento esa obligación sin nombre ni contorno que todo lo contiene. No hay horas, minutos, segundos, instantes, en que ella pueda ser quien es, más allá de la enajenación que supone ser lo que debe a los otros, lo que los demás necesitan y ella asumió por todos.

Puedo recordar, como mucho, un catarro rebelde, un accidente en el fogón, sin duda derivado de la progresiva ceguera, o las dichosas varices que, a veces, revientan. Visitas sin convicción en el aviso, visitas resignadas que, en muchas ocasiones, he pospuesto requerido por otras urgencias más latosas.

Ni don Cindo, el marido, ni los hijos y las hijas, que ya se fueron, atendían la salud de doña Fiedra, percibían lo que en algún sentido pudiera pasarle. Eran ellos los que me requerían: el anciano con el reuma y la sinusitis, la hija mayor, la más

intemperante, con las jaquecas, el hijo mediano con la hernia.

Ahora, esta noche que susurra en la ventana sin que la buena mujer pueda apreciarla de otro modo que no sea un lamento, don Cindo está sentado en el escaño, fumando aburrido el último cigarro.

Ella escucha su ronroneo, ese terco soliloquio que acumula y reitera los reproches sin piedad ni descanso, como si todo lo que sucedió en su vida rebotara en la culpabilidad de su mujer. La voz sube y baja, la mano derecha tiente nerviosa la mesa tras las migas de la cena, la admonición se convierte en insulto, una palabra que estalla con el golpe de la palma en la madera.

Nada va a variar. Los sucesos triviales de esta escena son los de la rutina, el día a día de lo que fue la vida de este anciano amargado, de esta mujer amedrentada que asumió su destino con igual resignación que lo asumiera el animal que da vueltas en la noria.

Don Cindo escupe la colilla. La palma que golpea la madera de la mesa es, finalmente, el puño cerrado de su maldición, una suerte de odio genérico que todo lo incluye y cuyo objeto inmediato y reiterativo es el cuerpo baldado, roto, que se sostiene en la costumbre del fregadero.

Se levanta y vuelve a escupir. Arrastra los pies, eleva la queja de un dolor abdominal, se insulta a sí mismo. Hasta que alcance la alcoba, su ronroneo se estabilizará porque el esfuerzo de moverse neutraliza la voz, pero al llegar todavía tendrá fuerzas para gritar el nombre de doña Fiedra con un taxativo y agrio requerimiento.

Ella no le oye. Los cacharros están limpios y colocados, el agua sucia templá sus manos antes de secarlas en el delantal, y esa temperatura produce un liviano consuelo, como si en la suciedad los dedos palparan la única piedad posible.

Y puede que sea ahí, en el instante en que doña Fiedra se vuelve, abandona el fregadero, cruza la cocina con pasos dolorosos pero no tan arrastrados como los de su marido, cuando ese curso trivial de las cosas, la mansedumbre que procrea la humillación y la esparce como una planta viciosa, se rompe sin ninguna previsión, sin la menor alerta.

Doña Fiedra no tiene nada que oír, nada que escuchar. Todas las voces, los insultos, las órdenes, los reproches, se difuminan como las luces y las sombras en el espesor de las cataratas. No parece que vaya a ningún sitio porque, de pronto, dejó de ir donde iba siempre. Ha salido de casa.

La noche está quieta, no percibe el vacío de esa cáscara negra que envuelve la Llanura, tampoco el fulgor de las estrellas que jamás orientaron nada en su existencia ni consolaron su imaginación cuando, hace demasiado tiempo, se entretuvo en

miralas.

Supongo que dudó un momento. El delantal lo había tirado al suelo y seguro que ése fue el gesto resolutivo que precedió a la marcha. Caminó despacio pero decidida. No tendría muy claro adónde iba pero sí que jamás volvería.

Morir es una circunstancia... —dijo Merto, al tiempo que le caía la ceniza del puro en el chaleco, lo que motivó que todos nos fijáramos en la diminuta pavesa que haría un agujero en la tela del mismo, sin que acabásemos de enterarnos de a qué venía aquella pomposa aseveración que remataba algo que acababa de decir.

—Morir es una coincidencia... —musitó entonces Abelardo Rilma, y el silencio que pocas veces fraguaba más allá de un instante entre los contertulios del Casino de Santa Ula se prolongó mucho más de lo debido, como si las dos aseveraciones concertaran, sin venir a cuento, una carga de profundidad que necesitaba un rato para ser digerida.

—¿Por qué lo dices...? —quiso saber Aurelio Oceda, y fue Abelardo el que se dio por aludido, aunque no estaba muy claro al que Aurelio se dirigía.

En aquel rincón del Casino, cualquier miércoles a las cinco y media, en los otoños que doraban el ventanal con el brillo terroso del metal noble envejecido, el humo de los puros adensaba la cortina, y en el remate de la tertulia no eran raras algunas consideraciones indeterminadas y perezosas que se compadecían muy bien con esa pacificación postrera que sobreviene cuando ya parece que se dijo todo.

—Lo digo por Pina y por Reboldo, acordándome de la muerte de don Urido y de doña Marmida. La coincidencia que puso de relieve no ya lo poco que somos sino lo mal que lo apreciamos.

—Es verdad... —convino Merto, sacudiéndose el chaleco— aunque circunstancia y coincidencia sean patas del mismo banco. Pina y Reboldo afrontaban la enfermedad de sus respectivos suegros y alguna previsión más o menos podrían hacerse, pero no un desenlace de tamaña categoría.

—Si lo cuenta uno... —propuso Aurelio Oceda— igual nos enteramos mejor. La circunstancia será más clara y la coincidencia tendrá su punto.

—Que lo cuente Merto... —cedió Abelardo—. Hablamos de muertos que tienen mejor contabilizados los de Anterna que los de Santa Ula.

—Ni hablar... —dijo Merto, y todos los demás cabeceábamos en los sillones, sin aventar la liviana modorra del humo y el oro viejo, como si la tarde estuviese a punto de jubilarnos—. Tú acabas de mencionarlos y a ti te compete, si es que los presentes quieren de veras saber lo que pasó.

—Yo sí... —afirmó Oceda—. De Pina y Reboldo oí hablar, de los suegros ni idea.

—Lo cuento... —accedió Abelardo— pero me ayuda Merto.

—Qué pesados sois... —dijo Salvidio guiñando el ojo—. Tengo el negocio cerrado, ninguna gana de abrirlo, y con cualquier cosa me proporcionáis la coartada. Cuenta tú, Abelardo, y que Merto invite a otra copa.

—Ni hablar del peluquín... —se excusó Merto—. Vete a abrir que, a estas horas,

a más de un cliente tendrás despistado.

—En Almacenes Regencia nadie se despista... —aseguró Salvidio—. Los útiles del ferretero no son los mismos que los del agrimensor. Se distinguen igual que el metal y la gleba.

—Al grano, por Dios... —pidió Aurelio Oceda.

Abelardo tenía apagada la colilla del puro y jugaba con ella entre los dedos.

—Pina y Reboldo vivían en Sormigo. No es fácil acordarse de ellos porque, más allá de la circunstancia y, sobre todo, de la dichosa coincidencia, no hubo en su vida razones de relieve, otra cosa es que las hubiera en su muerte. Dos más de Celama, del montón: un matrimonio bien avenido, sin hijos, con las Hectáreas de rigor y la costumbre como norma de su existencia.

—Me parece que caigo... —dijo Salvidio—. La costumbre de ese grado no da apariencia ninguna, pero en Sormigo murió el mismo día un matrimonio, y eso sí que lo oí decir.

—Ya me chafaste el final... —se quejó Abelardo—. Si lo sabes y quieres contarlo te cedo la vez, pero si no quieres es mejor que te calles o vayas a abrir el negocio.

—A los clientes conviene desairarlos para que luego aprecien mejor el género. No lo sé, no te pongas farruco, oí campanas.

—En Anterna vivía don Urido, padre de Pina, viudo de solemnidad. Aquí en Santa Ula doña Marmida, madre de Reboldo, también viuda. Suegro y suegra según las obligaciones familiares de uno y otra, hijos únicos ambos y en disposición de echar una mano cuando hiciera falta.

—¿Por qué lo llamas viudo de solemnidad...? —quiso saber Oceda.

—Por la persistencia y la aureola ¿por qué otra cosa iba a ser? Las viudas de la Llanura tienen su estatuto, los viudos no. La calidad de viudo se gana poniendo a prueba el amor propio. Don Urido tuvo que espantar a las candidatas como se espantan las moscas. A la mujer la perdió joven, pero no la olvidaba.

—Caso raro... —convino Oceda— porque no hay viudo que anteponga el recuerdo a la necesidad, una vez superado el trance.

—Te cito ahora mismo media docena de viudos que desmienten lo que dices... —dijo Merto.

—Más del doble te puedo citar yo... —aseguró Oceda— y con el agravante de que no respetaran el año de luto.

—La discusión es vana... —tercio Salvidio—. Los hay de solemnidad, los hay perentorios, y los hay que trabajan en ambos frentes. Mi tío Morino, sin ir más lejos: primer envite, siete meses después de fallecida mi tía Crisálida, segundo envite, cinco años después de muerta mi tía Oliva. ¿Estado actual del interfecto? En amonestación para las terceras nupcias. La familia avergonzada y él tan campante: setenta y dos años por cuarenta y uno de la prometida.

—Sigo si me dejáis... —pidió Abelardo, que había logrado encender otra vez la colilla del puro—. Don Urido lo era de solemnidad, y no rebajo medio milímetro. Un

hombre recio, taciturno. Bien distinto de su consuegra, doña Marmida, que era delicada y alegre. Pina nunca había visto enfermo a su padre, triste y melancólico siempre, pero malo no, por eso al percatarse de que algo le pasaba, algo serio, se preocupó de veras. A don Urido y a doña Marmida les gustaba que sus hijos se ocuparan de ellos pero siempre quisieron vivir solos. De Anterna a Santa Ula iban y venían, desde Sormigo, Pina y Reboldo y, desde el punto y hora en que los viejos cayeron malos, los viajes se precipitaban. Porque también doña Marmida cayó de aquélla, con achaques más serios.

—La vida misma... —dijo Salvidio—. Mal que advierte, mal que mata, cuando el mal es verdadero. No haces caso y es lo mismo, el mal no respeta.

—Espera... —dijo Aurelio Oceda—. No adelantes acontecimientos.

—Están bien adelantados... —reconoció Abelardo—. Cada suegro en su casa, cada suegro en su cama. Pina y Reboldo de un lado a otro. Aquello ya no tenía solución. Mes y medio más tarde estaba claro que en ninguno de los dos casos había nada que hacer.

—Está determinada la circunstancia y ahora se perfila la coincidencia... —comentó Merto.

—La Nochebuena del año que fuese... —continuó Abelardo— porque el año no lo sé. Los hijos estaban cambiados, quiero decir que aquel mediodía Pina estaba con su suegra y Reboldo con su suegro. Murió don Urido, murió doña Marmida: la misma hora, minuto arriba o minuto abajo.

La cortina de humo se difuminaba, el brillo terroso del ventanal perdía fuerza. Alguien acababa de mover el sillón y la tarima se resentía con su lamento huraño.

Lo que Pina y Reboldo pudieron sentir, todavía ajenos a la otra noticia fatal que les aguardaba, establece una simetría sobre el destino que por un instante, como dijo Abelardo Rilma, los hace dueños de esas penas filiales transferidas. También la coincidencia es una premonición de lo que a ellos les acabará sucediendo. Pina pensará en Reboldo al cerrar los ojos de doña Marmida. Reboldo pensará en su mujer al cerrar los ojos de su suegro. En la casa de Sormigo no hay nadie, la cama matrimonial sin deshacer en los últimos días.

—En cualquier caso... —dijo Salvidio— de morir se trata.

—Por enfermedad o de muerte natural... —dijo Abelardo Rilma que, al fin, se había deshecho de la colilla del puro—. En Sormigo murieron años más tarde Reboldo y Pina, también el mismo día y prácticamente a la misma hora.

—¿Y en la misma cama...? —inquirió curioso Quintín, el camarero, que hacía un rato que se había acercado al rincón y aguardaba para cobrar las consumiciones.

—No, porque Pina sí estaba muy enferma pero Reboldo no tenía nada, al menos nada aparente. Ella en la habitación, él en el poyo de la entrada de la casa. Pudo escuchar el llanto de las mujeres que la atendían, el grito de alguna, vete a saber. El corazón, un derrame, no se supo.

—La coincidencia que dijiste... —opinó Salvidio.

Hubo una noche, en la vida de Gamar, comparable a las que marcan tránsitos cruciales en la existencia humana, tras el consabido ayuno y las zozobras que salpican el espíritu como olas reincidentes.

No es inocuo mencionar el ayuno y el espíritu en el caso de Gamar, tampoco la vigilia, ya que para esa noche tenía bien ganada la aureola de la santidad en todo el Sur de Celama, y era más conocido como el Santo de Udiermo que por su propio nombre.

No hay en los altares santos de la Llanura. Tampoco se conocen referencias de vidas ejemplares que hayan podido encaminarse a la exaltación de la virtud o el misticismo, más allá de lo que puede decirse sobre la bondad de la gente o algún sacrificio familiar especialmente llamativo. Ese hombre era un santo o esa mujer merece la gloria de Dios, se decía al remate de algunas vidas en las que sólo había existido dolor y paciencia.

El caso de Gamar no tenía nada que ver. La santidad comenzó a comentarse cuando curó a su sobrino Elito, a doña Medra y a don Pento. El niño se ahogaba y no era posible saber si había tragado algo o tenía un ataque de histeria, ya que se trataba de un niño extremadamente nervioso. Dejarme con él, pidió Gamar, y echó a todos de la habitación. Elito escuchaba sonriente el cuento que le contaba su tío y jugaba con una castaña, cuando los familiares volvieron a entrar.

Doña Medra llevaba año y medio sin levantarse de la cama, imposibilitada por los dolores reumáticos. Don Pento tenía un asma que no le permitía moverse. Nadie requirió a Gamar, lo hizo, como con Elito, por decisión propia: cuando iba a la Hectárea y oyó quejarse a doña Medra, y cuando otro día regresaba y vio a don Pento abatido en el poyo de la entrada de su casa. En ambos casos, como al parecer había hecho con su sobrino, impuso las manos con una técnica no muy distinta a como lo hacían los saludadores del Castro Astur, los únicos de los que había noticia en Celama.

Pero Gamar no era un curandero. Tampoco era un hombre especialmente piadoso, aunque iba a misa y cumplía por Pascua. Aquellas improvisadas curaciones, como las que vinieron luego, suscitaron los lógicos comentarios en Udiermo, pero provenían de una natural inspiración, como si de pronto hubiera tomado conciencia de lo que debía hacerse para eliminar el padecimiento, igual que de manera sorpresiva se descubre la solución de un problema o la mejor decisión para solventar un asunto.

Fue con los casos de Minerva, Balusario y el niño poliomielítico de la Venta Siceda, con los que empezó a brillar la aureola virtuosa de Gamar. A Minerva le desaparecieron las terribles fiebres del posparto, Balusario se libró de la pulmonía, y el niño de la Venta echó a andar después de entregarle la muleta a su madre. Entonces ya se decía que en Udiermo había un Santo.

La santidad trastornó la existencia de Gamar.

No es posible detallar las vicisitudes de un hombre joven, soltero, que todavía se defendía con razonable estima del destino de solterón, que es un avatar que en la Llanura se consume con tanta perseverancia como obcecación ya que, al fin, se trata de un grado muy especial.

El Santo perdió la naturalidad, ese resorte espontáneo que le llevaba a apreciar la dolencia de los otros, y comenzó a sentirse no sólo requerido sino abrumado. Fue entonces cuando decidió retirarse del mundo, una opción difícil de llevar a cabo con la discreción precisa, porque el Páramo no es pródigo en lugares donde esconderse.

Se supo que había ido al Monte Bustillo y tanto sus familiares como los vecinos de Udiermo velaron porque se respetara la clausura del Santo.

Habían transcurrido tres años desde las primeras curaciones y la aureola de Gamar incrementaba la virtud de un hombre que imponía las manos temblorosas sobre el dolor, cerraba los ojos, musitaba una oración. El dolor se había cambiado en alguna ocasión por la zozobra de alguna alma en pena o el indeterminado destino de un ser querido ausente, y la extorsión que inclinaba a Gamar a hacerse adivino forzaba su espíritu, aumentaba una suerte de sufrimiento moral que estaba derrotando su vida.

Hay pocas contemplaciones con los santos, y menos en los lugares donde la santidad es *rara avis* y donde la supervivencia no resulta fácil. Gamar cavaba en la Hectárea siempre vigilado por alguien. Volvía a casa cansado, roto, lleno de confusas emociones, cada día más amargas.

Del Monte Bustillo hizo su eremitorio. Se supo que andaba desnudo por aquellos riscos medianos, entre las zarzas. A veces asomaba por las Hectáreas de Grajal corriendo detrás de un conejo. La primavera era fría y en la herrumbre de las Hectáreas el cuerpo enteco de Gamar resaltaba como un garabato de tiza.

La que más sufría con aquel retiro era su madre, que era también la persona que más se había asustado de los poderes del hijo, porque no lograba comprender de dónde provenían ni qué sentido tenían. Lo que no tiene una explicación natural no tiene razón de ser, pensaba en el fondo de su alma doña Crima.

Gamar volvió a casa en otoño. El ermitaño era un ser envejecido, triste, mugriento. Aquellos meses de ausencia habían contribuido a un razonable olvido. En Udiermo, la familia y los vecinos cerraron filas ante el Santo depauperado que había malbaratado el brillo de su aureola con un brillo de fiebre que le quemaba los ojos.

La virtud de Gamar no auspiciaba un talante positivo que rescatara su propio ánimo. El Santo estaba deprimido y todo a su alrededor se inundaba de melancolía, como si el espíritu destilara desde su interior un veneno tibio que paralizaba sus músculos y sus emociones. Primero se negó a salir de casa, a no superar las bardas del corral, después se recluyó en su habitación, más tarde subió al sobrado y recobró algunas raras costumbres penitenciales de cuando habitaba el eremitorio, entre otras la de permanecer desnudo.

La noche crucial de su vida, la que marcó el tránsito de su santidad y existencia, fue una noche de invierno.

No hubo más curaciones desde su retiro y regreso del Monte, pero sí se mentaba algún milagro acontecido bajo su advocación. Al Santo, al parecer, se había encomendado un pastor de Abando al que le dio un ataque de epilepsia en medio del rebaño, y un muchacho de Hontasul que escupía sangre.

Su madre le oyó salir de casa. Era una noche helada y en la Llanura rezumaba la luna un resplandor de vidrios que crepitaban como pavesas de una hoguera blanca. No había cuidado mucho Gamar la vestimenta, caminaba descalzo, el pantalón se sujetaba con dificultad a su cintura, la chaqueta doblaba su espalda y apenas cubría los flancos de la camisa rota. El frío azotaba la desazón del Santo. En ese sentimiento de aflicción y amargura venía discurriendo su soledad, y sólo doña Crima, en muy contadas ocasiones, había percibido ese dolor espiritual en que su hijo se debatía.

—No me aumente la desgracia... —le había respondido una vez Gamar, cuando le requirió apenada—. Lo que soy y lo que recibo no lo distingo, qué más quisiera yo...

Desde la casa a la Santa Quilla, por las Hectáreas que ardían bajo la hoguera blanca, caminó Gamar con paso decidido, como si esa noche su voluntad tuviese claro el designio de lo que debía hacerse, aunque la agitación no cesara. Un Santo no puede consumirse en el desánimo, un hombre no se debe conformar. Probablemente es lo que doña Crima le hubiese dicho, aunque ella estaba tan desconcertada como su hijo.

La cancilla del cementerio chirrió en la oscuridad nocturna. El cuerpo de Gamar era un témpano. Los vidrios lunares brillaban sobre las tumbas, anticipando el propio centelleo de la escarcha.

Cruzó el cementerio hasta la tapia oriental, donde las tumbas conjugaban la huella de sus demarcaciones con menos nitidez, como si los muertos de aquellos cuarteles se hubiesen desordenado o hubieran decidido reorientar su muerte común.

Fue en ese lugar y en ese momento, cuando el Santo, después de corroborar su extrema soledad entre los muertos, alzó la voz. Lo que dijo lo dijo primero sin convicción, con el temblor de quien duda y tiritita. La voz no superó el movimiento aterido de los labios.

Después, como él mismo reconoció tantas veces, cuando los sucesos de aquella noche formaron parte de un pasado que hasta le gustaba recordar, tal vez porque su recuerdo era el aval de su suerte, de lo que el Santo fue cuando dejó de serlo, tras aquel tránsito, apretó los puños, alzó los ojos, recobró la voz en lo más profundo de sí mismo, de su virtud y confianza.

—Climo... —dijo, casi gritando— levántate y anda.

Es posible que aquel tenso requerimiento al más allá, tronase en la Llanura como una invocación absurda. No hay atisbo de vida en la oquedad invernal, por mucho que la luna haga vibrar sus vidrios o que un perro ladre en la inquietud del sueño, cosa que ni siquiera sucedía.

El Santo siguió apretando los puños e invocando a Climo Murada para que saliese de la tumba, con mayor crispación con que Jesucristo requirió a Lázaro.

Climo Murada era un muerto antiguo, un tío abuelo de Gamar, famoso en Udierno por sus tres matrimonios errados y consecutivos. Requerir a Climo tampoco tenía, según luego contó Gamar, razón de ser, cualquiera otro hubiese servido, se acordó de él sin proponérselo.

En la tapia oriental de la Santa Quilla, como en algunas otras, hay roturas, desmoronamientos. También algunas zarzas. Conviene decirlo para entender que, al cumplirse el requerimiento del Santo, hubiera sucedido como cuando alguien llama a alguien que no está lejos y asoma en seguida porque la puerta está abierta. Por algún sitio tenía que aparecer el que apareció, aunque no fuera fácil percatarse.

—Dios, Dios... —invocó el Santo, cayendo de rodillas con más asombro que miedo—. Hágase tu voluntad... —musitó luego, dispuesto a entregar al Señor cuanto de él solicitase.

El muerto miraba al Santo y el Santo todavía no se decidía a alzar los ojos para mirar al muerto. Cuando lo hizo, vio una figura borrosa que se sujetaba con dificultades.

—¿Quién eres...? —inquirió entonces el muerto al Santo, y sus palabras tenían el tono desabrido de alguien a quien se molesta.

—Soy Gamar, el hijo de Ferido y Crima, el Santo de Udierno.

La figura trastabillaba. Debe ser difícil que un muerto vuelva al mundo después de tanto tiempo y logre mantenerse de pie. Un muerto resucitado se tambalea en la vida hasta que la vida lo reconoce y de nuevo lo acepta. Otra cosa es que el muerto venga como un fardo e intente abrazarse al Santo al que debe su regreso del más allá.

Gamar no fue capaz de soslayarlo. El abrazo se produjo de forma abrupta. Lo lógico es que el muerto resucite con la impedimenta de su defunción o, al menos, los andrajos de ultratumba. No era así, la tela de su pelliza tenía un apresto sobado, el aroma de la podredumbre destilaba un efluvio alcohólico.

En ese abrazo se diluyó la santidad del Santo y el cielo helado de la Llanura cedió su plaza en el santoral. No había resurrección alguna en los ojos del muerto grimoso, apenas un centelleo de aguardiente y delirio.

Salieron de la Santa Quilla y Gamar se percató de que sus pies desnudos se estaban congelando, no los sentía, tampoco sentía la angustia de su virtud ni la pesadumbre

que se había adueñado de su espíritu.

El hombre de la pelliza derramó el licor de la botella en sus pies y le frotó los dedos.

—Nunca supe quién era... —decía Gamar al contarlo—. Las almas compasivas no tienen nombre.

Quinto de la misma camada y único superviviente porque los cuatro primeros quedaron desperdigados por los recovecos del corral y el sexto y el séptimo fueron arrojados en seguida a la huerga, mientras la gata parda llegaba exhausta al tenado y se escondía entre la paja, huyendo de aquel reguero de criaturas que aflojaban su vientre.

De la gata parda había la peor opinión en casa de Olmina y Orto, que eran sus dueños: un bicho arisco, holgazán, con esa planta de raza señorita llena de ostentación y coquetería. Una gata que no caza, que siempre está donde nadie la necesita y más molesta. Orto siempre quiso deshacerse de ella, pero a Olmina le hacía gracia y la disculpaba.

El quinto, el superviviente de aquella camada sin destino, fue Zumido. Decir que de tal madre tal hijo, resulta demasiado fácil, y ni siquiera en las fábulas de Esopo o Samaniego el dato acarrearía justificación, una fábula propone en su alegoría sugerencias morales de más relieve, la madre descastada no da más de sí.

El huérfano forzoso que fue Zumido contó con la animadversión de la gata parda y con la caridad ocasional de Olmina, y tuvo que ganarse la vida por libre desde que se sujetó de pie. El modo más razonable de comenzar a ganársela fue huir de aquella casa, donde la propia madre descastada se convirtió pronto en el mayor peligro para su existencia.

Los huérfanos tienen el riesgo de echarse a perder porque la supervivencia es muy dura para quienes, antes de afianzar el mínimo aprendizaje de la vida, se ven solos y desasistidos. Un gato diminuto sin hogar y destino en un medio tan desconocido como hostil es, sin remisión, un ser a la deriva, un bicho que nadie advierte o que cualquier enemigo devora.

Pero Zumido, lejos de los animales personificados en las fábulas con afanes de moralidad, era un bicho de la vida y, como tal, ajeno a la sumisión y los afectos. No se iba a descarriar porque no iba a tener ocasión de domesticarse. La vida del expósito era la vida libertaria de quien a nadie debía nada, aunque su instinto e inteligencia le hacían dueño de una notable sabiduría para contentar a los amos casuales o disimular las fechorías.

Entre El Horzán, Casamarza y Los Baldíos, por las alquerías diseminadas y en algunas tiendas de Anterna y Pobladura, esas fechorías de Zumido fueron tejiendo la leyenda de su existencia. Por unos y otros lugares se tardó bastante en atar cabos para, al fin, percatarse de que aquel gato de pelaje oscuro y ojos esquivos era el mismo que alguien había apadrinado, más zalamero y agradecido, el bicho heroico que arrasó el ejército de ratones de un granero, pero también el que se encaró a un niño aterrorizado y llegó a arañarle: el gato contradictorio del que todos tenían algo que decir pero que a nadie parecía el mismo.

Y era el mismo, claro que lo era, contaba Brogal, el anciano de Casamarza que conservaba en la rodilla izquierda una cicatriz más propia de un tigre de Bengala que de un gato, según ponderaba al mostrarla.

No hay en los pueblos contabilidad de los gatos más allá del censo doméstico. Usted que va y viene lo sabe de sobra, el gato de cada casa es dueño de su territorio y la gandulería propicia cierta dejadez en tal propiedad, lo que hace posible que haya otros gatos que aprovechan las mismas jurisdicciones. Las razas mezcladas ayudan a la confusión, porque quitando la variedad de colores, pocos por cierto, todos se asemejan. A veces se les escuchan las reyertas secretas, pero la convivencia no es complicada, este animal va a lo suyo con mayor convicción que ninguno, el orgullo y la desidia son su norma, la maldad no, aunque en el caso de Zumido podría hablarse de perfidia.

Yo le cuento algunos casos comprobados, otros podrán contarle muchos más. Cuando se me tiró a la pierna no voy a mencionarlo, la patada que le di la tenía merecida: un saco de harina abierto al medio, la harina echada a perder después de revolcarse en ella, sólo diré que se me tiró cuando dormía la siesta.

Aquí en Casamarza lo tuvo Roldán. Era un bicho joven que ocupó el lugar de una vieja gata a la que habían sacrificado al quedar ciega. No hay muchas contemplaciones en la Llanura con los animales ancianos, sobre todo cuando se les ve abocados a la inutilidad o el sufrimiento. Nada raro contaría Roldán de aquel gato aseado que mantenía a raya los ratones de la casa. Lo raro podrían contarlos algunos vecinos: despensa saqueadas, gallineros revueltos, objetos perdidos. La ocurrencia no es pensar cabalmente quién puede provocar aquello. Se piensa en quien se aborrece, se sospecha de quien peor te cae o menos se quiere. Los vecindarios son proclives a tales atropos. Comentarios solapados, pesquisas absurdas. Donde Roldán no pasa nada, y él y Marita, su mujer, despiertan ciertas envidias antiguas. Durante seis meses Casamarza es un pueblo puesto patas arriba.

Zumido es un gato invisible. Los mejores bichos de esa raza son invisibles. Un gato pelma, pegajoso, no hay quien lo aguante, a no ser alguna viuda solitaria. Como doña Salina, por ejemplo, que es otro de los casos que voy a contarle. Al gato de doña Salina, no tan joven y más achacoso de lo debido, lo pone firme Zumido. Ella vive sola en la casa más grande de Casamarza. Es una enferma crónica, el corazón, los bronquios, lo que le venga en gana. Tampoco ve muy bien y, además, ahorra en luz porque la tacañería no tiene medida: se ahorra lo que más se necesita, así es de contradictoria. El asunto es que la viuda tiene dos gatos: el suyo propiamente dicho y Zumido, que cuando quiere lo espanta y lo sustituye. La casa se la va alterando a su gusto. Si el pueblo está patas arriba, la casa de doña Salina no es para contar. Yo mismo la vi cuando, pasados varios días sin que nadie supiera nada de ella, se decidió que entráramos Bolivio y yo, los únicos con los que todavía se hablaba. Una casa que no había por dónde cogerla. Y ella estaba muerta, como no podía ser menos, y como

en el pueblo todos sabíamos que acabaría pasando. En el escaño de la cocina, caída sobre la mesa, los cojines tirados por el suelo. El ruido del gato nos asustó. El ruido de los gatos, dijo Bolivio, y yo le desmentí como un tonto. Murió de lo suyo pero ¿quién precipitó tal muerte? El cadáver estaba arañado, sobre todo las manos, los brazos. Buscaron al gato de la vieja, el achacoso, y le dieron el pasaporte. Había dos, decía Bolivio, éste era el tonto y el otro sería el listo. Cuando Zumido desapareció de Casamarza, precisamente por aquellos días, se pacificó el pueblo, aunque las antiguas rencillas no se saldaron.

Luego pregunta usted en Los Baldíos y la historia de las desavenencias es casi la misma, con un agravante: dos mujeres se echan en cara lo que falta en la cocina, la olla rota, el pendiente birlado, la colcha rasgada de arriba a abajo, llegan a las manos y, como consecuencia del disgusto y la reyerta, los mismos maridos se suben por las paredes. Hay un juicio y una condena nada decorosas. Las familias sublevadas y, a la vez, avergonzadas. Del Horzán no quiero decirle nada. Las fechorías de Zumido siempre tienen igual intención, nada inventa que no sea para comprometer a unos con otros, y los tiberios que monta en los gallineros son espectaculares, mostrando más de una vez su condición asesina, si de este modo queremos llamarla, porque es él, y no la zorra que a veces baja del Bustillo, el que liquida las gallinas, o las espanta de tal manera que las deja desquiciadas. Gallinas ponedoras que jamás volverán a ser lo que fueron. Las personas soliviantadas, los otros animales puestos en cuarentena. Y el gato viéndolas venir, cauto y falso. Alguna razón existirá para que no haya gatos en las fábulas de Esopo.

En las de Samaniego sí, y también en las de Iriarte. Gatos sagaces, dicharacheros, bigotudos y ufanos. Nada que ver con el pérfido y capcioso de tantos atentados.

El viejo Brogal lo contaba enardecido. Lo que un miserable felino le puede complicar la vida a las personas, decía, y rascaba nervioso la cicatriz de la rodilla.

La definitiva desaparición de Zumido del Territorio se produjo tras la desgracia de Lito y Morada, que es uno de esos asuntos delicados que causan conmoción y pena aunque, dadas las circunstancias, tanto se prestan al comentario malévolos y jocosos.

Los novios de Anterna se casan. Siempre hay unos novios característicos en la mayoría de los pueblos, esos que acaban convirtiéndose en los novios por antonomasia, dada la duración o peculiaridad del noviazgo. Los de Anterna eran Lito y Morada. Primos carnales, ilusos y sesos, de esas parejas que lloran a rabiar en la ceremonia. Entre primos hermanos parece que hay menos que hacer que entre novios sin parentesco, quiero decir que con poco que se haga ya da la impresión de que todo está hecho. A fin de cuentas, todo queda en la familia. Siendo ilusos son inocentes y siendo sesos son arrobados, por este motivo se les tuvo más consideración y a ningún invitado se le ocurrió la broma de turno. Lo que la noche de bodas debiera ser, eso

sería, porque por muy primo y muy iluso que se sea, el matrimonio hay que consumarlo, ya que el derecho canónico no se anda por las ramas.

Por las ramas el que andaba era Zumido, por las del nogal que daba al balcón de la habitación de los contrayentes. Por él se coló, probablemente cuando la pareja se arrullaba. El gato pérfido en la alcoba, bajo el lecho, encima del armario...

Ahora pensemos en los dos pardillos, mucho más inexpertos que ruborosos. Pongámonos en el punto y hora de una noche en la que todos reconocemos la trascendencia del cometido.

Lo que hizo el gato nadie lo sabe, acaso ni ellos mismos, pero mayor destrozo moral y espiritual es imposible. Yo qué quiere que le diga, ya tengo demasiados años y del día que me casé sólo recuerdo unas pastas de almendra que trajo mi suegra. Eso indica que la noche de aquel día fue la primera de las mil que vinieron luego, todas parecidas, sin acontecimientos de mención.

Lito y Morada no podrían decir lo mismo. A las consecuencias de lo que les pasó, por culpa del miserable gato, las llaman ustedes los médicos de un modo muy concreto, nada agradable por cierto.

Dicen que no hay quinto malo, yo sostengo lo contrario.

Y dice usted que de Arce...?

—No de Arce mismo, de La Envera que está al lado y es un caserío.

—En Arce sí que estuve, pero en La Envera no recuerdo.

—Es que se puede estar perfectamente sin darse cuenta.

—Es curioso que Celama sea lo que es, tan poca cosa si la comparamos con la Provincia o la totalidad del país o el universo mundo y, después de haber vivido toda la vida en ella, no se conozca entera, hasta el último rincón. O el ser humano se mueve poco o nos movemos siempre por los mismos sitios.

—Usted era joven, por lo que se ve. No tuvo tiempo.

—No tanto, no crea, la edad de Cristo. Y treinta y tres años ya dan de sí para ir y venir. Y, además, Nolda está casi en el centro del Territorio, al lado de Santa Ula, junto a Anterna. Eso debía facilitar el voy y vengo. No vives en el Sur y vas a Los Confines, está todo más a mano o más equidistante. Le juro que es una de las cosas de las que más me arrepiento.

—¿Y de la Llanura no salió...?

—Cinco veces a Ordial y una docena a Olencia, fíjese qué récord. Del servicio ni pensar, las lesiones coronarias como la mía dan miedo a cualquiera. Y casarme no me casé, quiero decir que esa otra ocasión tampoco la tuve. Casi nadie hace viaje de novios, pero mi hermano Isar fue más arriba del Castro Astur porque su mujer tenía familia.

—¿No se casó por la enfermedad...?

—Y usted que lo diga. A los del corazón se nos pone la cara mustia y, en seguida, cogemos fama, mala fama, entienda usted. Menuda inversión para una buena moza. Y bien buenas las había que me gustaban a rabiar, y algunas también coladas por mí. Total, que en mi caso mandaba el corazón de la peor manera, me amargaba la existencia de todos los modos, y por su culpa estoy aquí.

—Bueno, siempre hay una razón y todas son malas.

—Y dice que en La Envera vivió poco...

—Menos que en Arce y, desde luego, mucho menos que en otros pueblos de la Provincia y de Celama. Tampoco fui vivero, no se vaya a engañar, pero la profesión me llevaba al destino que me diesen. Cuando conseguí quedarme en la Llanura, ya no volví a moverme.

—¿Y qué era usted, si puede saberse...?

—Maestro. De los pocos que de aquí habría.

—Menos que curas, menos que frailes.

—Ya me hubiera gustado serlo. Hubo un intento para ir con los Pasionistas, no es que me apeteciera pero llegué a dudarlo. Lo del corazón tampoco les convenció.

—Bueno, lo mío fue vocacional. Siempre quise enseñar, que es una buena manera

de aprender. Y voy a decirle una cosa: quise enseñar en Celama, quise aprender el sentido de la vida, enseñar no sólo las cuatro reglas, la ortografía, la geografía y las dos historias, la sagrada y la de andar por casa. También me gustaba que mis alumnos oyeran hablar de la agrimonia y la ninfa salicaria, de las lecherinas y el botón de oro, de la filipéndula, el lamio, la mantisalca, la salvia, los silenes y la manzanilla de los adiles. Tan importante me parecía la flor más menesterosa como el Sacrificio de Isaac o el Tratado de Utrech.

—Usted sabe de sobra que los niños delicados ni en la escuela están bien vistos. Lo poco que aprendí lo hice por mi cuenta, bien poco sería, ya se lo puede imaginar. Del Páramo, lo que todos más o menos sabemos: una planicie entre el Urgo y el Sela, Páramo Alto y Páramo Bajo según hablemos del Norte y el Sur. Leer, escribir, las cuatro reglas, y de la historia de andar por casa la de los romanos que vinieron tan lejos, dicen que a cazar porque aquel Páramo era un bosque lleno de fieras. Del sentido de la vida, nadie me dijo nada.

—Nadie suele decirlo.

—Tampoco del de la muerte. No vaya a pensar que por ser enfermo prematuro con ella me familiarizaron, ni caso. Vi la muerte como una falta de sosiego, de ningún otro modo pude percibirla. De pronto, una mañana tuve el sentimiento de que venía. La respiración se me agitó y pensé, sin que pueda explicarlo, en la nieve del Teleno, aquel monte del Oeste que casi siempre tiene la cresta blanca.

—El sentido de la vida, ahí es nada. Yo proponía a mis alumnos una idea muy sencilla, sobre todo aquellas mañanas tan frías que no pagaba salir al recreo, por culpa de los sabañones, aunque la misma estufa de la escuela apenas sostuviera las cenizas calientes: veamos quiénes somos, de dónde somos y cómo nos llamamos. Ahora, veamos lo que queremos ser, y vamos a hacer un esfuerzo para pensar por qué lo queremos. Era una manera de entender lo que era el mundo y lo que éramos nosotros, cada uno, cada cual. Una forma, después, de que pudiéramos encaminarnos con algún conocimiento, aunque resultara difícil. Recuerdo que había un chaval de Omares, muy simpático, que se ponía de pie y decía: Soy Chandín, soy de Celama, bien distinto del perro y el gato, porque el que maulla no habla y el que ladra otra cosa no sabrá hacer.

—Muy espabilado.

—Mucho. La verdad es que casi todos lo eran. Nada enseña más que la necesidad. Se siembra sin desperdicio.

—No tuve esa suerte, ya le digo. El sentido de mi vida no debió ser otro que comprender que con el corazón enfermo la vida está enferma. La enfermedad es el resultado.

—No hay que darle mayor importancia, sobre todo al considerarlo desde aquí. Yo sólo pretendía que aquellos niños pensarán un poco en sí mismos, que supieran que ellos no sólo estaban en el mundo, que eran el centro del mundo. Hay que apreciarse. Celama está demasiado lejos, no sólo en el espacio, también en el tiempo.

—Lo que hubiera agradecido que alguien me lo dijese. Lo que me hubiera reconfortado. También sabe usted perfectamente que la gente delicada es muy sentida. Los que estábamos del corazón, teníamos la melancolía a flor de piel. No quiero decirle lo que se sufre de esa manera, más con pena que con dolor. La mayor languidez.

—Pues yo, ya le digo, tuve la suerte de volver. Tampoco me casé, un fallo garrafal, pero la moza que me gustaba no hizo nada por esperarme, a lo mejor tampoco se lo supe pedir como es debido. Estar en la escuela con los chicos era lo mejor de todo. Bien que lo echo en falta.

—Pero por la edad que se le puede adivinar, o se jubiló o no andaba lejos.

—No se lo quería decir.

—¿Por qué...?

—Es que lo mío fue como lo suyo.

—No le entiendo.

—Me quedé frito. Para la jubilación faltaban dos años. Era un día de otoño. Los chicos salieron al recreo, correteaban, chillaban como descosidos. Usted sabe tan bien como yo lo que supone esa desazón que, de pronto, te paraliza porque ya no es desazón, es angustia, antes de que empiece a ser dolor. Caí redondo, mirándolos, fulminado.

—Lo mío fue más lento, sin que nadie me viera, sin que a nadie mirara, aburrido de tener puesta la mano en el costado, porque ya, de un tiempo a esta parte, otra cosa no sabía hacer.

—¿Y el corazón desde que está aquí, ya que tanto habla de él...?

—Fácilmente se lo puede imaginar: muy cansado de lo poco que vivió.

De luz, de lámpara mustia, bombilla que parpadea al fundirse, ni el sol más violento incendia la roña que asoma del manto descalcificado, piel de grumos, nódulos calizos que la costra unifica en el blanco ceniza y el rojo de la herrumbre, el fluir de las arenas que ya están metalizadas, de las arcillas calíferas que son retazos óseos, las cuarcitas, los cantos, las rañas en la erosión, no se incendia ni en el agosto que haría supurar sus brasas, tiene la solidez inmune de la materia que dejó de ser lo que era, petrificada, rota, cribada en la impotencia y la inmovilidad, más quieta, más dura y ajena, más extraña, más misteriosa, no hay razón alguna para que una y otra vez asome a la ventana, una primavera sucia, un estío huido, el otoño que apenas existe, el invierno medroso, y escuche en el silencio, mejor en el vacío, ya que aquí no es silencio, es un eco sin voz, la resonancia de la nada en la inquietud de lo que se perdió en los siglos, todo pérdidas, exiguas ganancias, escuche, eso sí, el rumor del animal que muere, que agoniza, eterna agonía que en el sueño soportan los que menos duermen, es un rumor que tardé en determinar, jamás Nubia quiso hablar de ello, está usted loco de remate, yo siempre dormí como una bendita, más allá de los malos sueños que nos competen a todos los mortales, cada cual con sus cuitas, era en la noche, el oscurecer borraba las lindes, no hay otro límite, otra frontera, que esa indicación de lo que acaba y empieza, disolvía las Hectáreas, y había un momento, un instante, en que ese rumor ascendía como un rastro de viento que ayudaba a cerrarlo todo, la corriente que golpeó la puerta de la casa, digo que ascendía porque no era como el viento que arrastra y lleva sino como el aire que asciende y supura, el oscurecer agolpa el humo sucio de la tarde, lo entrega a la noche, el rumor comienza a desvelar su sentido de queja, una respiración sufrida, un dolor en el cuerpo caído de quien está muriendo, siempre hay ecos en la Llanura, a cada hora, en cada estación, dijo Nubia, ésta no es una caja cerrada, es una caja abierta, ya no puedo sustraerme a esta vigilancia que me lleva a la ventana, arrimo la silla, enciendo la tagarnina, acerco la botella de aguardiente, ¿qué haces ahí...?, dijo mi madre el día que me descubrió, miro, contesté, veo, me dije luego, indago, escucho, un silencio que no existe, un vacío que, a veces, cuando la botella está mediada y la cuarta tagarnina derritió su veneno en mi lengua, me llena el alma de una serena angustia pero angustia, a fin de cuentas, como si el vacío fuese el espejo de lo que no controlo dentro de mí, ese sentimiento que está por encima de la razón y que acaba borrando la voluntad, tal vez porque es necesario borrar la voluntad para poder descansar un poco, aunque borrarla suponga navegar peligrosamente, más lejos del conocimiento, extremadamente cerca de uno mismo, Dios me libre de este extremo del espíritu donde no soy otra cosa que yo mismo y el miedo que me tengo, el brote sentimental donde mejor suena ese rumor de enfermedad y muerte, esa respiración de la agonía que sube de la tierra como un aire viciado, más o menos como el humo venenoso de la tagarnina, un trago que lima

la aspereza, el amargo dulzor de la nicotina en la lengua, no se me ocurre escupir por la ventana, sorbo la saliva y un trago más reconforta las papilas, el aguardiente es como un aceite, una grasa alcohólica seca y sedosa, respiró, exhaló el suspiro que se niega, es habitual que los agonizantes contengan el suspiro, hagan un esfuerzo para que las dificultades de la respiración no deriven hacia él, todos tenemos grabada en la memoria esa imagen absurda del último suspiro, como si el estertor pudiera ser una expresión de nuestra conciencia, cuando ya nuestra voluntad nada tiene que expresar, algo así como una huella abstracta que resumiera, en el gesto enajenado de la muerte, lo que quisimos ser y no pudimos, también el oscurecer acumula, y cualquier estación vale, un hálito de calcinación, los suelos simulan mejor la desnudez de su avejentamiento, la erosión, la tromba pedregosa que esparce el metal de los cantos como si una mano despiadada los hubiese depositado igual que se depositan los escombros metalúrgicos, es un hálito de areniscas, arcillas y limos arenosos, a fin de cuentas estas láminas abrasadas que convirtieron el erial en un desierto de óxido, sellan el vergel prometido de los acuíferos, aunque sea imposible imaginar los bosques ancestrales, la Diana del tribuno romano, los corzos y los pájaros, una luna de cobre, un resplandor fugaz que me trajo la noche a la ventana, no hay otoño preciso en la Llanura, rebulló el animal agonizante, pude sentir la piel de su vientre cálido, acaso necesitaba sentir alguna piel cálida, ahora es el momento de escribir algo, desde que murió mi madre escribo menos, cierra Celama los ojos en la costumbre de su espíritu, está cansada, voy a ver si me acuesto, esta bruma sentimental acaba deprimiéndome, ya advertía el filósofo de Königsberg de los riesgos emotivos, la cama abierta, el embozo, el vaso de leche en la mesilla, no es preciso comprobar el orinal en su sitio, Nubia no falla, las bobadas que se le pueden ocurrir, dice, un rumor, un rumor, será el ruido de su cabeza, si la dejase quieta un rato, voy a hacerle caso, de la sima del tiempo, de la lámpara azul de alguna mañana, de la hoguera, del metal, del único bicho que rebulle en la cama, algún verso perdido o, mejor, extraviado, una buena metáfora como la de la ruina, y el caso es que suena, como hay Dios que suena, respira para ahuyentar el último suspiro, no tengo nada de sueño...

Fano quedó solo en el mundo.

Doce años, los ojos del raposo y el cuerpo de la anguila que se desliza sin impedimento ni destino, como si la vivacidad solventara el trauma del huérfano.

Decir solo en el mundo parece excesivo y, sin embargo, es cierto. Un chico que vio morir a la madre, ya que al padre ni lo recuerda, que oyó hablar de un hermano accidentado y de una hermana que jamás volvió del Hospital de Ordial, que vivía con su tía Aceda como quien vive con un ser enajenado que no lo reconoce y cuyo último lazo afectivo, cuando Aceda muere, es su padrino Meldo, un solterón que fue amigo de juventud y milicia de su padre y que, cuando Fano recurre a él, ni siquiera le abre la puerta.

Si hay una Celama pobre es la de Los Confines.

Toda la Llanura palpita como el cuerpo aterido del mendigo, pero la pobreza propiamente dicha está en ese fin del mundo donde Fano ve el fin del siglo como una liebre escuálida que corre sin dirección en el tiempo, un otoño que la matará porque no le va a ser posible huir en la estepa desolada. En ese tiempo vive Fano, en la estepa donde las liebres mueren desorientadas y agonizan con la angustia de los bichos que no saben huir.

La casa de la tía Aceda es un chamizo derruido del que entran y salen las gallinas, que no distinguen el corral de las habitaciones, dos cuartos, una cocina, cuatro muebles desvencijados.

Los ojos del raposo brillan en la oscuridad del cuarto que no tiene ventana, sólo un ventanuco alto que la tela de araña fue anegando con más polvo que avaricia.

Brillaban aquella noche, cuando los hombres que se llevaron el cuerpo de Aceda volvieron para decirle que todo estaba arreglado. Los había visto cargarla en el carro y en seguida reprimió el impulso de correr tras ellos.

La aldea de Bruda desparrama las cuatro casas por el erial calcinado. Las viejas alquerías de los pioneros en las tierras sobrantes dejaron la huella de su solar, como una mancha sucia en la calcinación, y promovieron ese desorden de bichos espantados que parecen las casas, donde el chamizo de Aceda es una construcción extrema, más allá de toda vecindad.

El raposo está quieto.

Se apagó la tarde sin que la tela de araña del ventano precipitara su curso. El oscurecer otoñal movía un viento de harapos y, al fin, se convertiría en un murmullo que iría persiguiendo su propio eco, como el lamento que obtiene la continuidad en el

eco de la tierra dolida. Lo pudo percibir el reposo, acaso olerlo. Ese oscurecer que mueve el viento alza del baldío un tufo de roña seca que se distingue perfectamente de la acritud de los excrementos del corral, de la humedad que corroyó la cal de las paredes del cuarto, y que contiene una sustancia orgánica descompuesta, tal vez las partículas de su infección.

Los ojos brillan pero no con la palpitación del acecho. Es el brillo del estupor, la mirada inquieta del abandono.

La conciencia de Fano está sumergida en una emoción indeterminada que no controla. Sabe lo que pasa, tiene memoria exacta de lo que sucede, porque el esfuerzo de la supervivencia es el mejor acicate del conocimiento, y el niño lleva haciendo ese esfuerzo con la misma intensidad con que pudiera hacerlo cualquier bicho olvidado.

El estupor no insuflará el letargo que lo derrote, como si la búsqueda del sueño conllevara la renuncia, auspiciada por esa emoción que no conoce, ese frío del corazón y el alma que el niño no sabe distinguir.

Fano no controla esa emoción que podría vencerle, y el raposo va a verse dominado en seguida por la vibración de la anguila, el cuerpo nervioso que moviliza la sacudida que le hará levantarse del camastro, mirar el corral vacío, las plumas de las gallinas que el viento se lleva.

Ahora la anguila se desliza con la prontitud del pez en el agua. La noche es una simiente podrida en las Hectáreas. Este pez inquieto no tiene dirección ni destino pero la soledad del huérfano es un punto extremo de la soledad del mundo y en el mundo se quedó solo Fano, sin nada ni nadie.

El niño sale al camino. No hay huella de luz en las casas de Bruda, tampoco la noche otoñal tiene la plata oxidada que brota de las escamas de alguna estrella vagabunda. Sólo los ojos del raposo perforan la oscuridad. Sólo la agilidad de la anguila puede rastrear la linde sin que nadie la vea.

En la determinación de los primeros pasos hay una decisión para que este bicho, al contrario de lo que les sucede a las liebres desorientadas, logre huir.

El niño recurrió al padrino, según la costumbre de la Llanura, pero el solterón no le abrió la puerta. Tampoco hubo nadie en Bruda que sintiera piedad, si es que la piedad no es incompatible con la miseria. Los Confines están en la frontera de la nada, donde la Celama de aquel tiempo era irreal, una línea en la demarcación de la inexistencia, que ni siquiera llegaría a figurar, con los años, en los mapas comarcales. Con esos datos, puede uno imaginar el extravío de Fano, pero también confiar en el poder de sus ojos, en la vivacidad de su cuerpo, en el conocimiento que alberga su diminuta experiencia.

Donde no hay piedad hay desprecio. Ningún sentimiento alimenta el corazón del niño, tampoco el hambre se sacia lamiendo las piedras, como tantas veces hizo.

Lejos de Bruda la noche es la misma pero el huérfano se siente menos huérfano,

como si el desarraigo que marca la distancia sirviera para aliviar un poco la conciencia de su abandono.

Vio un cuerpo vivaz cruzar el camino y los ojos del raposo se animaron, alertados, sorprendidos. Cualquier acontecimiento multiplica el instinto de Fano, una reverberación, un murmullo, el sueño interrumpido de un pájaro.

Ese instante, sólo ese instante, grabará un recuerdo más preciso que ninguno en la memoria del hombre que llegará a ser.

—Aquella noche que me quedé solo... —rememoraré sin que nadie le entienda, mientras retira el cigarro de la boca y escupe la nicotina, y el cuerpo que cruza vuelve a rebullir veloz, asustado de verle.

VISIONES DE LA LLANURA

I

Donde la claridad
es la pobreza,
tienen los días
un perfil de guadaña...

La muerte alcanza el don
de la luz del acero,
y la tierra es la herrumbre
de su punta de lanza.

Donde la claridad se ciega,
el febril horizonte
oscurece el metal
de la muerte y la azada.

El don es de la sombra
que melló la herramienta
y desganó el trabajo
en las manos de lava.

Esa pobre simiente
del orden de la vida,
de las cosas sin nombre,
de la tierra callada.

II

Los nombres que te nombran
albergan la animada

mano con que acaricia
el adobe las casas.

Las Heminas, los Pozos,
el aire en las Hectáreas,
un surco sin medida
en el tiempo que pasa.

El Bardán, el Poruelo,
la linde más lejana,
rañas de Los Confines
donde la nieve amarga.

De Cinera a Sormigo
con la lenta campana
que arrebató el silencio
del Sabral, y callada
vino a vernos la muerte
desde el Cindio y Las Ánimas,
pero ya nadie quiso
mirarse en su mirada.

Celama estaba viva
en sus nombres. Nombraba
cada metro cuadrado del cielo
que contienen sus arcas.

Ésta es la defensa
que nace de su entraña,
nombrar y recordarse:
tierra, piedra, palabra.

III

Sueño tus olas yertas
que del mar de la vida
van al mar de la muerte
por millas calcinadas.

Sueño lo que se llevan:

lo que arrancan del alma,
lo que quitan al cuerpo,
la tierra despojada.

Las olas que en el tiempo
arden quietas, y abrasan
el esplendor del día
y la noche estrellada.

Sueño que en la Llanura
se incendiaron las lápidas
y las Piedras Escritas
borraron su constancia.

El sueño y la ceniza
son niebla en las Hectáreas.
La memoria, el fantasma
en las ruinas ahogadas.

I. C.

(Programa de las
Fiestas Patronales de
Santa Ula.
Agosto, 1933).

Las referencias de Ponce de Lesco en el Colegio de Médicos de Ordial eran precarias, y de ellas podía extraerse la imagen más o menos previsible de un médico rural en el fin de siglo.

Se había licenciado en la Facultad de Medicina de Armenta hacia 1854, y de los seis años que precedían su llegada a Celama apenas quedaba alguna indicación profesional: en la Beneficencia, en el Albergue Municipal de los Remedios. De Celama se detallaba la toma de posesión de su plaza, un doce de abril de 1860.

Luego, en la ficha colegial que tanto trabajo me costó encontrar, contando con la animada ayuda de una de las secretarías del Colegio, había una anotación de traslado, según ella interpretaba, posiblemente a petición propia, al pueblo de Ojajo, una de las capitales comarcales del Castro Astur.

La ficha tenía, finalmente, una indicación que remitía al dieciséis de noviembre de 1900, fecha en la que Lesco podría haber cumplido los setenta años. Esa indicación, según la secretaria, era el indicio de su jubilación y la referencia que indicaría el paso al probable fichero de pasivos. Pero ese fichero, o los pertinentes listados, tenían peor localización en el Colegio, donde entraba en lo posible reconstruir los jalones de una carrera profesional, al menos con el escueto testimonio de las plazas y los destinos, pero no ese porvenir que la edad zanjaba, sobre todo en los médicos de menor relieve o que no ostentaban cargos en el propio Colegio o en la Junta Médica.

Es curioso comprobar cómo la escueta realidad de una persona, en sus referencias burocráticas, suscita como mucho la huella anodina que tan parecidos nos hace a todos. De aquella intimidad de Lesco, expresada en la metáfora de su ocasional confesión, a la verdad estricta de su huella en el archivador y la ficha, había una distancia que difuminaba sin remedio su figura.

Un médico rural en el fin de siglo. De la imagen profesional de Lesco tampoco necesitaba nada más. Los otros datos con que yo contaba: la Topografía inédita, el estudio sobre el Sarampión en Anterna, completarían esa imagen de estudioso modesto y preocupado por el entorno en que su profesión se desarrollaba. Al menos, esos dos trabajos ofrecían un testimonio de esas preocupaciones.

Pero el fondo de mi indagación, más allá de la curiosidad suscitada por aquel hallazgo en sus papeles, no era otro que la dichosa metáfora, porque desde su descubrimiento comencé a presentir que interferiría mi vida como uno de esos espejos que son capaces de revelar algo sustancial de tu existencia. Era un tropo dormido que de pronto había despertado como una inesperada revelación.

A Ordial no iba con mucha frecuencia. Olencia estaba más a mano, era una villa que se modernizaba a pasos agigantados y ofrecía lo poco que uno podía pedir en las escapadas de Celama. A veces resultaba más atractivo aventurarse hasta Armenta, aunque el viaje fuese mucho más pesado. Pero la obsesión por Lesco me hizo volver

una y otra vez a Ordial, con alguna indeterminada o caprichosa idea de búsqueda, o sin mayor intención que deambular por los barrios antiguos, como había hecho en mi juventud.

El médico rural en el fin de siglo habría recorrido, con parecido apego, las callejas de Ordial, y en alguno de aquellos lejanos días habría estado en la Plaza de Simientes, donde un arco lateral hundía la pilastra como si la Plaza se resintiese en su equilibrio en aquel punto.

Era razonable que hubiese estado allí porque la Imprenta de Saturnino Robla, donde se había editado el opúsculo sobre el Sarampión en mil ochocientos sesenta y nueve allí permanecía abierta, con su escaparate de polvorientas publicaciones y el dintel más bajo de todos los zaguanes de la Plaza.

Hasta el momento en que decidí entrar en la Imprenta, no había recabado ningún dato más sobre Ponce de Lesco. En la Sociedad de Amigos del País era imposible orientar una mínima pesquisa, hasta costó trabajo encontrar un ejemplar del opúsculo, que dicha Sociedad había premiado en el mismo año de su publicación y que yo había descubierto por casualidad en la Biblioteca de Olencia. Otros intentos de información por vías más personales, recabando algún recuerdo más o menos aventurado, me daban en Ordial parecido resultado al que me dieran en Celama.

Todo ello contribuía a incrementar la sensación de un Lesco desaparecido bajo la nube de su anodina biografía, con la única referencia de aquellas anotaciones en la ficha colegial. Y ese anonimato incrementaba, a la vez, la obsesión de su metáfora, la pérdida que colmaba su destino, según había escrito.

La Imprenta era un garito que acumulaba la antigüedad sin el menor complejo, quiero decir que desde su apertura en el pasado siglo no había recato para disimular lo que el tiempo ensucia y deteriora, mucho menos para dar apariencia de una mínima intención renovadora. Era uno más de los establecimientos que, entre Simientes y la Plaza Mayor, albergaban lo más viejo y astroso de una cierta industria y un cierto comercio de Ordial.

Jamás se me había ocurrido asomar siquiera después de haber pasado tantas veces ante ella, y aquella tarde cuando lo hice, movido por un impulso nada consciente, aspiré la pátina derretida del oscuro taller, que parecía sumido en una niebla de tinta y plomo. El taller se vislumbraba con su ajeteo y agobio, entre el golpe desarticulado de las máquinas. Había un escueto recibidor con las paredes llenas de atestados anaqueles.

Tardaron bastante tiempo en atenderme, el suficiente para que yo pudiera tomar conciencia exacta de la información que iba a pedir. El opúsculo de Lesco era una aguja en el pajar de aquel enmohecido establecimiento pero, a fin de cuentas, también la metáfora era un mensaje sin destinatario entre las cuartillas de la procelosa Topografía.

El nombre de Elvira Ponce fue el hallazgo de aquella tarde.

El heredero más longevo de Saturnino Robla, que vivía en el piso de arriba de la Imprenta y bajó solícito a requerimiento del regente, no se llamaba Saturnino sino Belisario.

Tenía una memoria muy apañada, a pesar de que el riego ya no es el mismo, confesó halagado y llevándose el dedo índice de la mano derecha a la frente, y le voy a ser sincero, si es usted capaz de guardarme un secreto, advirtió después, variando la sonrisa con un guiño malicioso, mientras el propio regente rescataba un ejemplar del opúsculo: de jóvenes tonteamos ella y yo, aunque ahora ambos somos viudos por muy distintos conductos.

—¿Es sobrina del médico...? —inquirí, todavía desconcertado por la imprevista información.

—Sobrina, sí señor, sobrina de don Ovidio.

El opúsculo amarilleaba entre mis dedos. Era un ejemplar mucho más deteriorado que el que yo había encontrado en la Biblioteca de Olencia.

—Mire... —indicó Belisario— está dedicado a mi abuelo Saturnino, era costumbre.

La letra de Lesco no admitía duda.

—¿Usted lo conoció...? —quise saber, sin salir de mi asombro.

El regente y Belisario se miraron tras el mostrador.

—No, no lo conocí... —dijo el hombre— ni jamás hablé de él con su sobrina. Lo único que oí alguna que otra vez, sin llegar a entenderlo del todo, es que a ese hombre lo mató un filósofo que se llamaba Schopenhauer.

Los serranos no caen de las nubes. Vienen a Celama, pastorean los rebaños en las Hectáreas segadas, que pagan lo más bajo posible, y casi siempre se van antes de lo previsto.

La condición trashumante ayuda a esa idea de la vida pasajera, y cuando no hay arraigo todo parece más vano, la indolencia es esa flor del día que adorna el tiempo, de noche apenas el sueño alivia los recuerdos y las horas se confunden porque las horas del pastor son horas quietas, tiempo detenido. A fin de cuentas el trabajo del pastor consiste en no moverse.

No hay imagen más trivial y anodina en la Llanura que la de esos hombres escasos y esparcidos, todos con el perfil más o menos agrietado, la capa parda, el viento que bate su lejanía, o el sopor de la solanera que los arrebatara con el delirio del rebaño, de modo que en el mediodía violento sólo los gozques son vigías.

Por eso, por ese destino trivial de los serranos, por esa figura ajena en el resplandor pelado de los barbechos que es la única que los identifica, llamó tanto la atención la muerte de Vicente Meroy Salce. Esos hombres no interfieren en la vida de la Llanura, las aves de paso no dejan huella y, sin embargo, una muerte es la señal definitiva.

Era el segundo año que venía al Territorio, a los pagos del Bardán, con un rebaño de quinientas cabezas. Un hombre joven, muy bien parecido, extremadamente educado y, como casi todos los suyos, discreto, silencioso, dueño de esa amabilidad que hace tan agradable y justa la media distancia.

De su muerte, se llegaron a saber algunos datos y, con ellos, las razones suficientes para que el misterio de la misma conmocionara a todo el Territorio.

El cuerpo apareció en el Camino del Tejo.

No había indicios de violencia. Era un cuerpo arrebuñado, violáceo, que llevaba inoculada la muerte como una tortura que le sobrevino hasta troncharlo. Por este conducto anduvieron los primeros comentarios, porque era verdad que no resultaba visible violencia exterior, pero el rostro del cadáver mostraba el sufrimiento del desgarrar, esa huella que irradia y petrifica la convulsión y la eclampsia.

A las variadas versiones sobre desconocidas enfermedades que padeciera Vicente Meroy Salce, entre ellas las que sufragaba un corazón débil, se unieron algunas divagaciones sobre malos hábitos alimenticios, hierbas raras de las que a veces hacen enfermar a las ovejas, y hasta la disparatada posibilidad de algún brote epidémico en el seno del rebaño.

Lo que no trascendió, o tardó en trascender para que las habladurías y los comentarios tomaran el derrotero más sinuoso, fueron las tres cartas que Vicente guardaba en el pequeño baúl donde tenía sus pertenencias, en la casa de una familia

de Bardán donde se hospedaba. Sobre el contenido de las mismas, hubo todo tipo de elucubraciones, pero por lo que los más viejos recuerdan pronto se suscitó la complicidad para echar tierra al asunto.

Esas tres cartas constaron en el exiguo expediente que abrió el sumario. Hojas parecidas de distintos cuadernos, dos de ellas escritas con lapicero, otra con pluma. No había sobre que las contuviera. Aparecieron entre las mudas del fallecido.

En el expediente donde constan, entre los legajos del Juzgado de Olencia, hay un escueto informe que data la muerte del pastor con la referencia al propio informe del levantamiento del cadáver, el hallazgo de las cartas, una detallada enumeración de todas las cosas que le pertenecieron. El informe de la autopsia, sin embargo, no aparece, y no es raro tratándose de expedientes tan antiguos.

Los legajos judiciales de Olencia han pasado por muchas vicisitudes, y una parte sustancial de la historia judicial que compete a Celama está, como tantas otras, desaparecida. Lo mismo pasa en la Llanura con muchos Archivos parroquiales.

Dices que te lo diga, que por escrito te lo diga, para que no haya duda ni otra ley que la que se cuenta... —se escribe en la primera de ellas sin que, como en las otras, exista referencia alguna, cita de lugar o fecha—. Así lo hago para que no nos llamemos a engaño. Por escrito lo digo: te quiero para mí sola y al quererte, en igual medida aborrezco todo lo que Dios anteriormente me dio: marido, hijos. Lo escribo como quieres para que veas que al escribirlo lo corroboro. Soy tuya de tal modo que de no serlo me mataría sin más, otra ocupación no deseo en el mundo que tenerte y cuidarte y estar contigo, por imposible que sea. A más amor no llego, a más desesperación tampoco. Vuelve esta noche porque no tengo muchas oportunidades. Ven a matarme, si quieres. O déjame que sea yo la que te mate. Muertos estaríamos más juntos. Ya ves que no dudo, que con estas letras me comprometo, que en tus manos estoy. No vengas al corral, ven al cenado. No traigas el perro.

Si pensabas que era veneno te equivocabas. Veneno no hay, a no ser con el que me amargas y me matas... —dice la segunda, que está escrita con una letra muy abultada y tiene desleídas algunas palabras, como si sobre ellas hubieran caído lágrimas al escribirla—. Yo no veo otro conducto que el tuyo. Estoy debajo de ti. Mátame así. De envenenarte lo haría con alguna hierba mala, al tiempo que me estuvieras amando, quiero decirte que ésa sería la solución: que nos matáramos como dos bichos que se tienen juntos, uno y otro encima, como tanto me gusta. En casa, ya te dije que no queda nadie que me importe: la fiebre de mi hija pequeña dejó de preocuparme. Mi marido nada tiene que hacer a tu lado. Ayer cuando te fuiste no me limpié, esto tienes que saberlo, no me limpio. No me limpio de ti, ni de tu veneno ni de tu vida. Me tiraré al pozo, si no lo remedias. Dios no me basta.

Dime que vienes. No me hagas andar con estas tonterías, que son peligrosas. Yo lo tengo más difícil que ninguna, ya sabes que estoy embarazada... —se escribe en la tercera, que tiene una letra diminuta, de alguien que parece expresarse con dificultades y con muchos nervios—. Mayores recelos son imposibles. Mayor tormento. Si era verdad que me querías, si no te importa el embarazo. Fue el peor invierno que imaginarse pueda. Aquella noche que volviste me pareció imposible. Estás en el Castro, estás en el Puerto, ni puedo pensar siquiera dónde estás, por dónde andas. Otro hijo, la peor desdicha. Quería que me vieses como entonces. No sé si tenemos derecho a nada. Yo podía morirme y entonces para mí no habría mayor felicidad que haberte matado. Ahora estoy sangrando.

Se acabó el mundo la noche del veintiséis de noviembre de mil novecientos treinta y cinco.

Esa noche había en Casa Samodio siete parroquianos. El aviso lo dio Vasallo, que asomó sofocado y tembloroso, como si el aliento de la noche le persiguiera igual que el de una alimaña.

—Se acaba... —gritó desaforado y cerró la puerta tras de sí, evitando en el último instante la garra de la alimaña.

No hay razón que explique el hecho de que todos los presentes, la mayoría apostados en el mostrador, alguno sentado en la banqueta más cercana a la estufa, reaccionaran del mismo modo, sin la menor duda, entendiendo las palabras de Vasallo en su justo sentido. Siempre corrió en Celama la especie de que el fin del mundo empezaría en la Llanura, de acuerdo a la lógica que determina que las cosas se acaban donde menos hay, pero no pasaba de ser uno más de los comentarios negativos con que las gentes de Celama dejaban constancia de la menesterosa conciencia que tenían del Territorio.

—Al astro Zodial le lavaron la cara, la Estrella Garabita acaba de caer... —ratificó Vasallo, después de apurar la copa que le servía Samodio, y todos los presentes asentían circunspectos, como si los datos corroboraran la previsión que el emisario ilustraba y que todos conocían a la perfección.

—Pues ya se sabe lo que hay que hacer... —dijo el dueño del local, que lavaba unos vasos en el fregadero—. Primero que salgan los cobardes y luego, tras tomar la última copa a la que, dadas las circunstancias, invita la casa, los valientes. En cualquier caso, en menos de diez minutos, aquí no quiero ver a nadie. El fin propiamente dicho voy a pasarlo en la cama.

Todos los parroquianos se las dieron de valientes o, al menos, aceptaron la invitación. De los siete, quedaron dos porfiando para que la invitación se ampliara, pero Samodio no estaba por la labor: el fin del mundo no tiene alternativa, no hay más copa que valga.

Masmo y Lopena escucharon el cierre del establecimiento a sus espaldas, después de que el dueño los empujara fuera sin que fuese posible convencerlo de que otra copa supondría un alivio al desperdicio de lo que el fin del mundo se iba a llevar.

Era el cierre del exterminio, la liquidación de la vida y del negocio, y aquel ruido metálico contagió un escalofrío vertiginoso en sus espaldas.

Era una noche confusa, al menos eso apreciaban Masmo y Lopena al sentirse solos y alzar los ojos al firmamento con el temor de lo que las palabras de Vasallo vaticinaban, aunque ni del astro Zodial ni de la Estrella Garabita tuviesen especial conocimiento.

La confusión provenía de la oscuridad helada que reconvertía la inmensidad de la Llanura en la estrechez de un agujero, y acrecentaba el sentimiento, también confuso, de perder la condición humana para ganar la identidad del hurón, como si la oscuridad no ofreciese el mínimo amparo racional.

Masmo y Lopena se sintieron bichos huraños e indefensos y, cuando habían dado cuatro pasos, se percataron de que lo habían hecho tan apretados uno a otro que no era raro que hubiesen rodado confundidos por el suelo.

—Nos falta Calomín... —dijo entonces Lopena, al que le costó más trabajo incorporarse—. Se acabará el mundo, pero ello no es razón para que los amigos se pierdan.

—Creí que venía con nosotros... —aseguró Masmo, mirando alrededor, más con la aprensión de percibir alguna presencia temerosa que con la esperanza de distinguir al amigo.

—Ahora que lo pienso... —dijo Lopena— la última no la tomó. Y no por cobarde. A Calomín no lo amilana la adversidad. El fin del mundo será un contratiempo, pero no justifica desperdiciar la copa que te ofrecen.

Los bichos seguían confundidos en el agujero y no tenían nada clara la orientación, tampoco la voluntad. La noche no colgaba del cielo, supuraba de la tierra como un humo pernicioso.

—Ahora me acuerdo... —advirtió Lopena—. Lo que tuvo Calomín fue una necesidad. Hay que avisado.

Se volvió decidido a la puerta clausurada de Casa Samodio, pero no llegó a golpear el cierre metálico.

—Vamos por la tapia... —convino Masmo—. Entrar ya no le sería posible, salir nada fácil. El fin del mundo no perdona, cuánta gente ahora mismo estará en Celama dormida, y cuánta inadvertida o ilusa.

Saltar la tapia del corral de Casa Samodio les costó un esfuerzo más estorbado que compartido. La noche llenaba el corral de basura y las sombras eran más confusas.

—Calomín... —llamó Lopena, con los pasos completamente extraviados, mientras a Masmo le castañeteaban los dientes—. Calomo, por Dios ¿dónde te metiste...?

La respuesta tardó en llegar, y hasta la puerta del retrete fueron los dos amigos tentando la pared, sujetándose en ella más que orientándose.

—Venimos a por ti, venimos a sacarte. Se acaba el mundo. Avisó Vasallo. El astro Zodial perdió el color y se apagó la Estrella Garabita. Tenemos la Llanura hecha una pena.

—Pues eso me ahorro... —dijo Calomín muy tranquilo—. Desastres y desgracias, lleva uno vistas suficientes en la vida. ¿Samodio cerró o todavía podemos tomar la última...?

—Cerró sin más contemplaciones... —informó Lopena tembloroso—. Invitó a la que restaba y nos echó a todos. Ahora quedamos huérfanos, porque por mucho padre que se tenga no hay mayor orfandad que no tener dónde ir, estando como está el mundo acabándose.

—Entonces aquí me quedo. Mejor lugar no encontraría, y más a gusto en ningún sitio.

—Es que Lopena y yo pensamos... —dijo Masmó, tras el desconcierto de la decisión de Calomín— que tres vamos a defendernos mejor que dos. Ya que la mayor parte de las noches de nuestra vida las corrimos juntos, la última deberíamos completarla de igual modo.

—No contéis conmigo... —zanjó Calomín—. Todavía me queda tabaco en la petaca para liar unos cigarros y estoy a punto de mover el vientre. Las razones del estreñido valen como las de cualquier otro. Si Samodio cerró, allá él con su conciencia. Los huérfanos del mundo alguna vez tienen que asumir su condición.

—No te vamos a abandonar... —advirtió Lopena, alterado.

—No lo tomo por abandono, iros tranquilos. Cuando el mundo se acaba, como cuando se acaba la vida para el que le llega la hora, no hay otra alternativa que el desvalimiento. Las buenas compañías son para vivir, en la muerte no queda amigo que merezca la pena.

—Eso a nosotros no nos lo puedes decir... —opino Lopena—. Y menos después de haberle afanado una botella a Samodio. Íbamos a beberla contigo, mientras se acaba Celama.

—Por ahí podíais haber empezado. Nadie más dispuesto que el estreñido crónico a aplazar la encomienda de su destino. Apago la colilla y salgo.

No era fácil moverse por la Llanura ahumada.

La noche contabilizaba la perdición de su fatalidad espesando las sombras que amasaba la propia tierra. El agujero se había convertido en una cueva de hurones extraviados, porque la propia oscuridad solidificaba las galerías y taponaba la salida.

—Está cayendo el telón... —dijo Calomín, en el momento en que los tres amigos, cogidos del brazo y sin atreverse a confesar el miedo de su absoluta desorientación, decidieron sentarse en medio de la Hectárea.

—Ahora se demuestra que el fin del mundo es el propio Dios que cierra los ojos, tal como decía don Islán en las Escuelas Graduadas de Anterna.

—Una mala comedia en la que los artistas no tienen tiempo de decir el papel completo.

—No hay que desanimarse... —convino Calomín—. En este punto final, y en aras de la amistad que nos une, no somos otra cosa que la conciencia última que a Celama le queda. Los huérfanos devinieron en fugitivos porque así lo exigieron las circunstancias. Algo importante nos compete, si es que de veras somos testigos de

este apocalipsis.

Tirados en la Hectárea, con la última gota de aguardiente en la comisura de los labios, los tres amigos percibieron el hedor del invierno, la antigüedad del mantillo soliviantado que el aire le robaba a la congelación.

El humo era el aliento de alguna entraña podrida, del animal abandonado que no se resignó a desprenderse de la piel.

—Adiós, Celama... —gritó Calomín—. No soy el mejor de tus hijos pero a nadie hice mal, a no ser que se me tenga en cuenta el único desliz de mi vida matrimonial antes de enviudar, porque enviudado no hay desliz, apenas resarcimiento.

—Igual digo, Celama mía... —gritó Masmó, con la voz tomada por el llanto—. Los kilos de menos que pesé al cliente los pesé en la báscula que mi padre dejó arreglada, el hijo es fiel a lo que hereda o no es hijo en el sentido estricto de la palabra.

—Yo te pido perdón, Celama... —musitó Lopena, temeroso de que le oyeran—. Te lo pido por lo que no te di y por lo que te sustraje: el sudor que contigo me ahorré, el pan que nunca dejé de comer.

La helada abatía los cuerpos de los tres amigos. El silencio unificaba su estremecimiento sin que ninguno fuese capaz de quejarse y hubo un momento, cerca de la congelación, en que llegaron a estar dormidos.

—¿Estáis seguros...? —inquirió Calomín, bajo el brillo de las esquirlas que grapaban sus pestañas.

—Si ya llegaste... —dijo Masmó, molesto— no interrumpas a los demás, espera que te alcanzamos.

—Es que no da la impresión de que esto acabe.

—Todos sabemos que el fin empieza en Celama y que la Llanura es perezosa. Acaba, como hay Dios que acaba, jamás Samodio hubiese invitado a la concurrencia.

Furial Veidio fue de los pocos que vinieron a Celama haciendo, de alguna manera, lo contrario que hacían los emigrantes. Vino joven y vino literalmente con lo puesto: la ropa del que ya se cansó de viajar, el hatillo de las cuatro pertenencias.

Con ese poco lo recordaban en Albora los que ya se habían hecho tan viejos como él, y el último que quedaba, el único que habría de sobrevivirle, estaba aquella tarde entre los vecinos que se agolpaban a la entrada de la casa de Furial, que llevaba varios días muriéndose y, al fin, iba a hacerlo. Ese viejo sobreviviente se llamaba Dionís y era tuerto y cojo.

—Otro no queda... —decía—. Veidio y yo, de la misma quinta, aunque él no naciera en la Llanura. Los demás se han ido en los tres últimos años por el camino del que nadie vuelve: Carmo Cartal, pulmonía doble, Avido Bran, estrangulada la hernia, Omilo Sedallar, angina de pecho. Carcamales todos, la quinta completa.

Furial había rodado por algunos pueblos, era un trabajador infatigable y un hombre de carácter abierto, generoso, que expresaba su bonhomía sin ninguna limitación. Esas cualidades coadyuvaron mucho a integrarle en los vecindarios, y cuando se radicó en Albora ya era valorado y querido en todo el contorno, y nadie hacía la salvedad de que no fuese natural de allí porque estaba considerado como uno cualquiera, con el mismo arraigo.

El trabajo y el ahorro fueron la norma en los años en que Furial se fue haciendo con un patrimonio modesto, incrementado luego por el matrimonio con Somina Illeda, y no tardando mucho compaginó la tierra con el transporte y el comercio. No hubo día que no fuera a la Hectárea pero, también es verdad, que Furial era dueño de una peculiar inteligencia, cierta claridad, y la necesaria osadía, para los negocios y, en todo, el aval de su seriedad, el atractivo de su manera de ser.

—Tiene... —decía Dionís aquella tarde, cuando poco a poco todos los vecinos de Albora comparecían, atendiendo la llamada de Medina, la hija del moribundo, y sin que ninguno supiese a qué se debía tan peculiar convocatoria, pues todos venían siguiendo con interés la enfermedad de su padre— lo que otros no tuvimos o no supimos tener: capacidad y vista, y no lo digo por lo que me compete por tuerto. Lo digo por la valía y el instinto, saber barajar trabajo y ganancia. Ahora se muere y de la quinta soy el postrero, lo que no me hace ninguna gracia.

Furial se había quedado viudo muy pronto y Medina no sólo era la hija única que había atendido devotamente a su padre, también había sido su confidente y contribuido a su felicidad con un matrimonio de su gusto y tres hijos, los nietos que Furial disfrutó más que nada en la vida. Amaldo, el yerno, se había integrado en el trabajo y los negocios del suegro con absoluta dedicación. A veces Furial veía en él un hijo verdadero, recordaba a Somina, repetía su nombre al llamar a la nieta pequeña, musitaba algunas palabras imprecisas. Sólo su nieto mediano, Valsorín, era

capaz de apreciar el rictus amargo con que tantas veces acababan aquellas palabras, la extraña transición de la felicidad a la tribulación que transformaba la mirada del abuelo.

Valsorín era, de toda la familia, el que estaba más preocupado aquella tarde. La enfermedad irremediable del abuelo había sido aceptada con resignación por todos, entre otras cosas porque Furial se había encargado de que así fuese.

—La vida es este río que se acaba, y el buen fin no hay que llorarlo sino celebrarlo... —decía el abuelo sin la más mínima melancolía, como si esa aceptación fuese un aliciente para saber morir.

Pero Valsorín tenía la impresión de que aquel hombre no sólo se estaba consumiendo por la enfermedad, también por una zozobra que acumulaba todos aquellos gestos tribulatorios que empañaban su felicidad, los instantes que cambiaban su mirada o derretían las imprecisas palabras de su amargura. Su madre pasaba mucho tiempo a solas con él y, tras la puerta, el nieto había escuchado la voz del abuelo que decía o dictaba algo, y el llanto desolado de Medina.

—El nieto que más se parece al abuelo... —decía Dionís—. No sólo la misma planta, iguales ojos, también la pena que da la bondad a los hombres buenos. Es un chico sentido.

Era media tarde. El otoño iba enrojeciendo el erial. Medina y su marido bajaron de la habitación del enfermo. La gente se arremolinó.

—Ninguno sabíamos lo que pasaba... —contó Dionís— aunque yo, si digo la verdad, tengo que confirmar alguna sospecha, porque Valsorín estaba asustado, como si la familia fuera a recibir el mayor disgusto como anticipo de la propia muerte del enfermo.

Lo que Medina traía en la mano era una carta.

El pueblo guardó silencio. En realidad, nadie había hecho ningún comentario, las únicas disquisiciones aventuraban alguna idea testamentaria de Furial derivada de su reconocida generosidad, cualquier donación que se le hubiera ocurrido hacer para la iglesia, cualquier cosa.

—La leyó emocionada pero sin perder la voz en ningún momento... —contó Dionís—. Yo veía la cara de asombro de Valsorín, que precisamente estaba a mi lado, luego las lágrimas que le iban cayendo de los ojos con más dolor que esfuerzo. Es de suponer que, como todos los que escuchábamos, tardara un poco en entender lo que aquello suponía. Cuando Medina acabó de leerla y anunció que su marido, Amaldo, tenía el encargo de llevarla y entregarla en mano cuando Furial hubiera fallecido, nadie fue capaz del más pequeño comentario, apenas se oyó la voz de la vieja Cardencia que suspiraba diciendo Dios lo ampare.

Murió Furial aquella misma noche. Nunca en Celama hubo entierro más silencioso. La condolencia se había mezclado de piedad y asombro, y las gentes de Albora reconocían y valoraban en su justa medida la confesión de aquel hombre que se había convertido en un vecino ejemplar, en uno más, tras tantos años de convivencia.

Horas después del entierro, Amaldo partía con la carta. Era muy lejos donde tenía que llevarla, se trataba de un viaje complicado hasta un remoto pueblo de la provincia de Huesca.

De allí procedía Furial, pero hasta Celama no había venido directamente, tras la huida que la carta mentaba. El emigrante había hecho, de veras, la navegación contraria a la que hacían los que emigraban de la Llanura: del otro lado del mar, a donde huyera, había regresado algunos años después, y el destino de Celama provenía precisamente del encuentro en la otra orilla de alguno de aquellos emigrantes comidos por la nostalgia de la Llanura.

Lo primero que había hecho al volver era cambiar el nombre en el sobado pasaporte, cambiar también el rumbo de su existencia pero sin lograr borrar la memoria, ni la marca que en la conciencia imprime la desventura.

—A la familia del hombre que Furial había matado en su juventud estaba dirigida la carta... —contó Dionís, y el ojo sano forzaba por apagarse como su voz, porque pretendía que no resonaba más alta que la que es propia de las confidencias más dolorosas—. A solicitar su perdón confesando el secreto, y dando cuenta fehaciente del lugar en que estaba enterrado. Era una muerte inútil, todas lo son, pero muy especialmente aquélla, como penosamente detallaba la carta. Una absurda disputa en un camino, una violenta reyerta, un trágico suceso sin sentido.

Amaldo regresó muchos días después y nadie supo, porque a nadie se le ocurrió preguntar, la respuesta que había encontrado. Poco a poco la vida volvía a ser la misma para la familia, no en vano el yerno heredada sin traba todos los dones del difunto.

—Menos para Valsorín... —dijo Dionís—. Ese chico triste que se hizo mozalbete con alguna rara zozobra dentro, y que un día emigró sin ninguna necesidad con el alma hecha pedazos.

Del tiempo de este cuento nadie se acuerda, dijo la Vieja Zarza, que era la que mejor lo sabía.

No es un cuento que se contara mucho en Celama y, sin embargo, cuando alguien se atrevía con él causaba mayor atención que ninguno.

La Vieja Zarza era una ciega de Anciero, allá por la Valcueva, y está enterrada en la Santa Quilla.

Por alguno de esos años que se olvidaron, dijo la Vieja, apareció un día un Niño Cojo que no era de ningún sitio, ni daba la impresión de ser un pobre, ni siquiera de estar perdido o abandonado. Era un Niño Cojo que venía bastante bien vestido y con un zurrón a la espalda. En tres pueblos del Páramo lo vieron y en los tres hizo lo mismo pero con distinto resultado. Estuvo primero en Pobladura, una tarde de otoño bastante destemplada, paseó un poco y fue a sentarse en el poyo que Tremor Bado tenía a la puerta de casa. Cuando Tremor y su mujer Melindra llegaron del campo, casi al oscurecer, vieron al Niño en el poyo, se extrañaron pero no dijeron nada. El Niño Cojo siguió quieto y sentado. Luego, cuando ellos entraron, al cabo de un rato, llamó a la puerta. Abrió Melindra y también asomó Tremor.

—Nada quería que ustedes no me preguntaran... —dijo el Niño Cojo— y ya que no lo hicieron, bien sea por falta de curiosidad o de interés, esto quiero dejarles como Aviso, si a ustedes no les importa.

Entonces vieron que del zurrón sacaba una piedra, un canto tan redondo, terroso y feo como una patata. Melindra dudó en cogerlo, pero a Tremor Bado le pareció poco menos que una burla y cerró la puerta sin decir ni media palabra.

Algo parecido sucedió en Vericia con dos viejos que se llamaban Rueldo y Nacar, sólo que éstos, indignados, insultaron al Niño Cojo tras rechazar la piedra.

Distinto fue en Sormigo. Allí el Niño Cojo llamó en casa de Horno y Lagar, que se habían casado hacía muy poco. Era de noche y el invierno amenazaba con una de esas heladas rabiosas. Primero hicieron entrar al Niño, luego le dieron de cenar, después le dijeron que allí pasaría la noche y le prepararon la cama. También le preguntaron quién era, de dónde venía y porqué estaba cojo. El Niño se calentó en la lumbre y tomó un tazón de leche.

—Soy de donde Dios quiere... —dijo el Niño Cojo—. Vengo de cualquier sitio donde se precise caridad. Cojo estoy porque estoy dolido con el corazón ingrato de los hombres, y así da más pena andar por el mundo.

Horno y Lagar callaron discretos.

A la mañana siguiente, antes de irse, el Niño entregó la piedra como Aviso y ellos, sin pedir explicaciones, besaron la piedra con gran contento del Niño que, en el invierno de Sormigo, parecía un pájaro pinto mientras se alejaba.

Al pie de la lumbre de la cocina donde Zarza contaba, había seis nietos.

—¿Por qué la besó...? —quiso saber el más espabilado de ellos.

—¿No besa el pan el mendigo cuando se le da la limosna...? —preguntó la Vieja—. Se besa por respeto y agradecimiento y, por el mismo agradecimiento y respeto, se escucha en silencio, ya que los cuentos del mundo a lo que enseñan es a pensar y no a recriar curiosones.

Los nombres de los seis nietos me los voy a callar, porque ni siquiera en Celama, donde no hay nombre que asuste a la gente, la ocurrencia de aquellos seis pudo entender nadie. Se decía que el abuelo Roque, con la aquiescencia de la abuela Zarza, los había sacado de un estrafalario Santoral que ningún párroco reconocía.

Los nietos miraban arrobados a la abuela, y Zarza alzaba los ojos que el glaucoma sellaba con un filo verdoso en las pupilas, y asentía inquieta según iba contando el cuento, como si algo de todo aquello le hubiera sucedido a ella misma.

Pasaron los años, dijo Zarza, y ya se sabe que no hay mejor manera para que todo se olvide que los años pasen.

Cuando otra tarde de otoño Tremor Bado y Melindra volvían a casa en Pobladura, vieron a un Joven Manco que parecía esperarles a la puerta, no sentado en el poyo como aquel Niño Cojo sino de pie y muy nervioso, yendo de un lado a otro. También traía un zurrón.

—Miren ustedes... —les dijo el Joven Manco— ya no va a haber más oportunidades, esta piedra es el mismo Aviso que en su día no quisieron recibir, y ahora aún es posible...

Y mientras les hablaba con mucha convicción y urgencia para que le atendieran, había sacado la piedra del zurrón y volvía a mostrarla.

Melindra llegó a cogerla pero Tremor, de un manotazo, la hizo caer al suelo.

—De piedras como ésta... —dijo indignado— está el Páramo lleno.

Entraron en casa y le dieron con la puerta en las narices al Joven Manco.

En Vericia, Rueldo y Nacar ni siquiera quisieron abrirle la puerta.

—¿Quién va...? —preguntaron con desgana, mientras el Joven se mojaba fuera, pues la tarde era de lluvia.

—Miren ustedes... —decía el Joven Manco— vengo a darles el Aviso que en su día rechazaron, advirtiéndoles que no habrá más ocasiones.

—Con las piedras del erial... —gritó Rueldo— cultivo cada mañana la desgracia de ser labrador, o sea, que ya puede buscar otro modo de tomarme el pelo.

Hasta Sormigo llegó el Joven Manco con una mojadura de espanto. Horno y Lagar le acogieron como años atrás al Niño habían acogido.

—¿Qué pena tienes... —le preguntaron— que tan abatido llegas?

—La pena de comprobar que la caridad se desconoce y el recelo y la desconfianza pesan más que la esperanza y la fe en el corazón de los hombres. Es poco lo que por el Páramo puede hacerse... —corroboró, sin lograr contener las lágrimas— ya que son los menos los que aprecian el Aviso que pudiera salvarlos.

Horno y Lagar se asustaron mucho.

—¿Es que va a haber alguna desgracia, más allá de la que a todos nos compete por vivir en este Valle de Lágrimas...? —quisieron saber.

El Joven Manco recogía la zamarra.

—Dios prueba y, cuando llega el caso, aprieta... —dijo.

—En nombre de aquel Niño... —pidió entonces Lagar— haz el favor de conceder a esta tierra una tercera oportunidad.

—Lo diré donde debo... —afirmó el Joven, limpiando las lágrimas— pero nada puedo prometer. En el cielo como en el mundo, mandan los que gobiernan. El Niño Cojo... —aseguró muy triste— acabó extraviado, con el zurrón de las piedras lleno a rebosar, ya que el vuestro fue el único Aviso que en Celama quisieron. Pesa mucho el zurrón... —aseguró, cargándolo a la espalda— tanto como todos los pecados de Celama juntos, y mucho más que a cualquier gobierno pudieran pesarle los ministerios.

La mano de la abuela se adelantó hacia el corro de los nietos que escuchaban sentados en el suelo. Se movió indecisa a la izquierda del corro.

—Brandiolo, Casmarrudo, Andralidra... —enumeró— hay uno o una que no escucha y el que no escucha no entiende... —advirtió enojada—. En el Páramo hubo niños que lo único que pudieron saber, en los cuentos lo aprendieron. Al que no preste atención le zurro la badana.

Se hizo un silencio todavía más espeso. La lumbre crepitaba.

—Era yo... —dijo el nieto más espabilado— porque me daba miedo escuchar, ya que el Cojo y el Manco igual no me dejan dormir luego.

—Señal de que no te enteras, Corrotropo, porque el cuento es precisamente para dormir bien, siendo bueno, caritativo y justo, ya que de eso se trata.

—Sí, abuela... —asintió Corrotropo mohíno—. Lo que pasa es que Lipasorma me estaba pellizcando el culo.

—A Lipasorma y a Farforina... —amenazó la abuela— las voy a prohibir que vengan cuando cuente algo. Menos sabrán y más ignorantes van a crecer, pero allá ellas se las entiendan.

Los nombres de los nietos no los he dicho yo porque, como ya advertí, hasta miedo me da escribirlos, pero la abuela no se andaba por las ramas.

Vino entonces un Viejo Tuerto, de esos que miran donde no deben, o que dejan de

mirar donde debieran. Un Viejo Tuerto, en suma, al que Tremor y Melindra ni siquiera quisieron ver, ya que persiste en Celama la idea de que si un tuerto te mira es la desgracia la que te ve. Total, que la dichosa piedra del Aviso, que el Viejo Tuerto traía, la mandaron a la porra Tremor y Melindra, de modo que el Viejo vio que el Aviso no tenía remedio.

Igual suerte corrió en Vericia con Rueldo y Nacar, dándose, además, la circunstancia de que la piedra golpeó el ojo sano del Viejo cuando aquéllos mandaron el Aviso a la porra.

—Con otra cosa nos venga el Destino... —dijeron ambos contrariados— y no con una piedra del erial, que ya es mala suerte sortear esta tierra de cantos y uñas donde cada cosecha es una purgación.

—Salisteis fiadores a la encomienda del Páramo en su totalidad... —dijo el Viejo Tuerto a Horno y Lagar— pero tal fianza de nada sirvió: los Avisos no causaron efecto ni a la tercera que es cuando va la vencida, la voluntad de la mayoría es firme, no hay nada que rascar. El Aviso, así se hace constar ahora, era para atenerse a la gran Desgracia que ha de sobrevenir, ya son tres generaciones de mensajeros, de modo que no es posible más piedad: el Niño Cojo, el Joven Manco y el presente Viejo Tuerto, somos lisiados emisarios del mismo Aviso e igual condena. Este Páramo ya no tiene enmienda, se acabó lo que se daba.

Fue entonces cuando los nietos miraron a la abuela como si no pudiesen creer lo que contaba. En el resplandor de sus ojos ciegos había un fulgor verdoso: un raro reflejo en la atrofia de la papila óptica. Ella percibió esa mirada atónita e incrédula, carraspeó, guardó silencio unos instantes, suspiró al tiempo que el fuego crepitaba con mayor inquietud.

No receléis, puercoespines, dijo sin que ellos entendieran. Celama es mucha Celama para que los Avisos del Fuego o el Agua con ella acaben, siempre queda gente buena que cumple lo que la mayoría no hace, un buen corazón, o dos o cuatro, son a veces suficientes para salvar el Territorio: apagar el incendio, rescatar los enseres. La gran Desgracia será el día que en Celama ya no haya gentes como Horno y Lagar. Dios tiene paciencia, más con los pobres que con los ricos, pero la fe, la esperanza y la caridad, hay que ganarlas y defenderlas, porque no hay tiempo para que un Cojo, un Manco y un Tuerto vuelvan un día y otro con el mismo Aviso. En la vida como en la muerte, el que no corre vuela.

El nombre de Elvira Ponce me reconfortaba y me alentaba. Nunca me gustó husmear en la vida de los demás, al menos en ese ámbito interior en que la vida guarda sus secretos, porque la curiosidad trivializa los sentimientos y, a veces, hasta los degrada con su falta de respeto.

El patrimonio de mi Obituario, hasta donde era posible, y lo era en la medida en que yo pudiese contar las vidas o las muertes en su significación y sentido, no provenía de esa curiosidad malsana que desvela el secreto de una intimidad por la mera inclinación de hacerlo, se trataba de contribuir a la memoria de los desaparecidos, de remover sus existencias, para dejar constancia de su pasado, que no sería otro que el propio pasado del Territorio.

Digo esto porque, sin embargo, la tarde que seguí a Elvira Ponce desde la Calle Licerta a la Capilla de Santa Nonia, después de rematar mis indagaciones y aguardarla tomando unas copas en el bar más cercano, el que permitía mejor la vigilancia, sentí que algo malsano animaba mis pasos, una curiosidad que no se correspondía con el descubrimiento del destino de su tío ni con el sentido de su metáfora.

A fin de cuentas, lo que le hubiera podido pasar a Ovidio Ponce de Lesco, una vez que abandonó Celama, tendría poco que ver con lo que hubiera sido su vida en el Territorio, aunque se tratara de una huida.

La metáfora constataba, en su secreto, en su extravío entre los párrafos de la Topografía, la lucidez de su desánimo, el reflejo de una conciencia de perdición y ruina que asimilaba profundamente la tierra y el alma, el cielo y la desolación. Con ella debería conformarme, con el resultado de una imagen literaria que involucraba su condición de espejo y que de manera tan patente llegaba a afectarme, de tal modo que yo mismo pudiera haberla escrito, desde el fondo más secreto de mi conciencia y de mis emociones.

En eso estribaba la obsesión de su hallazgo. Una metáfora que ilumina tu vida, que da sentido a tantas cosas que no puedes expresar, unas pocas palabras que resumen, sin perder su misterio, y acaso su belleza, lo que tienes, lo que sientes, lo que padeces. Y que alguien las escribió, como espejo verbal de sí mismo y, a la vez, como impremeditado testamento. Ellas serían, sin más, muestra suficiente de un epitafio en la tumba de Ovidio Ponce de Lesco y Villafañe, otra historia de mi Obituario, la que más me concierne de todas.

El aguardiente me traiciona. Las copas en el bar fueron más de las debidas y ellas acrecentaron esa sensación malsana cuando seguía a Elvira. Una sensación de estar haciendo algo impropio, ineducado, con la estúpida curiosidad del merodeador

indeciso y absurdo.

Elvira Ponce era una mujer de edad incierta, diminuta, vestida de negro como una mácula de tinta china que se va diluyendo en las sombras y los soportales del atardecer, con el amparo de los mismos pasos y la misma ruta.

Una de esas personas encantadoras que hicieron de la soledad el vestigio de una comprensión piadosa del mundo, después de estar atendiendo, a lo largo de su existencia, a los familiares que estaría destinada a sobrevivir, como si ese compromiso fuese, al fin, la razón de su vida.

La seguí avergonzado esa tarde, hasta entré tras ella en la Capilla de Santa Nonia, que tenía la atmósfera saturada de incienso. Luego volvería al bar, vigilando su regreso, el portal de aquella casa de tres pisos de la Calle Licerta, los balcones que remarcaban su sombría clausura.

El remate de esa tarde y de la noche que se apoderó precipitadamente de las callejas de Ordial, por la Plaza de Simientes y la Plaza Mayor, dañó más de lo debido mi voluntad, una forma de reconocer que anduve extraviado por las tabernas, los agujeros de un barrio que no alberga los mejores recuerdos de mi juventud pero, ya se sabe, siempre queda una llama en el lugar de esos recuerdos, y es fácil dejarse llevar por ella.

Uno encuentra sombras en los agujeros del tiempo. También debe ser cierto que la eternidad habita las tabernas, como decía un viejo amigo de aquellos años, que en ellas invirtió su existencia. Los herederos de aquellos años no aparecían por ningún sitio, pero los ancianos imperturbables que habían hecho suya esa eternidad, seguían sentados en alguna banqueta, no lejos de la estufa y aceptaban la compañía.

Con alguno de ellos rescaté el recuerdo borroso de Ovidio, de su hermano Benito, de su hermana Sónsoles y, por supuesto, la mayoría conocían a Elvira Ponce, hija única de Benito, heredera de aquella escueta saga, ya que ni Sónsoles ni Ovidio se habían casado ni tenido hijos.

Dormí en la Pensión Contienda, en la esquina rota de Simientes. La parte de la noche que estuve bebiendo solo, navegué entre la disolución y la melancolía. A Ordial nunca le falta un agujero, por larga que a uno se le haga la noche.

Tenía la sensación de que todos aquellos ancianos que, al final, me parecían el mismo, no contaban todo lo que sabían, por desgana o respeto o falta de interés. Alguna referencia indeterminada dejaba en el aire una presunción, una complicidad. Un gesto indeciso orientaba un sobreentendido. El tiempo nublabá el recuerdo con la luz opaca del alcohol.

Soñé con Lesco. Es muy difícil determinar el contenido de un sueño donde confluyen los efluvios de la noche desorientada. Hasta casi puedo dudar de la presencia real de aquellos seres imperturbables en las tabernas. Lo pude soñar todo.

Lesco no se parecía al del retrato juvenil, que al día siguiente me mostró Elvira

Ponce.

Por el sueño merodeaba su voz, también sus ojos con el brillo agotado del médico que hace una guardia extenuante en un hospital lleno de muertos.

Tenía unos quevedos en la punta de la nariz. En la caja de la que Elvira Ponce sacó las escuetas fotografías familiares había briznas de tabaco y percibí el aroma de las tagarninas. Un joven de mirada sepia, ausente.

La voz tronaba en mis oídos, no me llamaba a mí pero llamaba a alguien. Era un hospital que estaban demoliendo. Las camas inservibles se amontonaban en el enorme patio y parecía que las hubiesen tirado por las ventanas.

Dos hermanos casi gemelos, pero no estaban juntos en ninguna foto. Ovidio cruzaba los brazos sobre el pecho, Benito se llevaba la mano derecha a la cabeza repeinada. La madre de Elvira, sin embargo, se parecía muy poco a ellos.

Podía ser el Hospital Provincial, en el alto del Castro. Muchas de las camas que tiraban al patio no estaban vacías. Los cuerpos se desprendían de ellas al caer. Y era curioso constatar que el golpe más brutal contra el pavimento era el de los cuerpos.

Fue Ovidio el que me despertó, no con sus voces, zarandeándome, requiriéndome. La habitación de la Pensión Contienda tenía el techo lleno de humedades, rostros deformes, cuerpos desdibujados en las ronchas de yeso.

El hombre que estaba sentado a los pies de la cama se encogió de hombros, abatido. Se levantó, sin que en ningún momento pudiera verle la cara, dio unos pasos por la habitación, alcanzó la puerta. Entonces me percaté de que tenía un libro en las manos.

Sobre el patio del Hospital volaba una bandada de pájaros sucios. Eso era lo que más llamaba la atención: su suciedad, el plumaje de harapos.

Salió y cerró la puerta. El nombre de Ovidio subió a mis labios cuando todavía no estaba convencido de haberme despertado. Lo que leyó en voz alta en el libro no puedo decir que lo escuché en el sueño, sería demasiado absurdo.

La nada nos combate y nos rodea como un abismo, pude oír. Y también que la miseria y la indigencia del mundo pueden hacer miserable la exuberancia del corazón.

Eran palabras que resonaban como las que temblaron en mis manos cuando abrí por vez primera uno de los libros que me regaló Elvira, de los escasos que quedaban de la biblioteca de su tío.

Todo resultaba educado y cordial con Elvira Ponce.

El hecho de que un médico de Celama viniera a interesarse por la figura de su tío la reconfortaba, aunque no le era posible apartar la sombra de tristeza que alimentaba su recuerdo cada vez que lo nombraba.

Le interesó mucho lo que le conté de la Topografía Médica, de la que no tenía la menor idea, y del opúsculo sobre el Sarampión en Anterna, del que reconocía debía

haber algunos ejemplares en algún sitio, aunque hacía muchísimo tiempo que estaban olvidados. El que hubiera recurrido al heredero de la Imprenta de Saturnino Robla para lograr alguna información sobre su tío la sorprendió, no dejaba de ser curioso que el extraviado opúsculo contuviera el dato para encontrarla.

Elvira Ponce pensó que mi interés por Ovidio provenía de la dedicación meramente profesional y científica. Eso me ayudó para recabar alguna información sobre su persona de manera más sesgada, pues en seguida me percaté de que la propia educación y cordialidad de Elvira eran las mejores armas de su discreción.

Salí de la casa de la Calle Licerta con los libros bajo el brazo, después de haber hecho los más taimados esfuerzos por no aceptarlos. Dos de ellos eran del filósofo que había mencionado Belisario.

Y fue Belisario, aquella misma mañana, quien se avino a decirme, después de muchas vueltas y excusas, que lo que se contaba del tío de Elvira era que había desaparecido un día de hielo y nieve.

Lo encontraron una semana más tarde, sentado al pie de la tapia del cementerio. Del civil, ya me entiende. Estaba muerto desde el mismo día que se fue, pero son cosas que pertenecen al secreto de la familia, nadie tiene derecho a recordarlas.

Y el eco comprimido de la detonación, ese aviso, ese agujero en el invierno y el alma, los pájaros alzaron el vuelo espantados, la cabeza se venció sobre el pecho, ladeada desde el hombro izquierdo en el movimiento descontrolado de su propio peso, la sien mostraba la arandela de la herida, el hueco tiznado, rojo, espeso, que sellaba la coagulación, más o menos como otros casos recordables, el suicida de Zodal, el hombre que se mató en Las Musnias, los cuerpos sentados o caídos, lo imagino con el grado de exactitud que procura la experiencia, esa circunstancia de la nieve, el poso helado de lo que quedaba en los bolsillos vueltos, la muerte más parecida porque también era invierno y había nevado, no hay detalle que más me haya llamado la atención después de tanto tiempo, de tantos sucesos, ¿qué puede buscar tan denodadamente en los bolsillos alguien que está a punto de matarse?, el teniente Arcilla, que era el Comandante del Puesto de Zodal, arrimó la puntera del zapato y nos indicó el detalle, en el que yo ya me había fijado, pues fue lo primero en que me fijé, cualquier recuerdo, dijo el teniente, la ansiedad de encontrar algo necesario, de agarrarse a lo que fuera, un recuerdo en el límite de la voluntad trastornada, las migas de pan formaban una siembra miserable y no lejos de ellas había cuatro gotas de sangre, la detonación asustó a los pájaros, la bandada dispersa se fue más lejos todavía, ascendió y huyó sumida en el vértigo de aquel espanto, pájaros humildes, aves sucias, cualesquiera de los pájaros harapientos de la Llanura, huérfanos y sonámbulos, esos mismos que ahora vienen y se acaban de ir, media docena de manchas inquietas en el cielo nublado, a uno de ellos puedo asignarle ese vuelo fatal de aquella mañana nevada, el tiro estalló en la sien, sobre la pared del cementerio se marcaba el latigazo de su violencia, se soliviantó el cuerpo sentado pero no llegó a desmoronarse, sólo la cabeza vencida sobre el hombro, volcada en el pecho, este pájaro oscuro es un pájaro huido de todos los espantos de los hombres, de sus miedos, de su desesperación, voló aturdido, lo sigue haciendo desde aquella tarde, desde siempre que en la Llanura resuena la detonación fatal, alzó las alas para sacudirlas con mayor libertad, abajo estaba Ordial, los ríos que la abrazan, el cementerio es una cuadrícula insignificante, el muerto una mota de ceniza en la nieve, el pájaro domina la estepa nevada, ese otro cuerpo mineral y turbio que el manto iguala, no mucho más lejos se divisa la Celama que podía estar en el instante final del recuerdo y el disparo, cielo, ruina, la nieve retiene la continuidad de un mismo mundo, aunque ahora la Llanura no se resigna a su enterramiento y asoma, donde puede, la cicatriz de la linde y la raña, un universo único, no hay otro espacio de pasión y vida ni de pasión y muerte, todo lo que el hombre es, lo que sueña y desea, tiene estos límites, no hay un más allá de imaginación o delirio, los seres enterrados en el Páramo son el espejo de los seres enterrados en cualquier sitio, un cuerpo es siempre el mismo, el alma también se comparte, la muerte nos iguala, la nada nos hace asumir el mismo destino, ¿dónde

reposará ese pájaro huido al que sigue espantando la detonación?, los círculos del vuelo le hacen regresar a Celama, donde las aves harapientas tienen el mejor cobijo, se sienten en casa, volará sobre la Santa Quilla, reconocerá los pagos mortuorios del Argañal, la huella de las necrópolis atrae a los pájaros miserables, una tumba, un hedor de tierra saponificada, el estrato óseo, la combustión que alimenta la hoguera de la tierra y su podredumbre, un vuelo, un viaje, un recuerdo instantáneo mientras la mano del suicida se alza de la nieve con la pistola, la pared del cementerio, el lienzo de arenisca, un atisbo de congelación en el dedo índice que abraza el gatillo, la detonación remueve las hojas del libro que tiene algunos párrafos subrayados, la copa de aguardiente se me derrama en la hoja que habla de ese impulso rabioso de vivir que nos hunde cada vez más profundamente en la muerte y la nada, este mismo sentimiento que tantas noches me hace recuperar el eco del disparo, una advertencia, una llamada, la voz en la sima del sueño que dice mi nombre mientras yo musito el suyo, un hospital, un patio lleno de objetos inservibles, lo que se pudo haber acumulado en algún Dispensario, en algún Consultorio, toda la utillería clínica de un pasado polvoriento, y la rabia de la vida se vuelve contra sí misma y así nos percatamos del camino a seguir, es una página arrugada, el papel medio roto, la humedad del aguardiente que casi anegó el nombre del filósofo, hasta que por medio del dolor y el espanto, estas palabras destacan como si su intención las hubiese preservado con más nitidez, llegamos profundamente a nosotros mismos, entramos en nosotros y es el dolor de donde nace nuestra lucidez, nuestro conocimiento, una espina en la caja abierta que es la Llanura, ningún rumor, nadie despega los labios, nadie llama, nadie atiende, no hay nombres ni gritos ni blasfemias, puedo jurar que nada respira, el eco del disparo llega en el vacío de la mañana pero no pertenece a la realidad, pertenece a la memoria, lo inventa la memoria, lo clava en la obsesión de mi dolor, de mi conocimiento, será la voz de Nubia la que me rescate, como tantas veces, de este extremo del abismo y de la desesperación donde yace Lesco, hay que ayudar a los vivos para que sigan siendo posibles los muertos, Mensa patea en el corral, arranqué la hoja, la partí en pedazos, di un último trago antes de salir, no me resigno al dolor...

LOS NOMBRES DEL OBITUARIO

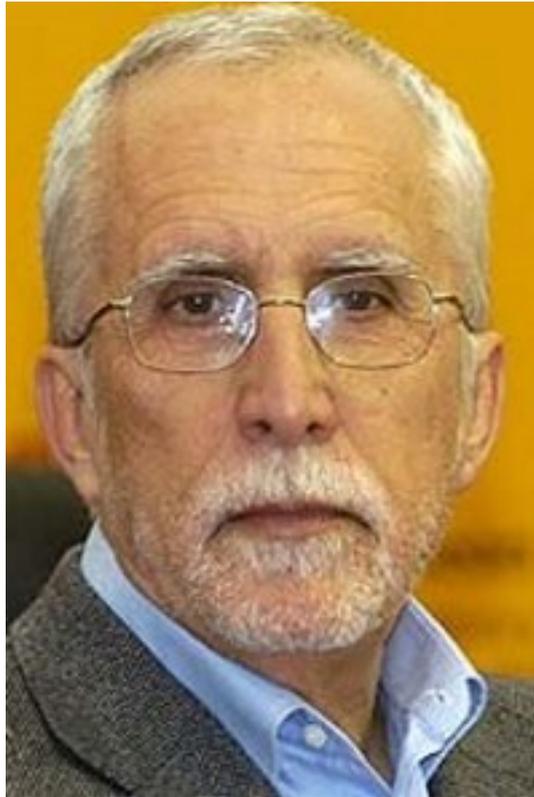
PONCE DE LESCO Y VILLAFAÑE, Ovidio, médico en Celama entre los años mil ochocientos sesenta y mil ochocientos ochenta y tantos, autor del opúsculo *El Sarampión en la Villa de Anterna* y de una memoria inédita titulada *Estudio topográfico y médico de Celama*. YEBRA, Cibo, secretario en funciones del Ayuntamiento de Santa Ula. VERAL, Lidia, farmacéutica de Santa Ula. ACEDO, Franco, dueño de una tienda de Ultramarinos en Santa Ula. RIERA, don Bando, párroco de Santa Ula que erigió la torre de ladrillo de la iglesia. PINELLO, Alvar, Merino, Delegado Regio cuando Santa Ula y su alfoz fueron Tenencia, allá por el mil ciento noventa y tres. LUELDA, Cosme, fraile agustino, exclaustro, que durante algunos años de su vida religiosa fue profesor en el Monasterio de San Lorenzo del Escorial. NUBIA, viuda de Los Oscos, criada de Ismael Cuende. ARCINO, campesino. CLEBO, hijo de Arcino. CERILA, hija de Arcino, de niña estuvo perdida seis días y seis noches. ALIERA, la tía de Cerila que descubrió a la niña perdida. ELIDIO, campesino. BRETÁ, viuda treintañera a quien se le ahogó el marido en un Pozo. RINA, cuñada de Breta. OTURIO, campesino que avisó de la desgracia del marido de Breta. BILDO, el marido ahogado en el Pozo del Sabral. SICIO y MARBA, adolescentes ahogados en el Urgo. RODO y MALINA, novios de Los Llanares, que renunciaron al asentimiento en la ceremonia matrimonial y decidieron vivir sin sacramento. TECO y NINFA, novios del Cordal que se comportaron de igual modo. LIZIER, higienista francés experto en necrópolis. VALERO, Sindo, sepulturero, el último muerto de Las Ánimas. SERTO, Aníbal, sepulturero, enterrado en El Argañal en los primeros años del presente siglo. REMIELGO, primer propietario de la Taberna del mismo nombre. TERRADO, Limo, un hombre de Omares que falleció de escrófulas. SURIO, sobrino de Limo. ZUERO, Ángel, un viejo de Bericia que tenía los bronquios arruinados. GAVILÁN, el perro de Limo Terrado. LISAN, Venancio, el hombre que vino de Orión y un día dejó a la familia. DOLADIA, Puela, esposa de Venancio. MODINO, SALCE, LISADIO, hijos de Venancio y Puela. TALA, la hija de Puela que la atendió y sobrevivió. MANILO, pretendiente de Tala, estudiante de leyes en Armenta. CIERVO, Aridio, dueño de un coche de punto. BORDO, Rodrigo, que murió en el Casino de Santa Ula, a los ochenta y ocho años. CUÉLLAR, Delfina, viuda en cuyos brazos murió Rodrigo. LIDIA, la sobrina de Rodrigo Bordo, hija de su hermano Vicente. MOL, Ibraíno, sastre de Bericia que le cortó a Rodrigo los trajes de su desmadre. ELPIMA, Tarso y ALMENAR, Vito, zascandiles que acompañaban a Rodrigo en sus farras. Don ORILLO, juez de paz en Santa Ula y don ESTEBAN, maestro jubilado, que hablaron con Rodrigo para disuadirle de su vida disoluta. CUÉLLAR, Silván, padre de Delfina, apoderado de la Caja Rural de Santa Ula. CIBA, Rosario, parturienta en la casilla de

los peones camineros de Santa Ula. Don SERVANDO, juez de Olencia. ARNEO, médico forense. MENSA, mula de Ismael Cuende. MEDIERO, Rozal, también llamado Rozo, el hijo pródigo. CELERIA y DOMERAL, los padres débiles del hijo pródigo. MADAME DE LAS FLORESTAS, la mujer que volvió con Rozo haciéndose pasar por su esposa. SOMARES, Delba, una mujer con metritis. ZETAL, Elvira, la novia aielada de Los Llanares. SURTO, Eliseo, mozo del mismo pueblo que Elvira. LORA, la hermana de Surto que tuvo un vahído en la boda. LLANTARES, Vinicio, emigrante. HUERO, Daitel, que reinaba en los pagos del Cejo. HUERO, Quinto, el que puso a su padre en su sitio. BOTASUL, EMÉRITO, CARCIDIO, ONOFRE, los otros hijos de Daitel. POMO, que se enamoró de su hermana María Cleta. MARÍA CLETA, que padeció el amor de su hermano. OSMÚN, que se enamoró de la mujer de su hermano Menelao que era, a la vez, prima hermana de ambos. PELAGRO, Doricia, la mujer de Menelao. MENELAO, el esposo de Doricia y hermano de Osmún. TOLDA, HEBRA, SOL, ILINA, hijas del hombre de Lavea. ENOR, BALTERIO, PRINO, los amigos del chaval que vino a Sabrales. LICIA, Celo, muerto de hemiplejia. PINDIO, el muerto que no estaba muerto. Don VALDORÍN, párroco que tenía muy mala mano para los muertos. MURIDIO, MARCIAL, ONOFRE, los hijos de Celo que asisten al velatorio y entierro de su padre. Don SELMO, cura de Los Confines. Doña VINA, doña ZURA, doña TRINA, doña ZATAS, beatas clásicas del Territorio. DECELIA y VITRO, matrimonio de Padierno. COSTAL, Fermín, contertulio en el Casino de Anterna. LEVA, Orestes, famoso por la lentitud de sus acciones. SERA, Abel, contertulio en el Casino de Anterna. ISAÍAS, el contertulio más lacónico del Casino de Anterna. ANCILOLO, un chico faltoso que buscaba a los abuelos. CUNDO y LEONOR, padres de Vitro. VEREDA, una extraña mujer que mendigo por la Llanura. VALDIVIA, Tano, emigrante. CIRINO, compañero de emigración de Tano Valdivia. LUENGO, arriero que ayudó a Tano Valdivia. VALDIVIA, Balbo, hermano mayor de Tano. Don SIBO, padre de Tano. VALDIVIA, Nito, hijo de Balbo. DORAMA, Santos, campesino de Hontasul. VERIDIO, el peor muerto del Territorio. ENELDA, tía de Santos Dorama. TOZA, prima de Santos Dorama. CONSILIO, lobo que mató con una cuerda el pastor de Abrados. FROMENTINO, abuelo de Veridio. ALCE, tío de Veridio. MORADO, campesino. ELADIA, abuela de Morado que mantenía la idea de que contar tiene que ver con medir, y que a lo bien contado no le queda otro remedio que estar bien medido. AMIRIA, Orencio, campesino de la aldea de Armil. OLIDIA, Caro, el fantasma. DIOMIDIA, una chica joven de la aldea de Urcina. LOMAR, Amelia, madre de tres hijos. IRINO, el marido de Amelia Lomar. EURICO, cuñado de Amelia Lomar. OLIDA, Cenda, una mujer perseguida. TILA, la niña de Urcina que veía visiones. ALVIAR, Marema, joven viuda de Los Pongrios. DIONÍS, el marido fallecido de Marema Alviar. ORELLANA, Cecilio, cazador. COLIRIO, perro de Cecilio Orellana. ZAGRO, tío de Cecilio Orellana. COLBO, padre de Zagro. SOGRO, Baltanás, el hombre de Cinera

famoso por sus miserias. LABAL, Paco, industrial. Don VICTORINO, Notario de Olencia. MERIODO, farmacéutico. SUCINTA, esposa de Baltanás Sogro. CHAMAL, Dolo, dueño de Almacenes Mediosiglo. LIMPO, enfermo terminal. ILETA, mujer de Limpo. Don CERBERO, sacerdote. VELA, Inicio, un hombre acorralado por la desgracia soñada. VELA, Azara, hermana de Inicio. OMEGA, Dino, solterón de Vericia. PIRATA DEL YERMO, personaje imaginario de Celama. NIÑO DE LA NIEVE, protagonista de un cuento de Celama. CILLEDA, Galbo, viajante de comercio de Almacenes Consistoriales. CORSINO, dueño de la Fonda del mismo nombre. TELURIO, hijo de Corsino. EXPÓSITO SIRACUSA, Valmidio, la auténtica identidad del viajante. ORDA, una mujer enterrada en el Argañal. HUERO, Martín, viudo de Orda. CAMUZÁN, yerno de Martín Huero. LORAZ, Bastián, albéitar sin título. LANCEDO, perro lobo. Doña CIMA, madre de Bastián. DÍA, hermana de Bastián, que tuvo fama de ser la mujer más bella de la Llanura. DOBRINO, pastor. Don GERARDO, padre de Bastián Loraz. MIELDO, cazador. OREDA, Ovidio, contertulio en el Casino de Santa Ula. LLAMA, Fulvio, uno de los parroquianos más acérrimos de la Taberna de Remielgo. TAMARILO, dueño de la Taberna. MORALILO, el titán de Andanubio. CANDÍN, perro de Fulvio. SESMO y DORADIA, padres de Fulvio. VELETA, esposa de Fulvio. MALVIN, OZORA, CALVADO, MINICO, hijos de Fulvio. MULO RODIAR, el único bicho que habló en Celama. CANDAMO, espíritu de la tierra del Páramo. DOMU, espíritu de las aguas de los Pozos. HOGAL, espíritu del fuego. MOLBO, seminarista de Guañar que quiso llamarse Morto. Doña LAMA, anciana de Dalga. HENAR, mujer de Dalga. MARZAL, Ibro, enfermo de Medil. ERIDIA y ANA, hijas de Ibro. ADAL, Silio, marido de Eridia. GABILO, pretendiente de Ana, la otra hija de Ibro. NIEVA, Ulpiano, abogado de Olencia. BELOMO, tío de Gabilo, el número uno de los sastres de Celama según su sobrino. Don TINO, sacerdote. TORAL, Máximo, contertulio en el Casino de Anterna. LIBRA y CLAUDINO, matrimonio de El Cedar. HORTENSIA y GOLO, matrimonio de Piélagro. QUINTÍN y TARSO, camareros del Casino de Santa Ula. BRODIO, pastor de Dalga. ATANASIO, tío de Brodio. BIRGAL, traficante de enseres. LIRA, Alma, también conocida como Puteza de Urz y cuyo nombre verdadero era Dolida Fernández Garzán. ALBADO, Lolo, industrial. Doña BISQUET, madama de la antigua Casa de Trepidación de Olencia. MARIOLA, la heredera de la Casa, teórica sobrina de Doña Bisquet. NOCERO, bisabuelo de Lolo Albado. COLIN, fisiólogo. SEMAL, Liso, SEMAL OLIVIO, Carbo, GANO, Aridio, MONCEDO, Ezequiel, URDIALES, Balto, GÓMEZ CARINA, Cesidio, adolescentes ahogados la misma tarde en el río Sela. DESANTE, Anunciación, enferma. ARIGA, Liviano, viajero. Doña DITA, madre de Liviano. MENCINO, hermano de Nubia, la criada de Ismael Cuende. MIGUEL, un chico del Cejo. PORTO, un huido. TENORIO, Friso, el mejor acordeonista de la Llanura de todos los tiempos. MALDONADO, Orlina, novia. Doña VENERA, abuela de Orlina. RAMPÍN, barquero de

Molbial. RENDILA, Fuero, el novio de Orlina Maldonado. CEGAL, Sino, interno del Psiquiátrico de Armenta. Don ANÍBAL, padre de Sino. CEGAL y MELA, hermanos de Sino. Don TRISTAS, personaje imaginario de Celama. CIRINA, cocinera de la Fonda Corsino. BOLUPIA, mujer de Corsino, dueño de la Fonda. ROMO, cuñado de Corsino. Don BERSILIO, sacerdote. Don SIRIO, maestro nacional. TARILO, escolar, compañero de Telurio el hijo de Corsino. FERICIO, ferretero, padre de Tarilo. ARBODIO, Calmo, el perezoso. SIELGA, Orestes, combatiente en la Guerra de Cuba. CODAL, Loba, mujer de armas tomar. TERA, Mandolino, músico. Doña TERINA, madre del perezoso. GALA, hermana del perezoso. Don CEDRO, padre del perezoso. FRAMA, enamorada de Calmo. MORAL MEDANO, Furio, MORAL ANFIDA, Olida, GONZÁLEZ BELMO, Amal, RODICIO AZAR, Mara, LORADO VALSEDA, Cidio, RODRÍGUEZ CIDALLO, Marcial, enterrados en la fila tercera del castro sureste del Argañal. NEDO, Dalmiro, labrador de Dalga, marido de Olida Moral. TOBAR, Malupa, esposa de Amal González. Don TINO, la vara más dura del Magisterio Español en el Territorio. MATEO, ÁNGEL, dos de los cinco hermanos de Ismael Cuende. SAMO y BORRALO, parroquianos de las tabernas de Remielgo, Caviedo y Samodio. MARÍA VERIDIA, mujer de Samo. San TOLIDO, San TILÍN, San VICTORINO, Santa BEDUVIA, Santa CALINA, San JUANÍN, Santa SEDOSA, San VITO, San SUPERIO, San LISÁN, Santos de Celama. Don SEDO y don MARINO, curas párrocos. MERIDIO, vecino del Cejo. ENEDINA y MAVILA, mozas de Caboliedo. CRISTO de COLLAR, CRISTO de la SANTA CRISMA, CRISTO de la LADERA, los más famosos de Celama. LEZAMA, Birdia, MARZAL, Lodina, BRICO, Eusebio, PERDA, Mauricio, LUENDE, Eucidio, SIBA, Fermín, SOLAR, Ancilo, intérpretes de «Antígona de Orión» en el Salón de Actos del Casino de Santa Ula. CERBAL, Tito, que recibía señales y soñó su muerte voluntaria. MASTORDA, perro. Don CIZO, sacerdote. TENADIO y ALMOZARA, padres del suicida. CAMISARES, dueño del gallo tuerto. AMIDO, el anciano que reconvino al suicida. LONDO, el pobre de la Llanura. CIMADEVILLA, Don Carlos, Registrador de la Propiedad en Olencia. ALMANZOR, un vecino de Ozoniego. Doña FIEDRA, anciana. Don CINDO, su esposo. MERTO, contertulio del Casino de Santa Ula. RILMA, Abelardo, contertulio en el Casino de Santa Ula. OCEDA, Aurelio, contertulio en el Casino de Santa Ula. PINA y REBOLDO, matrimonio de Sormigo. Don URIDO, padre de Pina. Doña MARMIDA, madre de Reboldo. SALVIDIO, contertulio del Casino de Santa Ula, dueño de Almacenes Regencia. MORINO, tío de Salvidio. CRISÁLIDA, tía de Salvidio. OLIVA, tía de Salvidio. GAMAR, el Santo de Udiermo. ELITO, sobrino del Santo. Doña MEDRA, don PENTO, MINERVA, BALUSARIO, el NIÑO POLIOMIELÍTICO de la VENTA SICEDA, enfermos curados por el Santo. Doña CRIMA y FERIDO, los padres de Gamar. MURADA, Climo, un muerto antiguo de la Santa Quilla. OLMINA y ORTO, los dueños de la gata parda. ZUMIDO, el gato superviviente de una camada sin destino. ROLDÁN y MARITA, dueños de Zumido en

Casamarza. Doña SALINA, enferma crónica. BOLIVIO, vecino de doña Salina. BROGAL, el viejo que cuenta las fechorías de Zumido. LITO y MORADA, novios de Anterna. CHANDÍN, chaval de Omares. FANO, niño de Los Confines. ACEDA, su tía. PONCE, Elvira, la sobrina de Ovidio Ponce de Lesco y Villafañe. BELISARIO, heredero de la Imprenta de Saturnino Robla en Ordial. MEROY SALCE, Vicente, pastor serrano. VASALLO, el parroquiano de Casa Samodio que dio el aviso del fin del mundo. SAMODIO, dueño de la taberna de su nombre. MASMO, LOPENA, CALOMÍN, los amigos que compartieron el fin del mundo en la Llanura. VEIDIO, Furial, de los pocos que vinieron a Celama haciendo lo contrario de lo que hacían los emigrantes. DIONÍS, viejo tuerto y cojo de Alhora. CARMO CARTAL, AVIDO BRAN, AMILO SEDALLAR, carcamales de la quinta de Veidio. MEDINA, la hija de Furial Veidio. AMALDO, el marido de Medina. SOMINA, la mujer de Furial. VALSORÍN, el nieto de Furial. ZARZA, ciega de Anciero. NIÑO COJO, TREMOR, MELINDRA, RUELDO, NACAR, HORNO, LAGAR, JOVEN MANCO, VIEJO TUERTO, personajes de un cuento de Celama. ROQUE, marido de Zarza. BRANDIOLO, CASMARRUDO, ANDRALIDRA, CORROTROPO, LIPASORMA, FARFORINA, los nietos cuyos nombres se negaba a decir la abuela. BENITO, SONSOLES, hermanos de Ovidio Ponce de Lesco y Villafañe. ARCILLA, Comandante del puesto de Zodal.



LUIS MATEO DÍEZ (Villablino, León, 1942). Es licenciado en Derecho y ha desarrollado su vida profesional durante más de treinta años en el Ayuntamiento de Madrid. La publicación en 1973 de *Memorial de Hierbas* marca el inicio de una fecunda producción narrativa de la que cabe citar novelas como *La fuente de la edad* (1986), premio de la Crítica y Nacional de Narrativa, *El expediente del naufrago* (1992), *Camino de perdición* (1995), *Fantasmas de invierno* (2004) y *La piedra en el corazón* (2006). Con *La ruina del cielo* fue distinguido de nuevo en el año 2000 con el premio de la Crítica y el Nacional de Narrativa.

En el libro *El reino de Celama* (2003) reúne sus tres novelas ambientadas en ese territorio imaginario, y en *El árbol de los cuentos* (2006) recoge todos los textos publicados hasta el momento de un género que ha cultivado con asiduidad.

Desde hace unos años mantiene una dedicación especial a la novela corta, con títulos que se cuentan entre los más inolvidables: *El diablo meridiano*, *El eco de las bodas*, *El fulgor de la pobreza* y *Los frutos de la niebla*. En el año 2000 fue elegido miembro de la Real Academia Española y le fue concedido el premio Castilla y León de las Letras.